

Decimosexta Parte

Los Hechos de los Apóstoles

La vida de la Iglesia desde la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo hasta el arrebatamiento de San Juan Evangelista al Planeta de María

Libro I

Desde la Venida del Espíritu Santo hasta la conversión de Saulo

Capítulo I

Los Apóstoles, discípulos y discípulas se preparan para la Venida del Espíritu Santo

A partir de la Ascensión del Señor, los días que precedieron al Pentecostés, los once Apóstoles, los discípulos y las discípulas, que estaban en el Cenáculo en torno a la Divina María, bajo su sapientísima dirección, se prepararon debidamente para recibir al Espíritu Santo. Ambas comunidades religiosas, cada una en su dependencia conventual, vivían unánimes y conformes en la caridad, en la oración y en el ayuno, cumpliendo cada cual sus deberes; si bien, en el Cenáculo, también había fieles de ambos sexos que no eran religiosos. Entre otras oraciones, la Virgen María les aconsejó la del Padrenuestro, al ser la más completa y la más grata al Padre. Mas, el mayor fortalecimiento espiritual les venía del Santo Sacrificio de la Misa, que diariamente celebraba Pedro para ambas comunidades religiosas, y en el que recibían la Santa Comunión; si bien, los demás Apóstoles celebraban también el Sacrificio Eucarístico en otros momentos del día.

Capítulo II

El Papa Pedro completa el número del Colegio Apostólico, eligiendo a Matías como Apóstol

1. El lunes, día 9 de mayo del año 34, el Papa Pedro, como Jefe y suprema dignidad de la Iglesia, haciendo uso de su palabra a todos los presentes en el Cenáculo de Jerusalén, se dirigió principalmente a los otros Apóstoles y a los discípulos diciendo: «*Varones hermanos, como veis, por la infidelidad de Judas Iscariote, se ha cumplido lo que, según las Sagradas Escrituras, predijo el Espíritu Santo por boca de David acerca de él, que fue el guía y caudillo de aquellos que prendieron a Jesús. Judas Iscariote, que estaba entre el número de los Apóstoles y que había tomado parte en nuestro ministerio, tras consumir su traición entregando al Divino Maestro, se ahorcó al colgarse de un ciprés, reventando su cuerpo por medio y derramándose todas sus entrañas por la tierra. Este lamentable suceso es notorio a todos los habitantes de Jerusalén. Aquel campo en que se hallaba dicho árbol, cuando los sacerdotes del templo lo compraron por el precio de la traición, fue llamado Campo de Sangre. Escrito está en el Libro de los Salmos: ‘¡Oh mi Dios!, sal en defensa de Mí, tu Unigénito, porque la boca del impío, y la boca del traidor se ha abierto contra Mí. Ha hablado contra Mí con lengua engañosa, y sin causa me ha combatido. En vez de amarme, decía mal de Mí; mas yo oraba a Ti por él. Me devolvió mal por bien y odio por amor. Él está bajo el dominio del inicuo, y tiene a Satanás a su derecha. Cuando fuere juzgado, quedará irremediadamente condenado, pues su obstinación en la impiedad es irreversible. Sus horas están contadas. Después de su muerte tome otro su obispado’*». En dicho Salmo, además de vaticinarse la traición deicida y condenación eterna de Judas Iscariote, se alude también a la elección de un nuevo Apóstol en substitución del obispo traidor y deicida.

2. Y siguió diciendo el Papa Pedro: «*Conviene, pues, que entre estos varones que han estado en nuestra compañía todo el tiempo en que Cristo Jesús, Señor Dios nuestro, vivió entre nosotros, hasta el día en que, apartándose de nosotros, subió al Cielo, se elija a uno que sea con nosotros testigo de su Resurrección*». Y a requerimiento de Pedro, los otros Apóstoles propusieron a dos de los discípulos que estuvieron con Cristo desde el principio: A José, que era llamado Barsabás, y por sobrenombre el Justo; y a Matías. Y ya propuestos estos dos candidatos, el Papa Pedro mandó a todos los presentes encomendasen a Dios cuál de ambos debería ser el elegido. Por lo que oraron así: «*Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos cuál de estos dos has escogido para que tome el puesto de este ministerio y apostolado, del cual cayó Judas Iscariote por su prevaricación, para ir al lugar de la condenación eterna por su inicua obstinación*». Y después de haber orado los del Cenáculo pidiendo que el Señor iluminara a Pedro, éste, en virtud de su Suprema Autoridad Apostólica, en presencia de todos, eligió a Matías para que ocupase el puesto vacante en el Colegio Apostólico. Después de ser elegido, este mismo día, el Apóstol Pedro, durante la celebración del Santo Sacrificio de la Misa, confirió a Matías el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado, mediante una sola imposición de sus manos sobre la cabeza del candidato, sin proferir palabra alguna. En esta solemne ceremonia, el Papa Pedro confirió también el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado al Profeta Ágabo, y a la vez nombró a éste vicesuperior general de

la Orden Esenia o Carmelitana, aunque dicho cargo estaba sometido a la autoridad de cada uno de los doce Apóstoles, y más principalmente a la autoridad del Papa Pedro, que era el Superior General de los Esenios.

3. Antes de la elección del nuevo candidato al Colegio Apostólico, si bien la Santísima Virgen María conocía cuál debería ser el nuevo Apóstol, sin embargo, encomendó aquella diligencia a Pedro, para que comenzase a ejercer en la Nueva Iglesia el oficio de Sumo Pontífice y Cabeza visible, como Vicario de Cristo. La Divina María ordenó al Apóstol Pedro que esta elección se hiciese en presencia de los Apóstoles, los discípulos, las discípulas y demás presentes en el Cenáculo, para que todos le viesen obrar como Suprema Cabeza de la Iglesia.

Capítulo III

El Papa Pedro completa el número de los setenta y dos discípulos oficiales eligiendo a otros discípulos.

La Divina María admite nuevas religiosas o discípulas suyas

1. El día 9 de mayo del año 34, tras la elección de Matías, el Papa Pedro completó los setenta y dos discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia (entiéndase estos inferiores a los Apóstoles), eligiendo a ocho discípulos, a saber: A Sidonio, y a los siete varones apostólicos llamados: Abenadar Tesifonte, Indalecio, Cecilio, Torcuato, Eufrasio, Esiquio y Segundo.

2. Ese mismo día, la Santísima Virgen María admitió como religiosas y nuevas discípulas suyas: A María, esposa de Obed; y a la mujer del Cirineo, que en su bautismo había recibido el nombre de María. El número de los religiosos presentes en el Cenáculo, en dicha fecha, sin contar a la Santísima Virgen María, fue de ciento veinticuatro personas, de las cuales ochenta y cuatro formaban la rama masculina, y cuarenta la rama femenina.

Capítulo IV

Los Apóstoles, discípulos, discípulas y fieles presentes en el Cenáculo de Jerusalén

Relación de los que estaban en torno a la Divina Madre de Jesús, en ese día 9 de mayo del año 34 tras la elección del Apóstol Matías, de los ocho nuevos discípulos y de las dos nuevas discípulas:

a) Miembros religiosos masculinos de la Orden Carmelitana:

Los doce Apóstoles: Pedro Papa, Santiago el Mayor, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Simón y Matías.

Los setenta y dos discípulos: El Profeta Ágabo; Judas Barsabás; José Barsabás, llamado el Justo; José de Arimatea; Nicodemo; Obed, padre de Marcos; Marcos, futuro evangelista; Esteban, futuro Protomártir; Ananías; José, con sobrenombre Bernabé; Aristaria; Cocharia; Saturnino; Pármenas; Tarsicio; Aristóbulo; los cuatro hermanos: Cleofás de Emaús, Jacobo de Emaús, Judas de Emaús y Jafet de Emaús; Arán; Temmení; Colaya; Aristarco; Jonás de Chipre; Nasón de Chipre; Jasón; los tres Pastores de Belén: Rubén, Isacar y Matatías; Isaí, el exposo fariseo esposo de Lea; Lázaro de Betania; Gamaliel; Abib, hijo de Gamaliel; Lucas, futuro evangelista; Simón el Leproso; Cirino de Chipre; Apeles; Lucio de Cirene; Aristión; José el Indeciso; Tomás el Titubeante; Silas; Zaqueo de Jericó; Abdeo, luego evangelizador de Edessa, hoy Turquía; Felipe; Prócoro; Nicanor; Timón; Manasés el escriba; Marcial, hijo de la viuda de Naín; Elpidio, el paralítico de Betesda; Pío, el leproso samaritano que, de los diez curados, volvió a dar gracias; Nazario, uno de los ciegos de Jericó, llamado también Bartimeo; Abelio, el otro ciego de Jericó; Asés, uno de los esposos de Gerasa; Josías, el otro exposo de Gerasa; Enoc, el hijo de la viuda del óbolo; Cusa Menahén, el régulo; Jonatán, el ciego de Betsaida; Lino, primer sucesor de Pedro en el Papado; Cleto, segundo sucesor de Pedro en el Papado; Clemente, tercer sucesor de Pedro en el Papado; Longinos, el soldado que traspasó el Delfico Costado de Cristo; Sidonio; los siete Varones Apostólicos venidos a España: Abenadar Tesifonte, Indalecio, Cecilio, Torcuato, Eufrasio, Esiquio y Segundo.

b) Miembros religiosos femeninos de la Orden Carmelitana:

Las 40 piadosas mujeres o discípulas de María: María Cleofás, Hermana de la Santísima Virgen María; María Salomé, Hermana de la Santísima Virgen María; Serapia la Verónica; las hermanas de Lázaro: María Magdalena de Betania y Marta de Betania; Seba de Nazaret; Fotina la Samaritana; Carmen, esposa del Apóstol Pedro, nombre impuesto por la Santísima Virgen María el día que ingresó como religiosa; Junia, esposa del Apóstol Mateo; Rosa, esposa del Apóstol Andrés; Sara, esposa del Apóstol Felipe; Mara, suegra del Apóstol Pedro; Ana Cleofás, madre del Apóstol Bartolomé; Juana Cusa, esposa del Régulo; Lea de Nazaret; Susana de Caná; Isabel, la viuda del óbolo; María Mercuria; Mirian, la esposa de Zaqueo; Lea, la esposa del fariseo Isaí; Salomé, hija de Jairo; Petronila, hija de Pedro Apóstol, tenida en su matrimonio antes de ser elegido por Cristo; Claudia Prócula, esposa de Poncio Pilato; las cuatro hijas del discípulo Felipe: Baruca, Abigaíl, Jonasa y Lidia; María, madre de Marcos Evangelista; Justa la Cananea; Berenice, hija de la Cananea; Venusia, la mujer encorvada de Betania; Rosa; Licinia, la mujer adúltera convertida; Maroni, la viuda de Naín; María, la esposa de Simón Cirineo; Eneuá la hemorroisa; Tabita; Jacobina, la mujer hidrópica de Chipre; las hermanas de Claudia Prócula: Flora y Nora.

c) Miembros terciarios de la Orden Carmelitana:

Entre el buen número de terciarios de la Orden Carmelitana que se encontraban en el Cenáculo, estaban: Jairo y su esposa Lucía, padres de la religiosa Salomé, la cual fue resucitada por Cristo; Simón Cirineo y sus dos hijos Alejandro y Rufo; las diecisiete compasivas mujeres que plañan y lloraban tras Jesús cargado con la Cruz al Hombro, cuyos nombres son: Raquel, Mara, Mirian, Clavelia, Sara, María, Marta, Raquel, Ana, Susana, Venusia, Raquel, Lía, Marta, Débora, Ana y María.

Capítulo V

Venida apoteósica del Espíritu Santo en el Cenáculo

1. El Domingo 15 de mayo del año 34, tuvo lugar la Venida del Espíritu Santo en el Cenáculo de Jerusalén, en donde se hallaban reunidos, en torno a la Divina María, los doce Apóstoles, los setenta y dos discípulos, las cuarenta piadosas mujeres o discípulas de María, y un buen número de fieles terciarios de la Orden Carmelitana. Y para participar, también, en tan magno acontecimiento, se trasladaron, desde el Planeta de María al Cenáculo, los Apóstoles planetarios Elías, Enoc y Moisés, siendo visibles a todos los que se hallaban allí reunidos.

2. Como la Santísima Virgen María conocía el día y la hora de la Venida del Espíritu Santo, procuró que todos sus hijos estuviesen debidamente preparados. Para lo cual, Ella dijo al Papa Pedro que, a las 8h. de la mañana de aquel memorable Domingo de Pentecostés, celebrase el Santo Sacrificio de la Misa en la sala del Cenáculo en que había sido la Última Cena del Señor, lugar que estaba convertido ahora en Capilla.

3. Una vez terminado este culto, viendo María Santísima que era llegada la hora del Pentecostés, se sentó en el centro de la sagrada sala mirando hacia el Sagrario, rodeada, a un lado y a otro, de los Apóstoles, los discípulos, las discípulas y los fieles terciarios. Y cuando estaban todos unánimes en oración en aquel lugar en torno a la Divina Señora, a las 9h. en punto de la mañana de aquel glorioso Domingo 15 de mayo del año 34, se oyó en el aire un gran trueno de espantoso sonido y un viento o espíritu vehemente con gran resplandor como de relámpago de fuego; y todo se encaminó a la casa del Cenáculo llenándola de luz. Y se derramó el Espíritu Santo, como Divinísimo Fuego, sobre aquella santa congregación, apareciéndose y reposando, sobre la cabeza de cada uno de los presentes, una Lengua del mismo Fuego, quedando todos ellos llenos del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, fueron arrebatados en visión beatífica y pudieron contemplar, durante siete segundos, los misterios trinitarios. Con el Pentecostés, todos los congregados en el Cenáculo de Jerusalén recibieron la gracia que corresponde al Sacramento de la Confirmación, incluso la plenitud del desposorio jurídico común, de derecho divino, indisoluble y eterno, que es propiamente el carácter indeleble del Sacramento de la Confirmación. Entre los otros múltiples dones sobrenaturales recibidos, estuvo el de la gracia de la confirmación en la Fe y el don de lenguas.

4. El gran trueno y viento vehemente, acompañado de convulsiones de fuego, se había originado en lo alto del firmamento, y luego había descendido de súbito a la casa del Cenáculo, que quedó envuelto, y a la vez penetrado, de esta prodigiosa manifestación del Paráclito. Y como en la ciudad de Jerusalén, además de sus moradores, se hallaban numerosos peregrinos que habían venido con motivo de la fiesta del Pentecostés judío, cuando oyeron el estruendo y vieron el torbellino de viento y fuego que, desde lo alto, se precipitaba rugiente hacia un determinado lugar de la ciudad, que era donde estaba la casa del Cenáculo, se encaminaron prestos adonde se había dirigido aquel fenómeno, al mismo tiempo que lo iban comunicando a otros. Una vez delante de la Santa Casa, vieron cómo estaba envuelta en flamígeros resplandores; que, lejos de infundir temor, producían irresistible y suave atracción.

5. A las diez de la mañana de aquel Domingo de Pentecostés, volvieron a su misión planetaria, los Profetas Elías, Enoc y Moisés, para dar allí testimonio de todo lo ocurrido.

Capítulo VI

Asombro de la multitud concurrente

Como el Papa Pedro se diera cuenta de la multitud de gente que se había congregado delante del Cenáculo, salieron él y los demás Apóstoles para dar valiente testimonio de Cristo. Y aquella multitud quedó pasmada porque veían una Lengua de Fuego en la cabeza de cada uno y les oían hablar en distintas lenguas; pues, los Apóstoles hablaban en arameo, y milagrosamente, los que no sabían esta lengua, los entendían en la que era propia de su nación. Pero, lo que más causó honda impresión en aquella multitud, fue la sobrenatural sabiduría brotada de los labios de los Apóstoles. He aquí que, la gran mayoría de los que se habían congregado delante del Cenáculo, maravillados decían: *«¿Por ventura estos que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que los oímos cada uno de nosotros hablar en nuestra lengua nativa?; pues aquí hay partos, medos, elamitas, de Mesopotamia, de Capadocia, de Ponto, de Frigia, de Panfilia, de Egipto, de Libia, de Roma, de Creta, de Arabia, de Israel... Y vemos que, tanto los judíos de origen como los prosélitos, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las maravillas de Dios»*. Y se pasmaban y maravillaban diciendo unos a otros: *«¡Qué significa todo esto!»* Mas, como también hubiera entremezclados entre aquella muchedumbre un buen número de miembros del sanedrín y otros muchos pérfidos judíos, burlándose de los Apóstoles, decían: *«Estos, sin duda, están borrachos»*, tratando así de desvirtuar aquellos hechos prodigiosos que avalaban la obra evangélica del Mesías, a Quien ellos habían crucificado con el fin de desterrar su nombre y su doctrina.

Capítulo VII

Sermón del Papa Pedro

1. Entonces, viendo Pedro que crecía el alboroto de los enemigos de Cristo, con el consiguiente riesgo de que se apagaran los efectos sobrenaturales del Espíritu Santo en no pocos de aquel gran auditorio, decidió él solo, imponiendo su autoridad, pronunciar como Papa y Cabeza visible de la Iglesia, su primer sermón público en Jerusalén, para lo cual los otros Apóstoles se reunieron en torno de él. He aquí que el Apóstol Pedro habló así a la muchedumbre: *«¡Oh, vosotros, todos los que os habéis congregado aquí, a la vista de tan portentosas señales del Cielo! Estad muy atentos a lo que voy a deciros. Nosotros no estamos embriagados, como algunos de vosotros decís, ni es la hora más apropiada para una comida que dé lugar a exceso de bebida»*.

2. Y siguió diciendo Pedro: «Y acerca de los prodigios que estáis presenciando, os traigo a la memoria lo vaticinado por el Profeta Joel para estos tiempos y para los tiempos postreros: 'Esto dice el Señor Dios de los Ejércitos: "Yo derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas. Vuestros ancianos tendrán sueños proféticos, y vuestros jóvenes tendrán visiones. Sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días; y haré prodigios en el cielo y en la Tierra; y habrá sangre y fuego y torbellinos de humo. El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre, antes que llegue el grande y espantoso día en que Yo venga como Supremo Juez. Y sucederá que, cualquiera que invocare mi Nombre, será salvo; porque en mi Iglesia hallarán la salvación los residuos del pueblo fiel que Yo habré congregado en torno mío"».

3. «¡Oh, hijos de Israel!, escuchadme con mucha atención: A Jesús Nazareno que, además de ser Hombre, ha acreditado a vuestros ojos ser el mismo Dios por su santidad de vida, por la sublime doctrina que os ha enseñado, y por los milagros y demás maravillas que ha hecho entre vosotros, como todos sabéis: A este Jesús, dejado a vuestro arbitrio por decreto del Padre Eterno, vosotros le habéis matado clavándole en la Cruz por manos malvadas. Pero he aquí que Él, en virtud del poder divino que posee, ha roto las ataduras de su muerte, y ha resucitado, por cuanto no era posible fuera dominado por ella. Porque ya el mismo David dijo de Jesús: 'Tengo siempre presente al Señor delante de mí. Él está a mi diestra para sostenerme. Por eso se regocija mi corazón, y prorrumpe en cánticos alegres mi lengua. Y hasta mi carne descansará con la esperanza de la resurrección; en virtud de que, Cristo, mi Salvador, resucitará el primero de entre los muertos, según Él mismo ha dicho al Padre: "No dejarás mi Alma mucho tiempo en la gloria celestial, separada de mi Cuerpo, ni permitirás que el Cuerpo de tu Santo vea la corrupción". ¡Oh Cristo, Salvador mío!, me hiciste conocer los caminos de la vida eterna, en donde me llenarás de alegría con tu Rostro, y me deleitaré para siempre a tu diestra'».

4. Y siguió diciendo Pedro: «¡Oh, todos los que me escucháis!, permitidme que os diga con entera libertad y sin el menor recelo: El Profeta David murió y fue sepultado, y el lugar de su sepulcro se conserva entre nosotros hasta el día de hoy. Y como era Profeta, además de que Dios le había prometido con juramento que Cristo, de su descendencia, se sentaría en su trono, sabía que iba a resucitar, pues su Cuerpo no sería detenido en el sepulcro ni su Carne sufriría corrupción. Este Jesús, verdadero Dios y verdadero Hombre, es el que ha resucitado en virtud de su poder divino, de lo cual somos testigos todos nosotros. Exaltado, pues, a la diestra de Dios, y recibida del Padre la Promesa del Espíritu Santo, le ha derramado sobre nosotros del modo que lo estáis viendo y oyendo. Porque el mismo David dejó escrito: 'Dijo el Señor Dios al Mesías mi Señor: "Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies". ¡Oh Cristo! De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder: Impera Tú en medio de tus enemigos. Tú ostentas el principado sobre toda obra, ya que tu Divinísima Alma ha sido creada con plenitud de santidad antes de que existiera cosa alguna. Juró el Señor irrevocablemente, al ungir a su Hijo el Mesías, diciendo: "Tú eres Sacerdote Eterno según el Orden de Melquisedec". Tu Ungido, oh mi Dios y Señor, está a tu diestra: Él quebrantará en el día de su Ira el orgullo de los poderosos, juzgará a las naciones, desterrará para siempre la impiedad y castigará las cabezas erguidas con sentencia de condenación. Del torrente beberá en el camino, por lo cual Dios ensalzará su Cabeza'. Por tanto, sepa certísimamente todo el Pueblo de Israel que Dios, al principio del mundo, hizo Señor y Cristo a este Jesús en cuanto Hombre, a Quien vosotros crucificasteis».

Capítulo VIII **Conversión de muchos**

1. Las inspiradísimas palabras del Papa Pedro, causaron tan honda impresión en muchos de los congregados delante del Cenáculo que, compungidos de corazón, dijeron a Pedro y a los otros Apóstoles: «Varones hermanos, ¿qué es lo que debemos hacer?» A lo que Pedro les respondió: «Arrepentíos, y sea bautizado cada uno con el Bautismo instituido por Nuestro Señor Jesucristo, para la remisión de los pecados, y recibiréis el Don del Espíritu Santo, porque esta promesa es para vosotros, para vuestros hijos, y para todos los que deseen salvarse, pues a todos llama el Señor Dios nuestro». Al anunciarles que recibirían el Don del Espíritu Santo, el Apóstol se refería: A la recepción de la Gracia Santificante, mediante el Sacramento del Bautismo; al aumento de la misma, mediante el Sacramento de la Confirmación; y, además, que se verían favorecidos con extraordinarios carismas del Paráclito. Con otros muchos razonamientos, el Papa Pedro dio también firme testimonio de la Fe en Nuestro Señor Jesucristo a aquellos numerosos conversos, que eran más de tres mil. Además, les previno de la iglesia apóstata judía diciéndoles: «Libraos de esta generación depravada»; y les anunció que, antes de ser bautizados, deberían hacer pública abjuración del judaísmo.

2. Seguidamente, a ruegos del Apóstol Pedro, la Divina María, saliendo a la puerta del Cenáculo de Jerusalén, dirigió a aquel grupo numeroso de conversos las siguientes palabras de aliento y consuelo, que cada uno oía en su propia lengua: «Dad gracias y alabad de todo corazón al omnipotente Dios, porque, de entre los demás hombres, os ha traído y llamado al camino verdadero de la eterna vida con la noticia de la Santa Fe. Estad firmes en ella para confesarla de todo corazón; y para oír, creer y practicar todo lo que contiene la ley de gracia, como lo ordenó y enseñó su verdadero Maestro Jesús, mi Hijo y vuestro Redentor; y para oír y obedecer a sus Apóstoles que os enseñarán y catequizarán. Por el Bautismo seréis señalados con la señal y carácter de hijos del Altísimo».

3. En aquel día de Pentecostés, 15 de mayo del año 34, después de que la Santísima Virgen María exhortara maternalmente a los más de tres mil catecúmenos, estos se dirigieron con los doce Apóstoles y un buen número de discípulos, al cercano torrente Hinón, en donde fueron más adoctrinados por Pedro en los puntos fundamentales de la Ley Evangélica; y, una vez que todos ellos abjuraron de sus errores y profesaron con gran

vehemencia la Fe en Cristo, les fue administrado el Sacramento del Bautismo por los doce Apóstoles; quienes lo hicieron mediante la forma de infusión, siempre usada por Cristo; es decir, que, a la vez que cada Apóstol iba pronunciando la fórmula: «Yo te bautizo en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo», derramaba sobre la cabeza de su neófito el agua bautismal, siendo bautizados uno tras otro. Seguidamente, los nuevos cristianos recibieron de los Apóstoles el Sacramento de la Confirmación; para lo cual estos imponían su mano derecha sobre cada cabeza de aquéllos, a la vez que les ungían en la frente con el Santo Crisma mediante el signo de la cruz. Un buen número de estos más de tres mil neófitos eran varones religiosos esenios que vivían en otros países y que no habían tenido la oportunidad de bautizarse antes, al no haberles sido posible tener contacto con Cristo. Muchos de los conversos, ya bautizados y confirmados, retornaron a sus países sumamente fortalecidos por el Paráclito para formar allí nuevas comunidades cristianas, las cuales luego serían visitadas por los Apóstoles; si bien un buen número, tanto de hombres como de mujeres, no quisieron abandonar Jerusalén, para no separarse de la Divina Madre de Jesús y de los que con Ella vivían en el Cenáculo, habitado por religiosos de ambos sexos, debidamente separados. Y, como aquellos esenios célibes que se habían convertido, se integraron en las comunidades religiosas cristianas, fue necesario organizar nuevas casas conventuales: La casa que Lázaro tenía en Betania, así como la de Jerusalén, fueron habitadas por frailes; y la casa de Simón el Leproso en Betania y la de Obed en Betfagé, fueron habitadas por monjas. Mas, los no llamados a la vida religiosa, vivían aparte su vida de familia. Dentro de esas comunidades religiosas carmelitanas, además de los setenta y dos discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia, estaban los otros nuevos miembros varones que también eran considerados como discípulos; a diferencia de los seculares, que se les conocía como fieles terciarios. Este mismo día de Pentecostés, 15 de mayo del año 34, por la tarde, el Papa Pedro, para cumplir con el mandato de Cristo, en presencia de los otros Apóstoles, discípulos y demás reunidos en el Cenáculo, impuso a toda la Iglesia la obligatoriedad del Sacramento de la Penitencia para el perdón de los pecados mortales, tal y como Cristo lo había instituido el Domingo de Resurrección. Uno de los que se convirtieron el día de Pentecostés al ver sobre las cabezas de los Apóstoles las Lenguas de Fuego, fue Geroncio, judío sefardita, natural de Itálica, en la provincia de Sevilla, España, al que el Papa Pedro bautizó y también admitió en la Orden Carmelitana en calidad de religioso el mismo día de Pentecostés en Jerusalén. Geroncio recibiría más tarde, en una única imposición de manos del Papa Pedro, el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado; mas, no llegó a ser uno de los setenta y dos discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia.

Capítulo IX

Vida ejemplarmente evangélica de aquellos primeros cristianos

1. Los miembros de las dos comunidades religiosas carmelitanas observaban con sumo celo los consejos evangélicos, y los fieles terciarios eran fervorosos y sumisos a la Iglesia. La gran mayoría perseveraban en la Fe, eran observantes en las enseñanzas apostólicas y acudían al Santo Sacrificio de la Misa que los Apóstoles celebraban en el Cenáculo de Jerusalén, que fue el primer Templo de la cristiandad; si bien, también celebraban la Santa Misa en las capillas de las comunidades de religiosos y de religiosas, y en algunas de las casas particulares de los fieles terciarios, para que, de esta manera, les fuera a todos más fácil la asistencia a la Santa Misa y la recepción del Sacramento de la Eucaristía, el cual recibían con alegría y sencillez de corazón. La capilla más frecuentada por los fieles era la del Cenáculo, en donde perseveraban unánimes en oración. En el Cenáculo, todos los días había culto divino, así como catequesis a los neófitos por parte de los discípulos y de las discípulas.

2. Aquellos primeros fieles terciarios cristianos vivían unidos entre sí, y tenían todos sus bienes en común. Generosamente vendían sus posesiones y demás bienes, y el importe de la venta lo entregaban a la Iglesia para que Ésta lo repartiese entre todos según la necesidad de cada uno. Se multiplicaba cada día el número de los creyentes, cuyo fervor en la Fe y caridad eran tan ardientes, que muchos comenzaron a imitar la pobreza de Cristo, despreciando las riquezas y haciendas propias, ofreciendo cuanto tenían a los pies de los Apóstoles, sin reservar ni reconocer cosa alguna por suya. Todas las hacían comunes para los fieles, y todos querían desembarazarse del peligro de las riquezas y vivir en pobreza, sinceridad, humildad y oración continua, sin admitir otro cuidado más que el de la salvación eterna, ya que todos se reputaban por hermanos e hijos de un Padre que está en los Cielos. Era, pues, laudable la actitud generosa de muchas de aquellas primeras familias cristianas terciarias que, sin estar consagradas a la vida religiosa, ni obligadas por lo tanto con el voto de pobreza, renunciaban a no pocas de sus legítimas propiedades para ponerlas a los pies de la Iglesia en beneficio común de todos sus miembros. Mas, dicho desasimiento de los bienes propios, era siempre motivado por la generosidad de los fieles, y no por imposición alguna por parte de la Jerarquía de la Iglesia; la cual es la primera que respeta y defiende la propiedad privada al ser un derecho natural del hombre. Por eso, el desprendimiento de muchos de aquellos primeros fieles cristianos era de altísimo valor meritorio, ya que heroicamente llevaban a la práctica el sublime consejo de Cristo sobre la pobreza de espíritu, lo cual no sólo implicaba voluntario y generoso desapego de las cosas materiales para dedicarse a las espirituales, sino incluso la renuncia a legítimos derechos. Además, la actitud magnánima de aquellos primeros cristianos, era fiel testimonio de su confianza en la Divina Providencia, que jamás desampara a quien practica las obras de misericordia. Aquellos primeros cristianos, por sus virtudes, se ganaban la estima y admiración de no pocos moradores de Jerusalén, con grandes frutos de conversiones y el consiguiente aumento de los fieles de la Iglesia.

3. Aquellos primeros cristianos profesaban un gran amor a los Apóstoles, y sentían por ellos un profundo respeto, no sólo por la doctrina que enseñaban, sino también por los muchos milagros y señales prodigiosas que estos hacían. Con la Venida del Espíritu Santo, los Apóstoles quedaron firmemente preparados para predicar el

Evangelio por todo el mundo; a cuya misión salieron algún tiempo después; obrando el Señor, a través de ellos, y confirmando con muchos milagros la doctrina que enseñaban.

Capítulo X **Curación del tullido de nacimiento**

1. Con el prodigioso Pentecostés, los doce Apóstoles y demás reunidos en el Cenáculo, quedaron confirmados en la Fe, y así preservados para siempre del pecado de apostasía; y, como consecuencia, les quedó garantizada la perseverancia final o salvación eterna. Mas, el privilegio de la confirmación en la Fe no debe confundirse con el de la confirmación en Gracia, ya que, en virtud de ésta, se goza también de la impecancia.

2. Los Apóstoles, sumamente fortalecidos por el Espíritu Santo, comenzaron a dar valiente testimonio de Cristo por toda la ciudad de Jerusalén; y, aunque bien sabían que los únicos lugares del verdadero culto a Dios eran la capilla del Cenáculo, las de los otros conventos y las casas de los fieles cristianos, sin embargo, solían frecuentar uno de los pórticos del templo de Jerusalén, sin que penetrasen más adentro, dado que su único fin era el de predicar el Evangelio; pues, con la Muerte de Cristo, dicho edificio, por muy suntuoso que fuera, había quedado convertido en casa de Satanás. Sin embargo, allí es donde con más facilidad los Apóstoles podían dirigir la palabra a los muchos judíos que se congregaban, sobre todo en los momentos de las oraciones públicas que había a la hora tercia y a la hora nona, con motivo de que, tanto en una como en otra, se seguía sacrificando el cordero de la mañana y el de la tarde, prescrito en la Ley de Moisés, aunque inválidamente.

3. El Papa Pedro y el Apóstol Juan solían subir al Pórtico del templo judío a la hora de oración de nona, con el único fin de hacer apostolado, y no para tomar parte alguna en los cultos judíos. En uno de esos días, sábado 21 de mayo del año 34, cuando llegaron Pedro y Juan, se hallaba delante de la Puerta Dorada del templo un hombre llamado Elías, que era inválido desde el vientre de su madre, y que era llevado por sus familiares diariamente para que pidiese limosna a los que entraban en él. Cuando el inválido vio que los dos Apóstoles iban a entrar en el Pórtico de Salomón, les rogó que le diesen limosna. Pedro, entonces, fijando con Juan la vista en él, le dijo: «*Míranos*». Y el inválido les miró con atención esperando recibir de ellos alguna limosna. Y Pedro le dijo: «*No tengo oro ni plata, pero lo que tengo, esto te doy: En el Nombre de Jesucristo Nazareno, levántate, y anda*». Y tomándole con la mano derecha, le levantó y al instante se le consolidaron sus piernas y sus pies; de manera que, dando un salto, se puso en pie y echó a andar, y entró con ellos en el Pórtico del templo andando y saltando, y alabando a Dios. Elías se convirtió, pues, a la Fe de Cristo y fue bautizado después por el Apóstol Pedro.

4. La mucha gente que allí se hallaba, como sabía que el hombre sanado era el mismo que se sentaba a la Puerta Dorada del templo a pedir limosna, cuando le vieron andando y loando a Dios, quedaron llenos de espanto, y fuera de sí, con tan milagroso suceso, haciéndose notorio dentro del templo y por la ciudad de Jerusalén.

Capítulo XI **Sermón del Papa Pedro en el Pórtico de Salomón**

Y como Elías estuviera asido a Pedro y a Juan, ya que no quería separarse de sus benefactores, muchos de los del pueblo que se hallaban en el templo judío, y otros muchos de la ciudad, vinieron corriendo al lugar en donde estaban los tres, que era el Pórtico de Salomón. Y viendo esto Pedro, dijo así a los congregados: «*¡Oh, hijos de Israel!, ¿por qué os maravilláis de esto? ¿Y por qué nos estáis mirando a nosotros como si por nuestra virtud o poder hubiéramos hecho andar a este hombre que estaba tullido? Con este milagro, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo Jesús, a Quien vosotros habéis entregado y negado ante el tribunal de Pilato, cuando juzgaba éste que debía ser puesto en libertad. Vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se hiciera gracia al homicida Barrabás. Vosotros disteis muerte a Jesús, el Autor de la vida; pero Él, que, además de ser verdadero Hombre, es verdadero Dios, por su infinito poder resucitó de entre los muertos; y nosotros somos testigos de su Resurrección. Por la Fe en el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a ese que vosotros habéis visto y conocido cuando era tullido, le fue confirmado que el Nombre de Jesús es Todopoderoso; pues, por la Fe que de Jesús nos ha venido, le ha sido dada al enfermo entera curación, como a la vista de todos está. Lo cual es prueba de que Jesús es el verdadero Dios, Quien se ha valido de mí como instrumento suyo. Y ahora os digo que, si bien al matar a Jesús, el Hijo de Dios, tanto vosotros como vuestros Pontífices, no ignorabais la gravedad de vuestro delito ni su nefasta consecuencia eterna, sin embargo, no fuisteis capaces de valorarlo en la suma intensidad de su gravedad y trascendencia eterna. Y por esta razón, el mismo Jesús, en la Cruz, dijo de vosotros: 'Padre, perdónales porque no saben lo que hacen'. El Dios eterno ya tenía anunciado mucho antes, por boca de los Profetas, la Pasión de su Cristo, y así se ha cumplido. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que vuestros pecados os sean perdonados; a fin de que, cuando vinieren los tiempos en que Jesucristo, que a vosotros os fue predicado, venga a juzgaros, podáis gozar del refrigerio de la Bienaventuranza eterna. Mas, está en el plan divino, que Jesucristo rija desde el Cielo su Iglesia por medio de la Piedra sobre la cual está edificada la misma hasta que llegue el tiempo en que venga glorioso a restaurar todas las cosas, lo cual, desde muy antiguo, fue vaticinado por Dios por boca de los Santos Profetas*». O sea, que el Apóstol Pedro dice a los judíos que era necesario que Jesucristo, Cabeza Invisible de la Iglesia, rigiera a ésta desde el Cielo a través de la Cabeza Visible, o sea el Papa, su legítimo Vicario en la Tierra, hasta que Él volviera para la implantación del Reino Mesianico. Y siguió diciendo Pedro: «*Acerca de este Jesús, el Mesías, Dios vaticinó diciendo a Moisés: 'Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti; y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que Yo le mandare'. Muchos de los Profetas anunciaron estos días. Vosotros, si reconocéis a Jesús como el Mesías Prometido, volveréis a tomar*

parte en la Alianza que Dios estableció con nuestros padres, cuando dijo a Abrahán: 'En un Descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la Tierra'. Dios, encarnando a su Hijo, os lo ha enviado primero a vosotros para que os bendiga, a fin de que cada uno se aparte de su maldad. Por tanto, vosotros que habéis rechazado a Cristo, no despreciéis ahora la nueva oportunidad de salvación que Él os da a través de mi, su Vicario en la Tierra, y de los demás Apóstoles». El milagro de la curación del tullido de nacimiento y la predicación de Pedro en el Pórtico de Salomón, atrajo a la verdadera Fe a un buen número de los presentes, pues fueron cinco mil, entre hombres, mujeres y niños, los que creyeron en Jesucristo y en su Iglesia y fueron bautizados después por los Apóstoles.

Capítulo XII

Primera persecución contra la Iglesia naciente. Los Apóstoles Pedro y Juan son prendidos, encarcelados y juzgados por el sanedrín

1. Terminado el Apóstol Pedro su sermón, tanto él como el Apóstol Juan, permanecieron en el Pórtico de Salomón enseñando a la muchedumbre allí congregada. Y cuando ellos estaban hablando al pueblo, sobrevinieron algunos príncipes de los sacerdotes de la secta de los saduceos, con el magistrado del templo, indignados de que Pedro y Juan enseñasen al pueblo y de que predicasen en la persona de Jesús la resurrección de los muertos; por lo que, habiéndose apoderado de los dos Apóstoles, les metieron hasta el día siguiente en la cárcel del palacio del sumo pontífice Caifás, porque ya era tarde para ser juzgados ese día. Esta cárcel había sido la prisión de Cristo antes de ser juzgado públicamente. Dicha actuación de aquellos miembros del sanedrín, fue sin ningún impedimento de parte de las autoridades romanas, máxime que Pilato se hallaba entonces en su residencia oficial de Cesarea Marítima.

2. Al día siguiente, 22 de mayo de aquel año 34, se juntaron en Jerusalén los Pontífices Caifás y Anás, y el sanedrín en pleno, incluidos los inicuos hijos de Caifás: Juan y Alejandro, los cuales habían cubierto las vacantes dejadas por Nicodemo y José de Arimatea. Anás, que había fundado la masonería, era el cerebro maléfico de los perversos planes del sanedrín; sin embargo, el malvado Caifás era oficialmente el sumo pontífice y máxima autoridad de la iglesia judía apóstata. Aunque la sala oficial del consejo sanedrítico se hallaba dentro del templo de Jerusalén, no obstante, en distintas ocasiones solían reunirse en otros lugares, muy especialmente en el Palacio de Anás y Caifás, como sucedió en el juicio eclesiástico de Cristo, y ahora con los Apóstoles Pedro y Juan.

3. Cuando los Apóstoles Pedro y Juan, se hallaban ante los Pontífices Caifás y Anás, y el consejo sanedrítico, les preguntaron: «¿Con qué poder, o en nombre de quién habéis hecho vosotros esto?» Entonces, el Papa Pedro, lleno del Espíritu Santo, con gran firmeza, les dijo, entre otras cosas: «Príncipes del pueblo, escuchad: Puesto que hoy se nos pide razón del beneficio hecho a un hombre inválido, y por virtud de Quien éste ha sido sanado, declaramos a todos vosotros y a todo el Pueblo de Israel, que la curación se ha hecho en nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, a Quien vosotros crucificasteis y que al tercer día resucitó por su mismo Poder Divino. Por virtud de Él está, pues, sano ese hombre. Este Jesús Nazareno, es la piedra desechada por vosotros, los constructores, y que ha sido puesta por cabeza del ángulo. Sólo en Él está la salvación, y no en ningún otro; pues, no ha sido dado a los hombres otro Nombre debajo del cielo por el cual debemos salvarnos, sino sólo el de Jesús». Terminado de hablar Pedro, aquellos inicuos jueces preguntaron a Juan, y éste, también con gran firmeza y sabias razones, defendió la causa de Cristo.

4. Viendo Caifás, Anás y los miembros del sanedrín la valentía y fortaleza de Pedro y Juan, como les consideraban hombres sin estudio y del pueblo sencillo, y además sabían que eran de los discípulos de Jesús, quedaron maravillados de la firmeza, extraña sabiduría y elocuencia con que ambos se expresaban. Dichos satánicos judíos quedaron aún más confundidos cuando vieron que el inválido sanado por Pedro se presentó ante ellos y se puso junto a los dos Apóstoles, dando así público testimonio de la maravilla del milagro que se había obrado con él en el Nombre de Jesús. Y como ante la evidencia del milagro, no se atrevieran a decir nada en contra, mandaron que los Apóstoles Pedro y Juan salieran del lugar del consejo sanedrítico. Y una vez fuera, Caifás, Anás y los miembros del sanedrín comenzaron a deliberar entre sí, diciendo: «¿Qué haremos con estos hombres?, pues han hecho un milagro notorio a cuantos moran en Jerusalén, y es tan patente que no lo podemos negar. Pero, a fin de que no se divulgue más en el pueblo, amenacémosles para que, de aquí en adelante, no hablen más a hombre alguno en el Nombre de Jesús». Y luego, llamando a Pedro y a Juan, les intimaron para que nunca más hablasen ni enseñasen en el Nombre de Jesús. Mas, Pedro respondió a esto diciéndoles: «Juzgad vosotros si es justo delante de Dios el obedeceros a vosotros antes que a Él; porque nosotros no podemos dejar de hablar las cosas que hemos visto y oído. Y, además, vosotros, Caifás, Anás y miembros del sanedrín, no tenéis ya ninguna autoridad sobre el verdadero Pueblo de Dios, pues yo soy la máxima autoridad del verdadero Pueblo de Dios o Iglesia de Jesucristo a Quien vosotros matasteis»; y entonces, Juan, con valentía, ratificó lo dicho por Pedro, diciendo: «Amén»; es decir, que Pedro y Juan, fortalecidos por el Espíritu Santo, dejaron el fiel testimonio para la posteridad, de que siempre se debía obedecer a Dios antes que a los hombres.

Capítulo XIII

Pedro y Juan vuelven al Cenáculo

Ese mismo día 22 de mayo del año 34, los dos Apóstoles Pedro y Juan, una vez puestos en libertad por el sanedrín, volvieron al Cenáculo, y contaron a los suyos lo que les había acaecido. Entonces, los miembros de las dos comunidades religiosas, así como los fieles terciarios que allí se hallaban, impulsados por la Santísima Virgen María, alzaron unánimes sus voces a Dios para cantar sus eternas alabanzas, diciendo: «¡Oh, Señor, Tú eres el

que hiciste el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto en ellos se contiene! Tú, por el Espíritu Santo, dijiste por boca de David, tu siervo: '¿Por qué se rebelan los malvados contra Dios, y las naciones impías trazan contra Él planes subversivos? Muchos reyes de la Tierra se han coaligado con los príncipes infernales para luchar contra Dios y contra su Ungido, diciendo: Despreciemos su Autoridad y sacudamos de nosotros el yugo de su Ley'. Porque, verdaderamente, contra tu Santo Hijo Jesús, al que ungeste, se ligaron a una en esta ciudad los Pontífices Anás, Caifás, el sanedrín, el rey Herodes Antipas, el Procurador Poncio Pilato y la gran mayoría de los del Pueblo de Israel. Todos ellos, con su inicuo proceder, llevaron a cabo lo decretado por Ti acerca de la Pasión de Jesús, el Cristo. Ahora, pues, Señor, mira sus amenazas y da a tus siervos el predicar con toda libertad tu palabra, extendiendo tu mano para hacer curaciones, prodigios y portentos en el Nombre de tu Santo Hijo Jesús». Y acabada esta oración, tembló el lugar en donde estaban congregados, y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y anunciaban la palabra de Dios con firmeza. O sea, que otra vez el Espíritu Santo se manifestó a ellos, aunque en mucho menor grado, y con este nuevo impulso del Paráclito, predicaban el Evangelio con más vehemencia.

Capítulo XIV

El voto de pobreza en las comunidades religiosas. Castigo de Ananías y Safira

1. Los numerosos fieles cristianos tenían un mismo corazón y una misma alma. No había entre ellos quien considerase como suyo lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común. Por eso no había entre ellos persona necesitada, pues todos los que tenían posesiones o casas, vendiéndolas traían el importe recibido y lo ponían a los pies de los Apóstoles, y era distribuido según la necesidad de cada uno.

2. Ese generoso proceder, si bien no era obligatorio para los terciarios carmelitas, sí lo era para los miembros religiosos de ambas comunidades, como fue el caso del discípulo José, natural de Chipre, por sobrenombre Bernabé. Como éste era religioso, vendió un campo que había heredado recientemente, y entregó a los Apóstoles todo el precio de la venta. He aquí un ejemplo de la obligación que tenían los miembros de ambas comunidades religiosas carmelitas, de no poseer bienes propios, en virtud del voto de pobreza; el cual, junto con el de obediencia y el de castidad, constituían ya entonces la base esencial de la vida religiosa.

3. Entre los fieles cristianos terciarios se hallaba el matrimonio Ananías y Safira, los cuales, siendo aún jóvenes, habían tomado la decisión, por voluntad propia, de separarse para ingresar en las respectivas comunidades religiosas. Y como esta excelsa consagración a Dios exigía a cada uno de sus miembros, en virtud del voto de pobreza en el momento de emitirlo a perpetuidad, desprenderse de toda propiedad, ambos, antes de que ingresasen en sus conventos, vendieron un campo que poseían, para entregar el dinero a los Apóstoles. Mas, tentados de avaricia, marido y mujer decidieron de mutuo acuerdo guardarse secretamente una parte del precio de la venta, por lo que entregaron la otra parte a los Apóstoles, diciendo a Pedro que la porción que entregaban era el importe total recibido por la venta del campo. Y sucedió que cuando Ananías llegó primero al Cenáculo para ingresar como religioso, Pedro, que, iluminado por el Espíritu Santo, sabía del engaño tramado por ambos cónyuges, dijo a Ananías: «¿Por qué te has dejado llevar de la tentación de Satanás, el cual se ha apoderado de tu corazón, y tratas de engañar al Espíritu Santo reteniendo para ti una parte del precio del campo? ¿Acaso alguien te ha obligado a entrar en la vida religiosa? ¿No es verdad que, siguiendo como fiel terciario, podías haberlo conservado para ti y, aunque lo hubieses vendido, el precio total hubiera quedado a tu disposición? E, incluso, como religioso, hubieras podido reservarte el campo, o el precio total o parcial del mismo, hasta el momento en que hicieses tus tres votos perpetuos. ¿Pues, por qué fin has urdido en tu corazón esta trampa? No has mentado a los hombres, sino a Dios». Ananías, luego que oyó estas palabras, cayó en tierra y expiró. Entonces, los enterradores sacaron su cadáver y le dieron sepultura.

4. Y he aquí que, al cabo de tres horas, llegó Safira al Cenáculo para ingresar como religiosa, ignorante de lo que había acaecido a su esposo. Y la dijo Pedro: «Dime, mujer: ¿Vendisteis vuestro campo por el importe que habéis entregado a la Iglesia?» Y ella respondió: «Sí, por ese importe». Y la dijo Pedro: «¿Por qué os habéis concertado para tentar al Espíritu Santo? ¿Acaso te obliga alguien a que entres en la vida religiosa? Bien sabes que, tanto tu esposo como tú, como fieles terciarios, podíais conservar el campo o todo el dinero del importe de la venta. E, incluso, como religiosos, hubierais podido reservar el campo, o el precio total o parcial del mismo, hasta el momento en que hiciéseis los tres votos perpetuos. He aquí a la puerta los que han enterrado a tu marido, y ellos mismos te llevarán a enterrar». Al momento, la mujer cayó en tierra y expiró. Entonces, los enterradores sacaron su cadáver y la dieron sepultura con su marido. Por este lamentable suceso de Ananías y Safira, sobrevino un gran temor en todos los miembros de la Iglesia y en cuantos oían tales cosas, quedando de manera categórica y manifiesta, en las conciencias de los hijos de la Iglesia, la Suprema Autoridad del Papa.

Capítulo XV

Intensa predicación de los Apóstoles. Sus milagrosas actuaciones y la fecundidad de su apostolado

1. Los Apóstoles, con gran valor, daban testimonio de la resurrección de Jesucristo, Señor Dios Nuestro, y hacían muchos milagros y prodigios ante el pueblo. En los fieles cristianos resplandecía la Gracia.

2. El Papa Pedro y los demás Apóstoles frecuentaban el Pórtico de Salomón para evangelizar a los muchedumbres que acudían al templo judío. El prestigio de aquellos primeros Jerarcas de la Iglesia de Cristo iba cada día en aumento por los extraordinarios carismas que el Espíritu Santo les infundía. Por eso, ante los poderes sobrenaturales de que estaban dotados los Apóstoles, y especialmente Pedro, muchos de Jerusalén y de otros lugares, acudían a ellos para ser curados de toda clase de enfermedades; y, a la vez, escuchar las divinas

enseñanzas salidas de sus labios. Y mientras que Caifás, Anás, el sanedrín y toda la caterva de judíos fieles a sus consignas, no osaban aceptar a los Apóstoles, sino que les ponían terribles asechos, muchos del pueblo sencillo alababan a estos por sus doctrinas y milagros; de modo que se aumentaba más y más el número de hombres y de mujeres que creían en el Señor Jesús. Y sacaban a las calles a los enfermos poniéndolos en camillas y lechos para que, cuando pasase Pedro, al menos su sombra tocase algunos de ellos y quedasen libres de sus enfermedades, y concurría también a Jerusalén mucha gente de las ciudades vecinas trayendo enfermos y endemoniados, los cuales eran curados todos.

Capítulo XVI

Segunda persecución contra la Iglesia naciente. Los doce Apóstoles son prendidos por los guardias del templo cuando predicaban en el Pórtico de Salomón. El Arcángel San Miguel libera de la cárcel a los doce Apóstoles

1. Los Pontífices Anás y Caifás, y todos los componentes del sanedrín, cegados de envidia por el éxito que los Apóstoles tenían ante el pueblo, acordaron echarles mano para acabar con ellos.

2. En la mañana del Domingo día 5 de junio del año 34, cuando los doce Apóstoles se hallaban predicando a la muchedumbre en el Pórtico de Salomón, fueron prendidos por los guardias del templo, según la orden dada por los jefes de la iglesia judía, y conducidos a la cárcel del palacio del sumo pontífice, en la que días antes estuvieron encerrados Pedro y Juan.

3. Mas, al día siguiente, 6 de junio, aún de noche, la Santísima Virgen María, que se hallaba en el Cenáculo orando por los Apóstoles, envió al Arcángel San Miguel para que les librara de las cadenas y les franqueara la puerta de la prisión. He aquí, pues, que ese mismo día el Arcángel abrió por la noche las puertas de la cárcel, y sacando fuera a los doce Apóstoles, les dijo: *«Id, y presentaos en el pórtico del templo judío; y puestos allí predicad al pueblo la doctrina de la vida eterna que Jesús, vuestro Divino Maestro, os ha enseñado»*. Si bien la cárcel estaba celosamente custodiada por los guardias del sanedrín, les fue misteriosamente desapercibida a estos la salida de los doce Apóstoles, tanto del calabozo como del palacio de los Pontífices. Los doce Apóstoles, al verse libres, fueron primero al Cenáculo para consolar con su presencia a los discípulos y discípulas que, sumamente afligidos, oraban junto a la Santísima Virgen María, por la liberación de ellos.

Capítulo XVII

Los doce Apóstoles vuelven al Pórtico de Salomón para predicar. Caifás, Anás y el sanedrín se reúnen para juzgar y condenar a los doce Apóstoles

1. Ese mismo día del lunes 6 de junio, los doce Apóstoles, cumpliendo el mandato de Dios a través del Arcángel San Miguel que les liberó, se presentaron en el Pórtico de Salomón del templo de Jerusalén para predicar el Evangelio, pues a esa hora se congregaban muchos judíos para la oración pública matutina.

2. Mientras los doce Apóstoles enseñaban en el Pórtico de Salomón, sucedió que, a las 10h. de la mañana de aquel mismo día, para cuya hora había sido convocado el consejo sanedrítico, llegó a la sala de juntas del Palacio de los Pontífices, el sumo pontífice Caifás, acompañado de Anás; quedando así inaugurada aquella reunión extraordinaria en la que deberían ser juzgados y condenados los doce Apóstoles. Caifás envió al magistrado del templo con los alguaciles para que les trajese los presos; mas, llegados ellos, como abriesen las puertas de la cárcel, y no les hallasen, volvieron con la noticia diciendo: *«La cárcel ciertamente la hemos hallado muy bien cerrada, y los guardas que estaban delante de las puertas para custodiarla, allí estaban; mas, habiéndolas abierto, no hallamos dentro a ninguno»*. Cuando esto oyó el tribunal sanedrítico, quedó perplejo pensando qué habría sido de los doce Apóstoles. El magistrado del templo era, pues, el nuevo Jefe de los alguaciles y ministro de toda confianza de Anás y Caifás, en substitución del pérfido Malco, el cual dio la bofetada a Cristo y fue arrojado a los infiernos en cuerpo y alma el día de Pentecostés a la misma hora en que el Espíritu Santo descendía sobre los del Cenáculo.

3. Mientras el sanedrín en pleno no salía de su asombro ante la misteriosa desaparición de los Apóstoles, llegó del templo judío un mensajero para comunicar al consejo sanedrítico que los doce Apóstoles se hallaban predicando al pueblo en el Pórtico de Salomón. Entonces, fue el magistrado con los alguaciles, y les trajo sin violencia porque temían los alguaciles ser apedreados por el pueblo.

Capítulo XVIII

Los doce Apóstoles ante Caifás, Anás y el sanedrín en pleno

1. Cuando ya los doce Apóstoles se hallaban ante el consejo sanedrítico, el sumo pontífice Caifás los interrogó diciendo: *«Con mandato expreso os prohibimos que enseñarais en el Nombre de Jesús. Y vosotros, en vez de obedecer, habéis llenado a Jerusalén de vuestra doctrina y queréis hacernos responsables a nosotros de la Sangre de ese hombre»*. Y respondiendo Pedro, dijo valientemente: *«Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres. Y, además, os repito: Vosotros, Caifás, Anás y miembros del sanedrín, no tenéis ya ninguna autoridad sobre el verdadero Pueblo de Dios, pues yo soy la máxima autoridad del verdadero Pueblo de Dios o Iglesia de Jesucristo, cumpliéndose así lo vaticinado en los Salmos del Profeta David: 'Vacía quedará su morada, y en las casas de ellos nadie habitará, porque persiguieron al que Tú heriste, y acrecentaron el dolor al que Tú llagaste. Ellos pondrán maldad sobre maldad, y rehusarán entrar en el redil de los tuyos'»*; y los otros once Apóstoles, ratificando lo dicho por Pedro, dijeron: *«Amén»*. Luego continuó hablando el Papa Pedro: *«Este Jesucristo, a Quien vosotros matasteis crucificándole en una cruz, ha resucitado en virtud del poder divino que posee en cuanto Dios que es también. Este Jesucristo fue ensalzado por la diestra de Dios Padre y puesto por*

Príncipe y Salvador, para dar a Israel el arrepentimiento y la remisión de los pecados. Nosotros somos testigos de estas verdades, y lo es también el Espíritu Santo que Dios nos ha dado y da a todos los que le obedecen; como también lo sois vosotros, Anás y Caifás, y tres de los príncipes de los sacerdotes, pues Él se presentó a vosotros después de su Resurrección, y le rechazasteis». Los miembros del sanedrín, cuando esto oyeron, se llenaron de furor y trataron entre ellos cómo darles muerte.

2. Cuando aquel día 6 de junio los doce Apóstoles se hallaban ante el sanedrín, se presentó en el consejo el discípulo Gamaliel, que había ido, desde el convento del Cenáculo en que se hallaba, por mandato de la Divina María. Como Gamaliel, antes de su conversión a la Fe de Cristo, había pertenecido a la secta de los fariseos, había sido doctor de la Ley y miembro del Sanedrín, gozaba de gran prestigio y respeto ante el pueblo, por lo que fácilmente pudo presentarse en ese consejo reunido, para intervenir a favor de los Apóstoles. He aquí que Gamaliel dijo al sanedrín que dejase salir fuera a los doce Apóstoles por breve tiempo. Una vez que estos salieron, Gamaliel comenzó su discurso ante el consejo sanedrítico, diciendo: *«Varones israelitas: Considerad bien lo que vais a hacer con estos hombres. Sabéis que no ha mucho tiempo, se levantó un tal Teodas que se acreditaba como persona de mucha importancia, al cual se asociaron cerca de cuatrocientos hombres; sin embargo, él fue muerto, y los que le seguían se dispersaron, y todo quedó en nada. Después, se levantó Judas el Galileo en los días del empadronamiento del gobernador Quirino, y arrastró al pueblo en pos de sí. Mas, pereció él también, y cuantos le seguían se dispersaron. Ahora os digo que no os metáis con estos doce hombres, y que los dejéis libres; porque si la obra que ellos llevan adelante, es de hombres, por sí sola se desvanecerá; mas, si es de Dios, no la podréis destruir, y además iréis contra Dios»*. Seguidamente, Gamaliel continuó su discurso dejando bien clara su postura a favor de la doctrina que predicaban los Apóstoles, la cual él profesaba por ser obra divina e indestructible. Tras los razonamientos de Gamaliel, por temor a la influencia que pudiera ejercer éste en el pueblo contra ellos, Caifás, Anás y los miembros del sanedrín, deliberando entre sí, optaron por seguir el parecer de Gamaliel; por lo que le dijeron que se retirase de la sala del consejo sanedrítico y que luego dejarían ir libres a los Apóstoles. Una vez que marchó Gamaliel, los miembros del sanedrín llamaron a los Apóstoles; y después de haberles hecho azotar, les intimaron para que no hablasen más en el Nombre de Jesús, y les dejaron ir. Los Apóstoles se retiraron de la presencia del consejo muy gozosos por haber sido dignos de sufrir afrentas por su Divino Maestro, y continuaron sin cesar predicando sobre Jesucristo en el Pórtico de Salomón del templo de Jerusalén, en las casas de los judíos y en toda la ciudad.

Capítulo XIX

El Papa Pedro ordena a siete Diáconos

1. Para la buena marcha de la administración y distribución de los bienes de la Iglesia destinados a obras de caridad, Pedro tenía nombrados varios fieles seculares para que repartiesen los socorros a los más necesitados, y realizasen además otras misiones caritativas. Dichos encargados se valían, a su vez, de algunas viudas virtuosas que preferían servir a la Iglesia en ese estado, por no tener vocación religiosa. Y como en el número de fieles seculares, cada día más creciente, iban incorporándose muchos de lengua griega, los encargados de las obras de caridad, al ser generalmente hebreos, seguían solicitando más el caritativo servicio de las viudas de su misma lengua que el de las de lengua griega; lo cual dio lugar a murmuraciones entre los fieles griegos por parecerles que se hacía discriminación con las viudas de su mismo idioma. Pedro, a fin de evitar contiendas entre los hijos de la Iglesia, determinó que la dirección de dicha obra de caridad pasase a manos de la Jerarquía, mas sin que interviniesen directamente los doce Apóstoles.

2. Pedro, pues, decidió ordenar Diáconos a siete de los religiosos, para que organizaran equilibradamente la administración y el reparto de las limosnas, contando con el servicio de varones seculares y las viudas, nombrados por los Diáconos sin distinción de lenguas y naciones. Para este fin, el Papa Pedro convocó a los otros once Apóstoles y a todos los discípulos, y dijo: *«No es justo que nosotros, los Apóstoles, descuidemos la palabra de Dios por tener cuidado de la administración y reparto de las limosnas. Escogeré, pues, hermanos, de entre vosotros, siete varones de buena reputación, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a los cuales encargaré esta obra; y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente a la oración y a la predicación de la Divina Palabra»*. Y pareció bien a toda la junta esta proposición. Y el Papa Pedro, teniendo en cuenta la opinión de los otros Apóstoles, eligió a Esteban, varón lleno de Fe y del Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, el cual era prosélito de Antioquía de Siria, y era el único que no formaba parte del grupo de los setenta y dos discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia.

3. El 16 de julio del año 34 tuvo lugar la ceremonia de la ordenación de los siete Diáconos por el Papa Pedro, hallándose presentes en el Cenáculo la Santísima Virgen María, los miembros de las dos comunidades religiosas y fieles terciarios de ambas ramas. La ceremonia de la ordenación de los siete Diáconos, fue después de que el Papa Pedro celebrase la Santa Misa ante todos los asistentes. Para ser ordenados Diáconos, cada uno de los siete elegidos se fue arrodillando delante de Pedro; quien, en silencio, fue imponiendo sus manos sobre la cabeza de cada uno de ellos, confiriéndoles así el Diaconado; si bien, los otros Apóstoles les impusieron también las manos, para bendecirles y dar mayor solemnidad al acto, sin que la actuación de estos formara parte de la esencia del Sacramento.

Capítulo XX

Crecimiento masivo del Cuerpo Místico de Cristo. La Divina María, Madre, Pastora y Doctora de la Iglesia Naciente

La labor evangelizadora de los Apóstoles seguía obrando admirables efectos entre los judíos, pues se extendía la palabra del Señor, se multiplicaba mucho el número de los fieles cristianos en Jerusalén, y una gran multitud de los sacerdotes levíticos se unieron a los Apóstoles. Esto era una muestra clara del crecimiento masivo, en aquel entonces, del Cuerpo Místico de Cristo y de la evidente ruina espiritual de la apóstata iglesia judaica; ya que en el pueblo deicida, a pesar de la obstinación de la mayoría, hubo muchos que se rindieron a los efectos de la Gracia, siempre propicia para los que aún conservan en su corazón, siquiera, un poco de buena voluntad en la búsqueda de la verdad. A muchos de estos judíos, además de las señales prodigiosas que veían en los Apóstoles, lo que más les causaba honda impresión, era la conducta irreprochable de aquellos primeros miembros de la Iglesia, cuyas vidas eran conformes a la doctrina evangélica que profesaban; mientras que los jerarcas de la apóstata iglesia judía, estaban cada vez más corrompidos. He aquí cómo también un buen número de sacerdotes levíticos dedicados al ministerio del templo de Jerusalén y de muchas sinagogas de dentro y fuera del territorio de Israel, se fueron uniendo a los Apóstoles al reconocer que, en la doctrina profesada por la Iglesia de Cristo, se contenía la pureza de la Ley de Moisés en su máxima perfección, conforme al espíritu del Evangelio predicado por aquel Mesías inexorablemente combatido e ignominiosamente crucificado por su mismo pueblo. Mas, ninguno de estos sacerdotes conversos era de los que formaban parte del consejo sanedrítico. Los sorprendentes frutos de conversión que se obraban continuamente por la labor evangelizadora de los Apóstoles, se debían a la prodigalidad de la acción del Espíritu Santo en las almas, en atención a la continua solicitud de su Divina Esposa la Virgen María. De manera que la navecilla de la Nueva Iglesia, gobernada por la Divina Maestra, caminaba prósperamente con los consejos que Ésta le daba, con la doctrina que le enseñaba, las advertencias que le hacía, así como con las oraciones y peticiones que incesantemente ofrecía por ella, sin dejar un momento de atenderla en todo cuanto era necesario para esto y para el consuelo de los Apóstoles y de los otros fieles. La Santísima Virgen María, vigilantísima Madre y Pastora, cuidaba celosamente de las ovejas del rebaño confiado a Ella por su Divino Hijo, y las protegía ante los peligros y las asechanzas de los lobos infernales; de manera que aquella familia cristiana se hallaba guarnecida bajo el amparo de la Divina y Piadosísima Madre; la Cual, no sólo se preocupaba de las necesidades y tribulaciones espirituales de sus hijos, sino también de las corporales, obrando, incluso, la curación milagrosa de gravísimas enfermedades. Ella era modelo perfectísimo de caridad cristiana para con todos los hijos de la Iglesia, pues a estos les servía muchas veces personalmente visitándoles, enseñándoles y confortándoles; y, cuanto más pobres, más solícita era con ellos; e incluso hasta les daba de comer con sus Purísimas Manos, les hacía las camas y atendía a su limpieza como si fuera sierva de cada uno. Tanta era la humildad, la caridad y la solicitud de la gran Reina del Cielo, que ningún servicio negaba a sus hijos los fieles, llenando a todos de gozo y consuelo suavísimo en sus trabajos. El inenarrable gesto de caridad que de continuo ejercía la Divina Madre, no estaba limitado a los hijos de la Iglesia, sino que también se extendía a los que estaban fuera de la misma; pues, con gran desvelo Ella les socorría en sus muchas necesidades para atraerles a la luz del Evangelio. Merced a las magistrales enseñanzas y al heroico ejemplo de la Santísima Virgen María, los Apóstoles, los discípulos, las discípulas y los fieles de la Iglesia en general, llevaban a la práctica, con gran perfección, las obras de misericordia, sublimemente vividas y predicadas por Cristo durante su Vida Pública. Con esto se comprende el por qué no pocos de los judíos reaccionasen favorablemente al Evangelio.

Capítulo XXI

Martirio del discípulo y Diácono Esteban.

Pedro elige al Diácono Nicolás para ocupar la vacante de Esteban entre los setenta y dos discípulos

1. Esteban había nacido en el barrio de Ofel de la ciudad de Jerusalén, el 26 de diciembre del año 5199. Era muy versado en la Ley y en las Sagradas Escrituras merced a su ingenio y aplicación en el estudio; pues, junto con Saulo, el que sería después el Apóstol Pablo, se había educado en la escuela del famoso doctor Gamaliel, luego discípulo de Jesucristo. Durante el periodo de discencia, a ambos condiscípulos les unió una gran amistad. El Diácono protomártir, durante su juventud se había distinguido por su recta observancia de la Ley de Moisés, y era de gran pureza de costumbres. Poco después de que Juan Bautista, el Precursor, comenzara su predicación a orillas del Jordán, Esteban le siguió como discípulo, recibió de él el bautismo de penitencia y fue puesto por él en contacto con Jesucristo. El 15 de mayo del año 31, hallándose Cristo predicando en el Jordán, administró el Sacramento del Bautismo a Esteban; y, desde entonces, éste siguió siempre al Divino Maestro, siendo elegido discípulo en febrero del año 32; y el día 22 de agosto del mismo año fue nombrado discípulo oficial.

2. Esteban, varón lleno de Gracia y de fortaleza, hacía grandes prodigios y milagros en el pueblo, e impulsado por el Espíritu Santo hablaba con gran sabiduría. Y fue tal el prestigio que el Diácono iba adquiriendo en Jerusalén, que el sábado 24 de diciembre del año 34, cuando se hallaba enseñando en una plaza pública, cerca de la antigua Puerta de las Ovejas, próxima a la hoy llamada de San Esteban, fue asechado por algunos de la sinagoga oficial o iglesia judaica, los cuales pertenecían a comunidades judías de lengua griega llamadas de los libertos, Cireneos, Alejandrinos, de Cilicia y de Asia. Y como estos estuviesen escuchando las enseñanzas evangélicas de Esteban, se lanzaron a disputar con él sobre la Ley y las Escrituras; siendo aventajados en sabiduría por el Diácono. Uno de los judíos que se hallaban allí presentes, era el rabino Saulo, de la secta de los fariseos, venido días antes de Tarso por la curiosidad de los últimos acontecimientos de la Muerte de Cristo y de la Venida del Paráclito sobre el Cenáculo; de cuyos sucesos había tenido conocimiento por algunos de Cilicia que se habían convertido al oír el sermón de Pedro en el día de Pentecostés. Estos habían informado también a Saulo de que,

Gamaliel, su antiguo y dilecto maestro, y Esteban, su excondiscípulo de estudios, pertenecían al grupo de los seguidores del Nazareno crucificado. Entre Esteban y Saulo se entabló una celosa discusión en la que el Diácono dio lecciones al que fue su condiscípulo. Tanto Saulo, como sus fanáticos correligionarios judíos, no pudiendo resistir la inspirada sabiduría con que Esteban hablaba, llenos de furor contra el Diácono, planearon la forma de prenderle en la primera ocasión que se les presentase. Sin embargo, fueron los Pontífices Caifás y Anás los que sobornaron a algunos para que dijese que habían oído a Esteban proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios, cuya calumniosa acusación fue propagada además en toda la ciudad, para contar también, en sus criminales pretensiones, con el apoyo del pueblo; ya que Esteban gozaba de gran prestigio ante las gentes por su sabiduría, santidad y milagros. Con estas difamaciones, alborotaron a los jefes de la iglesia judaica y a muchos del pueblo, que se conjuraron contra Esteban.

3. El lunes, 26 de diciembre del año 34, hallándose el Diácono Esteban enseñando a muchos en el lugar acostumbrado, que era junto a la referida Puerta de las Ovejas, fue prendido por los guardas del sumo pontífice Caifás y llevado ante él, que se hallaba reunido en la sala del consejo sanedrítico del templo de Jerusalén con muchos sanedritas y otros no sanedritas. En el juicio presentaron testigos falsos para que dijese de Esteban: *«Este hombre no cesa de hablar palabras contra el lugar santo y contra la Ley. Porque le hemos oído decir: Que ese Jesús Nazareno destruirá este lugar, y cambiará las tradiciones que nos dio Moisés»*. Saulo, que se hallaba también allí, creyó sinceramente que tales acusaciones eran ciertas. Y aquellas mismas autoridades judías, mirando a Esteban vieron su rostro transformado como el rostro de un ángel; lo cual era el celestial resplandor que el Diácono manifestaba a todos por la aparición a él de la Santísima Virgen María; ya que Ella, sin que dejara el Cenáculo, se le hizo presente en aquellos momentos para fortalecerle e inspirarle.

4. Entonces, el sumo sacerdote Caifás preguntó hipócritamente al Diácono si era verdad de cuanto decían contra él. Mas, como respuesta a la pregunta del inicuo Pontífice y a las infamaciones de que le acusaban, Esteban hizo un magistral resumen de las Sagradas Escrituras; y a la vez que defendía las santas tradiciones judías, confesaba su fidelidad a Abrahán, Padre en la Fe, su profundo respeto a lo vaticinado por los profetas y su celosísima observancia de la Ley de Moisés conforme al espíritu evangélico, para así coronar su doctrinal apología demostrando que, en Nuestro Señor Jesucristo, culminaba todo el Antiguo Testamento, al ser Él el Mesías Prometido y anunciado, a Quien ellos habían matado como traidores y deicidas. He aquí el discurso de Esteban: *«Escuchadme todos: El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abrahán cuando estaba en Mesopotamia, antes que habitase en Harán, y le dijo: ‘Sal de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré. Y Yo te haré padre y cabeza de un gran pueblo, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendito. Bendeciré a los que te bendigan, y maldeciré a los que te maldigan, y en uno de tus descendientes serán benditas todas las generaciones de la Tierra’. Entonces salió de la tierra de los caldeos, y habitó en Harán. Y después que murió su padre, se trasladó desde allí a esta tierra en donde vosotros ahora moráis. Y prometió dársela en posesión a él y a su posteridad después de él, aunque todavía no tenía hijos. Y además le dijo Dios, refiriéndose a la tierra de Egipto: ‘Sepas desde ahora que tu posteridad ha de estar peregrina en una tierra no suya (Egipto), y que luego los sujetarán a servidumbre, y los afligirán cuatrocientos años. Mas la nación a quien han de servir, yo la juzgaré, y después de esto saldrán con gran riqueza, y en la cuarta generación volverán acá (Canaán)’. Luego hizo con él la alianza sellada con la circuncisión; por lo que Abrahán, fue circuncidado; y después de haber engendrado a Isaac, también le circuncidó el día octavo, e Isaac hizo lo mismo con su hijo Jacob; y Jacob circuncidó también a sus doce hijos. Diez de estos, movidos de envidia, vendieron a su hermano José, que fue llevado como esclavo a Egipto. Mas Dios, que estaba con él, le sacó de todas sus tribulaciones, y le dio gracia y sabiduría delante del Faraón de Egipto; el cual le constituyó virrey de dicho país y de toda su corte. Vino después el hambre general en todo Egipto y en la tierra de Canaán, y la miseria fue extrema; de suerte que Jacob y sus hijos no hallaban de qué alimentarse. Pero habiendo sabido Jacob que en Egipto había trigo en abundancia, envió allá a diez de sus hijos por primera vez; y en la segunda vez que envió a diez de sus hijos, José se dio a conocer a sus hermanos, y fue descubierto su linaje al Faraón. Entonces José envió por su padre y por toda su parentela. Bajó, pues, Jacob a Egipto, donde vino a morir él, y también sus hijos. El Pueblo de Israel fue creciendo, y multiplicándose en Egipto, hasta que reinó allí otro soberano, que no tuvo en cuenta todo lo que había hecho José en favor de su nación. El Faraón, usando de una artificiosa malicia contra los hijos de Israel, les persiguió, hasta obligarles a matar a los niños recién nacidos cuando sobrepasaban el límite establecido por él. Por entonces, nació Moisés, que fue grato a Dios, el cual, por espacio de tres meses, fue criado ocultamente en casa de sus padres, ya que él era el tercer hijo. Mas, ante el peligro de que fuera descubierto, su madre, iluminada por Dios, le metió en una cestita de juncos, y la colocó en el río Nilo, en el que fue recogido por la hija del Faraón, que le hizo cuidar como hijo suyo. Y Moisés fue instruido en las ciencias de los egipcios y llegó a ser varón poderoso en palabras y en obras. Cuando tenía cuarenta años, viendo que uno de los hijos de Israel era golpeado por un egipcio, le defendió, matando al que le maltrataba. Al día siguiente, viendo a dos israelitas que luchaban a muerte entre sí, procuró reconciliarlos diciendo a uno de ellos: ‘¿Por qué das golpes a tu prójimo?’; el cual respondió: ‘¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Quieres por ventura matarme, como mataste ayer al egipcio?’ Y al ser denunciado por ambos pastores de haber cometido tal crimen, el Faraón mandó buscar a Moisés para matarle, pero éste huyó con un pequeño grupo de israelitas, refugiándose en el Monte Horeb, en donde Dios le ungió Profeta y Pastor de los hijos de su Pueblo. Después, Moisés, fue a habitar a la tierra de Madián, en la que se casó y engendró dos hijos. Cuarenta años después, cuando llevaba el ganado al interior del desierto, vio Moisés en la cima del Monte Horeb algo misterioso que le invitaba a subir; por lo que, tras ascender, vio a Dios bajo*

figura humana en medio del fuego de una zarza ardiendo. Maravillado al advertir que la zarza ardía y no se consumía, se acercó para examinarla más de cerca, y entonces Dios, en medio de la zarza, le dijo: 'No te acerques acá. Desata el calzado de tus pies; porque el lugar, en que estás, es tierra santa'. Y añadió: 'Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob'. Y el Señor le dijo: 'He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he oído su clamor por la dureza de los capataces de las obras. Y conociendo su dolor, he descendido, para librarlo de las manos de los egipcios... Ven, pues, que Yo te enviaré al Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, a los hijos de Israel'. Y dijo Moisés a Dios: '¿Quién soy yo para ir al Faraón, y sacar a los hijos de Israel de Egipto?' Y Dios le respondió: 'Yo estaré contigo'. A Moisés, pues, le envió Dios por Caudillo y Libertador de su pueblo, y él los libertó, con el poder divino, haciendo prodigios y milagros en la tierra de Egipto, en el Mar Rojo y en el desierto por espacio de cuarenta años. Este Moisés es el que recibió, en el Monte Sinaí, la Ley Divina, palabra de vida, para entregársela a su pueblo. Pero muchos, deseando en sus corazones volver de nuevo a Egipto, dijeron a Aarón: 'Haznos un dios que marche delante de nosotros, porque ese Moisés, ese hombre que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él'. Entonces hicieron un becerro de oro, ofrecieron sacrificios al ídolo y se regocijaron ante esa obra de sus manos. A este Moisés, que, como Caudillo de Israel, presidió la asamblea de la Iglesia en el desierto del Sinaí, rechazaron muchos de su pueblo desobedeciendo su autoridad. Por mandato de Dios a Moisés, y según el modelo que le fue mostrado, fabricaron el Tabernáculo y el Arca de la Alianza, que estuvo con ellos en el desierto. Este es aquel Moisés que transmitió a los hijos de Israel las siguientes palabras recibidas de Dios: 'Levantaré para ellos un Profeta de en medio de sus hermanos semejante a ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que Yo le mandare'. A Moisés le sucedió, en el caudillaje de Israel, Josué, que fue el que luego guió a los hijos de Israel, que introdujeron el Tabernáculo de la Alianza en esta tierra, que arrebataron a sus moradores paganos, a los que Dios exterminó con la espada de este nuevo Caudillo. Entonces Josué enterró en Siquén los huesos de José en la tierra que Jacob compró a los hijos de Hemor. Y ya en los días del reinado de David, el cual halló gracia delante del Señor, dicho rey manifestó al Altísimo Dios de Israel, su deseo de levantarle un suntuoso Templo en Jerusalén; mas, fue su hijo Salomón quien luego lo edificó por mandato de Dios. A pesar de la clemencia y misericordia de Dios, ¡cuántas veces el Pueblo de Israel se separó del Señor Todopoderoso para erigir altares y adorar en ellos los ídolos! Y fue tal la obcecación de muchos de este pueblo, que Dios permitió fuesen deportados primero a Nínive y después a Babilonia, y que, la ciudad de Jerusalén y su majestuoso Templo construido por Salomón, fueran completamente destruidos».

5. Y siguió hablando Esteban: «¡Hombres de dura cerviz, y de corazón y de oídos paganos, que os obstináis en resistir al Espíritu Santo y sois continuadores de la iniquidad de muchos de nuestros antepasados! ¿A qué Profeta no persiguieron muchos de estos? Ellos dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, Nuestro Señor Jesucristo, y vosotros le habéis ahora entregado y crucificado, traicionando la Fe del auténtico Pueblo de Dios al rechazar así a Cristo y a la Ley Evangélica por Él predicada. Tened muy en cuenta que el Dios Altísimo, que tiene el Cielo por trono y la Tierra por estrado de sus pies, no mora ya en el reedificado templo de Jerusalén, por muy majestuoso que os parezca; y del que no quedará piedra sobre piedra. Dios habita ahora en el pequeño Templo de los que siguen a su Hijo Jesucristo».

6. Al oír tales cosas, los miembros de aquel auditorio reventaban de cólera en su interior y crujían los dientes contra Esteban. Mas, éste, estando lleno del Espíritu Santo, y fijando los ojos en el Cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba en pie a la diestra de Dios Padre. Y dijo: «He aquí que veo los Cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está en pie a la diestra de Dios Padre». Entonces, clamando ellos a grandes voces, se taparon los oídos y todos unánimemente arremetieron furiosos contra él. Los guardias pontificios, encabezados por el rabino Saulo, sacaron del templo a Esteban violentamente por una de las puertas próxima a la piscina de Betesda, en donde se les unieron otro buen número de pérfidos judíos. Luego, el Diácono fue conducido fuera de la ciudad por la antigua Puerta de las Ovejas, y desde aquí al Valle del Cedrón, en donde le apedrearón, conforme a lo establecido en la Ley de Moisés para los blasfemos. Se había introducido la costumbre de que los testigos oficiales de la lapidación fueran revestidos con mantos adecuados al caso, los cuales debían quitárselos primero, y colocarlos a los pies del que presidía, que en esta ocasión era Saulo, en señal de que lanzaban las piedras en nombre del sanedrín. Tras esta diligencia inicial, todos los presentes lanzaron también piedras contra Esteban, mientras éste oraba y decía: «Señor Jesús, recibe mi espíritu» y Dios hacía reflejar en su cuerpo, maravillas visibles a todos los presentes. Poco antes de morir, poniéndose de rodillas, rezó en voz alta diciendo: «Señor, no les tomes en cuenta este pecado». Y cuando esto hubo dicho, durmió en el Señor. En esta oración de Esteban se encerraba todo un ruego pidiendo la conversión de sus verdugos, especialmente la de su discípulo Saulo, a quien miró el santo mártir con gran ternura antes de morir. Saulo fue consentidor de la muerte de Esteban; pues, por su preparación intelectual, su prestigio dentro de la secta farisaica, su fanático celo por la Ley y su natural fogosidad, se había granjeado pronto la confianza del consejo sanedrítico, el cual vio en él un instrumento muy hábil para los perversos planes contra los cristianos.

7. La muerte de Esteban fue a las 3h. de la tarde de aquel lunes 26 de diciembre del año 34, en cuya época del año Poncio Pilato no se hallaba en Jerusalén, sino que seguía en su residencia oficial de Cesarea Marítima. Por eso el sanedrín pudo urdir más fácilmente la muerte de Esteban, y luego comunicar al representante de Pilato que, dicha lapidación, se debía a la repesalía popular contra los cristianos por los alborotos callejeros de estos en detrimento de la Ley; lo cual, como sabemos, era falsa imputación. El lugar del martirio de Esteban fue donde hoy se alza la iglesia de San Esteban, en el valle de Josafat o torrente Cedrón, a poca distancia del conocido como Sepulcro de la Virgen o iglesia de la Asunción, junto al Huerto de los Olivos. El que la verídica tradición cristiana

situase el lugar del martirio de Esteban en dicho valle o torrente, en donde se erigió más tarde la actual iglesia dedicada al santo, es por lo que luego se le dio el nombre de Esteban a la actual puerta de la muralla construida próxima a la antigua puerta de las Ovejas, por la cual el santo fue sacado de la ciudad para darle muerte. Como el martirio de Esteban fuera presenciado por algunos fieles cristianos, estos lo pusieron en conocimiento de los Apóstoles; por lo que la Santísima Virgen María vio muy prudente que fueran José de Arimatea, Nicodemo y Gamaliel, personas de cierto respeto en la ciudad, los que se ocupasen de recoger el cuerpo muerto del Diácono protomártir para llevarlo aquella misma tarde a una finca donada por Gamaliel a la Iglesia, situada a unos treinta kilómetros de Jerusalén, y conocida como Cafargamala. Dicho traslado se hizo tal y como se les había mandado. Ya de noche, fueron allí la Santísima Virgen María, acompañada de sus dos hermanas, de Pedro, de los demás Apóstoles y de un buen número de discípulos y discípulas, para las honras fúnebres que al día siguiente, con gran solemnidad, ofició el Papa Pedro. Este mismo día 27 de diciembre del año 34, en la tumba que Gamaliel tenía preparada para sí, recibió cristiana sepultura el cuerpo venerable del protomártir cristiano. El martirio de Esteban produjo gran sentimiento y a la vez profunda admiración en toda la Iglesia, al ser el primero que derramó su sangre tras la muerte de Cristo. Con motivo de la inhumación del cuerpo del mártir en Cafargamala, quedó establecida en esta finca una nueva comunidad religiosa de varones, bajo la dirección de Gamaliel; el cual, desde allí, trabajó sin cesar en la propagación del cristianismo hasta que murió santamente.

8. Tras la muerte de Esteban, Pedro eligió al Diácono Nicolás para que ocupase la vacante del protomártir en el número de los setenta y dos discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia.

Capítulo XXII

Medidas cautelares de la Iglesia ante la inminencia de una nueva persecución. El Papa Pedro ordena Presbíteros y nuevos Diáconos entre los setenta y dos discípulos. Los setenta y dos discípulos son enviados a predicar el Evangelio fuera de Jerusalén

1. La muerte del Diácono Esteban, fue el comienzo de la tercera y más cruel persecución sufrida hasta entonces por aquellas primitivas comunidades cristianas que estaban en Jerusalén; aunque dicha persecución tomaría dos días después carácter oficial mediante un decreto del sanedrín.

2. El odio feroz y sanguinario del sanedrín y sus secuaces, contra los seguidores de Cristo, lejos de saciarse con el martirio de Esteban, se avivó aún más ante la heroica fortaleza derrochada por el santo, la celestial sabiduría salida de sus labios y los prodigios que enaltecieron su venerable cuerpo, durante su sangrienta lapidación. El martirio de Esteban fue para aquellos pérfidos judíos, otra prueba irrefutable de que los hijos de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo, son los legítimos continuadores de los Patriarcas y Profetas de la Antigua Ley, y los depositarios de las santas tradiciones judías ya perfeccionadas en la Ley Evangélica. Por otro lado, el testimonio dado por Esteban y la sangre derramada en su martirio, habían calado muy sensiblemente en muchos judíos de espíritu sencillo; por lo que, en no pocos se detectaba profunda admiración por los cristianos, e incluso el deseo de unirse a ellos. Por eso el sanedrín, en su pertinaz odio contra la Iglesia, y máxime ahora con el influjo del fanático judío Saulo, decidió de nuevo arremeter oficialmente contra ella, con la intención de extirpar de Jerusalén la obra del cristianismo e infundir temor en los que iban simpatizando con el Evangelio. Y mientras aquellos inicuos Pontífices Caifás y Anás, planeaban sus criminales propósitos, la Iglesia de Cristo, cada vez más fortalecida, se organizaba prudentemente para afrontar aquella inevitable e inminente persecución; y, al mismo tiempo, extender el Evangelio por otros lugares y regiones fuera de Jerusalén.

3. En la noche del 27 de diciembre del año 34, una vez que la Santísima Virgen María, los Apóstoles y otros regresaron de Cafargamala, el Papa Pedro, por el sapientísimo consejo de la Madre Celestial, habló a los otros Apóstoles, a los setenta y dos discípulos oficiales y a los demás presentes en el Cenáculo, de la gran persecución que les amenazaba; y de las medidas necesarias para salvaguardar la continuidad de la Iglesia, y de cómo deberían fortalecerse con la oración y penitencia a fin de salir con éxito en aquella prueba que redundaría en sobrenaturales frutos para el Cuerpo Místico de Cristo. Y como además no sería posible, por entonces, la predicación del Evangelio por Jerusalén, debido al riesgo inminente de perder la vida dada la belicosa agresividad de los perseguidores, había llegado el momento de salir fuera de la ciudad para extender el cristianismo por otras partes y regiones. Mas, en el plan divino, estaba que correspondiese primero a los discípulos oficiales o Príncipes de la Iglesia, la misión de desplazarse por otros lugares para extender el Evangelio, y quedasen los Apóstoles, por entonces, en Jerusalén, con las discípulas y demás religiosos varones.

4. Como no podía faltar en la misión evangélica de los setenta y dos discípulos oficiales lo más esencial del apostolado, cual lo son la Misa y los Sacramentos, la Santísima Virgen María, Madre de la Iglesia, dijo a Pedro que, antes de que partieran, procediese, entre ellos, a la ordenación de Diáconos y Presbíteros, a fin de que cada Presbítero fuese acompañado de un Diácono. En dichas ordenaciones, no estaba incluido Ágabo, pues ya había recibido el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado de manos del Apóstol Pedro cuatro días después de la Ascensión del Señor. Por tanto, de los otros setenta y un discípulos oficiales, Felipe, Prócoro, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, que eran ya Diáconos, fueron ordenados Presbíteros; y, de los otros sesenta y cinco discípulos sin Órdenes Sagradas: Veintinueve recibieron el Diaconado y el Presbiterado, de los cuales destacamos a Nicodemo, José de Arimatea, Gamaliel y Lázaro de Betania; y treinta y seis recibieron sólo el Diaconado, como fue el caso de Aristarco. Dicha ceremonia fue realizada por el Papa Pedro el mismo día 27 de diciembre del año 34. Al día siguiente, antes de que amaneciese, partieron los setenta y dos discípulos, de dos en dos, tras recibir las instrucciones de Pedro y su bendición papal; despidiéndose también, cada uno de ellos, de la Santísima Virgen María; Quien, como Divina Pastora y Doctora de la Iglesia, después de sabios consejos, les bendijo maternalmente para fortalecerles en la difícil misión que les había sido encomendada. La Divina María consoló

y animó a los Apóstoles para que estuviesen constantes y esperasen el favor divino en aquella tribulación, y en virtud de esta exhortación ninguno de los Doce salió de Jerusalén. Como el destino de Gamaliel estaba en el convento de Cafargamala en calidad de superior, tras su ordenación por Pedro en el Cenáculo, retornó allí, acompañado de uno de los Diáconos; desde donde cumpliría su misión de propagar el Evangelio.

Capítulo XXIII

El sanedrín decreta oficialmente la tercera persecución contra la Iglesia. El rabino Saulo, impulsor principal de aquella violenta persecución. Martirio de María Mercuria. Doloroso traspaso del Corazón de la Divina María por los padecimientos de sus hijos

1. La tercera persecución contra la Iglesia fue decretada y puesta en práctica por el sanedrín el 28 de diciembre del año 34; y el impulsor principal de aquella violenta persecución, fue el rabino Saulo. Éste, aunque era de corazón grande, magnánimo, nobilísimo, oficioso, activo, eficaz y constante en lo que intentaba, sin embargo, como era terco de entendimiento, se mostraba gran celador de las tradiciones de los rabinos; y, en su equivocada opinión, juzgaba por cosa indigna y disonante que, contra ellos y contra Moisés, se publicase una ley nueva inventada por un Hombre crucificado como reo, habiendo recibido Moisés la ley en el Monte Sinaí del mismo Dios. He aquí, pues, que Saulo concibió gran aborrecimiento y desprecio a Cristo, su ley y sus discípulos. Por eso, no obstante las cualidades humanas de Saulo, hasta que no se obró su conversión, fue hábil instrumento de Satanás en los planes perversos contra el cristianismo; y, por su dureza de corazón, no valoró los santos testimonios de muchos de los seguidores de Cristo, como fue el sapientísimo sermón pronunciado por el protomártir Esteban en su martirio, la transfiguración de su rostro y la heroica paciencia derrochada por el santo en su muerte; lo cual hubiera sido más que suficiente para que el engreído Saulo desistiera de su cruel y perversa actitud contra los cristianos, si no fuera por su obcecado fanatismo judío y equivocado celo por Dios.

2. El persistente plan diabólico de Caifás y Anás contra el cristianismo y el tenaz empuje de un hombre persuasivo como Saulo, dieron pie a que, incluso, se decretase oficialmente la tercera persecución contra la Iglesia; cuya disposición contó con el apoyo del representante romano de Poncio Pilato, en Jerusalén; ya que éste residía por entonces en Cesarea Marítima. Y fue precisamente Saulo el que, con su habilidosa fuerza dialéctica, apoyó el propósito del sanedrín ante dicha autoridad civil, para que ésta condescendiese a dar su beneplácito a la persecución contra los cristianos, tachados injustamente de alteradores del orden público y transgresores de las tradiciones judías. Saulo, con el poder recibido de los Pontífices Caifás y Anás, y en su tenaz osadía de acabar con el cristianismo, asolaba a la Iglesia de Cristo; pues, entrando por las casas, sacaba con violencia a hombres y mujeres y los hacía meter en la cárcel; e, incluso, muchas veces los hacía llevar a los calabozos de las sinagogas judías, en donde eran torturados y forzados a blasfemar, para que renegasen de la Fe en Cristo, claudicando algunos de los más débiles. La tercera persecución de la Iglesia en Jerusalén, dirigida por el fanático Saulo, se distinguió por su crueldad; pues, muchos de los cristianos fueron presos y maltratados, y no pocos coronaron su martirio con la muerte, como fue el caso de María Mercuria, la primera discípula mártir; la cual, habiendo salido del Cenáculo para confortar a algunas de las familias que sufrían persecución, se vio asaltada por un grupo de judíos que la coaccionaban a que renegase del Nombre de Jesucristo. Mas, como ella confesase valientemente su condición de cristiana, fue conducida a Saulo, quien mandó se la lapidase al ver la constancia con que ella confesaba su Fe. El martirio de María Mercuria fue el día 1 de enero del año 35, a las afueras de Jerusalén, próximo al lugar en que había sido martirizado Esteban.

3. Mientras la Iglesia era víctima de la terrible persecución del sanedrín y del impetuoso Saulo, la Divina María, como Madre del Cuerpo Místico de Cristo, oraba incesantemente a su Divinísimo Hijo calmase pronto aquella cruenta tempestad; pues, si bien, la sangre derramada por los mártires, fructificaba en copiosas conversiones, con el consiguiente aumento de los fieles y el engrandecimiento de la Iglesia, el Inmaculado Corazón de María se hallaba dolorosamente traspasado por los padecimientos de sus hijos; de tal manera, que Ella vivía en continua muerte mística como correspondía a la que es Reina de los Mártires. A su vez, el Papa Pedro y los demás Apóstoles, compartían la aflicción de la Dolorosísima Madre Celestial, unidos a Ella en clamorosa oración. La Santísima Virgen María, sin abandonar el Cenáculo, confortaba a los hijos de la Iglesia perseguida, haciéndose visible a muchos; con lo cual se veían sumamente fortalecidos para no apostatar de la Fe y aceptar sumisos el martirio. También Pedro y los demás Apóstoles procuraban auxiliar a los fieles de la Iglesia, sobre todo con los Sacramentos, y muy especialmente con la Sagrada Comunión; y lo hacían por el consejo de la Divina María, la cual les protegió sobremanera para que ninguno de los Doce pereciese. También muchos de los miembros de las dos comunidades religiosas se manifestaron como verdaderos siervos de la caridad hacia sus hermanos perseguidos. Mas, no pocos cristianos huyeron de Jerusalén para seguir propagando su Fe en Jesucristo fuera de aquel sangriento escenario de persecución, fundando nuevos cenáculos en los lugares en que se hallaban misionando los discípulos oficiales; e incluso muchos que eran extranjeros volvieron a sus lejanas tierras, extendiéndose así más el cristianismo.

Capítulo XXIV

Pausa en la persecución de Saulo contra la Iglesia. Apertura, celebración y clausura del Primer Concilio de la Iglesia

1. Aquella cruel persecución que, instigada por Saulo, asolaba la Iglesia, si bien duró algo más de un año, tuvo sus correspondientes pausas. Una de ellas comenzó el 30 de marzo del año 35; ya que el astuto sanedrín, dadas las multitudes de judíos que se congregarían en Jerusalén para la inminente Pascua, no veía oportuno el seguir inquietando por entonces a los cristianos, pues la violencia contra ellos, atraería nuevos prosélitos a la Iglesia de Cristo entre los peregrinos judíos, por el admirable testimonio de Fe que daban los fieles perseguidos. Sin

embargo, Caifás y Anás promulgaron un edicto que fue colocado en la puerta de cada sinagoga de Jerusalén y en el cual se condenaba con la expulsión de la iglesia judaica a los que se asociasen con los seguidores de aquel Jesucristo crucificado. Con éstas y otras muchas cautelas y severas medidas, el Pueblo Deicida celebró la pascua judía de aquel año 35. Con dicho edicto, pesaba sobre los cristianos de Jerusalén una continua amenaza por parte del sanedrín; el cual solía usar de violencia y de agresividad contra ellos, salvo en los breves periodos de aparente calma, especialmente en las fiestas judías, en que la persecución era solapada, por las razones que ya dijimos. Debido a la implacable actitud de Saulo en Jerusalén y sus alrededores, y la casi imposibilidad de predicar ya aquí el Evangelio, el cristianismo fue ampliando cada vez más su campo de apostolado por otras regiones del territorio de Israel y fuera de él.

2. Aprovechando un periodo de paz en la persecución contra los cristianos, el Papa Pedro, con la sapientísima orientación de la Santísima Virgen María, convocó en el Cenáculo de Jerusalén al Colegio Apostólico para la celebración del Primer Concilio Ecuménico de la Iglesia, que fue solemnemente inaugurado el viernes 5 de mayo del año 35, primer aniversario de la admirable Ascensión del Señor a los Cielos; siendo dicho Santo Concilio solemnemente clausurado el lunes 15 de mayo de ese mismo año, primer aniversario de la venida apoteósica del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y demás reunidos en el Cenáculo. En las sesiones del primer Santo Concilio de Jerusalén se trataron temas doctrinales, litúrgicos y disciplinarios; de manera que en todo se resaltase la unidad de la Iglesia. Lo más trascendental fue la confección de un Credo en el que se formularon los principales artículos de la Fe cristiana; y que, una vez elaborado por los doce Apóstoles, obtuvo la aprobación infalible de Pedro. Dicho Credo es el conocido en la Iglesia como el «*Símbolo de los Apóstoles*». Acabado el Primer Concilio de Jerusalén, se hicieron las copias necesarias del Credo confeccionado, y de los otros decretos; todo lo cual, por medio de algunos de los religiosos varones, fue llevado con urgencia a los setenta y dos discípulos oficiales destacados en las distintas misiones. El Credo de los Apóstoles quedó, pues, promulgado como Símbolo irrefutable de la Fe cristiana e imprescindible a cuantos quisieran pertenecer al redil de la Iglesia.

Capítulo XXV

Fecundo apostolado de los setenta y dos discípulos oficiales. Apostolado del discípulo Felipe en la ciudad de Samaria.

Felipe bautiza a Simón el Mago

1. Los setenta y dos discípulos enviados a predicar el Evangelio fuera de Jerusalén, iban de una parte a otra anunciando la palabra de Dios, llevando a cabo un gran apostolado que redundó en copiosos frutos de conversiones, con el consiguiente crecimiento de los miembros de la Iglesia. En muchas ciudades, se fueron fundando nuevas comunidades cristianas de fieles seglares, de donde salieron también muchas vocaciones religiosas, tanto de varones como de varonas. Correspondió al Obispo y Profeta Ágabo, por entonces Vicesuperior general de la Orden Carmelitana, el asesoramiento y control de los nuevos conventos religiosos que se iban constituyendo fuera de Jerusalén.

2. Si bien en los comienzos de su misión, los setenta y dos discípulos predicaban el Evangelio por otros lugares de la región de Judea y por la región de Samaria, poco a poco fueron extendiendo el campo de su apostolado a Galilea, Fenicia, Damasco, Chipre, Antioquía de Siria, entre otros territorios. Correspondió al discípulo Felipe la predicación del Evangelio en la ciudad de Samaria, conocida también como Sebaste, en la cual las gentes oían con gran interés las enseñanzas del discípulo, respaldadas con muchos milagros, con gran gozo en aquella ciudad. Merced al intenso apostolado de Felipe, en la ciudad de Samaria se obraron numerosas conversiones; y, por tanto, hubo gran proliferación de cristianos, tanto de hombres como de mujeres; que, habiendo creído lo que Felipe les predicaba del Reino de Dios, recibían el Sacramento del Bautismo.

3. Se hallaba a la sazón en la ciudad de Samaria, un varón llamado Simón, judío natural de Guitón, localidad de la región de Samaria, el cual practicaba las artes mágicas, engañaba a las gentes con falsos prodigios y las persuadía de que era un gran personaje, ya que se hacía pasar por un dios. Muchos de los ciudadanos, mayores y pequeños, le escuchaban y decían: «*Éste es la gran virtud de Dios*»; y se adherían a él, porque durante bastante tiempo les había embaucado con sus artes diabólicas. Mas, como sus falsos prodigios se vieran eclipsados por los sobrenaturales milagros que, en el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, obraba el discípulo Felipe, Simón se sintió de tal manera atraído por éste, que le seguía para escuchar sus palabras y contemplar sus obras; llegando así a la convicción de que la Fe cristiana era la verdadera, y que, de continuar con sus artes mágicas, se condenaría. El temor de Dios, sentido, pues, por Simón, le llevó a solicitar de Felipe el bautismo, y fue bautizado por el discípulo. Si bien al principio la conversión de Simón el Mago fue sincera, sin embargo, estuvo movida en parte por la ambición de alcanzar dignidades y honores dentro de la Iglesia de Cristo; y así estar en posesión de poderes sobrenaturales y hacer uso de ellos. Y Felipe, viendo en él un mínimo de buena voluntad, le admitió en el seno de la Iglesia. Durante un tiempo, Simón el Mago trató de frenar su pretenciosa aspiración al sacerdocio, conformándose con acompañar al Presbítero Felipe sin perder el más mínimo detalle de lo que éste obraba conforme a su ministerio.

Capítulo XXVI

Viaje apostólico del Papa Pedro, acompañado del Apóstol Juan. Pedro y Juan en la ciudad de Samaria o Sebaste.

Simón el Mago quiere comprar los poderes Episcopales. Apostolado de Pedro y Juan por toda la región de Samaria

1. Tras la celebración del Primer Concilio de Jerusalén, habían sido enviados algunos de los religiosos que vivían en los distintos conventos de dicha ciudad, para que llevaran a los setenta y dos discípulos el Credo Apostólico y demás decretos conciliares. Dichos mensajeros, cuando llegaron a las distintas misiones de los

discípulos, pudieron comprobar, con gran asombro, los cuantiosos frutos alcanzados; por lo que, a su retorno a Jerusalén, dieron cuenta de todo ello a los doce Apóstoles, resaltando muy principalmente las cuantiosas conversiones que, por el apostolado del discípulo Felipe, se habían obrado en la ciudad de Samaria.

2. Como el Papa Pedro y los demás, consultaban frecuentemente a la Santísima Virgen María antes de tomar cualquier decisión, para así obrar con más seguridad, fue Ella la que, como Madre de la Iglesia, y accediendo a los deseos del Papa Pedro, envió a éste y a Juan a la ciudad de Samaria con el fin de que completasen ellos la misión que realizaba el discípulo Felipe. Ambos Apóstoles, acompañados de algunos de los discípulos del Cenáculo, salieron de Jerusalén para la ciudad de Samaria el 29 del mes de junio de aquel año 35, llegando a ésta dos días después. Una vez allí, Pedro y Juan, tras orar por todos los que habían recibido el Sacramento del Bautismo, administraron a estos el Sacramento de la Confirmación mediante la imposición de la mano derecha sobre sus cabezas y la unción con el Santo Crisma, recibiendo en sus almas una mayor plenitud del Espíritu Santo o mayor operación del Divinísimo Paráclito.

3. Con la llegada a la ciudad de Samaria del Papa Pedro, acompañado del Apóstol Juan y de algunos de los discípulos, las aspiraciones de Simón el Mago fueron más osadas, viendo que, al ser administrado por uno y otro Apóstol el Sacramento de la Confirmación a los fieles, incluido el mismo Simón, se obraban grandes señales sobrenaturales. Y de tal manera se fue después corrompiendo el corazón del perverso mago que, en su interior, ya no le satisfacía sólo el sacerdocio de Felipe, sino que ambicionaba el Episcopado de Pedro y de Juan al implicar mayores poderes sobrenaturales, manifestados con prodigios muy extraordinarios. Quiso primero Simón, con apariencia de virtud, ganarse a ambos Apóstoles y así conseguir sus presuntuosas aspiraciones. Mas, como Pedro, iluminado por el Espíritu Santo, conociese las perversas maquinaciones de aquel corazón cada vez más corrompido, amonestó severamente a Simón el Mago para que se corrigiese; el cual, lejos de hacerlo, trató de comprar para sí, a Pedro y a Juan, los poderes Episcopales; pues, veía por las señales milagrosas externas que los Apóstoles daban el Espíritu Santo mediante la imposición de sus manos. He aquí, pues, que el perverso Simón, ofreciendo dinero a Pedro y a Juan, les dijo: *«Dadme a mí también la potestad que vosotros poseéis, para que reciba el Espíritu Santo todo aquel a quien yo impusiere mis manos»*; con esta impía propuesta, Simón el Mago incurrió en el gravísimo pecado conocido después en la moral como pecado de simonía, derivado de su nombre. Mas el Papa Pedro le respondió: *«Perezca tu dinero contigo, pues has juzgado que se alcanza por dinero el don de Dios. No puedes tú tener parte ni cabida en nuestro Ministerio Sacerdotal, porque tu corazón no es recto a los ojos de Dios. Por tanto, arrepíentete de esta tu maldad, haz penitencia y ruega a Dios para que te sea perdonado el mal pensamiento de tu corazón; porque te veo envuelto en hiel de amargura, y atado en lazo de iniquidad»*; con cuyas últimas palabras vaticinaba el Papa Pedro la nefasta labor que llevaría a cabo el taimado Simón tras su apostasía de la Fe, ya que él desplegaría contra la Iglesia la hiel de su veneno y el odio de su amargo resentimiento; lo cual le acarrearía la condenación eterna, si no se convertía sinceramente a la Iglesia de Cristo. Y respondió Simón el Mago: *«Rogad por mí vosotros al Señor, para que no me sobrevenga ninguna de esas desgracias»*. En esta refinada frase, llena de hipocresía, bajo apariencia de humildad, se entrevé la plena convicción que tenía el perverso Mago de que, el plan ofensivo que desde entonces emprendería contra la Iglesia, sería causa de su condenación eterna si no se retractaba a tiempo. Simón el Mago fue el fundador de la herejía nóstica, madre de todas las herejías, pues consiste en el más infamante desprecio de las verdades teológicas y morales, mediante una ciencia embaucadora en la que se recogen los errores más aberrantes, que dieron origen a multitud de sectas con la intención de socavar la Iglesia de Jesucristo. Además, en la herejía nóstica se desprecia totalmente la autoridad de la Iglesia en la interpretación de las Sagradas Escrituras. Dicha herejía es una de las primeras y más perversas formas de la actuación del sionismo en su constante persecución contra la Iglesia. Simón el Mago, figura del Anticristo, moriría años más tarde en Roma, víctima de sus mismas artes diabólicas; pues, tras conseguir que Satanás le elevara por los aires, a la vista de muchos, para simular así poderes divinos y ser objeto de adoración por los circunstantes, fue derribado de lo alto por el mismo demonio, y muerto a consecuencia de la caída; castigo que recibió gracias a las oraciones de los Apóstoles Pedro y Pablo, que se encontraban en Roma.

4. El 16 de julio del año 35, tras que el Papa Pedro celebrase la Santa Misa en la ciudad de Samaria ante los muchos cristianos allí reunidos, salieron él y Juan para Jerusalén, acompañados de algunos discípulos que habían traído del Cenáculo, pues otros habían quedado en Samaria para ayudar al discípulo Felipe. Ambos Apóstoles, en vez de hacer su retorno por el camino más corto, lo hicieron llevando a cabo una fructuosa evangelización por otros muchos lugares de la región de Samaria, con el consiguiente aumento de los fieles de la Iglesia y llegaron a Jerusalén el día 30 de julio del mismo año.

Capítulo XXVII

El discípulo Felipe ve en sueños a un ángel que le manda a Gaza para predicar el Evangelio. En su viaje, Felipe se detiene brevemente en Jerusalén. El eunuco etíope es convertido por Felipe. Apostolado de Felipe en Gaza y otras ciudades mediterráneas

1. En la madrugada del día 27 de julio de aquel año 35, antes de que amaneciese, hallándose el discípulo Felipe durmiendo en su casa de la ciudad de Samaria, vio en sueños a un ángel que, de parte del Señor, le habló diciendo: *«Levántate, y vé hacia el sur; y pasando primero por Jerusalén, dirígete a la ciudad de Gaza, en la cual no hay fieles de la Iglesia de Cristo»*. Partió enseguida Felipe, y fue a Jerusalén, en donde visitó en el Cenáculo a la Santísima Virgen María, al Papa Pedro, que ya había llegado de su viaje apostólico, a los otros once Apóstoles y demás personas que allí estaban; dando cuenta del apostolado que, por mandato divino, debería realizar en el sur del territorio de Israel, y de la necesidad de que su puesto vacante en Samaria fuese ocupado por otro misionero.

El discípulo Felipe permaneció tres días en el Cenáculo, fortaleciéndose al lado de la Divina María, de Quien recibió sabios y prudentes consejos; y también informó al Papa sobre la misión realizada y la que debería llevar a cabo en adelante. El Papa Pedro, para proveer el puesto vacante en Samaria, confirió el Presbiterado al Diácono que era compañero de Felipe, llamado Abib, al que envió seguidamente para aquella ciudad, con otro religioso del Cenáculo.

2. El día 3 de agosto, Felipe salió solo de Jerusalén en dirección al sur por la ruta que pasa por Belén, Hebrón, Eleuterópolis, etc.; es decir, el mismo camino que había seguido la Sagrada Familia en su Huida a Egipto. A la salida de la ciudad de Belén, Felipe encontró a un varón etíope eunuco, valido de Candace, reina de Etiopía, el cual era superintendente de todos sus tesoros. El etíope, que estaba castrado físicamente, era un prosélito judío que había venido a Jerusalén para visitar el templo judío, quedando en la ciudad hasta el 3 de agosto, en que comenzó su retorno a Etiopía. Durante su permanencia en Jerusalén había sido informado de la Pasión y Muerte de Cristo; lo cual produjo en él especial interés por conocer más la verdad evangélica, de la que ya se sentía movido interiormente. Dado el alto cargo que ocupaba en su país, el viaje lo hacía en un elegante carruaje, acompañado de su servidumbre, e iba escudriñando los vaticinios de los profetas sobre el Mesías Prometido.

3. Cuando el Presbítero Felipe vio el carruaje del etíope, el Espíritu Santo dijo al discípulo: *«Date prisa, y acércate a este carruaje»*. Y acercándose, Felipe oyó que el eunuco leía en voz alta el siguiente pasaje del Profeta Isaías, que dice: *«Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudeció, y no abrió su boca. Después de ser condenado a muerte en juicio inicuo, y de sufrir ignominiosa opresión, sin que nadie defendiera su causa, fue levantado en alto, arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo»*. Entonces Felipe dijo al eunuco: *«¿Entiendes por ventura lo que estás leyendo?»* Él le contestó: *«¿Cómo voy a entenderlo si alguno no me lo explica?»* Y rogó a Felipe que subiese y se sentase a su lado. Entonces preguntó el eunuco a Felipe: *«Dime: ¿De quién dice eso el profeta: De sí mismo o de otro?»* Entonces, Felipe, tomando la palabra, le anunció que el texto de Isaías se cumplía en Jesús, el Cristo de Dios, Quien se había ofrecido como Víctima Propiciatoria muriendo en una cruz por la salvación de la humanidad. Durante un buen trecho del camino, el discípulo fue completando más la instrucción evangélica del eunuco, hasta que llegaron a un lugar donde había agua, conocido hoy como la Fuente de Felipe, poco antes de la ciudad de Hebrón. Entonces dijo el etíope: *«He aquí agua, ¿es impedimento el que yo sea eunuco para recibir el bautismo?»* Y le dijo Felipe: *«Si crees de todo corazón, puedes ser bautizado»*. Y el etíope respondió: *«Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios»*. Y luego mandó que parasen el carro, y descendieron los dos adonde estaba el agua, y Felipe bautizó al eunuco imponiéndole el nombre de Juan. También fueron bautizados por Felipe todos los que componían el cortejo del etíope, pues ellos manifestaron el deseo de hacerse cristianos. La forma usada por el discípulo en la administración de dicho Sacramento, fue derramando el agua sobre la cabeza de cada uno, a la vez que pronunciaba las palabras rituales. Una vez que fueron todos bautizados, el Espíritu Santo arrebató a Felipe, y no le vio más el eunuco, el cual prosiguió su viaje rebosando de gozo.

4. Felipe, se halló de súbito en la ciudad de Azoto; y de aquí marchó luego a Gaza; extendiendo el Evangelio por toda aquella zona mediterránea hasta que llegó a Cesarea Marítima, ciudad que también fue evangelizada por él. Juan, el eunuco, llegado a Etiopía, realizó allí un gran apostolado preparando así el terreno para la apostólica evangelización que vendría después, durante la cual dicho varón etíope recibiría las Órdenes Sagradas, alcanzando incluso el Episcopado.

5. Al igual que Felipe, muchos de los setenta y dos discípulos misioneros no permanecían siempre en el mismo lugar, pues solían intercambiarse entre ellos, con la autorización de Pedro; ya que, con cierta frecuencia, iban a Jerusalén para visitar a la Santísima Virgen María y al Papa. En una de estas visitas, por mandato de Pedro, el discípulo misionero Elpidio, que era uno de los Presbíteros, quedó en la Sede Apostólica. Para ocupar el puesto dejado por Elpidio en su misión, Pedro ordenó Presbítero a Simón el Cirineo, que no pertenecía a los discípulos oficiales, y le envió de misionero.

Capítulo XXVIII

Proyectos de evangelización de los Apóstoles. Pedro distribuye los territorios de la misión apostólica. Nueve de los Apóstoles salen a sus correspondientes misiones

1. Conforme al plan divino, urgía que nueve de los Apóstoles saliesen a predicar la Fe de Cristo a fin de que se diese testimonio por todo el mundo, y que los otros tres cumpliesen su misión en Jerusalén. Para ello, en el Cenáculo, los Apóstoles bajo la autoridad del Papa Pedro, y con el sapientísimo consejo de la Divina María, se preocuparon de estos proyectos de evangelización. Y como fuera conveniente hacer una distribución, al menos provisoria, de los distintos territorios que correspondería a cada uno predicar, antes de reunirse a tal fin, se prepararon durante nueve días, con oraciones, ayunos y otras penitencias especiales, según el discreto consejo de la Madre de la Iglesia. Al día siguiente de que terminara este novenario, es decir el 15 de agosto del año 35, tuvo lugar una solemne ceremonia en el Cenáculo, la cual comenzó con la celebración de la Santa Misa por el Papa Pedro, hallándose allí presentes la Divina María, los otros once Apóstoles y gran parte de los discípulos y discípulas que residían en los conventos de Jerusalén. Después de la Santa Misa, todos los allí congregados, en unión a la Santísima Virgen María, invocaron al Divino Paráclito para que manifestase su voluntad en aquel asunto. Acabada esta oración, descendió sobre el Cenáculo una admirable luz que les rodeó a todos, y se oyó una voz que dijo: *«Mi Vicario Pedro señale a cada uno las provincias»*; con lo cual Cristo reafirmaba la suprema dignidad de Pedro como Cabeza y Pastor universal de la Iglesia, y así los demás Apóstoles entendiesen mejor que habían de evangelizar los territorios que les fueran asignados, bajo la autoridad del Papa. Antes de la

distribución de los mismos, Pedro reveló el mandato secreto, recibido de Cristo el día que fue constituido Papa, de que primero tendría su cátedra en Jerusalén; después, la trasladaría a Antioquía de Siria; y luego, a Roma. Seguidamente, Pedro asignó los destinos a los demás Apóstoles, conforme a la siguiente distribución:

2. A Santiago el Mayor le asignó España, como ya el mismo Señor se lo había manifestado a éste personalmente; la fecha de su viaje fue el 20 de agosto del año 35. A Juan le recordó que su misión era cuidar de la Santísima Virgen María y acompañarla a donde Ella fuera. A Andrés le mandó que evangelizase Europa oriental, a saber: Ucrania, Rumanía, Hungría, Bulgaria, Turquía europea, Yugoslavia, Albania y finalmente Grecia; para dicha misión salió del Cenáculo el 22 de septiembre del año 35. A Felipe le destinó a Asia Menor; la fecha de salida fue el 15 de septiembre del año 35. A Bartolomé le destinó a Persia y a Armenia; su viaje lo emprendió el 21 de septiembre del año 35. A Mateo le designó a Etiopía; la fecha de su salida fue el día 16 de septiembre del año 35. A Tomás le destinó a India; su marcha fue el 29 de septiembre del año 35. A Santiago el Menor le dejó en Jerusalén como Obispo de aquella diócesis, siendo el Papa Pedro el Patriarca de dicha ciudad. A Tadeo le encomendó la evangelización de Mesopotamia meridional que hoy es Iraq; la salida del Cenáculo fue el 17 de septiembre del año 35. A Simón le asignó Egipto; la salida la hizo el 23 de septiembre del año 35. Y a Matías le encomendó la evangelización de lo que hoy es Arabia Saudita, así como la de otros lugares limítrofes; la fecha de salida fue el 26 de septiembre del año 35.

3. Pedro dispuso, además, que cada uno de los referidos Apóstoles misioneros, fueran acompañados de varios discípulos; los cuales no eran del número de los setenta y dos oficiales, con excepción de Elpidio y de los siete varones apostólicos que acompañaron a Santiago el Mayor.

4. Cuando el Papa Pedro terminó de hablar, se le manifestó el Espíritu Santo mediante un relámpago de singular resplendor y un trueno de gran potencia; oyéndose la voz de Cristo, que dijo: *«Admitid cada uno vuestro destino sin miedo alguno. Yo iré con vosotros»*; a lo cual los distintos Apóstoles, postrados en tierra, dieron unánime aceptación. Con este acatamiento a la divina voluntad, ellos fueron fortalecidos muy especialmente para la difícil misión encomendada, que estaría llena de peligros, trabajos y fatigas; aunque no les faltarían carismas especiales. Los nueve Apóstoles designados a partir a sus correspondientes destinos, antes de hacerlo, visitaron otra vez los lugares santificados por la Pasión y Muerte del Señor, y luego se despidieron de su Santísima Madre, recibiendo de Ella su consejo y bendición. Una vez que los nueve Apóstoles enviados a evangelizar, salieron en las fechas ya dichas, para sus distintas misiones, el Papa Pedro, acompañado del Apóstol Juan, se preocupó de visitar las comunidades cristianas de Israel y regiones colindantes, para fortalecerles en la Fe. Con motivo de esta visita, Pedro consagró Obispos a muchos de los discípulos Presbíteros, y también confirió el Presbiterado a muchos de los discípulos Diáconos. Unos y otros pertenecían al número de los setenta y dos discípulos oficiales. Si bien a los Apóstoles enviados a evangelizar le fue asignado a cada uno el lugar de su misión, en la práctica su apostolado no quedó reducido al repartimiento hecho por Pedro, ya que fueron ampliando el campo del mismo conforme a las oportunidades que tenían y según las inspiraciones que recibían de Dios.

Capítulo XXIX

Misión apostólica en España de Santiago el Mayor

1. El 20 de agosto del año 35, Santiago el Mayor, acompañado de Elpidio y de los siete varones apostólicos, salió del Cenáculo de Jerusalén en dirección al puerto de Jafa, junto a la actual Tel-Aviv, recorrido que aprovechó para predicar el Evangelio por aquella parte de Israel. Luego, embarcaron en Jafa el día 8 de septiembre de aquel mismo año, rumbo a España; y, una vez en las costas del sur de esta nación, navegaron por el río Betis, hoy Guadalquivir, hasta llegar al puerto fluvial de Híspalis, hoy Sevilla, el 12 de octubre del referido año, comenzando a extender la semilla del Evangelio por dicha ciudad. Durante su estancia en Sevilla, Santiago el Mayor fue visitado varias veces por la Divina María, Reina de los Apóstoles, a la vez que Ella seguía en el Cenáculo de Jerusalén. El primer converso de Sevilla, por la predicación del Apóstol, fue un escultor sevillano que tenía su taller entre las localidades de Puebla y Coria del Río; quien fue bautizado, recibiendo el nombre de Pío. El Apóstol Santiago el Mayor, tras convertir a Pío, convirtió también, en Sevilla: A Severo, que era de Utrera (Sevilla); luego, a Fermín, natural de Pamplona (Navarra); y seguidamente, a Teodoro, nacido en Padrón (La Coruña). Acompañaron a Santiago el Mayor en su viaje por toda España, estos cuatro conversos y los ocho discípulos que vinieron con él de Jerusalén. La segunda ciudad que visitó, fue Córdoba. Después fue a Granada, en donde el Apóstol tuvo que soportar serias persecuciones de las comunidades judías allí existentes; mas, dichos sufrimientos fueron confortados con la visita que le hizo la Santísima Virgen María, el día 2 de enero del año 36, en el lugar de dicha ciudad conocido hoy por Sacromonte, en donde Ella dejó impresa milagrosamente la huella de su purísima pisada. En este mismo lugar de la aparición, Santiago el Mayor consagró Obispos a los ocho discípulos venidos con él de Jerusalén, y confirió el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado a los cuatro que convirtió en Sevilla.

2. El Apóstol Santiago el Mayor, en su labor evangelizadora recorrió la mayor parte de la Península Ibérica, formada por España y Portugal; siendo alentado otras muchas veces por la aparición de la Santísima Virgen María. Mas, fue en Zaragoza, donde la Reina de los Cielos se manifestó más solemnemente al Apóstol, al aparecérselo el día 2 de enero del año 40, acompañada de multitud de ángeles que traían sobre un trozo de la columna de la Flagelación del Señor una pequeña imagen de la Virgen María esculpida por el discípulo Lucas. La Divina Señora, no sólo confortó a Santiago el Mayor en sus tribulaciones por las dificultades en el apostolado, sino que le mandó erigiese a orillas del Ebro un Templo en honor de Ella; y, además, le dio la gran promesa de que la Fe de Cristo triunfaría en España y que siempre perduraría en esta nación. La aparición de la Santísima

Virgen María en Zaragoza al Apóstol Santiago el Mayor, fue sobre las ruinas de un templo pagano dedicado a Minerva, la ídola de la sabiduría. En esta aparición estuvieron los doce que acompañaban al Apóstol. En Zaragoza, tras la aparición de la Virgen, Santiago el Mayor asignó a los doce Obispos que le acompañaban, sus respectivas diócesis: A Elpidio, Toledo; a Abenadar Tesifonte, Vergi-Almería; a Torcuato, Guadix-Granada; a Segundo, Ávila; a Indalecio, Pechina-Almería; a Cecilio, Granada; a Esiquio, Cádiz; a Eufrasio, Andújar-Jaén; a Pío, Sevilla; a Severo, Utrera-Sevilla; a Fermín, Pamplona-Navarra; y a Teodoro, Padrón-La Coruña. Pío, que había visto la imagen de la Virgen del Pilar traída por los ángeles sobre la columna en Zaragoza, hizo en Sevilla una reproducción de la misma, proclamándola Patrona de esta ciudad, y erigiéndole una capilla en su honor, que fue la primera catedral sevillana.

3. En estos Últimos Tiempos, la promesa de la Santísima Virgen María al Apóstol Santiago el Mayor, de que la Fe de Cristo siempre perduraría en España, se está cumpliendo en el Sagrado Lugar del Palmar de Troya, Sede de la verdadera Iglesia: La Una, Santa, Católica, Apostólica y Palmariana, que fue regida por el Papa San Gregorio XVII Magnísimo; tras su muerte, fue regida por el Papa San Pedro II Magno; y en la actualidad, lo es por el Papa felizmente reinante. Esto es prueba de la singularísima predilección que el Altísimo sigue teniendo con España; pues, desde El Palmar, continúa su labor de sostenimiento de la Fe en estos caóticos tiempos de universal apostasía. He aquí cómo la Divina Providencia preparó en El Palmar de Troya la inexpugnable Columna del Lentisco, en la que preside la Sagrada Faz de Jesús y la imagen de Nuestra Madre del Palmar Coronada, para baluarte de la Fe católica, ante la ruina espiritual del Pilar de Zaragoza, convertido ahora en instrumento de la propagación de las herejías de la iglesia romana. Luego la promesa de la Santísima Virgen María al Apóstol Santiago el Mayor se cumple, en lo que concierne a estos Últimos Tiempos, en el Sagrado Lugar del Palmar de Troya.

Libro II

Desde la conversión de Saulo hasta el traslado de la Sede Apostólica a Roma

Capítulo I

Nacimiento y juventud de Saulo de Tarso, luego Apóstol Pablo

1. Saulo, de la tribu de Benjamín, había nacido en el año 4 en la ciudad de Tarso de Cilicia, al sur de la actual Turquía. Sus padres, que eran naturales de Galilea, cuando vivieron un tiempo en Roma compraron la ciudadanía romana, y después se trasladaron a vivir a Tarso de Cilicia. A la edad de quince años, Saulo, tras sus preliminares estudios en su ciudad natal, fue llevado a Jerusalén por su padre para que completase su educación en la Ley, siendo alumno de la escuela más prestigiosa de aquel tiempo, dirigida por el sanedrita Gamaliel. Saulo, tras residir nueve años en Jerusalén, en el año 28, a la edad de veinticuatro años, ya con el título de rabino, salió de dicha ciudad para encaminarse a Tarso. Y sucedió que, en el camino cayó bruscamente del caballo, quedando muy afectado en sus piernas; de manera que, durante seis años su actividad física en la ciudad de Tarso estuvo sumamente mermada y reducida a la vida del hogar. Saulo era muy bajo de estatura, tenía las piernas un poco curvadas a consecuencia de esta caída, y siempre adoleció de falta de salud.

2. El ilustrado Saulo, cuya formación en el judaísmo le hubiese valido altos puestos en las sinagogas y prestigiosa fama en la entonces académica ciudad de Tarso, e incluso algún puesto en el sanedrín, se dedicó, en su casa, durante su tiempo de invalidez, a la enseñanza de la Ley de Moisés a jóvenes de la ciudad; alternando dicho trabajo con el oficio de tejedor de tiendas de campaña, el cual conocía. De esta manera, Dios le preservó de haberse contagiado de la corrupción, de la hipocresía y de la doblez de aquellos perversos jefes levíticos, lo cual le hubiese conducido a Pablo a caer en la misma irreparable obstinación de ellos. Saulo no conoció personalmente a Jesús durante su vida en la Tierra; mas, sí recibió en Tarso noticias un tanto ambiguas de las enseñanzas y milagros que Jesús hacía durante su Vida Pública, sin que diera importancia a todo eso, al considerar que se trataba de un sectario más, que por sí solo caería.

3. Por el año 34, Saulo se hallaba casi restablecido de la dolencia física que le impedía toda actividad normal. Y, si bien por consejo médico no debía ir aún a Jerusalén, él lo hizo en el mes de noviembre del año 34 aprovechando la fiesta de la dedicación del templo, pues le inquietaban sumamente las alarmantes noticias que llegaban a Tarso, de la Muerte de Cristo, su Resurrección y el Pentecostés sobre los Apóstoles, con el consiguiente progreso del cristianismo, al que Saulo consideraba enemigo implacable de la Ley de Moisés, dada la fanática adhesión que él tenía al judaísmo. He aquí por qué Saulo, hasta su conversión, tuvo una idea de Cristo completamente errónea; y, además, como tenía pleno convencimiento de que en el judaísmo estaba la verdad, persiguió a los cristianos al considerarlos como destructores de la Ley de Moisés, creyendo que con su actitud servía a Dios. Saulo era incrédulo en la Fe de Cristo por ignorancia; mas, aunque ésta no era dolosa, era vencible si no hubiera sido por su fanatismo, precipitación y celo indiscreto; por eso, en este sentido su ignorancia fue, en parte, culpable y causante de que él luchara contra la Iglesia de Cristo hasta que se obrara su conversión.

Capítulo II

Satanás instiga a los Pontífices Caifás y Anás para acabar con la Divina María. Estos intentan ejecutar su horrible crimen a través de Saulo. Saulo tiene un sueño del misterio del Calvario, y desiste de tan inicuo plan.

Saulo, para librarse de la presión que le hacían Caifás y Anás contra la Divina María, determinó marchar para Damasco

1. Caifás y Anás, sumamente alarmados por la propagación del cristianismo en Jerusalén y otros lugares, cayeron en la cuenta que todo ello venía de la intervención de la Madre de Jesús. Y, si bien los dos Pontífices,

durante la Pasión de Cristo, no intentaron siquiera poner sus inicuas manos sobre la Divina María, fue porque el satánico furor de ambos se centraba principalmente en Jesús, el Hijo de Dios; pues, pensaban que, una vez muerto Él, sus seguidores se dispersarían, quedando así destruida su obra. Por eso, cuando vieron los dos inicuos Pontífices Caifás y Anás que, tras la Muerte de Cristo, los cristianos se multiplicaban cada vez más, centraron ahora sus diabólicos planes contra María Santísima, al considerar que, por la actuación de Ella, el cristianismo seguía cada vez con mayor progreso. Mas, como a pesar de todo, por misterioso e irresistible temor, no se atrevían directamente a actuar contra la Madre de Jesús, instigados por Satanás, recurrieron para ello a Saulo; pues, esperaban que éste, con su fanatismo e intrepidez, no tendría ningún escrúpulo en acabar con Aquella que los cristianos reconocían por Madre, y en la que estos se veían sumamente fortalecidos y amparados. No obstante su natural ímpetu y decisión, Saulo contuvo su primer impulso, para considerar el caso con la prudencia que requería; y, si por un lado pensó que, acabando con la Madre de Jesús, la obra del cristianismo quedaría completamente deshecha, por otro sentía en su interior algo muy extraño que le retenía a tal crimen.

2. Y sucedió que, en diciembre del año 35, ya marchados nueve de los Apóstoles para predicar el Evangelio por todo el mundo, hallándose un día Saulo profundamente preocupado por los perversos planes del sanedrín contra la Santísima Virgen María, tuvo por la noche un sueño del misterio del Calvario en el que, a la derecha de un Hombre ignominiosamente crucificado y muerto, veía a su afligida Madre, plenamente entregada en los trabajos y padecimientos de la Pasión de Cristo; por lo que le pareció a Saulo que era mujer grande y digna de veneración. Tanto le impresionó a Saulo la contemplación de aquella Mujer profundamente dolorosa, y a la vez pacientemente ecuánime, que llegó hasta sentir compasión de sus penas y aflicciones por parecerle muy intensas; por lo que desistió por completo de ejecutar los planes del sanedrín contra la respetable Señora.

3. Saulo, para liberarse de la presión que los réprobos Caifás y Anás le hacían continuamente para que acabase con la Santísima Virgen María, determinó abandonar cuanto antes Jerusalén y seguir su furiosa persecución contra los cristianos por otros lugares. Aquella fue la causa principal de que se encaminase a Damasco, en cuyo camino lograría la conversión al aparecersele Cristo a ruegos de su Divina Madre. He aquí que, Saulo, por la compasión que tuvo con la Santísima Virgen María, alcanzaría la misericordia de su Divino Hijo.

Capítulo III

La Divina María aboga ante Cristo para la conversión de Saulo

El día 22 de enero del año 36, en el Cenáculo de Jerusalén, la Santísima Virgen María pidió a su Divino Hijo Jesús la conversión de Saulo para que también así se aplacase aquella terrible persecución contra los cristianos de dicha ciudad; pues, durante más de un año, estos vivieron bajo las amenazas y persecuciones del sanedrín cuyo instrumento ejecutor era Saulo. Y he aquí que el Señor le respondió: *«Madre mía, ¿cómo mi justicia quedará satisfecha para inclinarse la misericordia y así usar de mi clemencia con Saulo, cuando merece mi justa indignación y castigo, por su incredulidad y mal proceder, sirviendo de corazón a mis enemigos para destruir mi Iglesia y borrar mi Nombre del mundo?»* Con estas palabras Cristo recriminaba la obstinada actitud de Saulo; pues, a pesar de las señales sobrenaturales que había recibido en el sueño, persistía en su contumaz incredulidad y en su infernal furor contra la Iglesia. Mas, la Santísima Virgen María, como solícita Abogada de los pecadores, apeló ante el mismísimo tribunal del Justísimo Unigénito de Dios, haciendo valer, a favor de la conversión de Saulo, los infinitos padecimientos sufridos por su Divino Hijo en el Calvario y los de Ella al pie de la Cruz. Con este valimiento a favor de Saulo, se enardeció de tal manera el fuego de la caridad en Ella, que hubiese bastado para consumir su vida natural si el mismo Señor, con su divina virtud, no se la conservara. Y, como su Hijo no pudiera resistir a la fuerza del maternal amor que hería el Inmaculado Corazón de su Madre, la consoló dándose por obligado a sus ruegos, con estas palabras: *«Madre mía, electa entre todas las criaturas, hágase tu voluntad sin dilación: Yo haré con Saulo todo lo que pides, dándole una Gracia muy especial; y si corresponde a ella, moldearé más su alma para que sea gran defensor de mi Iglesia, a la que ahora persigue, e incansable predicador de mi gloria y mi Nombre. Voy a tratar de reducirle a mi amistad y Gracia»*. Este hermosísimo y misterioso coloquio entre el benevolente Jesús y su solícita Madre, tuvo lugar en el mismo día en que Saulo abandonaba el Palacio de los pérfidos Pontífices para encaminarse a Damasco.

Capítulo IV

La conversión de Saulo

1. Si bien Saulo de Tarso había determinado marcharse de Jerusalén para evitar el compromiso de atentar contra la vida de la Santísima Virgen María, no por eso había desistido de su implacable persecución contra los cristianos. Por eso, Saulo, respirando amenazas y muerte contra los seguidores del Señor Jesús, el día 22 de enero de aquel año 36, se presentó ante el sanedrín y pidió al sumo pontífice Caifás le diese documentos que le acreditasen ante las autoridades de las sinagogas judías de Damasco, a fin de que éstas recabasen del rey Aretas en dicha ciudad, el permiso para perseguir allí a los seguidores de Cristo, y traer cautivos a Jerusalén a cuantos hombres y mujeres profesasen el cristianismo, para que fuesen castigados.

2. Tras recibir los plenos poderes del sanedrín, ese mismo día Saulo salió de Jerusalén con un grupo de colaboradores, camino de Damasco. Mas, sucedió que el viernes 25 de enero del año 36, cuando Saulo, en su camino hacia Damasco, pasaba por los alrededores de la aldea de El Kockab, sita a unos doce kilómetros de la ciudad de Damasco, a las 12h. del mediodía, fue sorprendido por un gran estruendo, con relámpago, y vio una gran luz del cielo que sobrepujaba al resplandor del sol, y que súbitamente le rodeó a él y a los que le acompañaban, produciéndoles tal espanto, incluso a sus caballos, que fueron todos derribados. Y, en el mismo

instante en que el intrépido y pérfido perseguidor se hallaba caído en tierra, oyó una voz en lengua aramea hebraica que le decía: «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*» Saulo, elevando su rostro hacia donde provenía la voz, vio sólo la luz celestial; y preguntó: «*¿Quién eres, Señor?*» Entonces, Cristo se le manifestó visiblemente, con majestad y gloria, a la vez que le contestaba: «*Yo soy Jesús Nazareno, a Quien tú persigues. Dura cosa es para ti resistir a la fuerza de mi poder*». Y con estas últimas palabras Jesús dio a entender a Saulo que su propósito de destruir la Iglesia era inútil, ya que ella es imperecedera; que le ofrecía Gracia suficiente para conocer la verdad evangélica y para que pudiese corresponder con sincera conversión, la cual estaba supeditada a la libre aceptación o no, por él, de la Gracia; y que era llamado para una alta misión en la Iglesia que tanto perseguía, cuya vocación él debía aceptar, ya que de ello dependía su eterna salvación.

3. Las palabras de Cristo calaron tan hondamente en el corazón de Saulo, que éste aceptó libremente la Gracia que se le ofrecía creyendo firmemente que Jesús era el Unigénito de Dios, pasando así de incrédulo a creyente. Por lo que, mediante un acto de contrición perfecta de sus pecados, solicitó en su interior el perdón de los mismos; y el Señor le perdonó confiriéndole entonces la Gracia Santificante en virtud de la recepción en su alma de la Gota de Sangre de María; y por tanto, recibió todo lo que el Sacramento del Bautismo conlleva, excepto el desposorio jurídico común o carácter del mismo, de derecho divino, indisoluble y eterno. Seguidamente Saulo fue abismado en la visión beatífica y fue penetrado de muchos de los misterios divinos. Esta visión de la esencia trinitaria duró tres segundos; si bien, acabada la misma, Saulo continuó viendo a Jesús en su majestuosa aparición. Saulo, temblando y desprovisto, le dijo: «*Señor, ¿qué quieres que yo haga?*» Y por la rápida y generosa correspondencia de Saulo, el Bondadoso Maestro le reveló más explícitamente el misterio de su vocación a la Iglesia, diciéndole: «*Levántate, y surge como hombre nuevo al servicio de mi Iglesia; pues, Yo me he aparecido para arrancarte de la apostasía del pueblo judío, preservarte del paganismo de los gentiles, ponerte por Ministro mío, y ser testigo de las cosas que has visto y de las que yo te mostraré en mis futuras apariciones. Yo te envío ahora a los del pueblo judío y a los del pueblo gentil, para que les abras los ojos a la verdadera Fe, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y así reciban el perdón de sus pecados y la herencia entre los santos por la Fe que es en Mí*». Y como estas palabras las escuchara Saulo postrado aún en tierra, cuando el Señor terminó de hablar, le dijo: «*Levántate, y entra en la ciudad de Damasco, y allí se te dirá lo que te conviene hacer*»; entendiéndolo así Saulo que debía ponerse en manos de los Ministros de la Iglesia de Cristo y someterse a la Suprema Autoridad de la misma. Seguidamente, Cristo desapareció.

4. Los que acompañaban a Saulo en aquel viaje a Damasco, si bien contemplaron atónitos el luminosísimo resplandor que les rodeaba, no vieron a Jesús ni oyeron su propia voz; mas sí oyeron de los labios del converso Saulo la repetición de lo que Cristo le iba diciendo; y sólo de esta manera, todos ellos oyeron el diálogo entre ambos. A las 12,15h. del mediodía, Saulo se levantó del suelo; y aunque tenía abiertos los ojos, no veía nada al haber quedado milagrosamente ciego por la misteriosa fuerza de la celestial luz. Los que le acompañaban, le tomaron de la mano, le subieron en su caballo y le guiaron hasta Damasco. Y ya en la ciudad, le llevaron a la casa de un conocido suyo llamado Judas, que tenía una hospedería en la calle Recta. Aquí Saulo estuvo tres días sin ver nada, y no comió ni bebió, sumido en profundas reflexiones, en altísima oración y arrepentimiento de sus pecados. Y en su penitencial retiro, llegó a tal sentimiento de su propia vileza e indignidad, por tan alta Gracia recibida de la infinita misericordia de Dios, que su dolor de haber perseguido a Nuestro Señor Jesucristo hubiese, incluso, acabado con la vida de Saulo, si no fuese porque se viera sumamente reconfortado por la Divina María; Quien a este fin se hizo visible a aquel afligido converso para consolarle en su noche oscura y garantizarle que, tanto su Divino Hijo como Ella, le habían perdonado. Además, la Dulcísima Señora le prometió su maternal protección en la misión apostólica que él debería cumplir, y de la que Saulo se sentía impotente a la vista de su propia fragilidad humana.

5. Saulo, en el momento de su conversión en el camino de Damasco, había reconocido que esta Gracia le venía en parte por la oración que por él había hecho Esteban en su martirio; y sobre todo por la intercesión de María Santísima, que, en virtud de sus ruegos, había acelerado aquel feliz momento. Desde entonces Saulo quedó agradecido a tan maternal solicitud, lleno de íntimo afecto y veneración a la gran Reina del Cielo.

6. A Saulo, en el camino de Damasco, le había sido dada, para su conversión, no otra cosa que la Gracia suficiente en el grado que la necesitaba; la cual, él aceptó libre y soberanamente. Y si bien es verdad que la Gracia suficiente dada a Saulo fue acompañada de portentosas señales, era porque necesitaba de todas esas manifestaciones para que, libre y voluntariamente, se convirtiese y aceptase los planes divinos sobre él; sin que, por eso, su libre albedrío quedase en nada mermado, ni que la Gracia fuese de tal manera irresistible para él, que forzosamente tuviese que aceptar la conversión. Pues, además, la aceptación de la voluntad de Dios por Saulo, en el camino de Damasco, implicó en éste un acto heroico; ya que, conllevaba predicar luego a favor del cristianismo, enfrentarse abiertamente contra el sanedrín y sus secuaces, deponer su orgullo personal, sufrir el desprestigio ante los judíos, así como la persecución por parte de ellos, y otras muchas penalidades.

Capítulo V

Saulo recibe el Sacramento del Bautismo y el Sacramento de la Confirmación.

Pablo permanece tres meses junto a Ananías oyendo sus enseñanzas y fortaleciéndose más

1. Se hallaba en la ciudad de Damasco el Obispo Ananías, uno de los setenta y dos discípulos oficiales del Señor, que había sido destinado allí para pastorear a los fieles cristianos de aquella misión. Era Ananías un hombre justo y recto según la Ley de Dios y el espíritu del Evangelio, como lo atestiguaban sus virtudes, reconocidas no sólo por los cristianos sino incluso por los mismos judíos. Y sucedió que el día 28 de enero de

aquel año 36, el Señor Jesús, en una visión le dijo: «Ananías»; y él respondió: «Aquí me tienes, Señor». Y le dijo Jesús: «Levántate, y vé a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un hombre de Tarso llamado Saulo que ahora está en oración». Éste, que a su vez se hallaba orando en la hospedería de la Calle Recta, contempló anticipadamente en visión que Ananías venía a buscarle y que le imponía las manos para que recobrase la vista; pues, Saulo pedía también en su oración el verse cuanto antes liberado de la ceguera para trabajar por la causa de Cristo. Y Ananías respondió a Jesús: «Señor, he oído decir a muchos que este hombre ha hecho grandes daños a los cristianos de Jerusalén, y que ha venido aquí con poderes de los miembros del sanedrín para prender a los que invocan tu Nombre». Mas, el Señor le dijo: «Vé a donde está Saulo, que ese mismo que antes fue perseguidor mío, es ya un instrumento elegido por Mí para llevar mi Nombre y anunciarlo a los del pueblo judío y a los de otras muchas naciones. Yo le haré ver cuántos trabajos tendrá que padecer por mi Nombre».

2. Una vez que el Señor le dispuso sus temores, marchó Ananías, y entró en la hospedería en que se hallaba Saulo, conocido de todos como fanático perseguidor de los cristianos. Ananías, poniendo las manos sobre los ojos del converso, le dijo: «Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías a Damasco, me ha enviado para que recobres la vista y quedes más fortalecido por el Espíritu Santo»; y al instante se cayeron de los ojos de Saulo como una especie de escamas, recobrando plenamente la vista. Y le dijo entonces Ananías: «El Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, te ha escogido para que conocieses su voluntad, vieses al Justo, oyese la voz de su boca y fueras testigo suyo de las cosas que has visto y oído, delante de los hombres». Ananías, tras anunciar a Saulo la misión que debería cumplir en la Iglesia, le exhortó a que se preparase debidamente a ello, diciéndole: «Y ahora, ¡apresúrate!, y recibe el Sacramento del Bautismo», pues Saulo, en el instante de su conversión, no había recibido el desposorio jurídico común o carácter del mismo, el cual sólo es posible recibir, en esta vida, mediante la recepción del Sacramento del Bautismo.

3. Aquel día, lunes 28 de enero del año 36, como fuese expreso deseo de Saulo el abjurar de sus errores y dar testimonio de su sometimiento a la doctrina de Cristo, pidió al Obispo Ananías que el rito del Sacramento del Bautismo se hiciese a la vista de las gentes de Damasco. Para ello se dirigieron a un canal del río Barada, en donde, no sólo Saulo fue bautizado recibiendo el nombre de Pablo, sino también todos los que estuvieron presentes en el momento de su conversión en el camino de Damasco. Seguidamente, Ananías administró a Pablo el Sacramento de la Confirmación, recibiendo éste una mayor plenitud del Espíritu Santo, o mayor operación del Divinísimo Paráclito, además de ciertos carismas extraordinarios; y también confirmó a los que le acompañaban. Después que Ananías administró los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación a Pablo y a su séquito, fueron todos a la capilla que el Obispo misionero tenía en Damasco, en donde él celebró la Santa Misa y administró a los neófitos la Santa Comunión. Pablo, con este sobrenatural alimento, se sintió reconfortado espiritualmente. Y como llevaba sin comer y beber tres días, tomó después alimento sintiéndose restablecido físicamente. Tras el bautismo, Pablo permaneció en Damasco un poco más de tres meses junto a Ananías, oyendo sus enseñanzas y fortaleciéndose con los Sacramentos y los buenos ejemplos de los demás cristianos de aquella ciudad. El mismo día de la conversión de Pablo, la Santísima Virgen María había hecho partícipe al Papa Pedro de tan feliz acontecimiento.

Capítulo VI

Pablo se retira al desierto. Pablo mora en la cueva de Moisés del Monte Horeb. Cristo imprime a Pablo los estigmas de su Pasión

1. El día 30 de abril del año 36, cuando se hallaba oyendo la Santa Misa celebrada por el Obispo Ananías, Pablo fue movido interiormente por el Espíritu Santo para retirarse durante algún tiempo al desierto, y allí, en la soledad, prepararse a su futuro apostolado. Pablo puso esto en conocimiento de Ananías; y le dijo que comunicase a Pedro que, transcurrido su periodo de estancia en el desierto, iría a postrarse cuanto antes a sus pies. Pablo, tras recibir la bendición del Obispo Ananías y de besar respetuosamente su mano, salió a caballo de Damasco hacia el desierto de Arabia Pétreá, entrando en Israel y siguiendo luego la ruta de la orilla oriental del río Jordán, hasta el lugar en que Cristo fue bautizado. Desde aquí, por el lado este del mar Muerto, se dirigió a la península del Sinaí, encaminándose luego al Monte Horeb o Monte Sinaí o Monte de Ananías, en donde Dios se había aparecido a Moisés. Una vez llegado a este sagrado lugar el día 27 de junio del mismo año 36, fijó su morada en la misma cueva en que Dios se apareció a Moisés y luego a Elías. La estancia de Pablo en el desierto, que fue de tres años, la vivió en la más completa austeridad, entregado a la oración, a la penitencia y al ayuno. Y, al mismo tiempo que así se purificaba de sus pecados de la vida pasada, su unión con Cristo se hizo cada vez más íntima, alcanzando altos grados de misticismo. En el desierto, Pablo fue copiosamente instruido en las verdades de la Fe por el Divinísimo Maestro en muchas de sus apariciones a él, y por las iluminaciones del Espíritu Santo Paráclito. Y, como no tenía un Sacerdote a su alcance, muy frecuentemente el mismo Cristo le alimentaba con la Santa Eucaristía.

2. El 25 de marzo del año 37, tercer aniversario de la Muerte de Cristo, cuando Pablo se hallaba en el Monte Horeb, se le apareció el Señor Jesús clavado en la Cruz; y, como el converso manifestase su vehementísimo deseo de vivir crucificado con el Divino Maestro, Él le hizo partícipe de sus Sacratísimas Llagas, hiriendo, mediante misteriosos rayos, entre otras partes de su cuerpo, el costado derecho, las manos y los pies de Pablo, quedando para siempre invisiblemente estigmatizado, por lo que Pablo siempre tuvo en su cuerpo los estigmas del Señor Jesús. También, en distintas ocasiones, la Santísima Virgen María se hizo visible a Pablo en el desierto del Sinaí, para confortarle en sus austeridades con el dulce bálsamo de su Divina Maternidad, y a la vez adoctrinarle sobre los misterios de Cristo, de Ella misma y de la Iglesia. Y si bien, merced a las celestiales

enseñanzas, Pablo alcanzó gran sabiduría doctrinal, sin embargo, algunos misterios no le fueron revelados directamente por Cristo y María, para que, en su momento, los aprendiese del mismo Pedro que, como Cabeza de la Iglesia y Vicario de Jesucristo, era el único portador de la papal Infallibilidad, la cual es la que garantiza la veracidad de toda doctrina. Durante su estancia en el desierto, Pablo supo también, por divina revelación, el lugar en que se hallaban sepultados los cuerpos de los tres Santos Reyes Magos, Melchor, Gaspar y Baltasar; los cuales, tras la abdicación de sus respectivas coronas, vivieron en la soledad en el Monte Horeb hasta que murieron dentro del año 35.

Capítulo VII

Viaje apostólico de Pedro. Pedro cura milagrosamente en Lida al paralítico Eneas. Pedro resucita a Tabita en Jope

1. Con la conversión de Pablo, se aplacó por un tiempo el furor del sanedrín contra los cristianos, al no contar ya con aquel intrépido perseguidor, como principal instrumento que había sido de tal acción sangrienta por parte de la iglesia judía o sinagoga de Satanás; por lo que la Iglesia de Cristo, gozaba entonces de paz por las regiones de Judea, Samaria y Galilea, y se propagaba en el temor del Señor bajo el consuelo del Espíritu Santo. Este periodo de tranquilidad, lo aprovechó el Papa Pedro para su visita apostólica por muchas de las comunidades cristianas del territorio de Israel; cuyo viaje papal dio comienzo el 16 de mayo del año 36, es decir al día siguiente de celebrarse el segundo aniversario del apoteósico Pentecostés sobre el Cenáculo. Durante dicho viaje apostólico, que lo hizo acompañado de algunos de los discípulos de la comunidad del Cenáculo, Pedro no perdía el contacto con la Santa Sede en Jerusalén, ya que volvía a ella con cierta frecuencia, y en breve continuaba su viaje.

2. Entre las muchas comunidades cristianas del territorio de Israel, el Papa Pedro visitó a los fieles que moraban en Lida, hoy Lod, situada entre Jerusalén y Jafa. Aquí halló a un judío llamado Eneas, hombre sencillo, que hacía ocho años que estaba postrado en una cama por estar paralítico; el cual manifestó su deseo de oír la palabra de Pedro; por lo que éste le habló de Jesús, de su doctrina y de la Iglesia que había fundado. Y para facilitar más la conversión de aquel tullido, le dijo Pedro: *«Eneas, el Señor Jesucristo te cura. Levántate, y haz tú mismo la cama»*, y al momento se levantó sano. Con este milagro, que fue el 25 de marzo del año 37, Eneas quedó plenamente convencido de la Fe de Cristo; por lo que, Pedro, accediendo a sus deseos, le administró el Sacramento del Bautismo. Muchos de los moradores judíos y gentiles de dicha ciudad, e incluso de la región mediterránea de Saron, se convirtieron al Señor Jesús al tener noticia de este milagro.

3. Otra de las ciudades visitadas por el Papa Pedro, fue la de Jope o Jafa, en donde también había otra comunidad cristiana con su correspondiente iglesia o cenáculo. Había en Jope una discípula de María que había estado de religiosa en el convento del Cenáculo de Jerusalén y que luego había sido enviada a Jope por la Virgen María para que fundase y dirigiese una comunidad religiosa de monjas carmelitas. Esta religiosa se llamaba Tabita, que significa *«gacela»*, la cual era tenida como muy virtuosa, merced a las buenas obras y limosnas que hacía. Y acaeció que, mientras Pedro estaba en Lida, cayendo ella enferma murió; y después de lavado y amortajado su cadáver, lo pusieron en la capilla del convento. Como Lida estaba cerca de Jope, oyendo los varones religiosos de la comunidad de esta ciudad que Pedro estaba en aquélla, enviaron dos fieles terciarios con este ruego: *«No tardes en venir a nosotros»*. Y levantándose Pedro, se fue con ellos a Jope, y aquí le condujeron al convento de religiosas carmelitanas, en cuya capilla se hallaba el cadáver de Tabita, junto al cual había un buen número de viudas que lloraban por su muerte. Éstas, mostrando a Pedro las túnicas y los vestidos que ella les había hecho, le imploraban devolviera la vida a su bienhechora, pues eran pobres y Tabita las socorría. Pedro hizo salir fuera a todos, y puesto de rodillas oró; y luego, vuelto al cadáver, dijo: *«¡Tabita, levántate!»* Al instante, abriendo ella los ojos y viendo a Pedro, se incorporó. Éste, dándole la mano, la puso en pie, y la entregó viva a las dos comunidades religiosas y a los demás fieles, entre los cuales estaban las viudas. Este milagro, que acaeció el 22 de abril de aquel año 37, se hizo notorio en toda la ciudad de Jope, por cuyo motivo muchos de sus moradores, judíos y gentiles, creyeron en el Señor Jesús y fueron bautizados. Pedro permaneció muchos días en Jope viviendo en casa de un curtidor llamado Simón. Pues, si bien en dicha ciudad había un discípulo misionero, sin embargo, Pedro y los que le acompañaban, se alojaron en casa de Simón, que era uno de los fieles seglares, por no haber suficiente cabida en el convento de frailes.

Capítulo VIII

El Centurión Cornelio envía en busca del Apóstol Pedro.

En la ciudad de Jope, el Papa Pedro tiene la visión simbólica de los animales impuros

1. Vivía por entonces en la ciudad de Cesarea Marítima el Centurión Cornelio, que tiempo atrás había vivido en la ciudad de Cafarnaún, a cuyo siervo Cristo había curado milagrosamente de una enfermedad. Cornelio, hombre de condición gentil, que había sido bautizado por Cristo en Cafarnaún, con todos los de su casa, era muy religioso y temeroso de Dios, hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios incesantemente. Él era centurión de una cohorte de soldados procedentes de Itálica, ciudad en que Cornelio había nacido, situada cerca de Sevilla, España.

2. Como viese Cornelio la corriente contraria a la evangelización de los gentiles por parte de muchos de los judíos ya cristianos, y ante la indecisión del Papa Pedro, el Centurión imploraba vehementemente a Dios cesasen ya las dificultades que impedían la predicación universal del Evangelio. Y cuando se hallaba orando, a eso de la hora de nona, se le apareció Cristo; Cornelio, mirándole sobrecogido de temor, dijo: *«¿Qué quieres de mí, Señor?»* Y Cristo le respondió: *«Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido hasta el acatamiento de Dios*

Padre, y han sido tenidas en cuenta. Ahora, pues, envía a alguno a Jope, en busca del Apóstol Pedro, el cual se halla hospedado en casa de Simón el curtidor; cuya casa está junto al mar. Él te dirá las cosas necesarias para la salvación de los del pueblo gentil». Cuando se retiró el Señor, Cornelio llamó a dos de sus sirvientes y a un soldado que estaba a sus órdenes, temerosos de Dios, a los cuales, después de haberles confiado todo, les envió a Jope en busca de Pedro.

3. Al día siguiente, 13 de mayo del año 37, mientras los mensajeros de Cornelio caminaban y se acercaban a la ciudad de Jope, subió Pedro, cerca de la hora de sexta, a lo alto de la casa a hacer oración; y como sintiese hambre deseó comer. Mientras le preparaban la comida, le sobrevino un éxtasis, y en él vio el cielo abierto, y algo como un mantel grande que, sostenido por sus cuatro puntas, era bajado del cielo a la tierra. En él había todo género de animales declarados impuros por la Ley de Moisés. Y oyó la voz de Cristo que le decía: «*Pedro, levántate, mata y come*». Dijo Pedro: «*¿Cómo haré esto, Señor, si jamás he comido cosa profana e inmunda?*» Y le replicó la misma voz: «*Lo que Dios ha purificado, no lo llames inmundo*». Esto se repitió por tres veces, y luego el mantel volvió a subirse al cielo.

4. Mientras Pedro estaba discurriendo entre sí qué significaría la visión que acababa de tener, llegaron a la puerta de la casa de Simón el Curtidor, los mensajeros enviados por Cornelio; y llamando, preguntaron si se hallaba allí el Apóstol Pedro. Éste, que aún estaba meditando sobre el significado de la visión, recibió el siguiente aviso del Espíritu Santo, que le dijo: «*Mira, ahí están tres hombres que te buscan. Levántate, baja, y vete con ellos sin el menor reparo, porque los he enviado Yo*». Bajó Pedro, y dijo a los tres varones mensajeros: «*Yo soy el que buscáis. ¿Cuál es el motivo de vuestro viaje?*» Ellos le respondieron: «*El Centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, estimado y tenido por tal, hasta por muchos de los judíos, recibió el mandato del Señor que viniésemos a buscarte, y llevarte a su casa, para que él escuche lo que tú le digas*». Pedro, entonces, haciéndoles entrar, les hospedó consigo. Merced a las oraciones de Cornelio, el Señor dio a comprender más claramente al Papa Pedro, que su Sangre Preciosísima había sido derramada en la Cruz no sólo para los judíos, sino también para los gentiles; lo cual se lo demuestra, primero, con la anterior visión simbólica en la que Él le manda matar y comer animales declarados impuros por la Ley, cuyo significado estaba relacionado con la labor que Pedro debería realizar en la casa del Centurión Cornelio, en Cesarea Marítima.

Capítulo IX

El Pentecostés, en casa de Cornelio, sobre los cristianos venidos de la gentilidad.

El Papa Pedro decreta oficialmente la evangelización del mundo gentil

1. Al día siguiente de que los enviados de Cornelio llegaran a Jope, el Papa Pedro, guiado por estos, y con los discípulos que le acompañaban en aquel viaje apostólico, salió para Cesarea Marítima, llegando a esta ciudad el día 15 del mismo mes y año. Enterado el Centurión Cornelio de que Pedro venía de camino, convocó en su casa a todos los cristianos procedentes de la gentilidad de aquella zona, y esperaban con vehemencia la llegada del Papa. Cuando Pedro estaba para entrar en la casa del Centurión, salió éste a recibirle; y postrándose, le reverenció besándole los pies en señal de acatamiento a su autoridad papal. Luego, Pedro penetró en la casa, y dijo a los cristianos allí reunidos: «*Ya sabéis cuán mal visto es por los cristianos de origen judío el trato familiar con los cristianos de origen gentil. Pero el Señor Jesús me ha demostrado que Él vino a salvar tanto a los del pueblo judío como a los del pueblo gentil. Ahora os pregunto: ¿Por qué motivo me habéis llamado?*» A lo que respondió Cornelio: «*Cuatro días hace hoy que yo estaba orando en mi casa a la hora de nona, cuando he aquí que se me apareció Nuestro Señor Jesucristo, y me dijo: 'Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido hasta el acatamiento de Dios Padre, y han sido tenidas en cuenta. Ahora, pues, envía a alguno a Jope, en busca del Apóstol Pedro, el cual se halla hospedado en casa de Simón el curtidor; cuya casa está junto al mar. Él te dirá las cosas necesarias para la salvación de los del pueblo gentil'. Al punto, pues, envié por ti, y tú me has hecho la gracia de venir. Y nosotros estamos en tu presencia para escuchar todo lo que el Señor te haya mandado decirnos para la salvación del pueblo gentil*». Entonces, el Papa Pedro habló de esta manera: «*Verdaderamente he llegado a reconocer que en Dios no hay acepción de personas, sino que, en cualquier nación, el que le teme y obra bien, merece su agrado. Él ha enviado su palabra a los hijos de Israel a través de Jesucristo, Señor Dios nuestro, para anunciarles la verdadera paz. Vosotros sabéis que, después del bautismo predicado por Juan, el Reino de Dios ha sido anunciado por Jesús en todo Israel, comenzando desde Galilea; y que a este Jesús en cuanto Hombre, Dios le había ungido con la plenitud del Espíritu Santo al principio del mundo, colmándole de su virtud divina. También sabéis que Él fue haciendo el bien por todas las partes que pasó; y entre sus múltiples milagros, curó a muchos de los que estaban bajo la opresión del demonio, porque, además de verdadero Hombre, es verdadero Dios. Nosotros somos testigos, y también algunos de vosotros, de todas las cosas que Jesús hizo en el territorio de Israel y en la ciudad de Jerusalén, en la cual, no obstante, le quitaron la vida colgándole en una cruz, como bien sabéis. Y que Él, por su virtud divina, resucitó al tercer día de entre los muertos, dejándose ver, una vez resucitado, de todos sus Apóstoles, discípulos y piadosas mujeres; y que, incluso, celebró la Santa Misa en nuestra presencia, y hasta muchos comimos con Él. Jesús, como sabéis, nos mandó que predicásemos el Evangelio por Él enseñado y que diésemos testimonio, a toda criatura, de que está por Dios Padre constituido Juez de vivos y muertos. De Él mismo dan testimonio todos los profetas, los cuales dicen que, cuantos crean en su Nombre, y se arrepientan de sus pecados, recibirán el perdón de Dios*».

2. Aún estaba Pedro hablando, cuando, descendió el Espíritu Santo sobre los que le oían, manifestándose el Paráclito visiblemente mediante lenguas de fuego que aparecieron sobre las cabezas de todos los allí presentes, y con otras señales prodigiosas. Los discípulos que habían venido con Pedro, quedaron pasmados al ver que la

Gracia del Espíritu Santo se derramaba también visiblemente sobre los cristianos venidos de la gentilidad, ya que oían hablar a estos en varias lenguas y publicar la grandeza de Dios. Y ante este trascendental acontecimiento, Pedro exclamó: «*¿Quién puede negar que el agua del Bautismo sea también derramada sobre todos los del pueblo gentil que acepten la doctrina evangélica? Pues, si bien es verdad que el Espíritu Santo se manifestó visiblemente en el Cenáculo, tanto a mí como a otros de origen judío, también ahora se ha manifestado visiblemente a los aquí reunidos de origen gentil*». Con dichas palabras, el Papa Pedro se refería a la urgente necesidad de la evangelización de los gentiles, y afirmaba infaliblemente que la misma Gracia del Sacramento de la Confirmación recibida en el Cenáculo de Jerusalén por los Apóstoles y otros muchos, en el Pentecostés de los cristianos de origen judío, la recibieron también Cornelio y los que con él estaban, en el Pentecostés de los cristianos de origen gentil, acaecido en su propia casa.

3. Con esta visita, el Papa Pedro confirió el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado a Cornelio que era viudo; y, además, confirió el Diaconado y el Presbiterado a otros varones bautizados que con él estaban. De esta manera, el Centurión Cornelio llegó a ser la primera autoridad Episcopal elegida entre los cristianos venidos de la gentilidad, con sede en Cesarea Marítima. Tras dichas ceremonias, el Papa Pedro mandó que, en adelante, fuesen bautizados en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, todos los de origen gentil que aceptasen la verdadera Fe. Con este mandato, el Papa Pedro, movido de un ardiente celo, promulgó la Ley Apostólica sobre la Evangelización de los Gentiles; y encargó al Obispo Cornelio y a los nuevos Sacerdotes, se entregaran plenamente a esta importante misión; los cuales, ya ese mismo día, bautizaron a varios gentiles que manifestaron su Fe en Jesucristo y que habían acudido a la casa una vez enterados de la presencia de Pedro y del prodigio de ese segundo Pentecostés. A partir, pues, del Pentecostés sobre los cristianos de origen gentil, acaecido el día 15 de mayo del año 37 en casa de Cornelio, o sea, al tercer año del Pentecostés del Cenáculo, comenzó la evangelización oficial del mundo gentil. Otras muchas comunidades cristianas fue visitando el Papa Pedro durante ese viaje apostólico, con el consiguiente ensanchamiento de la Iglesia; e incluso visitó muchos hogares gentiles, comiendo y conviviendo con ellos, logrando así grandes frutos de conversión.

Capítulo X

Distintas reacciones de los que se hallaban en el Cenáculo de Jerusalén al tener noticia de la actividad apostólica del Papa Pedro con los cristianos de origen gentil

1. La noticia de la actividad apostólica de Pedro con los cristianos de origen gentil en casa de Cornelio, de su convivencia con ellos, y de su ley apostólica sobre la evangelización de los gentiles, fue motivo de distintas reacciones entre los que se hallaban en el Cenáculo de Jerusalén y entre otros muchos cristianos de la ciudad de origen judío. Los dos únicos Apóstoles que había en el Cenáculo de Jerusalén, eran Juan y Santiago el Menor, pues los otros se hallaban en sus distintas misiones. El Apóstol Juan recibió, con gran júbilo y acción de gracias al Altísimo, la buena nueva del apostolado de Pedro con los cristianos venidos de la gentilidad, en Cesarea Marítima; alegría que fue compartida también por la mayor parte de los miembros de ambas comunidades religiosas. Mas, Santiago el Menor, así como algunos de los discípulos convertidos últimamente que procedían de la clase sacerdotal levítica y de la secta farisea, al no tener superadas del todo sus tendencias judaizantes favorables a la circuncisión, mantuvieron cierta oposición a las actuaciones y disposiciones de Pedro a favor de la evangelización de los gentiles, y turbaban a otros con sus ideas.

2. He aquí que, cuando el día 1 de noviembre del año 37 el Papa Pedro volvió de su viaje apostólico a Jerusalén, recibió las manifestaciones de desacuerdo por parte de Santiago el Menor y de los discípulos de su mismo parecer, los cuales disputaban contra el Papa diciéndole: «*¿Por qué diste cabida a los gentiles en el plan evangélico de la salvación, y entraste en sus casas a predicarles y a comer con ellos?*» Y entonces Pedro les disipó sus dudas relatándoles los hechos prodigiosos que le habían impulsado a decretar la evangelización de los gentiles; como fue la visión simbólica de los animales impuros, la llegada a Jope de los emisarios de Cornelio requiriendo su presencia, por mandato del Señor, y el prodigioso Pentecostés sobre los cristianos de origen gentil, en Cesarea Marítima, cuyo relato Pedro concluyó con estas palabras: «*Pues, si Dios dio a ellos la misma Gracia que a nosotros, ¿quién soy yo para oponerme al plan de Dios?*» Cuando esto hubieron oído, se aquietaron y glorificaron a Dios diciendo: «*Luego también Dios ha concedido a los gentiles que puedan alcanzar la vida eterna por medio de la Gracia y de la penitencia*».

3. Hasta que el Papa Pedro no decretó la evangelización oficial de los gentiles, los nueve Apóstoles enviados a sus respectivas misiones, se dedicaban casi exclusivamente a predicar el Evangelio a los judíos. Lo mismo hacía la gran mayoría de los setenta y dos discípulos oficiales que continuaban esparcidos por distintas partes del territorio de Israel y fuera del mismo. Después del decreto apostólico dado por Pedro el 15 de mayo del año 37 a favor de la evangelización de los gentiles, la predicación a estos fue más progresiva; y más especialmente lo sería a partir del año 40, debido al celo apostólico de Pablo, como principal ejecutor.

4. Tras el decreto de Pedro, fueron a Antioquía de Siria, para anunciar el Evangelio a los gentiles, dos discípulos naturales de Cirene: Lucio, que era uno de los setenta y dos discípulos oficiales; y Simón Cirineo, apodado Niger por ser de color negro, que no pertenecía a los discípulos oficiales. Y la mano de Dios les ayudaba en su apostolado, por manera que un gran número de personas creyó y se convirtió al Señor Jesús. Dicho progreso de la Fe de Cristo en Antioquía de Siria, entre los gentiles, se obró durante los años 38 al 40.

Capítulo XI

Pablo se retira del desierto y va a Damasco. Incansable evangelización de Pablo en dicha ciudad. Confabulación de los jefes judíos para dar muerte a Pablo. Pablo huye de Damasco y va a Jerusalén

1. Una vez que Pablo, en el desierto de Arabia Pétreo, expió sus culpas, quedó más lleno del amor divino y fue más consolidado en la Fe evangélica, se vio impulsado por el Espíritu Santo para retornar a Damasco, en donde predicaría incansablemente en defensa de Cristo. El 27 de junio del año 39, Pablo, retirándose del Monte Horeb, se dirigió dócilmente hacia Damasco, por donde el Espíritu Santo le llevó, atravesando la península del Sinaí, el territorio de Idumea, y luego el de Israel por la costa mediterránea, pasando por Jope y Cesarea Marítima, desde donde se encaminó a Megido, a Nazaret, al oeste del Mar de Galilea, y a Cesarea de Filipo; y, ya entrado en Siria, cruzando por el lugar en donde había sido su conversión, llegó a Damasco el 12 de octubre del año 39. Durante este largo recorrido, Pablo, inflamado de amor a Cristo, fue dando testimonio de la Fe evangélica a los judíos en distintas ciudades.

2. Una vez en Damasco, Pablo se presentó primero ante el Obispo Ananías. Luego comenzó su incesante predicación del Evangelio tanto en las sinagogas judías como en las plazas públicas y otros lugares, en donde proclamaba con firmeza que Jesús es el Cristo, el verdadero Hijo de Dios, a la vez que reconocía su error de haberle perseguido antes tan enconadamente. Todos los judíos que le oían, estaban pasmados y decían: «¿Pues no es este el que perseguía en Jerusalén a los que invocaban el Nombre de Jesús Nazareno y que luego vino a Damasco de propósito para capturar a los cristianos de aquí y llevarlos presos a los Pontífices?» No obstante, Pablo se esforzaba mucho más afirmando que Jesús es el Cristo, y dejaba pasmados a los judíos que moraban en Damasco. Mas, como vieran estos que las fogosas predicaciones de Pablo atraían a muchos al cristianismo, con la consiguiente humillación que eso implicaba para los adictos al judaísmo, el 18 de diciembre de aquel mismo año 39 se reunieron en consejo los principales jefes de las sinagogas de Damasco con el fin de acordar la muerte de Pablo. Este plan lo pusieron en práctica de común acuerdo con el gobernador del rey Aretas en aquella provincia; por lo que dicha autoridad civil puso guardias por la ciudad para prender a Pablo, con el fin de matarle. Éste, al ser advertido de las asechanzas urdidas contra él, se ocultó a la espera de huir en la primera oportunidad, siguiendo el prudente consejo del Obispo Ananías. Mas, como las puertas de Damasco se hallasen en continua vigilancia, el día 5 de enero del año 40, Pablo huyó por una ventana de la muralla, desde donde fue descolgado al exterior de la ciudad, por algunos de los fieles, metido en una espuerta.

3. La persecución de los judíos contra Pablo en Damasco, fue permitida por Dios, a fin de que abandonase la ciudad y se dirigiese a Jerusalén para postrarse humildemente a los pies del Vicario de Cristo, el Papa Pedro. Por eso Pablo, aquella noche del 5 de enero del año 40, una vez que se vio fuera de Damasco, sintió en su interior el impulso de encaminarse a Jerusalén; lo cual implicaba para él un acto de suprema heroicidad; pues, si bien tendría la alta gracia de entrevistarse por primera vez con el Papa, no le faltarían duros combates por parte de aquel sanedrín, al que antes había servido con entera fidelidad. Además, el intrépido y audaz Pablo sentía ahora gran vergüenza y timidez de presentarse ante aquella comunidad cristiana de Jerusalén, a la que tan sanguinariamente había perseguido años atrás, aunque no ignoraba que la caridad evangélica reinaba en los seguidores del Señor. En esta angustiosa turbación, se le apareció en el camino la Santísima Virgen María para confirmarle que debería ir a Jerusalén, mas que a su llegada Ella ya no estaría allí. Pablo, confortado por las palabras de la Divina Madre, se encaminó decididamente a Jerusalén.

Capítulo XII

La Virgen María, con el Apóstol Juan, María Cleofás y María Salomé, marcha para Éfeso. Profundo apostolado en Éfeso. Destrucción del templo de la ídola Diana. Fundación de una Comunidad de religiosas carmelitas

1. Siendo la Excelsa Madre de Jesús concededora de la nueva persecución que se avecinaba contra la Iglesia por parte del sanedrín, con motivo del próximo retorno de Pablo a Jerusalén, ya que su visita provocaría la ira de los Pontífices, se reflejaba en el virginal Rostro de la Divina María la honda preocupación que anegaba su Alma, a la vez que sentía indescriptible gozo por el especialísimo refortalecimiento que, en la Fe, recibían los cristianos a través de las persecuciones, con la consiguiente mayor consolidación de la Iglesia. Y si bien la Divina Madre anhelaba ardentísimamente compartir con sus hijos en Jerusalén las próximas aflicciones, no era el designio del Altísimo; Quien, para que se cumpliera su Divina Voluntad, se valió del Apóstol Juan, a cuya custodia estaba la Divina María por mandato de Cristo. Y como fuera el Apóstol el que más se percatase del sufrimiento espiritual de la Santísima Virgen María, le preguntó la causa, y Ella se la dijo. Desde ese momento, Juan se sintió movido a llevársela lejos de Jerusalén para liberarla del gravísimo peligro que pudiera correr en la nueva persecución; a cuyo entrañable propósito, Ella le manifestó que acataría su decisión, si era también la voluntad del Papa Pedro. Para la consecución de sus altos planes, Dios había determinado que fuera la ciudad de Éfeso el destino de ese viaje de la Divina María; lo cual Ella no ignoraba, aunque guardó silencio para que Dios se lo revelase a Juan, y así Ella practicase la sumisión y obediencia a los Ministros de la Iglesia, para ejemplo de la posteridad.

2. El día 6 de enero del año 40, la Divina María, el Apóstol Juan y las hermanas de Ella, María Cleofás y María Salomé, tras recibir humildemente la bendición del Papa Pedro, salieron del Cenáculo con el fin de venerar primero los lugares en que se habían desarrollado los sagrados misterios de la Pasión y Muerte de Cristo. Desde el mismo Calvario, a las 12h. del mediodía, los cuatro se dirigieron al puerto marítimo de Jope, desde donde, el día 9 de enero, tomaron un barco hasta el mismo puerto de Éfeso, dentro de la actual Turquía. Como la travesía duró quince días, llegaron a Éfeso el 24 de enero del año 40, estableciéndose en una humilde casa, propiedad de unas fieles cristianas venidas, años antes, de Jerusalén, a causa de la persecución de Pablo.

3. Una vez llegada a Éfeso, María Santísima, con la ayuda del Apóstol Juan y de María Cleofás y María Salomé, llevó a cabo una intensa labor apostólica; pues, Juan, con sus predicaciones y milagros, atraía a muchos a la Fe de Cristo; y luego, los remitía a la Divina Maestra y Doctora para que los ilustrara e iluminara más en la Fe. Además, la Divina María fue modelo ejemplarísimo de caridad cristiana para con los pobres, enfermos y moribundos; a todos los cuales atendía maternalmente conforme a sus múltiples necesidades; liberando también a numerosos endemoniados del poderoso influjo que Satanás ejercía sobre ellos. Fueron tantas las almas que Ella, en la ciudad de Éfeso, atrajo al camino de la verdad y vida eterna, y las obras milagrosas que hizo con este fin, que ni en muchos libros se podrían escribir. Entre las incontables maravillas obradas en Éfeso por la intervención de María Santísima, se ha de destacar la destrucción del famoso templo de la ídola Diana, importante foco de paganismo y corrupción; pues, en él había un buen número de licenciosas mujeres consagradas al satanismo mediante el culto a la ídola, el cual se hallaba profusamente extendido por la ciudad y por toda Asia Menor; y sus muchos seguidores, habían contribuido a la construcción del templo, considerado entonces como una de las siete maravillas del mundo, al que concurrían multitudes de peregrinos.

4. Como la sola presencia de la Divina María en Éfeso, hiciese incompatible la permanencia de aquel execrable templo, Ella encomendó al Arcángel San Miguel la misión de destruirlo, lo cual ejecutó en brevísimo espacio de tiempo. En sus ruinas quedaron sepultados los que había dentro; a excepción de nueve de las sacerdotisas, por las que la Divina María había tenido especial misericordia, ya que ellas tenían mejores disposiciones; de manera que se convirtieron luego al cristianismo. Con la destrucción del pagano templo, el Apóstol Juan predicó con mayor esfuerzo para sacar a los efesinos del terrible error que les ofuscaba; demostrándoles, además, que aquella abominable estatua de la ídola que habían venerado en el templo, no había tenido poder para impedir su propia destrucción ni la del edificio a ella dedicado. Después de la ruina del pagano templo, en el mismo año 40, fue deseo de María Santísima fundar en Éfeso un monasterio carmelitano de religiosas, con el fin de que floreciese la castidad, y Dios fuese reparado de las incontables abominaciones que por tantos siglos se habían cometido en aquel templo de Diana, ahora destruido. Formaban parte de dicha comunidad religiosa las nueve sacerdotisas conversas y milagrosamente rescatadas de las ruinas de dicho templo por la intervención de María Santísima.

Capítulo XIII

Pablo llega al Cenáculo de Jerusalén. El discípulo Bernabé lleva a Pablo a la presencia de Pedro. Pedro confiere el Diaconado, Presbiterado y Episcopado a Pablo, en el Cenáculo de Jerusalén

1. En su viaje desde Damasco a Jerusalén, Pablo fue visitando como peregrino aquellos lugares más relacionados con la vida del Salvador, como fueron el Lago de Tiberíades, Nazaret, Caná, el Monte Tabor, Belén, e incluso el Monte Calvario, entrando en Jerusalén por la misma puerta de las murallas por la que años atrás Cristo, cargado con la Cruz, había salido. Ya dentro de la ciudad, se dirigió al Cenáculo.

2. El día 25 de enero del año 40, cuarto aniversario de su conversión, Pablo llamó a la puerta del Cenáculo. Y como su imprevista llegada infundiera a todos cierto temor, la inmediata reacción de Pedro fue de que se le negase la entrada, lo cual hicieron los discípulos con gran presteza. Pues, si bien la conversión de Pablo era notoria para la mayoría de los cristianos de Jerusalén y de otros lugares, ya que incluso la Divina Virgen María les había informado de ello a su debido tiempo, eran ya pasados cuatro años desde aquel extraordinario suceso, y la figura de Pablo se hallaba en el olvido de muchos por su largo retiro en el desierto de Arabia Pétreá. No obstante, había llegado a Jerusalén la noticia de la pública defensa de Cristo que venía haciendo Pablo en Damasco a su regreso del desierto. Mas, dichos rumores no estaban confirmados todavía con un testimonio fidedigno, y siempre quedaba la sospecha de si verdaderamente Pablo había perseverado en la Gracia de su conversión y se comportaba como un verdadero cristiano. Además, la Santísima Virgen María, antes de marchar a Éfeso, no quiso revelar a los del Cenáculo la pronta llegada de Pablo, con el fin de que Pedro actuara según su autoridad y prudencia; y para que también Pablo, al ser primero rehusado, ejercitara la humildad en expiación del inmenso daño que había hecho a la Iglesia cuando fue promotor de las persecuciones contra ella.

3. Viendo Pablo, con amarga desolación, que se le cerraban las puertas del Cenáculo, se dirigió a la casa que Lázaro otrora tenía en Jerusalén, en donde ahora había otra comunidad de discípulos. Providencialmente, se hallaba en este convento el discípulo Bernabé, al haber sido llamado por Pedro para cumplir ciertas misiones en la Sede Apostólica. Este discípulo, al saber que el converso Pablo deseaba comunicarse con ellos, salió a recibirle; ya que, además, entre ambos, años atrás, había habido gran amistad cuando eran alumnos en la misma escuela de Gamaliel. Bernabé, que por entonces ya era Obispo, recibió luz para ver la sinceridad de Pablo como fiel de la Iglesia, a lo cual no poco contribuyó el haberle conocido tiempo atrás como hombre muy leal a sus propias convicciones y opuesto a la mentira. Por eso, dadas las dificultades que había tenido en el Cenáculo, Bernabé le acompañó allí a fin de presentarle al Papa Pedro, para que éste le aceptase sin desconfianza alguna. Durante el camino, Bernabé procuró informarse aún más de lo concerniente a la conversión de su amigo, de su retiro en el desierto y de su reciente apostolado en Damasco. Mientras tanto, Pedro, Santiago el Menor y los demás del Cenáculo, oraban incesantemente pidiendo luz al Señor sobre lo que convenía hacer con Pablo.

4. Cerca de las 12h. del mediodía de aquel miércoles 25 de enero del año 40, Bernabé y Pablo llegaron al Cenáculo; y Pablo fue llevado por dicho discípulo a la presencia de Pedro. Fue tal la sobrenatural emoción que sintió Pablo al ver por primera vez al Vicario de Cristo, que se arrojó a sus pies hondamente conmovido y con abundante derramamiento de lágrimas; con cuya actitud se dispuso en todos el humano recelo que sobre él tenían. Mientras Pablo seguía postrado en tierra, Bernabé, profundamente emocionado, resaltó de él la grandeza de su espíritu, su penitencia en el desierto de Arabia Pétreá y la persecución que luego había sufrido en Damasco por

su inaudito valor en defensa de Cristo. Sin embargo, muchos de estos detalles ya los conocían Pedro y los demás, aunque con ciertos recelos, ahora ya disipados. Con inenarrable júbilo y paternalísimo corazón, acogió Pedro al que llegaría a ser el Segundo Pilar de la Iglesia, a la vez que todos daban humildes y fervientes gracias al Señor por las maravillas que había obrado en aquel converso.

5. Pedro, por sobrenatural inspiración, vio que era el momento de conferir a Pablo las sagradas órdenes, a lo cual éste dio su asentimiento. Para ello, a las 3h. de la tarde de aquel mismo día 25 de enero del año 40, Pedro celebró en el Cenáculo el Santo Sacrificio de la Misa con gran solemnidad; y, dentro de la misma, imponiendo sus manos sobre la cabeza de Pablo, le confirió el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado, quedando desde ese momento incorporado en la Orden Carmelitana como miembro religioso. Pablo recibió las Sagradas Órdenes con suma alegría en su alma, ya que lo anhelaba vivamente. Además, el Vicario de Cristo, en su emotiva plática, impulsó a Pablo a que predicase por Jerusalén en testimonio de la verdad que antes había perseguido y le encomendó muy especialmente la predicación del Evangelio a los gentiles; misión que Pablo comenzó pronto a realizar con vehementísimo celo. Durante los días que estuvo en el Cenáculo, existió entrañable familiaridad entre Pablo, los dos Apóstoles, los discípulos y demás seguidores de la Ley Evangélica.

Capítulo XIV

Intensa predicación de Pablo en Jerusalén. Pablo abandona la ciudad por mandato de Cristo, y se dirige a Tarso de Cilicia. Apostolado de Pablo en el camino y en la ciudad de Tarso

1. Con la recepción de las sagradas órdenes, el impulso apostólico del Obispo Pablo fue aún más sublime y vehemente; de manera que, por toda la ciudad de Jerusalén, daba vivo testimonio de la Fe evangélica a los cristianos de origen judío y a los de origen gentil; y, sobre todo, a los que profesaban la fe judía y a los gentiles. Las palabras de Pablo eran como flechas encendidas que penetraban los corazones de todos cuantos le oían, por lo que, ya en los dos primeros días de su predicación, se conmovió toda Jerusalén. Los miembros del sanedrín, y en general todos sus seguidores, no salían de su asombro al contemplar cómo Pablo proclamaba y extendía por todas partes el nombre del Señor Jesús y su doctrina, que antes había combatido con implacable furia. No podían comprender el cambio radical que se había obrado en él; pues, de instrumento voraz del consejo sanedrítico para la persecución de los cristianos, había pasado a ser intrépido baluarte en defensa de los mismos. Viendo los miembros del sanedrín y sus más estrechos colaboradores el grave peligro que Pablo implicaba para la iglesia judaica, se reunieron con el fin de tramar su muerte.

2. El día 8 de febrero de aquel año 40, cuando Pablo celebraba la Santa Misa en la capilla del Cenáculo o primer Templo cristiano, al elevar el Sacratísimo Cuerpo Eucarístico, entró en éxtasis al hacersele visible Nuestro Señor Jesucristo lleno de gloria y majestad, que le apremió a que saliese de la ciudad, diciéndole: *«Date prisa y sal presto de Jerusalén porque los judíos no sólo rechazan tu testimonio sobre Mí, sino que incluso quieren matarte»*. Y Pablo dijo: *«Señor, ellos mismos saben que yo era el que perseguía cruelmente a los que creían en Ti; y que les encerraba en cárceles; e incluso les llevaba a las sinagogas, en donde les mandaba azotar y les mandaba blasfemar contra Ti; y, además, cuando se derramaba la sangre de tu fiel testigo y mártir Esteban, yo estaba presente, y lo consentía, y guardaba las ropas de los que le mataban»*. Además, el Señor dio a entender a Pablo que, por la obcecación de gran parte de los judíos, no merecían que él se dedicase a predicarles, y máxime que había por otras partes un sinnúmero de almas que sí escucharían de buena voluntad sus palabras; y que, por lo tanto, no había tiempo que perder. El Señor dijo, finalmente, a Pablo: *«Vete fuera de Jerusalén, porque Yo te enviaré a evangelizar naciones lejanas»*. Pablo, dio cuenta a Pedro de la visión y mensaje que había recibido del Señor; por lo que el Papa, considerando el peligro que corría la vida de Pablo, le envió fuera de Jerusalén para que predicase a los gentiles.

3. El día 9 de febrero de aquel año 40, Pablo salió de Jerusalén con la intención de ir a Tarso, su ciudad natal; pues, deseaba reunirse con los miembros de su familia para tratar de convertirlos a la Fe evangélica, y también esperar allí a que el Señor le comunicase lo que debería hacer después. Algunos de los discípulos del Cenáculo acompañaron a Pablo hasta Cesarea de Filipo. En el camino él fue predicando a judíos y gentiles, a la vez que visitaba las misiones cristianas de las regiones de Judea, Samaria y Galilea, cuyos fieles no le conocían de vista, pues sólo habían oído decir: *«Aquel que antes nos perseguía, ahora es de los nuestros, y predica aquella Fe que en otro tiempo combatía»*. Todos glorificaban a Dios por la maravilla que había obrado con Pablo. Una vez en Cesarea de Filipo, se encaminó a Siria; y luego, desde aquí, fue a Fenicia, para tomar en el puerto de Tiro un barco hacia Tarso de Cilicia, en donde no sólo ganó a su familia para Cristo, sino también a otros muchos de sus conciudadanos.

Capítulo XV

Progreso de la Fe cristiana en Antioquía de Siria. Pablo en Antioquía de Siria

1. La gran propagación de la Fe de Cristo entre los gentiles de Antioquía de Siria, merced a la intensa labor de los discípulos Lucio y Simón de Cirene, entre otros, se hizo muy notoria por los territorios de Asia Menor, Israel y otros muchos lugares. Cuando las noticias llegaron a oídos de la Sede Apostólica de la Iglesia o Cátedra de San Pedro, que estaba en Jerusalén, considerando el Papa los esperanzadores progresos del cristianismo, decidió enviar a dicha ciudad de Antioquía de Siria un legado para que se informara personalmente de la acogida favorable del cristianismo por parte de los gentiles. Para esta misión, Pedro eligió al discípulo Bernabé; por lo que, éste, acompañado de otros discípulos, salió de Jerusalén el 25 de marzo del año 40, hallándose en pocos días en Antioquía de Siria. Llegado allá, al ver las maravillas de la Gracia de Dios, se llenó de júbilo, y exhortó a

todos a permanecer en el Señor con un corazón firme y constante. Con el apostolado de Bernabé, varón virtuoso, de gran Fe y lleno del Espíritu Santo, se engrandeció aún más la Iglesia por el extraordinario aumento de fieles en la ciudad de Antioquía de Siria.

2. El 30 de abril del año 40, o sea, un mes después que llegase Bernabé a dicha ciudad, envió a algunos para que informasen al Papa Pedro de los extraordinarios progresos del cristianismo entre los gentiles y de la conveniencia de que alguno más con experiencia misionera, le ayudase en aquella prometedora labor apostólica. Como Bernabé se inclinase por Pablo de Tarso para dicha misión, así lo propuso al Papa; quien, a su vez, le mandó un mensaje con su aprobación, ordenándole además que buscase a Pablo; quien por entonces se hallaba todavía en Tarso. El día 10 de mayo del mismo año, el discípulo Bernabé fue, pues, a la ciudad de Tarso de Cilicia, en busca de Pablo; el cual, a la llegada del discípulo, no se hallaba en la casa de sus padres, sino retirado en una gruta a las afueras de la ciudad, que él solía frecuentar para entregarse a la contemplación. Cinco días después de la llegada de Bernabé, es decir el 20 de mayo del mismo año 40, él y Pablo salieron para Antioquía de Siria, llegando a esta ciudad el 25 del mismo mes y año. Y había sido tal la proliferación del Evangelio en Antioquía de Siria que, mientras Bernabé fue a buscar a Pablo, el Papa Pedro mandó que fueran también allí con el fin de colaborar en el apostolado, entre otros, los discípulos Ágabo, Judas Barsabás y Silas que, además de ser Obispos, poseían el don de profecía; los cuales hacía tiempo habían venido desde sus misiones a Jerusalén al servicio de la Sede Apostólica. Estos tres Obispos Profetas llegaron a Antioquía de Siria a finales de mayo del mismo año 40. Pablo y Bernabé estuvieron todo aquel año en esta misión, instruyendo a una gran multitud de gente, de manera que en Antioquía de Siria fue donde los discípulos comenzaron a llamarse cristianos.

3. Cuando se hallaba en dicha ciudad el Profeta Ágabo, iluminado por el Espíritu Santo, vaticinó que sobrevendría una gran hambre. Dicha carestía de alimentos, sucedió durante los años 44 al 48, cuando el imperio romano estaba bajo el gobierno del emperador Claudio; y si bien azotó a gran parte de dicho imperio, sin embargo, la región de Judea fue la más afectada, y en particular las comunidades cristianas allí existentes. Por eso, desde las otras regiones, los misioneros enviaban recursos económicos a los Obispos y Presbíteros de dicha región de Judea, siendo principalmente Bernabé y Pablo los encargados de llevar los socorros en sus distintos viajes a Jerusalén y otras ciudades de la región.

Capítulo XVI

Santiago el Mayor sale de España en dirección a Italia. El Apóstol va a Éfeso para visitar a la Santísima Virgen María.

Santiago el Mayor en Jerusalén realiza un gran apostolado

1. El Apóstol Santiago el Mayor, algunos meses después de haber levantado, en la ciudad de Zaragoza, a orillas del Ebro, la capilla que María Santísima le pidió en su honor, sintió en su interior que su labor en España estaba ya para concluir. Tras dejar en Zaragoza al Obispo Atanasio, natural de dicha ciudad, que había sido convertido allí por él y nombrado Obispo de la misma, Santiago el Mayor recorrió nuevamente gran parte de la Península Ibérica, especialmente Galicia, hasta que, acompañado de algunos de sus discípulos, embarcó en el puerto de Tarragona el 8 de diciembre del año 40, en dirección a Italia; y, una vez aquí, sin detenerse mucho en su predicación, prosiguió por mar su viaje hasta Éfeso, ya que deseaba ardientemente ver a la Santísima Virgen María, su Señora y Amparo.

2. El día 25 de diciembre del mismo año 40, Santiago el Mayor llegó a Éfeso y se postró a los pies de la Reina de Cielos y Tierra, con gran consuelo de su alma, por la inmensa dicha de hallarse de nuevo en la presencia de la Madre de su Criador. Con humildes afectos y copiosas lágrimas de júbilo y veneración, el Apóstol Santiago el Mayor dio gracias a la Divina María por los incomparables favores que, por su mediación, había recibido del Altísimo en su labor apostólica de España. La Divina Madre, al ver al Apóstol postrado ante Ella, le levantó del suelo y le dijo: «*Advierte que eres ungido del Señor, y Ministro suyo; y Yo un pobre gusanillo*». Y acabadas de decir estas palabras se arrodilló la gran Señora y pidió a Santiago el Mayor su bendición como Sacerdote del Altísimo. Gran alegría y consuelo recibió también Santiago el Mayor, al abrazar a su propia madre, María Salomé, a su tía María Cleofás y a su hermano Juan. El Apóstol de España quedó en Éfeso con María Santísima durante un mes, ya que anhelaba vivamente estar a su lado para darle cuenta de la misión cumplida y además fortalecerse para la venidera. Antes de abandonar Éfeso, Santiago el Mayor supo confidencialmente de labios de la Santísima Virgen María, que pronto coronaría su vida apostólica derramando su sangre por Cristo en Jerusalén. El Apóstol pidió a María Santísima su bendición para ir a recibir el martirio por su Divino Hijo.

3. El día 25 de enero del año 41, Santiago el Mayor partió de Éfeso, por vía marítima, hacia el puerto de Jope, llegando a Jerusalén el 8 de febrero del mismo año; y, una vez en el Cenáculo, se postró humildemente a los pies del Papa Pedro para recibir su bendición y luego le dio cuenta de la labor apostólica realizada en España. También abrazó con fraternal cariño a su primo Santiago el Menor. Con la visita que Santiago el Mayor había hecho a la Santísima Virgen María en Éfeso y el conocimiento que él tenía ya de su cercano martirio, su alma ardía en vivísimo deseo de consumir su misión evangelizadora ahora en Jerusalén. Y si, al principio del año anterior, esta ciudad se había visto espiritualmente convulsionada por la fogosísima palabra de Pablo, no menos se veía ahora con la veheméntísima predicación de Santiago el Mayor; pues, tanto judíos como gentiles, no podían resistir la celestial sabiduría y llama apostólica que ardía y consumía el alma de este «*hijo del trueno*». La labor de Santiago el Mayor en Jerusalén hasta su muerte, atrajo a la Fe de Cristo a muchos, con la consiguiente infernal animadversión del sanedrín, que veía cómo la Iglesia de Cristo era cada vez más engrosada de fieles.

Capítulo XVII

El extenso territorio del rey Herodes Agripa I. Herodes Agripa I es nombrado rey de Judea y establece su corte en Jerusalén

1. El rey Herodes Agripa I llegó a tener bajo su corona, no sólo el extenso territorio que poseyó su abuelo Herodes el Grande el Degollador, sino también la región de Fenicia o Líbano.

2. Herodes Agripa I era hijo de Aristóbulo, el cual fue el segundo de los cinco varones tenidos por Herodes el Grande con Mariana. Cuando Aristóbulo se hallaba en Roma, fue asesinado en el año 7 por orden de su padre, al tener éste sospecha de que intentaba su deposición como rey mediante la influencia que su hijo ejercía ante el emperador romano.

3. Como ya dijimos antes, Herodes el Grande, poco antes de su muerte, que fue el 30 de marzo del año 8, había hecho testamento a favor de cuatro de sus hijos varones, dividiendo así su reino: A Arquelaos, le dio Judea; a Herodes Antipas, Galilea y Perea; a Herodes Filippo, Samaria; y a Filippo, Batanea, Traconítide, Iturea y Gaulanítides.

4. La provincia de Samaria pasó a depender directamente del imperio romano poco después de que tomara posesión de ella Herodes Filippo, ya que éste renunció a la corona y marchó a vivir a Roma; dicha provincia fue luego puesta bajo la corona de Arquelaos, por orden del emperador romano. La provincia de Judea, con Idumea, y también Samaria, pasaron a depender directamente del imperio romano tras el destierro de Arquelaos por orden del emperador de Roma. Las provincias de Batanea, Traconítide, Iturea y Gaulanítides, pasaron a depender directamente del imperio romano tras la muerte del tetrarca Filippo, en el año 34, si bien el emperador Tiberio las anexionó después a la provincia romana de Siria. Las provincias de Galilea y Perea, pasaron a depender directamente del imperio romano, tras el destierro de Herodes Antipas por orden del emperador romano, con motivo de las intrigas y difamaciones de Herodes Agripa contra dicho tío suyo.

5. Tras la muerte del emperador Tiberio, el emperador Calígula entregó a Herodes Agripa I, con el título de rey, las cuatro provincias que habían pertenecido al tetrarca Filippo, así como las dos provincias que habían pertenecido a Herodes Antipas; y, además, puso bajo su corona la región de Fenicia o Líbano. Hacia finales de enero del año 41, Herodes Agripa I, se hallaba en Roma en los días del asesinato de Calígula, y de la proclamación de Claudio como sucesor en el imperio. El emperador Claudio favoreció a Herodes Agripa, su gran amigo, con el título de rey de Judea, entregándole la provincia de Judea con Idumea, y también Samaria. Desde entonces, la corona de Herodes Agripa I ocupó todo el extenso territorio que había tenido Herodes el Grande el Degollador y, además, Fenicia o Líbano. Con el nombramiento de rey de Judea, Herodes Agripa I estableció su corte en Jerusalén a finales de febrero del año 41.

6. Tras ser nombrado Herodes Agripa I rey de Judea, el emperador Claudio suprimió en esta provincia, y por tanto, en Idumea y en Samaria, el cargo de Procurador que ostentaba por entonces Marullo, cuyo antecesor había sido Marcelo; y antes lo había sido Poncio Pilato, destituido en el año 36 por el emperador Tiberio.

Capítulo XVIII

Cuarta persecución contra la Iglesia. Martirio del Santo Apóstol Santiago el Mayor

1. Como el rey Herodes Agripa I, ya antes de tener bajo sus dominios el territorio de Judea, se venía mostrando siempre partidario de los fariseos y defensor de las costumbres y tradiciones judaicas, el entonces sumo pontífice de la iglesia apóstata judía, llamado Abiatar, vio el terreno abonado para conseguir del rey electo otra persecución contra los cristianos de Jerusalén, ya que estos se multiplicaban más y más, especialmente por el celo apostólico de Santiago el Mayor. La cuarta persecución sufrida por la Iglesia en Jerusalén fue, pues, a instancia del sanedrín y llevada a cabo por el rey Herodes Agripa I.

2. El día 25 de marzo del año 41, cuando Santiago el Mayor se hallaba predicando a la gente de Jerusalén, con grandes frutos de conversiones, fue prendido por soldados romanos, a instancia del inicuo Abiatar, que escuchaba entre la muchedumbre. Tras ser sujetado el Apóstol con una soga al cuello, fue acusado públicamente de sedicioso, de enemigo del imperio romano y de pervertidor de las gentes. Con esos y otros cargos, fue llevado ante Herodes Agripa I, quien, para complacer los deseos sanguinarios de los judíos, condenó a Santiago el Mayor a ser decapitado sin previo juicio.

3. Desde el suntuoso palacio de Herodes Agripa I, en cuyo edificio había comparecido Cristo ante Herodes Antipas, llevaron a Santiago el Mayor a la plaza del mercado, cerca de la actual Puerta de Sión, para ser allí decapitado. Y sucedió que, en el camino, le presentaron un paralítico, el Apóstol le sanó y, en virtud de este milagro, se convirtió Josías, uno de los sayones que más directamente había intervenido en el apresamiento de Santiago el Mayor. Éste, abrazando al converso, le invitó a que fuera compañero de martirio, y él accedió gustosamente, derramando también su sangre por Cristo. Santiago el Mayor, en el momento de su martirio invocó a María Santísima para que le asistiese en su muerte, y Ella, desde Éfeso, se hizo presente a la vez en Jerusalén para confortarle en su suprema inmolación. Cuando el Apóstol puso sus rodillas en tierra para recibir en su cuello el golpe de espada y ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, vio en lo alto a la Reina de los Cielos, y la invocó así en su corazón: *«Sean hoy tus manos purísimas y candidísimas el ara de mi sacrificio para que lo reciba aceptable el que por mí se ofreció en la Santa Cruz. En tus manos, y por ellas en las de mi Creador, encomiendo mi espíritu»*. Terminada su oración, el Apóstol quedó abismado en visión beatífica unos instantes, y después fue decapitado. El prendimiento de Santiago el Mayor, y su martirio, fueron el 25 de marzo del año 41, cuando tenía treinta y dos años de edad, ya que había nacido en diciembre del año 8.

4. Tras la muerte de Santiago el Mayor, algunos de los discípulos testigos del suceso, tomaron su cuerpo, así como su cabeza, que había sido separada de él; y, con la autorización del Papa Pedro, llevaron secretamente los

sagrados restos mortales al puerto de Jope, en donde había una comunidad cristiana; desde aquí, en barco, todo fue llevado a España; y tras desembarcar en el puerto gallego de Padrón, fue enterrado en el lugar de Galicia que él había elegido, hoy conocido como Santiago de Compostela. De esta manera quedaba constancia de que la Fe de Cristo había llegado a lo que entonces se creía que era el fin de la Tierra.

Capítulo XIX

El Papa Pedro, es prendido y encarcelado durante la cuarta persecución de la Iglesia.

Pedro es milagrosamente desencadenado y liberado de la cárcel.

Pedro marcha para Antioquía de Siria para establecer allí la Sede Apostólica. La Iglesia de Cristo crece y se multiplica cada vez más

1. El viernes, 12 de abril del año 41, fecha que coincidió con los días de la celebración de la Pascua judía o Ácimos, hallándose el Apóstol Pedro dando con su palabra testimonio de Cristo en un sitio público de Jerusalén, fue prendido por un pelotón de dieciséis soldados puestos por Herodes Agripa I a instancia del inicuo sumo pontífice Abiatar. Y como viera más conveniente el sanedrín juzgarle ante el pueblo una vez pasados los días de la pascua, atado con dos cadenas fue conducido al edificio del Pretorio y encarcelado allí hasta que pasaran las celebraciones. Durante la prisión, los referidos dieciséis soldados se turnaban en su vigilancia, de ocho en ocho, de la siguiente manera: Dos, a un lado y otro del Apóstol, dentro de la mazmorra; otros dos, custodiando desde fuera la puerta de acceso a la misma; y en la puerta general, por donde se entraba del Pretorio a la cárcel, había otros cuatro soldados. Tan extremosa vigilancia se debía al temor de que misteriosamente pudiera liberarse, como en otra ocasión.

2. Mientras que Pedro, atado con dos cadenas, se hallaba encerrado en la cárcel del Pretorio, la Iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él; pues, el Apóstol Santiago el Menor, que se hallaba en Jerusalén, los demás religiosos de ambas comunidades en los respectivos conventos y los fieles seglares, imploraban sin descanso la protección divina para el Papa, y poder así lograr que éste fuera liberado milagrosamente de la cárcel. Por esta oración incesante de los cristianos, la Divina María pidió a su Divino Hijo que enviara a la cárcel al Arcángel San Miguel para que cumpliera la alta misión de liberar a Pedro de sus enemigos.

3. Y sucedió que a las 12h. de la noche en que comenzaba el Domingo 14 de abril del año 41, día en que Herodes pensaba juzgar y matar a Pedro, cuando éste, sujeto con dos cadenas, dormía entre los dos soldados que le custodiaban en la mazmorra, y los otros seis estaban en sus correspondientes sitios de guardia, he aquí que el Arcángel San Miguel se hizo presente dentro de la mazmorra del Apóstol, resplandeciendo de luz aquel lugar. El Celestial Personaje, tocando a Pedro en una mano, le despertó, y dijo: *«Levántate pronto»*; y al instante cayeron las cadenas que amarraban al Apóstol. Y el Arcángel le dijo luego: *«Cíñete la túnica y cálzate tus sandalias»*, y él así lo hizo; y después le dijo el Arcángel: *«Cúbrete con tu manto, y sígueme»*. La presencia en la prisión del Arcángel San Miguel lleno de resplandor celestial, privó a los ocho guardias de turno de toda percepción sensorial; de manera que nada vieron ni oyeron. Pedro, lleno de perplejidad por el extraordinario suceso, que más le parecía ilusión que realidad, con sus ojos fijos en su angelical Guía, siguió sus pasos, y traspasó con él milagrosamente la puerta cerrada de su propia mazmorra y la puerta de acceso, desde la cárcel, al patio del Pretorio; por lo que ambos no fueron advertidos ni por los dos guardias que custodiaban a Pedro dentro de la celda, ni por los otros dos que custodiaban la misma fuera de la puerta, ni por los cuatro estacionados a la entrada del subterráneo dedicado a mazmorras, todos los cuales constituían la primera guardia. Una vez salidos fuera de dicho sótano, San Miguel y Pedro, sin que la segunda guardia, que era la oficial pretoriana, advirtiese nada, cruzaron el patio rectangular o Litóstrotos, hasta la puerta central de la entrada principal del Pretorio, la que también, sin abrirse, traspasaron. Y, una vez en el soportal en que Cristo fue juzgado, se abrió milagrosamente la gran cancela o puerta de hierro, bajando ambos por la escalera en que Cristo descendió con la Cruz a cuestas. Después, el Arcángel San Miguel, tras dejar a Pedro en una de las calles de la ciudad, exactamente en el mismo lugar en que Cristo, con la Cruz al Hombro, encontró a su Divina Madre, desapareció de la presencia del Apóstol. Entonces éste, saliendo del celestial éxtasis que le produjo la contemplación del Arcángel, ya en su estado normal, se admiró de todo lo que le había acaecido, diciendo: *«Ahora sé verdaderamente que el Señor ha enviado su Ángel, y me ha librado de mano de Herodes, y de toda la expectación del pueblo judío»*.

4. El Papa Pedro, meditando en la maravillosa protección que el Señor le había dispensado, fue al Cenáculo, en donde se hallaban muchos congregados en oración. Habiendo, pues, llamado por el postigo de la puerta, la religiosa Rosa acudió para escuchar quién era; y dándose cuenta que era la voz de Pedro, fue tanto su gozo que, en lugar de abrir, corrió para dar la nueva de que el Papa estaba a la puerta. Mas, los que estaban en el Cenáculo, le dijeron: *«Estás loca»*; y como Rosa afirmase que era cierto lo que decía, comentaron entre sí: *«Sin duda será su ángel»*. Pedro, entretanto, proseguía llamando a la puerta; y cuando le abrieron y le vieron, quedaron estupefactos. Mas, Pedro, haciéndoles señas con la mano para que callasen, les contó luego el modo con que el Señor le había sacado de la cárcel. A causa de la persecución, no se hallaba en el Cenáculo el Apóstol Santiago el Menor, pues estaba oculto en la mansión de una familia cristiana de Jerusalén. Pedro oró ante el Santísimo Sacramento de la Capilla del Cenáculo pidiendo luz de lo que le convenía hacer, y entendió que era voluntad divina dejar Jerusalén y asentar la Cátedra de la Iglesia en Antioquía de Siria. Por lo que, designando a doce discípulos, preparó lo necesario para salir con ellos de viaje. Antes de su partida, dijo a los del Cenáculo que dieran cuenta a Santiago el Menor de su milagrosa liberación, así como a los demás fieles de Jerusalén. A las 3h. de la madrugada de aquel Domingo 14 de abril del año 41, el Vicario de Cristo, con sus doce acompañantes, salió

del Cenáculo de Jerusalén para dirigirse a Antioquía de Siria, visitando en el camino a algunas de las comunidades cristianas.

5. Ya de día, cuando advirtieron en la cárcel del Pretorio la misteriosa desaparición de Pedro, hubo un gran alboroto entre los soldados. Y como Herodes Agripa tenía planeado juzgar y matar al Apóstol en ese día, envió en su busca, y nadie pudo darle razón de lo ocurrido. Entonces, el malvado monarca, al verse frustrado en el placer de matar a Pedro, se ensañó cruelmente con los dieciséis soldados encargados especialmente de su custodia, los cuales, aunque asombrados por lo ocurrido, al no poder dar explicación, fueron sin más ejecutados.

6. Merced a la fecunda labor misionera llevada a cabo por los Apóstoles y discípulos, prodigiosamente abonada por los sufrimientos y derramamiento de sangre de los cristianos en las persecuciones, el Evangelio se extendía cada vez más, y los fieles se multiplicaban profusamente.

Capítulo XX

Pablo y Bernabé van a Jerusalén para visitar a Pedro, pero éste ya no estaba. Pablo, Bernabé y Marcos van a Antioquía de Siria

1. Para prevenirse de la gran carestía de bienes vaticinada por el Profeta Ágabo, y que afectaría a muchas regiones, entre ellas a Judea, Pablo y Bernabé se habían hecho cargo de recoger limosnas y llevarlas después a los lugares más pobres, especialmente a Jerusalén. Pues, si bien el hambre azotaría en su mayor rigor a partir del año 44, todos se iban previniendo, al desconocer el momento. He aquí por qué Pablo y Bernabé, a la vez que predicaban por las distintas misiones, recogían limosnas y las distribuían entre los más necesitados.

2. Mientras Pedro, con sus doce discípulos, en su viaje a Antioquía de Siria, iba visitando algunas de las comunidades cristianas, Pablo y Bernabé llegaron a Jerusalén a primeros de mayo del año 41, con el fin de visitar al Papa, y de proveer de alimentos a las comunidades cristianas aquí residentes. Mas, enterados de que Pedro se dirigía a Antioquía de Siria, Pablo y Bernabé decidieron volver a esta ciudad, que era donde residían oficialmente. Ambos llevaron consigo al discípulo Marcos, uno de los futuros evangelistas, el cual deseaba volver al lado del Papa, con el que había convivido tanto tiempo.

Capítulo XXI

El Papa Pedro traslada la Sede Apostólica de Jerusalén a Antioquía de Siria. Pedro nombra a Pablo: Apóstol, Vicevicario y Segunda Columna de la Iglesia. Pedro nombra Apóstol a Bernabé. Pedro manda a Pablo y a Bernabé a predicar especialmente a los gentiles

1. El Papa Pedro llegó a Antioquía de Siria el viernes 3 de mayo del año 41, día en que estableció allí la Cátedra de la Iglesia. Dicho traslado de la Sede Apostólica de la Iglesia fue siete años después de que Pedro, el día 3 de mayo del año 34, la estableciese en Jerusalén.

2. A primeros de junio de aquel mismo año, cuando ya la Sede Apostólica de la Iglesia estaba establecida en Antioquía de Siria, llegaron a esta ciudad Pablo, Bernabé y Marcos. El Papa Pedro era asistido por una curia constituida por Profetas y Doctores, entre los que se destacaban Pablo de Tarso, Bernabé, Simón de Cirene, Lucio de Cirene y Cusa Menahén.

3. El día 7 de julio del año 41, estando el Papa Pedro celebrando la Santa Misa con la asistencia de un buen número de discípulos, le dijo el Espíritu Santo: «*Designame a Pablo y a Bernabé para la obra de la evangelización de los gentiles*». Y además, el Divino Paráclito, le comunicó que, al haber muerto Santiago el Mayor, debía nombrar Apóstol a Pablo, para completar así el número de los Doce; y, además, elevarle a la dignidad de Vicevicario y Segunda Columna de la Iglesia; y que, también, debía nombrar Apóstol a Bernabé, sin que por eso éste formara parte del Colegio Oficial Apostólico instituido por Cristo. El Papa Pedro comunicó a todos los presentes el mandato que había recibido del Espíritu Santo.

4. Pedro fijó la fecha de la ceremonia de estos nombramientos, para el día 16 de julio del año 41, aniversario de la Fundación de la Orden del Monte Carmelo, cuya ceremonia fue precedida de nueve días de especiales ayunos y oraciones. Con esta disposición del Espíritu Santo acerca de Pablo y Bernabé, se confirmaba de nuevo el plan divino de la evangelización de los gentiles, y se les encomendaba, más especialmente, a ambos, dicha labor. El Papa Pedro envió a los dos Apóstoles a cumplir su apostolado tras bendecirles, imponiendo sus manos sobre ellos; y de la misma manera recibieron la bendición de los demás miembros de la curia papal. El título de Vicevicario dado a Pablo, fue siempre inferior al Papado; pues, Pablo era Vicario de Pedro, y no de Cristo, ya que el Papa es el único Vicario de Cristo en la Tierra. En esta ceremonia de su nombramiento, Cristo confirmó a Pablo en la Fe, quedando así preservado para siempre del pecado de apostasía y garantizada su perseverancia final o salvación eterna.

Capítulo XXII

Pablo, Bernabé y Marcos llegan a Chipre. Gran apostolado en muchas ciudades de la isla, especialmente en Salamina y Pafos. Conversión del Procónsul Sergio y del mago Barjesús

1. Aquel martes 16 de julio del año 41, en el que Pedro, por voluntad del Divinísimo Paráclito, mandase a predicar a Pablo y a Bernabé, estos, acompañados del Presbítero Marcos, sobrino de Bernabé, salieron de Antioquía de Siria en dirección al cercano puerto mediterráneo de Seleucia, desde donde, al día siguiente, se embarcaron hacia la isla de Chipre, llegando a la ciudad chipriota de Salamina el viernes 19 del mismo mes y año.

2. Como la principal misión encomendada por el Papa Pedro a dichos Apóstoles era la de predicar el Evangelio a los gentiles, el mismo día en que llegaron a Salamina, el Apóstol Pablo dirigió su palabra a las multitudes en una plaza pública, con gran asombro de muchos ante la nueva y edificante doctrina. Bien es verdad que Cristo había visitado la isla de Chipre ocho años antes, con frutos de conversión, y que de ella habían salido discípulos, así como María Mercuria, protomártir de las discípulas de María, y que, incluso, recientemente los misioneros habían predicado el Evangelio, sin embargo, toda esa labor había sido hecha más especialmente a los judíos. Por eso, cuando llegó Pablo proclamando abiertamente al pueblo gentil el Evangelio, fue mucha la expectación del concurrido auditorio. La labor, pues, de Pablo y Bernabé, con los gentiles de Salamina, fue muy fecunda en conversiones, como también lo sería en otras partes de Chipre. Y como el Apóstol Pablo quería dar también oportunidad de su ministerio a los judíos, al día siguiente, sábado 20 de julio, entró con Bernabé y Marcos en la principal sinagoga de Salamina, en donde sabiamente proclamó que en Cristo se cumplían todas las profecías del Antiguo Testamento, con gran expectación, y no poca controversia, por parte de muchos de aquellos fanáticos del judaísmo; a los que también Bernabé tuvo que reprochar enérgicamente la absurda obcecación de rechazar a Cristo como Unigénito de Dios y Mesías enviado.

3. Ante los esperanzadores frutos apostólicos entre los de la gentilidad, Pablo, con sus dos compañeros, permaneció en Salamina alrededor de dos meses, mayormente dedicado a aquel pueblo gentil, que por su sencillez de corazón era más dócil en la aceptación de las verdades evangélicas; si bien los sábados solía predicar en las distintas sinagogas para que tampoco les faltara a los judíos la palabra de Dios. Después de que Pablo y Bernabé dejaran más engrosada de fieles la comunidad cristiana de Salamina, y pusiesen al frente de ella tres Presbíteros ordenados por Pablo, marcharon de dicha ciudad el 23 de septiembre del año 41, en dirección a la ciudad de Pafos, al lado opuesto de la isla. Dicho viaje de travesía por Chipre, Pablo lo aprovechó para recorrer otras muchas ciudades, principalmente las que antes visitara Cristo, como fueron las de Chitri, patria del Apóstol Bernabé, Mallep y Cirine.

4. El día 20 de octubre de aquel año 41, Pablo, Bernabé y Marcos llegaron a la ciudad de Pafos. Aquí hallaron un hombre judío, falso profeta, llamado Barjesús, y que era conocido también como el Mago. Éste estaba de consejero con el Procónsul romano Sergio, varón prudente que, por entonces, ejercía su cargo de gobernador en Pafos. Ya en el mes de mayo del año 33, cuando se hallaba de gobernador en la ciudad de Salamina, Sergio se había entrevistado con Cristo en su visita a dicha ciudad, y había quedado hondamente impresionado con la doctrina evangélica. El procónsul romano solicitó de Pablo y Bernabé el oír la palabra de Dios; y como el falso profeta Barjesús tratara de obstaculizarlo para que no abrazase la Fe en Cristo, Pablo, lleno del Espíritu Santo, clavando en el mago sus ojos le dijo: «*¡Hombre lleno de fraudes y embustes, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿Por qué tienes la osadía de obstaculizar los caminos rectos del Señor?*» Y luego Pablo, maldiciéndole, le dijo: «*Queda ciego, y no veas el sol hasta pasado cierto tiempo*»; y al momento, densas tinieblas cayeron sobre los ojos de Barjesús, y andaba buscando a tientas quién le diese la mano, dada su total ceguera. Cuando el procónsul vio lo sucedido, quedó profundamente impresionado y lleno de temor; y tras oír la doctrina evangélica que Pablo le predicaba, maravillado de la misma, abrazó la Fe de Cristo. Dicho procónsul, al ser bautizado por el Apóstol de los Gentiles, recibió el nombre de Pablo.

5. El Apóstol Pablo, con Bernabé y Marcos, quedó en la ciudad de Pafos durante más de dos meses. El 25 de diciembre del mismo año, el mago Barjesús abrazó el cristianismo, y al ser bautizado por Pablo, a la vez que recibió la vida del alma, recuperó la vista de sus ojos; mas, lamentablemente, años después apostató y fue luego causante de la muerte del Apóstol Bernabé.

6. El Procónsul Pablo, años después de su conversión, cuando Lázaro de Betania era el primer Obispo de Marsella, Francia, recibió de él el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado, llegando a ser el primer Obispo de Narbona.

Capítulo XXIII

Pablo, con Bernabé y Marcos, sale del puerto de Pafos hacia Panfilia. El discípulo Marcos vuelve a Jerusalén.

Pablo predica en Antioquía de Pisidia

1. El día 1 de enero del año 42, Pablo y sus dos acompañantes salieron del puerto chipriota de Pafos; y ya en la costa de Panfilia, en la actual Turquía, se dirigieron por el río llamado hoy Ak-su, a la ciudad de Perge, llegando el día 6 del mismo mes y año. Esta ciudad era famosa por el templo dedicado a la ídola Artemisa.

2. Aquí, Marcos decidió separarse de Pablo y Bernabé para volver a Jerusalén aprovechando que dos discípulos iban allí a llevar provisiones para las comunidades cristianas; por lo que, se embarcó con estos hasta Cesarea Marítima, para luego proseguir el viaje por tierra. Con esta extraña actuación de Marcos, muy contraria a la voluntad de Dios, manifestaba una vez más el futuro evangelista, su proceder, a veces, inconstante; pues, si bien, él había manifestado antes su deseo de ir con Pablo y Bernabé desde Jerusalén a Antioquía de Siria para estar junto al Papa Pedro, luego pidió acompañar a ambos en su viaje apostólico; y ahora, cansado del carácter exigente de Pablo, decidió retornar por su propia voluntad a Jerusalén.

3. Una vez que Marcos se embarcó rumbo al territorio de Israel, los Apóstoles Pablo y Bernabé se encaminaron desde Perge de Panfilia a la ciudad de Antioquía de Pisidia, más al interior de la actual Turquía. Durante la permanencia de ambos en esta ciudad de Antioquía, llevaron a cabo una gran labor misionera con los del pueblo gentil.

4. El sábado 25 de enero del año 42, el Apóstol Pablo, acompañado de Bernabé, entró en la sinagoga de dicha ciudad, y tomó asiento. Después que se acabó la lectura de la Ley y de los Profetas, les enviaron a decir los

príncipes de la sinagoga: «*Hermanos, si tenéis que decir alguna palabra de exhortación al pueblo, hablad*». Entonces Pablo, puesto en pie y haciendo con la mano una señal para pedir silencio, dijo: «*Varones israelitas, y los que teméis a Dios, escuchad: El Dios del pueblo de Israel escogió a nuestros padres, y ensalzó a su pueblo cuando habitaban como extranjeros en tierra de Egipto. Y después, cuando fue oprimido por los mismos egipcios, lo sacó de aquel país con el poder soberano y sublime de su brazo; y por espacio de cuarenta años en el desierto, soportó con paciencia las infidelidades e ingratitudes de muchos. Luego, tras destruir a los paganos moradores de la tierra de Canaán y otros países colindantes, distribuyó sus territorios entre las trece tribus de Israel, alrededor de cuatrocientos cincuenta años a contar desde la circuncisión mandada por Dios a Abrahán. Y una vez establecido su pueblo en el territorio de Israel, Dios lo gobernó primero a través de Caudillos; después, mediante Jueces, hasta Samuel; y cuando el pueblo pidió rey, les dio Dios a Saúl, hijo de Cis, varón de la tribu de Benjamín, durante cuarenta años; y muerto éste, levantó por rey a David, de quien dio testimonio diciendo: 'He hallado a David hijo de Jesé, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis deseos'. Y del linaje de éste, según su promesa, ha hecho nacer Dios a Jesús, para ser el Salvador de Israel; y antes de que se manifestara públicamente, preparó Juan sus caminos predicando el bautismo de penitencia a todo el pueblo de Israel. El mismo Juan, cuando las autoridades judías le preguntaron que quién era él, respondió: 'Yo no soy el Cristo'; y luego también dijo: 'Mas, en medio de vosotros, está Quien vosotros no conocéis. Éste es de Quien yo os dije que ha de venir en pos de mí, que ha sido hecho antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa de su sandalia'».*

5. «*Ahora, pues, varones hermanos míos, descendientes de Abrahán, y los que teméis a Dios, escuchad: A vosotros os ha enviado también el anuncio de salvación el Señor Jesús, a Quien los moradores de Jerusalén y sus jefes espirituales, no queriendo reconocerle como el Mesías enviado, a pesar de que estaba vaticinado en los Profetas cuyos textos leen todos los sábados, le condenaron a muerte, como estaba también vaticinado que iba a suceder; y no hallando en Él ninguna causa justa para condenarle, no obstante pidieron a Poncio Pilato que se le quitase la vida. Y cuando se hubieron cumplido todas las cosas que estaban escritas de Él sobre su Pasión y Muerte ignominiosa, fue quitado de la Cruz y puesto en un sepulcro. Mas, he aquí que Él, en virtud de su Divino Poder, resucitó de entre los muertos al tercer día, y se apareció durante muchos días a aquellos que con él habían venido de Galilea a Jerusalén, los cuales están hasta el día de hoy dando testimonio de Él al pueblo. Nosotros, pues, os anunciamos el cumplimiento de la promesa que fue hecha a nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, la cual ciertamente Dios Padre ha cumplido con la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, su Divino Hijo, como está escrito en el Libro de Enoc. Este Jesucristo resucitó de entre los muertos sin conocer la corrupción, como también había profetizado David en sus Salmos con estas palabras: 'No dejarás mi Alma mucho tiempo en la gloria celestial, separada de mi Cuerpo, ni permitirás que el Cuerpo de tu Santo vea la corrupción'. Séaos, pues, notorio, varones hermanos, que por medio de este Jesucristo se os ofrece la remisión de vuestros pecados, y de todo cuanto por la Ley de Moisés no podíais ser justificados; pues, todo el que creyere en Él, fuere bautizado y practicare sus divinas enseñanzas, será justificado. Por tanto, guardaos que no venga sobre vosotros también, lo que predijo el Profeta Habacuc a los menospreciadores de la palabra de Dios: 'Poned los ojos en otras naciones y observad cómo se acribillan unas a otras. Mas, ¡colmaos de asombro y de espanto! porque en vuestros días sucederá algo mucho más terrible en esta tierra de Israel, que difícilmente será creído después cuando se cuente'».*

6. Fue tal la impresión que causó en muchos de los judíos y prosélitos judíos, temerosos de Dios, que habían escuchado la doctrina enseñada por Pablo, que, al salir éste de la sinagoga con Bernabé, le rogaban que al sábado siguiente les hablase de nuevo, e incluso siguieron a ambos. Hubo algunos que se convirtieron y fueron bautizados ese mismo día, a los cuales Pablo y Bernabé les exhortaban a perseverar en la Gracia de Dios por medio de la práctica de las virtudes de la Ley Evangélica.

7. Al sábado siguiente, 1 de febrero de aquel año 42, casi toda la ciudad de Antioquía de Pisidia, concurrió a la sinagoga para oír la palabra de Dios enseñada por el Apóstol Pablo. Y mientras él hablaba en el interior con gran fogosidad, también le escuchaban muchos gentiles que estaban fuera de la sinagoga. La multitudinaria concurrencia y la predicación de Pablo, exasperaron de tal manera a los jerarcas levíticos, que furiosamente se pusieron a contradecir las enseñanzas evangélicas profiriendo ultrajes a ambos Apóstoles y lanzando blasfemias contra Cristo; lo cual estaba ya de antemano planeado por aquellos pérfidos príncipes de la sinagoga no partidarios de la presencia de Pablo y Bernabé en la ciudad. Mas, Pablo, con indecible firmeza les dijo: «*A vosotros corresponde que os hablemos primero la Palabra de Dios; mas, porque la rechazáis y os hacéis así indignos de la vida eterna, de hoy en adelante predicaremos más principalmente a los gentiles. Porque así me lo tiene ordenado el Señor, cuando me dijo: 'Yo te he puesto para luz de los gentiles, para que seas instrumento de salvación hasta los confines de la Tierra'».* Y cuando esto oyeron, muchos de los gentiles allí congregados, se llenaron de gozo y glorificaban la palabra de Dios aceptando la Fe evangélica. He aquí, pues, que, ante el rechazo de la doctrina de Cristo por la mayoría de los judíos y la favorable acogida de la misma por el pueblo gentil, desde entonces, Pablo y Bernabé, durante su permanencia en Antioquía de Pisidia, se dedicaron a predicar el Evangelio casi exclusivamente a los gentiles, no solamente a los de la ciudad, sino también a los de toda la región de Pisidia y de otros territorios cercanos; ya que de distintas partes acudían a la referida Antioquía para oír las enseñanzas de ambos Apóstoles, con grandes frutos de conversión, siendo muchos curados de sus enfermedades. La palabra del Señor se esparcía, pues, por toda aquella región de Pisidia.

8. Mientras Pablo y Bernabé siguieron predicando el Evangelio en Antioquía de Pisidia, tuvo lugar el traslado, por el Papa Pedro, de la Sede Apostólica de la Iglesia desde Antioquía de Siria a Roma.

Libro III

Desde el traslado de la Sede Apostólica de Antioquía de Siria a Roma hasta el Tránsito de la Santísima Virgen María

Capítulo I

Cristo ordena a Pedro que traslade la Sede Apostólica de Antioquía de Siria a Roma. Viaje apostólico de Pedro con destino a Roma.

Pedro y su séquito visitan a la Virgen en Éfeso

1. El día 4 de mayo del año 42, o sea, un día después de cumplirse un año del establecimiento en Antioquía de Siria de la Cátedra de la Iglesia por el Papa Pedro, hallándose éste en oración, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo ordenándole que trasladase la Cátedra de la Iglesia a Roma. El Papa Pedro, deseoso de cumplir prontitud el divino mandato, eligió, entre los componentes de su curia y demás religiosos residentes en Antioquía de Siria, a veinticuatro discípulos, entre los cuales se hallaban Lino, Cleto, Clemente, Simón Cirineo, Lucio de Cirene, Cusa Menahén y Gerancio, dejando la numerosa comunidad de Antioquía de Siria a cargo del Obispo Evodio, natural de dicha ciudad, uno de los primeros convertidos aquí, y a quien Pedro había conferido el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado; además, dejó con él algunos Presbíteros y Diáconos.

2. Al día siguiente, 5 de mayo, Pedro y los veinticuatro de su séquito, se dirigieron al cercano puerto de Seleucia; desde donde tomaron un barco hasta Mira de Licia, en la actual Turquía. Y como Pedro, antes de ir a Roma, deseaba visitar a la Santísima Virgen María, continuó luego su viaje en barco hasta Éfeso, llegando a esta ciudad el 15 de mayo del año 42. Fue tal el gozo que inundó el corazón de Pedro al hallarse de nuevo en presencia de la Reina de Cielos y Tierra, que, movido de irresistible impulso interior, y con abundantes lágrimas, se arrojó a los inmaculados pies de la Divina Señora, besándolos con indecible amor y veneración, a la vez que le pedía su bendición. Este gesto del Papa consoló tanto el Inmaculado Corazón de la Dulcísima Madre, que Ella, con sus Divinas Manos, alzó a Pedro del suelo, le abrazó con indescriptible ternura maternal y luego se postró ante él de rodillas pidiéndole la bendijera. Pedro y los veinticuatro que le acompañaban, permanecieron en Éfeso quince días. Este tiempo lo aprovechó él para consultar a la Santísima Virgen María distintas cuestiones concernientes al gobierno de la Iglesia, y solicitar de Ella un mayor esclarecimiento de algunos misterios de la Fe. Además, él visitó a las comunidades cristianas de la ciudad y otros lugares limítrofes, con el consiguiente fortalecimiento de la Fe de aquellos hijos de la Iglesia. Fueron, también, muchas las conversiones que logró Pedro con su magisterio papal, acompañado, a veces, de milagros. La estancia, pues, del Papa Pedro en Éfeso, fue para él de eficaz preparación para su futuro establecimiento en Roma, ya que su alma quedó muy fortalecida y confortada al hallarse junto a la Madre de la Iglesia, recibiendo también gran consuelo de las hermanas de Ella, María Cleofás y María Salomé, así como del Apóstol Juan. Durante la permanencia del Papa en Éfeso, la Divina María le manifestó la conveniencia de celebrar pronto un segundo Concilio; pues, convenía ir asentando cada vez más la doctrina y disciplina de la Iglesia, ante la perspectiva de un engrosamiento de fieles cada vez mayor. Y, además, garantizó a Pedro que, en el futuro Concilio, estaría Ella también presente para ayudarle en tan laboriosa misión.

3. El misterio de que, en el plan divino, fuese Roma la ciudad elegida para Sede Apostólica de la Iglesia y centro del catolicismo universal, se debió, entre otras, a las siguientes principales razones: En Roma existían muchas comunidades judías, y era muy conveniente que la Iglesia de Cristo asentara allí su cátedra para dar a aquellos numerosos secuaces del judaísmo una oportunidad de conversión; Roma era también el centro del paganismo, y era muy conveniente que allí se estableciese la Cátedra de la Iglesia, a fin de dar un mayor impulso a la evangelización de los gentiles, y, desde aquí, la civilización cristiana se extendiese más eficazmente por todas las provincias del imperio romano; Roma, geográficamente, era el centro del mundo antiguo, con el que se comunicaba a través de importantes vías terrestres y marítimas, lo cual facilitaba enormemente la propagación del cristianismo. Además, estaba en el plan divino que el pagano imperio de Roma se rindiese al irresistible impulso del Sacro Imperio de la Iglesia, y de esta manera se resaltase que, al poder sobrenatural y vivificante de la Gracia Divina, se sometía el nefasto poder de Satanás. Prueba de ello tenemos en que, mientras aquella primitiva civilización pagana de Roma y sus provincias, fue sucumbiendo víctima de su propia corrupción, la civilización cristiana se fue implantando, gloriosa y mayestática, sobre las ruinas de aquel paganismo decadente y demolidor de la antigua Roma. En definitiva, mientras que la Esposa Inmaculada de Cristo, que es la Iglesia por Él fundada, se ha venido manteniendo invicta e indestructible, todos los demás poderes opuestos a ella, necesariamente sucumbieron y sucumbirán ante el poder infinito de Dios, en virtud del cual resplandece sólo y únicamente la Verdad.

Capítulo II

Pedro y su séquito salen de Éfeso. Apostolado del Papa Pedro en Corinto y en Siracusa. Pedro, con su séquito, llega a Roma y traslada la Cátedra de la Iglesia a dicha ciudad

1. El día 30 de mayo de aquel año 42, el Papa Pedro, con los veinticuatro de su séquito, tras recibir la maternal bendición de la Santísima Virgen María, salió de Éfeso en barco en dirección a Corinto; llegando a esta ciudad el 5 de junio, y permaneciendo en ella hasta el día 12, con gran apostolado y frutos de conversiones. Luego, desde Corinto, se embarcó hacia el puerto siciliano de Siracusa, llegando aquí el día 20 de junio del mismo año, y permaneciendo en dicha ciudad tres días, que aprovechó el Papa para extender la luz evangélica. Y finalmente, desde Sicilia se embarcó para el puerto de Ostia, llegando a Roma el 29 de junio del año 42, fecha en que tuvo

lugar el traslado de la Cátedra y el establecimiento en Roma de la Sede Apostólica de la Iglesia. Por entonces gobernaba en el imperio romano el emperador Claudio.

2. Pedro, a su llegada a Roma, halló algunas comunidades cristianas de origen judío y de origen gentil, que habían abrazado la Fe de Cristo al hallarse presentes en el Pentecostés del Cenáculo de Jerusalén. Entre los cristianos que Pedro encontró a su llegada, estaba el matrimonio Aquila y Priscila, de origen judío, que vivían en una de las colinas llamada Aventina. Fue en esta casa donde más comúnmente se alojaba el Papa Pedro, pues por su mayor cabida podían muchos fieles congregarse allí para los cultos. El hecho de que Pedro estableciese la Cátedra de la Iglesia en Roma, no implicó que él estuviese siempre en la ciudad; pues, de la ciudad de las siete colinas, Pedro estuvo frecuentemente ausente debido a su incansable e infatigable misión apostólica por las distintas naciones del mundo conocido hasta entonces; de manera que las sandalias gloriosas del Papa Pedro bendijeron, con su paso firme, todas las naciones donde había comunidades cristianas. Fue un Papa eminentemente viajero, con un apostolado intensísimo, y con una continua predicación por todas partes. No necesitó escribir muchas cartas; predicó con firmeza muchísimo. Por eso, no debe extrañar que el educadísimo Apóstol Pablo, tan dado a saludar, no saludase al Apóstol Pedro en su Carta a los Romanos; pues, Pablo sabía que, por aquel momento, Pedro estaba ausente, cumpliendo una gran misión apostólica en distintos lugares del mundo conocido.

Capítulo III

Fecundo apostolado de Pablo y Bernabé en los territorios de Pisidia, Licaonia, Panfilia y otros lugares de Turquía. Persecuciones y contrariedades. Conversión de Timoteo y Tito

1. Mientras el Papa Pedro hacía su largo viaje desde Antioquía de Siria a Roma, y llevaba a cabo en esta ciudad el establecimiento de la Cátedra de la Iglesia, Pablo y Bernabé continuaban en Antioquía de Pisidia consolidando la reciente comunidad cristiana fundada en este lugar. Mas, viendo los judíos que cada vez era mayor el progreso del cristianismo en Antioquía de Pisidia, planearon la manera de alejar de allí a Pablo y a Bernabé; para lo cual se valieron de algunas mujeres de cierto prestigio en la ciudad por su alta condición social y su escrupulosa práctica del judaísmo que les acreditaba ante el pueblo como virtuosas. Y como ellas, además, estaban casadas con personas de la autoridad civil, influyeron poderosamente sobre sus maridos para acabar con Pablo al considerarle más peligroso. Ambos Apóstoles fueron, pues, prendidos y encarcelados, aunque se ensañaron más contra Pablo, el cual recibió de parte de los judíos cuarenta azotes menos uno. Y como viesan después que no era conveniente matar a los dos Apóstoles, ya que el prestigio de ambos trascendía incluso fuera de la ciudad, se limitaron a echarlos de la misma. Mas, antes de salir, que fue el día 13 de julio del año 42, Pablo y Bernabé, sacudiendo el polvo de sus pies contra aquellos, se fueron a la ciudad de Iconio. El ejemplo heroico de los dos Apóstoles había edificado de tal manera a los fieles de la comunidad cristiana de Antioquía de Pisidia, que las almas de estos rebosaban de consuelo y fortaleza celestiales, por el gozo que les infundía el Espíritu Santo.

2. El día 15 de julio del año 42, Pablo y Bernabé llegaron a la ciudad de Iconio de Licaonia, en donde llevaron a cabo un gran apostolado, que estuvo también lleno de no pocas contrariedades. Ambos Apóstoles, anunciaban el Evangelio a los judíos congregados en la sinagoga, y también a los gentiles en distintas partes de la ciudad. Con sus predicaciones convirtieron a un buen número de judíos, de prosélitos del judaísmo de habla griega y de gentiles. Mas, los judíos que se mantenían incrédulos, incitaban y exasperaban los ánimos de los gentiles contra Pablo, Bernabé y los conversos. A pesar de estas adversidades, ambos Apóstoles se detuvieron en la ciudad de Iconio bastante tiempo, trabajando llenos de confianza en el Señor, que con prodigios y milagros confirmaba la verdad de la doctrina que predicaban. De manera que la muchedumbre de la ciudad estaba dividida en dos bandos, unos al lado de los judíos, y otros al lado de los Apóstoles. Estas disensiones culminaron en un tumulto masivo de judíos y gentiles inducidos y guiados por sus respectivos jefes, con la pretensión de ultrajar a los dos Apóstoles y apedrearlos hasta darles muerte; mas, al tener ellos conocimiento, huyeron de la ciudad el día 23 de septiembre del mismo año 42, a fin de librarse de los males que les amenazaban. Con motivo de esta misión apostólica en Iconio, Pablo convirtió al cristianismo a una mujer de origen gentil que después sería la mártir Santa Tecla.

3. Desde la ciudad de Iconio, Pablo y Bernabé huyeron a la ciudad de Listra, también de la región de Licaonia. Había en Listra un hombre inválido de nacimiento. El 25 de septiembre de aquel mismo año, cuando el inválido estaba oyendo la predicación de Pablo, éste, fijando en él los ojos e intuyendo en su interior que tenía fe de que sería curado, le dijo en alta voz: *«Levántate, y mantente derecho sobre tus pies»*; y al instante, el inválido se puso en pie y echó a andar. La muchedumbre, cuando vio lo que Pablo había hecho, levantando la voz, decía de los Apóstoles en lengua licaónica: *«Dioses en forma humana han descendido a nosotros»*; y daban a Bernabé el nombre de Júpiter, y a Pablo el de Mercurio, porque él era el que llevaba la palabra. También, el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba a la entrada de la ciudad, trayendo toros adornados con guirnaldas, seguido del pueblo, quería ofrecer dichos animales en sacrificio a Pablo y a Bernabé. Éstos, cuando lo oyeron, rasgando sus vestiduras, se precipitaron en medio de las gentes, y clamando Pablo, les dijo: *«¿Qué es lo que vais a hacer? Nosotros somos hombres mortales también como vosotros. Y os predicamos para que dejéis estos cultos profanos y os convirtáis al Dios vivo que ha creado el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto en ella se contiene; y que, a pesar de que vosotros, los gentiles, habéis vivido con vuestras corrupciones e idolatrías, Él no ha dejado de dar testimonio de Quién es, haciendo beneficios del cielo, enviando lluvias y el buen tiempo para los frutos, dándoos abundancia de alimentos, y llenando de alegría vuestros corazones»*. Pero, aun diciendo tales cosas, tuvieron graves dificultades para convencer al pueblo de que no les ofreciesen sacrificios.

4. En Listra, Pablo conoció a una familia judía formada por una anciana de nombre Loida, de su hija Eunice, y del hijo de ésta llamado Timoteo, joven de quince años, hijo de padre gentil ya muerto tiempo atrás. Las dos mujeres, no sólo dieron buena acogida a Pablo y a Bernabé, sino que además se convirtieron a la Fe evangélica, siendo bautizadas; constituyéndose así la primera comunidad cristiana de la ciudad.

5. El jueves 25 de enero del año 43, cuando ambos Apóstoles se hallaban en Listra de Licaonia, vinieron a la ciudad algunos judíos procedentes de Antioquía de Pisidia y de Iconio, los cuales, habiendo ganado al populacho, apedrearon a Pablo, lo cual fue con tal saña que los enemigos le arrastraron fuera de la ciudad y le dieron por muerto. El Apóstol Bernabé y demás fieles cristianos, fueron adonde estaba Pablo; y al verle, creyeron que estaba muerto; pero éste, viéndose curado milagrosamente, fue con ellos a la casa de Eunice y Loida; y al día siguiente, los dos Apóstoles partieron a la ciudad de Derbe. Tras la marcha de estos, las dos mujeres Loida y Eunice ganaron para la Fe de Cristo al joven Timoteo, el cual fue bautizado.

6. Pablo y Bernabé permanecieron en Derbe hasta el 17 de mayo del referido año 43, tiempo que aprovecharon intensamente en la predicación del Evangelio, con grandes frutos de conversiones. Antes de partir de esta ciudad, Pablo ordenó a varios Presbíteros y consagró a un Obispo, y les dejó al frente de la comunidad cristiana para que continuasen ellos la misión apostólica comenzada por él. Tras su misión en Derbe, el 17 de mayo de aquel mismo año 43, Pablo y Bernabé se encaminaron de nuevo a Listra, en donde Pablo había sido meses antes apedreado. Desde Listra, pasaron otra vez por Iconio; y tras recorrer otras partes del territorio de Licaonia, fueron para Antioquía de Pisidia. En las nuevas visitas que ambos Apóstoles hicieron a estas tres últimas ciudades, fueron confirmando más en el Evangelio los corazones de los cristianos, a quienes exhortaron a perseverar en la Fe, diciéndoles, además, que *«por muchas tribulaciones nos es necesario entrar en el Reino de Dios»*. En Antioquía de Pisidia Pablo conoció a un joven de origen gentil llamado Tito; el cual, abrazando la Fe, fue bautizado; y luego se unió a los dos Apóstoles en su viaje, tras conferirle Pablo el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado. También en Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia, Pablo dejó un Obispo y varios Presbíteros al frente de las comunidades cristianas.

7. El 27 de octubre del año 43, Pablo y Bernabé, acompañados de Tito, salieron de Antioquía; y atravesando la región de Pisidia, entraron en la de Panfilia, y predicaron el Evangelio en Perge, en la cual, al ser centro importante del paganismo, no se habían detenido Pablo y Bernabé cuando pasaron por ella en enero del año 42; por eso ahora se preocuparon de realizar aquí un gran apostolado, que fue muy fructífero, a pesar de las muchas dificultades que para la evangelización supuso el famoso templo pagano, allí existente, dedicado a la ídola Artemisa. En Perge de Panfilia, el Apóstol Pablo, acompañado de Bernabé y Tito, permaneció hasta el 16 de enero del año 44; desde donde luego los tres fueron a Atalia, predicando aquí el Evangelio hasta el 20 de mayo del mismo año. Tanto en esta última ciudad como en la de Perge, Pablo dejó un Obispo y varios Presbíteros a cargo de las nuevas comunidades cristianas.

Capítulo IV

Pablo y Bernabé vuelven a Antioquía de Siria. Fecundo apostolado durante el viaje

1. El día 20 de mayo del año 44, Pablo y Bernabé, acompañados de Tito, salieron de la ciudad de Atalia en dirección al puerto chipriota de Pafos, en donde se detuvieron alrededor de veinte días. Aquí fortalecieron más en la Fe a las comunidades cristianas existentes, las reorganizaron y les dieron un nuevo impulso apostólico; para lo cual Pablo puso al frente de aquella diócesis a un Obispo y varios Presbíteros. Después, hizo lo mismo en la ciudad de Salamina. De este puerto, Pablo y sus dos compañeros, salieron en barco en dirección a Seleucia, y llegaron a Antioquía de Siria el día 15 de agosto del referido año 44.

2. Una vez en dicha ciudad de Antioquía de Siria, Pablo congregó a los clérigos y fieles de aquella comunidad cristiana y les puso al corriente de todo lo que habían hecho en su largo viaje, y de cómo habían convertido a la Fe de Cristo a muchos de los gentiles.

Capítulo V

Disputas sobre la necesidad o no de la circuncisión. Convocatoria de un nuevo Concilio a celebrar en Jerusalén

1. Conviene recordar que el Papa Pedro, durante su permanencia en Jerusalén, había dejado bien claro, tanto a Santiago el Menor como a otros de tendencia judaizante, la obligatoriedad de predicar también el Evangelio a los gentiles sin exigirles que fueran circuncidados. Mas, tras la marcha de Pedro, hubo algunos nuevos discípulos, convertidos del judaísmo, que mantenían una postura favorable a la circuncisión, no sólo de los gentiles, sino también de los judíos no circuncidados, sin que Santiago el Menor diese a esto la debida importancia. Y si bien es verdad que este Apóstol era partidario de que los cristianos de origen judío conservasen el signo externo de su raza, por lo que les permitía la práctica de la circuncisión, esta postura del Apóstol no implicaba en absoluto que él creyese y enseñase que tal rito era necesario para la salvación. Sin embargo, ciertos cristianos con tendencia judaizante, interpretaban mal la imprudente condescendencia de Santiago el Menor, por lo que llegaron incluso a creer que él era partidario de que el rito de la circuncisión fuese necesario para salvarse.

2. Y sucedió que muchos días después de que Pablo, con Bernabé y Tito, retornase a Antioquía de Siria, y de que esta noticia llegase a Jerusalén, Santiago el Menor mandó a algunos discípulos religiosos del convento del Cenáculo, a recoger limosnas que Pablo y Bernabé habían traído de otros lugares. Y como entre los que iban de Jerusalén había algunos de los referidos discípulos favorables a la circuncisión, estos difundían entre los miembros de la comunidad cristiana de Antioquía de Siria la necesidad de dicho rito para salvarse, diciendo: *«Si no os circuncidáis según el rito de Moisés, no podéis ser salvos»*; y hasta daban a entender que también éste era

el parecer de Santiago el Menor. A la opinión de dichos discípulos se opusieron abiertamente Pablo y Bernabé, disputando contra ellos sin poder convencerles.

3. A pesar de que el Papa Pedro, los demás Apóstoles y Obispos predicaban que el rito de la circuncisión era ya ineficaz al haber sido abolido por el Sacramento del Bautismo, y que otros preceptos de la Ley de Moisés, principalmente los culturales, habían sido también abolidos al instituirse el Santo Sacrificio de la Misa, y en general por la misma Ley Evangélica, sin embargo, en no pocos de los judíos procedentes de la secta de los fariseos que se iban convirtiendo al cristianismo, seguía la convicción de la necesidad de la circuncisión y de los referidos cultos de la Ley Mosaica, para poder salvarse; por lo que exigían que fuesen circuncidados los cristianos de origen gentil y los de origen judío no circuncidados, y de que se observasen los cultos mosaicos. Esta exigencia no provenía, pues, ni del Papa Pedro ni de Santiago el Menor ni de los demás Apóstoles. Bien es verdad que, en los primeros momentos de su Papado, el Papa Pedro y también el Apóstol Santiago el Menor, solían tener ciertas tendencias judaizantes, lo cual era notorio; y quizás en esto se apoyaban los que exigían que los cristianos no circuncidados debían circuncidarse.

4. La Santísima Virgen María, que se hallaba en Éfeso con el Apóstol Juan, conociendo la controversia doctrinal entre unos y otros acerca del rito de la circuncisión, oraba intensamente a su Divino Hijo para que esclareciese en las mentes ofuscadas la doctrina, y ésta quedase ya asentada en la Santa Madre Iglesia. Cristo, para complacer los deseos de su Divina Madre, mandó que Ella misma comunicase al Papa Pedro, y a los demás Apóstoles, la necesidad de celebrar el nuevo Concilio que tiempo atrás le había ya aconsejado. Por lo que el 8 de septiembre del mismo año 44, Ella se apareció primero a Pedro, que estaba en Roma, para comunicarle que se encaminase a Jerusalén y convocase allí el Segundo Concilio de la Iglesia, advirtiéndole que Ella se aparecería, además, a los otros Apóstoles para comunicarles dicho acontecimiento, a fin de que estuviesen todos presentes. El que Jerusalén fuese el lugar elegido para el Concilio, se debió a que en dicha ciudad era donde había más tendencias judaizantes entre los cristianos, por ser el centro de la apóstata iglesia judaica. Una vez que a los doce Apóstoles les fue notificada la decisión de Cristo a través de su Divina Madre, emprendieron su viaje a Jerusalén desde las respectivas naciones en que se hallaban. Mas, en lo que respecta al Apóstol Pablo, al serle notificada por la Santísima Virgen María la próxima reunión del Concilio, él se lo comunicó a la comunidad cristiana de Antioquía de Siria, a la vez que determinó que deberían acompañarle a Jerusalén, Bernabé, Evodio, y algunos otros más de los que allí estaban, diciéndoles que el Papa Pedro, los demás Apóstoles, y otros Obispos de distintas diócesis, se reunirían en Concilio para tratar sobre estas materias de la circuncisión que era objeto de disputas entre algunos cristianos.

Capítulo VI

Desastrosa muerte del rey Herodes Agripa I. Herodes Agripa II sucede a su padre en el trono de Israel. El emperador romano instituye el gobierno bicéfalo en Israel

1. Como ya se dijo, Herodes Agripa I tenía también bajo su corona la provincia de Fenicia o Líbano; si bien, las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, poseían ciertos fueros o privilegios que tiempo atrás les habían sido dados por Roma.

2. Después de aquel 14 de abril del año 41 en que fue liberado el Papa Pedro de la cárcel milagrosamente por el Arcángel San Miguel, el impío rey Herodes Agripa I había trasladado su corte desde Jerusalén a Cesarea Marítima, en la región de Samaria; ya que, por su extremado servilismo a Roma, su relación con los judíos se hacía cada vez más dificultosa, a pesar de que era gran defensor de sus tradiciones.

3. Las ciudades fenicias de Tiro y Sidón, aunque estaban bajo la corona del rey Herodes Agripa I, solían crearle serios problemas apoyándose en los antiguos fueros y privilegios que habían recibido del imperio romano; por lo que Herodes Agripa, enojado contra ellas, no sólo les negaba el envío de provisiones, sino que, además, decidió someterlas con violencia, sin que escuchase ya las proposiciones de paz que le hacían los habitantes de ambas ciudades. Estos moradores de Tiro y Sidón, ante el inevitable desastre que se les venía encima, sobornaron al maestro de cámara real, llamado Blasto, a fin de que éste, solicitando la paz en nombre de ellos, consiguiese calmar el enojo del rey para que no usara de violencia; y así aplacado, les abasteciese de víveres y de otros medios de subsistencia, dada la escasa producción de aquellos territorios de Fenicia.

4. El día 19 de septiembre del año 44, fecha señalada en dicho año para la celebración de las fiestas públicas en Cesarea Marítima en honor de Júpiter, sucedió que, durante las mismas, el rey Herodes Agripa I, desde una tribuna, vestido de traje real, dirigió al pueblo un extravagante discurso en el que, con blasfema elocuencia, ensalzaba a los dioses paganos, glorificaba al imperio de Roma y se jactaba de los logros de su propio reinado. De manera que el pueblo, lisonjero y vano, exaltado por las palabras de su rey, le aplaudía diciendo: «¡Hablas como un dios que eres, y no como un hombre!»; alabanzas que el impío monarca recibió con gran satisfacción, haciendo además alarde de su pretendida y falsa deidad. Este inicuo atentado contra la Majestad de Dios, disgustó tanto a María Santísima, que Ella decidió castigarlo. Mas, antes que la Santísima Virgen María procediese al castigo, dio a Herodes varias oportunidades de conversión, las cuales él rechazó con sumo desprecio. Entonces, la Divina María, mandó al Arcángel San Miguel para que, como Ministro de la justicia divina, fuese a Cesarea Marítima y matase al rey Herodes Agripa I por haber usurpado con vana soberbia la honra que se debe a Dios. Y ese mismo día 19 de septiembre del año 44, San Miguel hirió internamente a Herodes con una pestilente llaga, de la que brotaron de inmediato multitud de voraces gusanos, que en tres horas acabaron con la vida del malvado rey en presencia de la multitud, con gran pánico de todos. Con lo cual no sólo perdió los honores temporales, sino que quedó condenado eternamente. Si bien la Santísima Virgen María sufrió y lloró por la condenación de

Herodes Agripa I, alabó los juicios del Altísimo y le dio gracias por el beneficio que con aquel castigo había hecho a la Iglesia, la cual había padecido mucho bajo el reinado del impío monarca.

5. A la muerte de Herodes Agripa I, le sucedió en el trono del territorio de Israel su hijo Herodes Agripa II, que convivía incestuosamente con su hermana Berenice.

6. En el año 52, octavo del reinado de Herodes Agripa II, el emperador romano Claudio estableció en el territorio de Israel el gobierno bicéfalo; de manera que el rey Herodes Agripa II era cabeza del poder civil, y el Procurador romano Félix era cabeza del poder militar; y con respecto a los asuntos religiosos relacionados con los judíos, ambas cabezas actuaban de común acuerdo. A principios del mes de junio del año 59, Félix cesó en su cargo de Procurador del territorio de Israel y fue substituido por Porcio Festo, quien tomó posesión de dicho cargo el 18 de junio de aquel mismo año, con las mismas atribuciones, en el orden militar y religioso, que su predecesor.

Capítulo VII

La Virgen María, con sus dos hermanas y San Juan, va desde Éfeso a Jerusalén con motivo del nuevo Concilio

La labor de la Divina María durante los cuatro años y nueve meses que había vivido en Éfeso, fue fecundísima en conversiones y vocaciones religiosas; pues, además de que la comunidad cristiana era cada vez más numerosa, los conventos de religiosos y religiosas carmelitanos contaban ya con muchos discípulos y discípulas. Antes de que saliese de Éfeso, María Santísima habló a los miembros de ambas comunidades con palabras dulcísimas, para consolarles por su forzada vuelta a Jerusalén; y les exhortó a que, en su ausencia, siempre tuvieran presente la doctrina que habían recibido de Ella y del Apóstol Juan, para que así siguiesen reconociendo a Cristo como Señor, Maestro y Esposo de sus almas, sirviéndole y amándole de todo corazón. Además, como el Apóstol Juan había consagrado tres Obispos, y ordenado Presbíteros, la Divina Madre insistió a los demás religiosos y a los fieles, en el respeto y veneración que deberían tener a dichos Ministros del Señor que quedaban allí al cuidado de sus almas. Tras estas consideraciones y otras advertencias, la Santísima Virgen María, acompañada de sus hermanas y Juan, salió de Éfeso el 28 de octubre del referido año 44, embarcándose en dirección a Jope, adonde llegó el 12 de noviembre, ya que la travesía fue de quince días. Desde aquí, fueron a Jerusalén, en donde visitaron primero los santos lugares de la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, para luego llegar al Cenáculo el día 15 del mismo mes de noviembre del año 44. Fueron indescriptibles la emoción y la alegría que el retorno de María Santísima produjo tanto en el corazón del Apóstol Santiago el Menor, como en los discípulos, discípulas y demás fieles de la comunidad de Jerusalén; todos los cuales no cesaban de glorificar a Dios por haberles enviado de nuevo a la Reina de Cielos y Tierra para que les sirviera de Guía, les llenara de ilustraciones y les consolase en sus muchos trabajos y aflicciones. Ya en el Cenáculo, Ella exhortó a todos que rezasen intensamente por el feliz éxito del próximo Concilio; y, de esta manera, esperaron a los otros Apóstoles y demás Padres Conciliares, que fueron llegando al Cenáculo de Jerusalén desde el 20 de noviembre al 27 del mismo mes.

Capítulo VIII

Viaje apostólico del Papa Pedro desde Roma a Jerusalén. Los diez Apóstoles misioneros van también a Jerusalén. Apertura del Segundo Concilio Ecuménico de la Iglesia

1. Para presidir el II Concilio Ecuménico que iba a celebrarse en el Cenáculo de Jerusalén, el Papa Pedro, acompañado de dos Obispos y algunos discípulos, salió de Roma el día 15 de septiembre de aquel año 44, y embarcó luego en el cercano puerto de Ostia en dirección a Sicilia. De aquí fue a la isla de Creta, en donde estuvo algunos días predicando intensamente, con grandes frutos de conversión. Desde esta isla navegó hasta la de Chipre; y tras visitar brevemente algunas de las comunidades cristianas, partió luego desde el puerto de Salamina al de Seleucia, cercano a Antioquía de Siria, a la cual llegó el 5 de noviembre, cuando ya Pablo había salido de la ciudad en dirección a Jerusalén. En Antioquía de Siria se detuvo Pedro diez días para visitar las comunidades cristianas, y luego partió para Jerusalén, adonde llegó el 20 de noviembre de aquel mismo año 44. Después de la llegada de Pedro a Jerusalén, fueron llegando también los otros Apóstoles que faltaban, así como los otros Obispos que tomarían parte en el Concilio.

2. Pablo, con Bernabé, Tito y otros discípulos, había salido de Antioquía de Siria el día 1 de noviembre del referido año 44; y en su camino a Jerusalén fue recorriendo algunas de las comunidades cristianas, a las que fortaleció más en la Fe al hablarles de las muchas conversiones obtenidas en su viaje por Chipre y ciudades del Asia Menor. Tras este apostolado, él y los que le acompañaban, llegaron a Jerusalén el 27 de noviembre del año 44, cuando ya se encontraban en el Cenáculo, además de la Divina María y Pedro, todos los otros Apóstoles y demás Padres Conciliares. Esta segunda visita de carácter oficial que Pablo hacía a Jerusalén fue cuatro años después de que hiciese su primera visita oficial a Pedro en dicha ciudad, cuando tuvo su primer encuentro con el Papa y éste le había conferido las Órdenes Sagradas. Y si bien entre ambas visitas hubo otra intermedia, fue con el solo fin de llevar limosnas a Jerusalén de manera extraoficial. El Apóstol Pablo, al llegar a Jerusalén, puso al corriente, tanto a Pedro como a los otros Apóstoles, de la evangelización que él había realizado entre los gentiles, a fin de que el Papa y los otros, con más experiencia en el espíritu del Evangelio, le dijese claramente si él había obrado conforme a los deseos de Cristo, y si tenía algo que rectificar en el apostolado futuro.

3. Cuando el Papa Pedro y los demás Apóstoles se hallaban en Jerusalén, los judíos conversos partidarios de la circuncisión insistieron a Pedro para que se exigiese ésta a los cristianos de origen gentil, y a los de origen judío no circuncidados; e incluso presionaron fuertemente sobre el Papa para que fuese circuncidado, entre otros, el converso Tito, de origen gentil, que había venido con Pablo a Jerusalén. Mas, el Papa Pedro, se opuso

enérgicamente a dichas pretensiones. He aquí, pues, la urgente necesidad de unos cánones conciliares que zanjasen definitivamente la cuestión del controvertido tema de la circuncisión y sobre otros puntos doctrinales.

4. El día 30 de noviembre de aquel año 44, el Papa Pedro, en presencia de la Divina María y de todos los Padres Conciliares, declaró abierto, en el Cenáculo de Jerusalén, el II Concilio Ecuménico de la Iglesia, compuesto de treinta y seis Padres Conciliares, a saber: El Papa Pedro, los otros once Apóstoles y veinticuatro Obispos más. Tras nueve días de intensa oración y preparación, pues aquel mes de noviembre fue de treinta y un días, el día 8 de diciembre del año 44, aniversario de la Inmaculada Concepción de María, dio comienzo el Concilio, que duraría dieciocho días.

Capítulo IX

Desarrollo del Concilio II de Jerusalén y clausura del mismo. Materias doctrinales y disciplinarias acordadas en el Concilio

1. En el II Concilio Ecuménico de Jerusalén no sólo se abordó el tema de la abolición de la circuncisión y de los cultos levíticos, sino que también se discutieron y acordaron otras materias doctrinales.

2. Con las disposiciones del Concilio II de Jerusalén quedó asentada de manera más solemne la siguiente doctrina infalible ya enseñada por Pedro: El Sacramento del Bautismo es el único medio para entrar en la Iglesia de Cristo; el Santo Sacrificio de la Misa es el único Sacrificio que agrada a Dios y salva y santifica al hombre; y las Deíficas Carne y Sangre de Cristo son los verdaderos alimentos de vida eterna. Y dado que algunos cristianos de origen judío seguían influenciados por la Ley de Moisés en cuanto a la observancia del sábado, en el Concilio II de Jerusalén se decretó también, solemnemente, la doctrina infalible, ya enseñada por Pedro, de que el Domingo es el Día del Señor, y no el sábado, que estaba ya abolido; y además se anatematizó a los que creyesen o enseñasen que la observancia del sábado judío era necesaria para la salvación. El Concilio II de Jerusalén, aunque anatematizó a aquellos que creyesen y enseñasen que la circuncisión y los cultos levíticos eran necesarios para la salvación, pues había cristianos de tendencias judaizantes que seguían teniéndolos como válidos, sin embargo, dicho Concilio no se ocupó de dar un decreto que prohibiese a los cristianos venidos del judaísmo, la práctica de la circuncisión, ni la asistencia a los cultos levíticos, siempre que no se hiciese por motivos religiosos, ni se creyese que fuesen necesarios para la salvación; pues, además, los fieles cristianos, salvo rarísimas excepciones, no iban al templo judío de Jerusalén ni a las sinagogas.

Capítulo X

Solemne clausura del Concilio II de Jerusalén

1. La discusión de las cuestiones tratadas en el Segundo Concilio de Jerusalén fue concienzuda y laboriosa; y a pesar de que quedó definitivamente zanjado que la circuncisión, no sólo era innecesaria para la salvación, sino que, como rito religioso, se oponía abiertamente a la Ley Evangélica, hubo, sin embargo, algunos de los Padres Conciliares conversos procedentes de la secta de los fariseos, que siguieron insistiendo, ante los demás Padres Conciliares, el que se exigiese la circuncisión a los gentiles y también a los no circuncidados de origen judío.

2. He aquí por qué, el 25 de diciembre de aquel año 44, en la solemne clausura del Segundo Concilio Ecuménico de Jerusalén, el Papa Pedro, amonestó paternalmente a los obstinados, en su magistral sermón, que, como máxima autoridad, dirigió a los demás Padres Conciliares, diciendo: *«Hermanos míos, vosotros sabéis que Cristo mandó que se predicase el Evangelio a toda criatura; y que yo fui escogido por Él, entre los demás Apóstoles, como Suprema Autoridad, a fin de que, más principalmente, oyesen de mi boca la palabra evangélica, no sólo los judíos sino también los gentiles, y estos tuviesen también la oportunidad de creer. Mas, a pesar del mandato divino, hubo cierta resistencia a la evangelización de los gentiles por parte de algunos de los nuestros de origen judío; e, incluso, yo hasta me hallé indeciso ante tal postura. Y Dios, que conoce los corazones, dio testimonio a favor de la evangelización de los gentiles, haciendo venir, sobre los cristianos venidos de la gentilidad, el Espíritu Santo visiblemente, en Cesarea Marítima, como antes había venido sobre nosotros en este lugar en que ahora estamos. De manera que Dios no ha hecho diferencia alguna entre nosotros y ellos, confirmando en la Fe sus corazones. ¿Ahora, pues, por qué tentáis a Dios, queriendo poner sobre el cuello de gentiles y de otros incircuncisos, el yugo de la circuncisión que, no sólo ya es innecesaria, sino que, además, es opuesta a nuestra Fe? Pues nosotros, los de origen judío, como ellos, los de origen gentil, creemos salvarnos únicamente por la Gracia de Nuestro Señor Jesucristo»*. Por tanto, el Papa Pedro, en su discurso conciliar, manifestaba a todos los Padres allí reunidos, que la doctrina emanada de dicho Concilio era ya la sentida y enseñada infaliblemente por él; y que, por lo tanto, ni los venidos de la gentilidad ni ningún otro, podían ser obligados a la circuncisión para ser miembros de la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo. Al final de su sermón, el Papa Pedro anatematizó a todos los que creyesen o enseñasen que la circuncisión era necesaria para la salvación. Las palabras de Pedro recibieron la complacencia unánime de todos los presentes, la cual manifestaron con una explosión de entusiasmo, cesando, desde entonces, entre los Padres Conciliares allí reunidos, los controvertidos comentarios sobre el tema de la circuncisión y de los cultos mosaicos.

3. Seguidamente, Pablo y Bernabé confirmaron lo antes enseñado por Pedro al referir las grandes señales y prodigios hechos por Dios durante el apostolado de ambos con los gentiles. Y cuando los dos Apóstoles acabaron de hablar, tomó la palabra Santiago el Menor, cuya intervención se debió principalmente a que él era Obispo de dicha diócesis, sede de dicho Concilio; y también, porque dada su tendencia judaizante conocida de muchos, era necesario que quedase bien patente de cómo dicho Apóstol, no sólo se sometía humildemente a las disposiciones del Concilio, sino que, además, las defendía como verdades reveladas por el Espíritu Santo. He aquí que Santiago el Menor dijo: *«Hermanos míos, escuchadme: Pedro, como máxima autoridad de la Iglesia, os ha dicho cómo*

Dios se ha manifestado también prodigiosamente a los cristianos venidos de la gentilidad, en Cesarea Marítima, para escoger entre ellos un pueblo consagrado a su Nombre». Y para que se viera cómo dicha providencia sobre el pueblo gentil estaba ya vaticinada en las Escrituras, el Apóstol Santiago el Menor mencionó las siguientes palabras dichas por Dios al Profeta Amós: «En aquel tiempo restauraré el tabernáculo de David que estará caído en tierra, y reedificaré lo destruido y lo volveré a poner en pie como antes estaba, y será invocado mi Nombre»; y luego el Apóstol, inspirado por el Espíritu Santo, añadió: «Y esto lo dijo a fin de que todos los demás hombres busquen también a Dios, y sea invocado por todas las naciones». He aquí, pues, que, según la interpretación del texto de Amós por Santiago el Menor, después de la apostasía del pueblo judío, Dios reedificaría su Iglesia sobre las ruinas de la antigua, instituiría un nuevo culto, que es la Santa Misa, y daría también entrada a los gentiles en el redil de la salvación.

4. Y siguió diciendo el Apóstol Santiago el Menor: *«El plan divino de la salvación de los gentiles, estuvo siempre previsto por Dios desde toda la eternidad; por lo cual, yo juzgo que no se inquiete a los gentiles que se convierten a Dios exigiéndoles que se circunciden, pero sí que se abstengan de los cultos idolátricos, de comer cosas ofrecidas a los ídolos, de la prostitución cultural, de comer carne de animales ahogados, y de comer sangre de animales. Pues Moisés, desde tiempos antiguos, puso en cada ciudad quienes recuerden estos preceptos leyéndolos en las sinagogas todos los sábados».* Es decir, que no se les exigiese a los gentiles el circuncidarse, como condición para entrar en la Iglesia Cristiana, mas sí que renunciasen a sus cultos idolátricos, se abstuviesen de comer cosas ofrecidas a los ídolos, así como de la prostitución cultural, ya que todas estas abominaciones iban contra el Decálogo de Dios. También se les impone a los gentiles el abstenerse de comer carne de los animales muertos sin derramamiento de sangre, o sea, carne ahogada, y sangre de animales, ya que la observancia por ellos de estos dos preceptos de la Ley de Moisés, era necesaria para una convivencia pacífica entre cristianos recién venidos de la gentilidad y del judaísmo, por parecerles a estos últimos cosa abominable tales alimentos, dada su arraigada tradición judía; pues, además, en las sinagogas judías, se seguía enseñando la obligación de observarlos, y esto dificultaba aún más a los cristianos recién venidos del judaísmo, el no observar el precepto de la sangre y de la carne ahogada. Y aunque, salvo rarísimas excepciones, los cristianos convertidos del judaísmo, no iban a las sinagogas, seguían aún muy influidos por las recientes enseñanzas que allí habían recibido; de las cuales fueron liberándose con el tiempo.

5. Entonces acordó el Papa Pedro, con los demás Apóstoles y Obispos que se hallaban reunidos en Concilio, elegir a algunas personas de entre ellos, y enviarlas con Pablo y Bernabé a las comunidades cristianas de Antioquía de Siria, y así nombraron a Judas Barsabás y a Silas, por ser varones principales entre ellos. He aquí, pues, la carta que fue entregada a Pablo y a sus compañeros para ser llevada a los cristianos de origen gentil en Antioquía de Siria y otros lugares: *«El Papa Pedro, los demás Apóstoles, y los Obispos reunidos en Concilio: A nuestros hermanos convertidos de la gentilidad que están en Antioquía, y en Siria, y en Cilicia: Carísimos, por cuanto hemos sabido que algunos de los nuestros fueron ahí por su propia cuenta a alarmaros con sus discursos y a desasosegaros vuestras conciencias con exigencias no impuestas por la autoridad de la Iglesia, los reunidos aquí en Concilio hemos resuelto, de común acuerdo, y con aprobación del Papa Pedro, escoger algunas personas y enviarlas con nuestros carísimos Pablo y Bernabé, que son Apóstoles que han expuesto sus vidas por el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Os enviamos con ellos a Judas Barsabás, y a Silas, los cuales os dirán lo mismo de palabra. Pues, os comunicamos que el Espíritu Santo ha iluminado a los Padres de este Concilio dirigido bajo la autoridad del Papa Pedro, que no se os exija en absoluto la circuncisión, pero sí que os abstengáis de los cultos idolátricos, de comer cosas ofrecidas a los ídolos, de la prostitución cultural, de comer carne de animales ahogados, y de comer sangre de animales; de todo lo cual tenéis el deber de absteneros. Dios sea con vosotros».* Dios respetó los acuerdos disciplinarios de los Padres Conciliares que prohibían a los fieles de la Iglesia el comer carne ahogada y sangre de animales, como mandaba la Ley de Moisés. Con esta prohibición quedaba bien patente que, la influencia judaizante de Santiago el Menor, dejó cierta huella en el II Concilio de Jerusalén; lo cual debió ser evitado por el Papa Pedro y demás Padres Conciliares, ya que el imponer a los fieles de la Iglesia de Cristo la observancia judía de no comer carne ahogada y sangre de animales, podría crear la confusión en no pocos, de que la sangre de los animales poseía cierto carácter sagrado y expiatorio, cuando es la Deífica Sangre de Cristo la única que nos redime y purifica de nuestros pecados.

6. Los acuerdos tomados en el Concilio II de Jerusalén, tanto de materia doctrinal dogmática como disciplinaria, se hicieron constar seguidamente en actas el mismo día de su clausura, o sea el 25 de diciembre del año 44. Luego se hicieron copias de las mismas para las distintas diócesis. Una vez que el Papa Pedro y demás Padres reunidos en el Concilio II de Jerusalén, terminaron de redactar las actas conciliares, fueron leídas públicamente ante los religiosos y fieles que se congregaron a ese fin en la sala del Cenáculo. Y cuando acabaron de leer dichas disposiciones, el Espíritu Santo, de manera visible y en forma de llamas de fuego, descendió sobre Pedro y los demás Padres Conciliares, confirmando de esta manera la labor de aquel Concilio, y derramando sobre todos los presentes especiales Gracias y consolaciones. La Santísima Virgen María, que durante las reuniones del Concilio II de Jerusalén había estado orando incesantemente en la capilla del Cenáculo por el feliz éxito del mismo, también se halló presente en el momento en que eran leídas públicamente las actas ese mismo día, lunes 25 de diciembre del año 44 y dio gracias al Señor por el beneficio que del Concilio había recibido la Iglesia Santa.

Capítulo XI

Pablo y Bernabé salen de Jerusalén para Antioquía de Siria. Los Apóstoles misioneros y demás Padres Conciliares salen para sus correspondientes destinos. Viaje apostólico de Pedro desde Jerusalén a Antioquía de Siria, y desde ésta a Roma. La Divina María queda en Jerusalén hasta su gloriosa Asunción a los Cielos

Terminado el II Concilio de Jerusalén, Pedro y los demás Padres Conciliares fueron retornando a sus distintas misiones. El primero en hacerlo fue el Apóstol Pablo, acompañado del Apóstol Bernabé, de Judas Barsabás y Silas. Antes de partir, tanto el Papa Pedro como los Apóstoles Santiago el Menor y Juan, despidieron cordialmente a los Apóstoles Pablo y Bernabé para que continuaran la evangelización de los gentiles, misión que tiempo atrás les fue encomendada a ellos por el mismo Papa; pues, así como Dios movió a Pedro para que se dedicase más especialmente a evangelizar a los judíos y no les faltase a éstos oportunidad de salvación, también había movido a Pablo para dedicarse principalmente a los gentiles, al ser ellos también llamados al Reino de Dios. El día 1 de enero del año 45, Pablo, Bernabé y los otros que le acompañaban, salieron del Cenáculo de Jerusalén en dirección a Antioquía de Siria. También, en días sucesivos, fueron marchando a sus distintos lugares de misión, los Apóstoles Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Tadeo, Simón y Matías, así como los demás Padres Conciliares. El Papa Pedro, que fue el último en emprender su viaje, salió de Jerusalén el 15 de enero de aquel año 45 en dirección a Antioquía de Siria, para luego, tras un largo recorrido apostólico, retornar a su Sede Apostólica en Roma. Todos volvieron a sus misiones muy confortados por el éxito del Concilio y por los maternales consejos que habían recibido de la Divina María; la cual ya se quedó en Jerusalén, en donde, años más tarde, sería su Dulce Dormición y Asunción a los Cielos, viviendo siempre en compañía de sus dos hermanas, María Cleofás y María Salomé, y del Apóstol Juan.

Capítulo XII

Pablo en Antioquía de Siria. Pedro se detiene en Antioquía de Siria. Pablo amonesta públicamente a Pedro en dicha ciudad

1. El día 15 de enero de aquel año 45, Pablo, acompañado de Bernabé, Judas Barsabás y Silas, llegó a Antioquía de Siria. A su llegada, Pablo congregó a las distintas comunidades cristianas de aquella región; las cuales, cuando supieron la llegada del Apóstol de los Gentiles, enviaron sus correspondientes delegados a Antioquía de Siria con objeto de hacerse cargo de la carta conciliar y llevar cada uno copia de la misma a su respectiva comunidad. Antes de que Pablo les entregara la carta, la leyó públicamente a los allí congregados, y les puso al corriente de las otras disposiciones del Concilio. Tras dicha lectura, el Espíritu Santo, en forma de Lenguas de Fuego, se manifestó visiblemente sobre los allí reunidos. Además, como Judas Barsabás y Silas eran profetas, colaboraron también con sus vaticinios al consuelo de muchos, consolidándoles más en la Fe. Los que habían venido en representación de las distintas comunidades cristianas, quedaron con Pablo por algún tiempo, y luego él les envió en paz a sus correspondientes lugares de procedencia. Cuando Judas Barsabás y Silas llevaban un tiempo en Antioquía de Siria, Pablo dio su venia a ambos discípulos para que marchasen en paz a Jerusalén. Mientras Judas Barsabás volvió solo a dicha ciudad, Silas tuvo a bien quedarse en Antioquía de Siria con Pablo y Bernabé, los cuales enseñaban y predicaban, con otros muchos, la palabra de Dios.

2. El día 30 de enero, el Papa Pedro, acompañado de su séquito, llegó a Antioquía de Siria, en donde se hallaban Pablo, Bernabé y Silas. Gran alegría y consuelo recibieron todos los cristianos de dicha ciudad y comunidades cercanas, ante la nueva visita del Papa, en especial los fieles venidos de la gentilidad, por la consoladora Carta del Concilio, en que se les liberaba de los prejuicios que contra ellos manifestaban no pocos cristianos de origen judío. Mas, tan pacífica felicidad, se vio pronto turbada por ciertas actuaciones de Pedro, un tanto extrañas. Ya que, si bien al principio él convivía igualmente con todos los fieles, sin distinción de raza, fue poco a poco, con disimulo, apartándose del trato con los de origen gentil, e intensificando aún más su intimidad con los de origen judío; los cuales se unieron al proceder solapado de Pedro, e incluso Bernabé al ser inducido por ellos.

3. La causa de esta lamentable actuación de Pedro se debió a lo siguiente: Algunos de los cristianos venidos del judaísmo, principalmente de la secta de los fariseos, que convivían con Santiago el Menor en Jerusalén, si bien habían manifestado externamente su complacencia por las disposiciones del Concilio sobre los gentiles, no acababan de admitir en su interior el que se hubiese eximido, a estos, de la circuncisión. Y fue tal la obcecación, que presionaban a Santiago el Menor para que actuara con cuidado en su trato con los cristianos de la gentilidad, para que no se disgustasen los de origen judío. Y de tal manera influyeron sobre Santiago el Menor, que, cuando el Papa Pedro se hallaba en Antioquía de Siria, Santiago el Menor envió a esta ciudad una comisión formada de religiosos y fieles seculares con dicho fin. A su vez, Pedro, en lugar de reaccionar valientemente, se dejó influir por tan malsanos propósitos; por lo que fue reduciendo su familiar trato con los cristianos de la gentilidad y aumentándolo con los cristianos de origen judío. Dicha actuación de Pedro creó la confusión en el ánimo de los cristianos de origen gentil, al ver que por su estado de incircuncisos, se les guardaba menos consideración que a los otros, sintiéndose así como obligados a circuncidarse. Y, como observase Pablo que la actuación discriminatoria de Pedro era cada vez más acentuada, aunque sabía que el Papa actuaba por respetos humanos y sin mala fe, no tuvo más remedio que amonestarle, y lo hizo públicamente el 11 de febrero del referido año 45, diciendo: «Si tú, que eres judío de origen, no te crees obligado a las observancias de la ley judaica, y por lo tanto sientes a la manera del gentil converso, y no a la judía, ¿por qué, con tu mal ejemplo, induces a los gentiles conversos a que crean que deben observar las leyes judías?» Pablo, pues, reprendió el fingimiento de Pedro, ya que, con su conducta, contradecía su convicción interior como Papa, violaba los derechos de una parte de la Iglesia y ponía en peligro la Fe. Mas, si bien la extraña actuación de Pedro fue merecedora de reprensión, no afectó a su infalibilidad papal, ya que no tuvo intención alguna de inducir a nadie al error, sino que obró por

exceso de condescendencia con los cristianos de origen judío; y como era ya común en él, dándose cuenta del daño que había hecho, rectificó enseguida, pidiendo públicamente perdón con abundantes lágrimas. Y lo mismo hicieron Bernabé y otros que habían secundado las mismas equivocaciones.

Capítulo XIII

Pedro continúa su viaje apostólico. Gran apostolado de Pedro en su viaje antes de llegar a Roma

Tras el referido suceso en que Pablo amonestó a Pedro, éste salió de Antioquía de Siria el 14 de febrero del mismo año 45, hacia el norte de Asia Menor. Y ya en el territorio de Capadocia, hoy Turquía central, permaneció alrededor de cuatro meses. Después, se encaminó más hacia el norte, recorriendo la región marítima de Ponto, junto al Mar Negro, en cuya labor empleó unos tres meses. Luego, predicó el Evangelio por el norte de Galacia, estableciendo el centro de su evangelización en la ciudad de Ancira (hoy Ancara). Y en los dos meses que estuvo en esta región, la semilla del Evangelio se esparció copiosamente como en los otros lugares, con gran proliferación del cristianismo. Desde Ancara, Pedro se encaminó al territorio de Bitinia; y, si bien aquí fijó su residencia en la ciudad de Nicea, su anhelo de propagar el cristianismo le movió a recorrer toda la provincia, visitando también las ciudades de Nicomedia y Calcedonia. Tras cinco meses de apostolado en esta última región, Pedro recorrió el territorio de Asia Menor llamado Asia; predicando durante unos seis meses en las ciudades de Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, Laodicea, y otras, en donde existían muchas comunidades cristianas, copioso fruto del apostolado de la Santísima Virgen María y del Apóstol Juan durante la estancia de ambos en Éfeso. Desde la ciudad portuaria de Éfeso, se embarcó hacia la ciudad griega de Corinto. Y tras un corto periodo de apostolado, siguió su viaje en barco hasta Siracusa, en la isla de Sicilia; y desde aquí, hasta el puerto romano de Ostia, llegando a Roma el 18 de enero del año 47. Durante todo ese largo recorrido, el Papa Pedro fue estableciendo nuevas comunidades cristianas, aumentando el número de las ya existentes, fundando conventos carmelitanos de ambas ramas y dejando Obispos y Presbíteros para que cuidasen el rebaño. Ya de nuevo en Roma, el Papa Pedro se preocupó de consolidar más las comunidades cristianas aquí existentes; de manera que, durante los seis meses que permaneció en la Sede Apostólica, aumentó considerablemente el número de fieles.

Capítulo XIV

Viaje apostólico de Pedro desde Roma a la Península Ibérica. El Papa Pedro en España

El 15 de agosto del año 47, el Papa Pedro salió de Roma con destino a la Península Ibérica, acompañado de varios Obispos, entre ellos Geroncio y Alejandro, algunos Presbíteros, y otros de su séquito. Tras embarcar en el puerto de Ostia, se detuvo varios días en la isla de Cerdeña, continuando luego su viaje por el Mediterráneo. Una vez en el Estrecho de Gibraltar, entró en España por el río Guadalquivir, y desembarcó en el puerto fluvial de la ciudad de Sevilla, el 8 de septiembre del mismo año 47; siendo dicha ciudad la primera tierra española que pisó. A su llegada, esta diócesis seguía regida por el Obispo Pío, convertido por Santiago el Mayor. La labor del Papa Pedro, tanto en Sevilla, como en otras ciudades andaluzas, y en gran parte del resto de España y Portugal, fue incesante; ya que, durante su estancia de poco más de un año en la Península Ibérica, recorrió las ciudades evangelizadas por Santiago el Mayor en donde existían comunidades cristianas, y también otras muchas, consolidando aún más la labor realizada tiempo antes por dicho Apóstol. En muchas de las ciudades por las que Pedro iba pasando, consagraba Obispos y ordenaba Presbíteros, para dejar abundantes pastores que cuidasen de las ovejas. Durante su largo recorrido por España, el Papa Pedro recibió en muchas ocasiones la visita de la Santísima Virgen María, sin que Ella, por eso, dejara de estar al mismo tiempo en Jerusalén. En el transcurso de su recorrido por la Península Ibérica, Pedro oró en varias ocasiones ante la imagen de la Virgen del Pilar, en Zaragoza. Por expreso deseo de la Santísima Virgen María, Pedro traía consigo, desde el Cenáculo de Jerusalén, una imagen de Ella esculpida por el discípulo Lucas. Dicha imagen de la Virgen María fue por entonces colocada a la veneración por el mismo Papa en una capilla ya existente en la ciudad de Barcelona, y tiempo más tarde sería llevada a la montaña de Montserrat, en donde fue venerada con el título de Nuestra Señora de Montserrat. Antes de abandonar España, Pedro destinó para la diócesis de Itálica, cerca de Sevilla, al Obispo Geroncio, que había nacido precisamente en dicha ciudad de Itálica. Además, Pedro destinó para la diócesis de Écija, en la provincia de Sevilla, al Obispo Alejandro, de color negro, hijo mayor de Simón Cirineo. Geroncio y Alejandro, que habían venido con él y le había acompañado durante el recorrido por España, fueron los primeros Obispos de las respectivas diócesis. Años más tarde Geroncio moriría mártir en Itálica y Alejandro moriría mártir en Roma.

Capítulo XV

El Papa Pedro, desde España vuelve a Roma. Viaje apostólico de Pedro desde Roma rumbo a Jerusalén. Intenso apostolado de Pedro en el continente africano y en el continente asiático. Pedro en Jerusalén

El día 15 de septiembre del año 48, el Papa Pedro se embarcó en el puerto de Barcelona en dirección a Roma; y tras breve escala en la isla de Córcega, siguió viaje hasta el puerto de Ostia, llegando a Roma el 25 del mismo mes y año. En esta Sede Apostólica de Roma, permaneció hasta que el emperador Claudio, a principios del año 49, expulsó a todos los judíos residentes en esta ciudad; los cuales se dispersaron por distintas partes, fuera y dentro del imperio. Y como entre los expulsados había muchos cristianos de origen judío, y estos, en su mayor parte, habían huido al norte de África, viéndose también Pedro obligado a marcharse, aprovechó la ocasión para visitar distintas ciudades del continente africano, como fueron, entre otras: Cartago e Hipona, en la actual Tunicia; Cirene, en Libia. En su recorrido, llegó a Egipto, en donde visitó también, ahora en compañía del Apóstol Simón, las ciudades de Alejandría y Heliópolis (hoy El Cairo). Después, Pedro viajó hacia Etiopía, en donde estuvo con

el Apóstol Mateo y el ya, por entonces, Obispo Juan, conocido como el eunuco etíope. Seguidamente visitó al Apóstol Matías, que se hallaba evangelizando Arabia Saudita, y luego, en Mesopotamia, estuvo con el Apóstol Tadeo. Durante todo este recorrido, Pedro fue consolidando más las distintas diócesis, con gran proliferación del cristianismo. Y como él deseara ardientemente visitar a la Santísima Virgen María, se encaminó a Jerusalén, llegando el 25 de diciembre del año 55. Aquí, Ella le anunció que pronto sería su admirable Asunción a los Cielos; por lo que le rogó que no volviese a Roma hasta pasado este acontecimiento, lo cual fue en el año 57. Por eso Pedro, aunque pudo retornar antes a la Sede Apostólica, ya que Nerón, en el año 56 había permitido a los judíos volver a Roma, él no lo hizo; y aprovechó este tiempo para visitar las comunidades cristianas de Israel, Antioquía y otros lugares de Siria, como era deseo de la Santísima Virgen María, llevando consigo al Obispo Ignacio, consagrado por él, que era el niño que Cristo puso como modelo para entrar en el Reino de los Cielos. Ignacio sucedió al Obispo Evodio en la diócesis de Antioquía de Siria. Tras su gran apostolado, Pedro retornó a Jerusalén el 30 de junio del año 57. A su llegada, la Divina María le anunció que fuese preparando el tercer y último Concilio de Jerusalén, que debería realizarse tras su gloriosa Asunción a los Cielos, y que en él deberían definirse importantes materias doctrinales. En todos sus viajes Pedro fue siempre acompañado de su séquito papal.

Capítulo XVI

Continuación de la misión apostólica de Pablo. Pablo y Bernabé se separan. Nuevo viaje de Pablo por Asia Menor. Conversiones y curaciones por el ministerio de Pablo. Pablo y Silas son azotados, encarcelados y puestos en libertad

1. El 25 de febrero del año 45, cuando ya habían pasado once días de la marcha del Papa Pedro a Roma, dijo Pablo a Bernabé: «*Volvamos a visitar a los hermanos por todas las ciudades en que hemos predicado la palabra del Señor, para ver cómo les va*»; pues, era deseo del Apóstol de los Gentiles, visitar de nuevo las ciudades de Asia Menor recién evangelizadas por él, y también otras. Para este largo viaje, el Apóstol Bernabé quería llevar también a su sobrino Marcos, que ya era Obispo; a lo cual se opuso Pablo, diciendo a Bernabé que, puesto que Marcos, en el anterior viaje se había separado de los dos en Panfilia para irse a Jerusalén, y que, por tanto, no les había acompañado en la misión que les restaba a ellos cumplir, no era conveniente que fuese admitido para acompañarles en este nuevo viaje. La negativa de Pablo trajo consigo la indignación de Bernabé, y ambos mantuvieron una acalorada discusión, viniéndose incluso a las manos. Mas, una vez calmados los ánimos mediante mutuo perdón, Bernabé, tomó consigo a Marcos, y se embarcó con él a Chipre. Entonces Pablo eligió por compañero de su viaje al Obispo Silas, a quien nombró, por inspiración divina, Apóstol, y fue su principal colaborador, y también llevó consigo al Obispo Lucas como secretario, emprendiendo su viaje después de que la comunidad cristiana de Antioquía de Siria hubiese pedido a Dios para que les asistiese en su misión.

2. Durante su largo recorrido, Pablo fue consolidando en la Fe de Cristo las comunidades cristianas, a quienes mandaba que observasen las disposiciones del Concilio II de Jerusalén acordadas por los Apóstoles y Obispos allí reunidos, bajo la autoridad y aprobación del Papa Pedro. El Apóstol Pablo, con los que le acompañaban, tras visitar las otras comunidades de Siria, fue a Tarso de Cilicia, su ciudad natal. El 25 de enero del año 46, desde Cilicia, el Apóstol marchó a la región de Licaonia, predicando más principalmente en las ciudades de Derbe, Listra e Iconio. En Listra Pablo visitó a Timoteo, convertido al cristianismo tiempo atrás. Y por el buen testimonio que, de este joven converso, daban los fieles, Pablo decidió llevarle consigo. Pero, poco antes de partir, Pablo confirió a Timoteo el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado. Y luego le circuncidó para condescender con algunos de los cristianos de origen judío que había en aquellos lugares, y no tener problemas con los judíos no conversos, porque todos sabían que el padre de Timoteo era gentil. La conducta de Pablo circuncidando a Timoteo es absolutamente reprochable; ya que, con su proceder, escandalizó, poniendo en peligro la Fe de Cristo, al ir en contra del espíritu de las disposiciones del Segundo Concilio de Jerusalén que él tanto mandaba observar.

3. El 16 de mayo del año 46, Pablo, acompañado de Silas, Lucas y Timoteo, salió de Listra, y se dirigió hacia el norte de Asia Menor, atravesando parte de los territorios de Frigia y Galacia, en los cuales realizó un gran apostolado. Y, aunque su intención era la de entrar luego en la región de Asia, le fue prohibido, por revelación, que predicase aquí el Evangelio; pues, estaba en el plan divino que esta última región fuera ahora visitada por Pedro en su viaje antes referido. Por eso, el Apóstol de los Gentiles, el 21 de noviembre del año 46, al no poder ir a Asia, decidió ir a Bitinia; para lo cual, cambiando su ruta hacia el norte, con sus compañeros cruzó la parte este del territorio de Misia, junto al Mar Mármara; pero en Misia el Espíritu Santo le prohibió ir a Bitinia, porque en ésta había estado el Papa Pedro meses antes, y ya tenía organizado aquel territorio de Asia Menor. Pablo, pues, se quedó en Misia predicando la palabra de Dios, hasta que llegó a Tróade, cerca de la antigua Troya. En Tróade, Pablo, por la noche, vio en visión que un varón de Macedonia, poniéndose delante, le suplicaba diciendo: «*Ven a Macedonia, y ayúdanos*». Este varón era el ángel custodio de dicha región, que se le apareció en sueños a Pablo para manifestarle que debería ir allí a evangelizar. Después que tuvo la visión, Pablo y los demás se dispusieron a marchar a Macedonia, con la certeza de que Dios les había llamado para que allí predicasen el Evangelio a aquellas gentes. Para ir a Macedonia, el Apóstol Pablo y sus acompañantes, se embarcaron, el 17 de junio del año 47, en el puerto de Tróade hasta la isla de Samotracia; y desde aquí, llegaron por mar a Macedonia; y, luego, desembarcando en Neápolis, hoy ciudad griega llamada Kavalla, continuaron viaje por tierra a Filipo, colonia romana y ciudad principal de aquella región de Macedonia.

4. En esta ciudad de Filipo se detuvieron algún tiempo predicando el Evangelio, especialmente a los gentiles. Mas, el primer sábado, con el fin de predicar también a los judíos, Pablo y sus compañeros salieron fuera de la puerta de la ciudad, junto al río, en donde se reunían los judíos para la oración, ya que en la ciudad de Filipo no

había sinagoga; y habiéndose sentado allí, Pablo predicó el Evangelio a las mujeres que habían concurrido a orar. Entre éstas, había una mujer llamada Lidia, de la ciudad de Tiatira, dedicada al comercio de paños de púrpura, que aunque gentil de origen era judía de fe y muy temerosa de Dios. Cuando Lidia escuchaba con rectitud las palabras de Pablo, el Señor la iluminó para que aceptase en su corazón la Fe evangélica. Habiendo sido bautizados ese mismo día ella y su familia, Lidia dijo a Pablo y a los tres que con él iban: *«Si es que verdaderamente me tenéis por fiel del Señor Jesús, venid y hospedaos en mi casa»*. Y tanto lo rogó, que ellos accedieron.

5. Al sábado siguiente, cuando Pablo y los demás iban al lugar en que se reunían los judíos para orar, con el fin de predicarles, les salió al encuentro una joven posesa y adivina por arte de Satanás, la cual procuraba a sus amos grandes ganancias con sus artes diabólicas. El demonio, intuyendo astutamente que Pablo le arrojaría de la muchacha, trató de adularle para que no lo hiciera, y así seguir haciendo el mal a través de ella. Para ello impulsó a la joven que fuera tras Pablo y sus compañeros, mientras el maligno gritaba por boca de ella: *«Estos hombres son siervos del Dios Excelso, que anuncian el camino de la salvación»*; lo cual continuó haciendo durante varios días. Al fin, Pablo, no pudiendo ya sufrirlo, vuelto hacia ella, dijo al espíritu inmundo: *«Yo te mando en nombre de Jesucristo que salgas de esta muchacha»*; y en ese momento salió. Con motivo de este milagro, la joven se convirtió a la Fe de Cristo, y fue bautizada por el Apóstol Pablo. Mas, cuando vieron sus amos que ya no recibirían más ganancias a través de los ardides adivinadores de la joven, prendieron a Pablo y a Silas, les llevaron al juzgado ante los jefes de la ciudad; y presentándoles a los magistrados romanos, dijeron: *«Estos hombres son judíos, y alborotan nuestra ciudad predicando ritos y costumbres que no nos es lícito guardar, siendo como somos romanos»*. De dichos amos, se valió Satanás para mover una violenta persecución contra Pablo y los demás, a fin de que no se predicase el Evangelio. Instigada por los amos de la joven exposesa, una gran muchedumbre acudió en tropel contra Pablo y Silas; y los magistrados mandaron que les rasgaran las túnicas y les azotaran con varas. Después de haberles dado muchos azotes, les metieron en la cárcel, e intimaron al carcelero para que les guardase con cuidado. El carcelero, al recibir los dos presos, les metió solos en un calabozo, y les sujetó bien los pies en el cepo. Mas, a medianoche, cuando Pablo y Silas, puestos en oración alababan a Dios, y los demás presos les oían, se produjo de repente un terremoto tan grande que se conmovieron los cimientos de la cárcel; y, al instante, se abrieron todas las puertas del calabozo, y se soltaron los grillos que amarraban los pies de Pablo y Silas al cepo. Los demás presos, que se hallaban en las otras celdas, no se percataron del prodigioso suceso, ya que Dios les sometió a un profundo sueño. Despertado el carcelero a causa del terremoto, vio que estaban abiertas las puertas de la cárcel; por lo que, lleno de pavor, desenvainó su espada con intención de darse muerte, al creer que se hubiesen escapado los presos. Pero, Pablo clamó en alta voz diciendo: *«No te hagas ningún mal, porque todos estamos aquí»*. Entonces, el carcelero, movido por la Gracia, comprendió en su interior que aquel terremoto y sus prodigiosas consecuencias, se habían producido en virtud del infinito poder del Señor Jesús que Pablo y sus compañeros proclamaban por la ciudad; por lo que, tomando una luz, entró dentro del calabozo, y se arrojó tembloroso a los pies de Pablo y de Silas. Luego, sacándoles fuera, les dijo: *«Señores, ¿qué debo yo hacer para salvarme?»* Y Pablo le dijo: *«Cree en el Señor Jesús, y os salvaréis tú y tu familia»*. El carcelero, en aquella misma hora de la noche, llevando consigo a Pablo y a Silas, les introdujo en el aposento de su casa, que estaba en el mismo edificio de la cárcel, y les lavó las llagas. Pablo, tras enseñar la doctrina evangélica a él y a los de su casa, les bautizó a todos después. Seguidamente, el carcelero, conduciendo a Pablo y a Silas a su habitación, les sirvió la cena, regocijándose toda la familia por haber creído en el Señor Jesús. El Apóstol Pablo, inspirado por Dios, vio muy conveniente esa misma noche, volver con Silas al calabozo, con el fin de evitar el grave daño que pudieran causar los magistrados al carcelero; pues, además, el Apóstol confiaba que el Señor Jesús les alcanzaría la libertad. Mientras que ambos estaban en la cárcel, la joven conversa exposesa, en unión de otros conversos, acudió ante los magistrados de la ciudad para deshacer las falsas acusaciones que sus amos habían levantado contra Pablo y sus compañeros, y para decir, también, a los magistrados, que el gran terremoto que había conmovido la cárcel y otros edificios de la ciudad, sobrevino a causa de la injusticia que habían cometido contra aquellos inocentes hombres. Dicho testimonio a favor de Pablo y de sus compañeros, y las señales evidentes de la curación milagrosa de la joven, hicieron cambiar de parecer a dichos magistrados. Por lo que, cuando fue de día, estos enviaron alguaciles para que dijese al carcelero: *«Deja ir libres a esos hombres»*. El carcelero dio aviso de ello a Pablo diciendo: *«Los magistrados han dado orden para que se os ponga en libertad. Por tanto, salid ya de la cárcel y marchad en paz»*. Pero, Pablo dijo a los alguaciles: *«¿Cómo? ¿Después de habernos azotado públicamente sin ser juzgados, y de habernos metido en la cárcel, siendo ciudadanos romanos, pretenden ahora liberarnos en secreto? ¡No será así! Que vengan y nos saquen ellos mismos»*. Los alguaciles refirieron a los magistrados esta respuesta; los cuales, al oír que Pablo y Silas eran romanos, se llenaron de temor; por lo que, yendo a la cárcel, pidieron perdón a Pablo y Silas; y luego, sacándoles de la cárcel, les rogaban que saliesen de la ciudad. Una vez fuera de la cárcel, Pablo y Silas entraron a la casa de Lidia, en donde estaban Lucas y Timoteo, a quienes consolaron, partiendo luego Pablo con los otros tres.

Capítulo XVII

Apostolado de Pablo en Tesalónica. Apostolado de Pablo en Atenas. Conversión de Dionisio el Areopagita

1. Tras ser liberados Pablo y Silas de la cárcel en Filipo, ambos salieron con Lucas y Timoteo de dicha ciudad el 20 de mayo del año 48; y, pasando primero por las ciudades de Anfípolis y Apolonia, llegaron a la ciudad griega de Tesalónica, residiendo en casa de Jasón, discípulo de Cristo, que regía como Obispo la diócesis de esta ciudad.

2. En Tesalónica había una sinagoga en donde Pablo entró por tres sábados consecutivos para predicar el Evangelio a los judíos, con quienes el Apóstol discutió sobre las Escrituras, demostrándoles y haciéndoles ver, mediante ellas, que había sido necesario que el Mesías padeciese y resucitase entre los muertos, y que este Mesías era Jesucristo, a Quien él anunciaba. Algunos de ellos, así como una gran multitud de griegos prosélitos del judaísmo, de gentiles y de mujeres ilustres, que se congregaban para oír el Evangelio, se convirtieron a la Fe de Cristo, uniéndose a Pablo y a Silas.

3. Pero los otros judíos que seguían obstinados, movidos por la envidia, tomaron consigo algunos hombres malvados de la plebe; y una vez reunido un buen número de ellos, instigaron a los otros moradores de la ciudad, para que hiciesen guerra a ambos Apóstoles. Y como creían que estos se hallaban en la casa del Obispo Jasón, la asediaron a fin de prenderlos allí, y luego presentarlos a los magistrados para que fueran juzgados a la vista del pueblo. Mas, no hallándoles, trajeron violentamente a Jasón y a algunos de sus discípulos, ante los magistrados de la ciudad, gritando falsamente contra Pablo y Silas: *«Ellos son los que alborotan la ciudad; los cuales, al llegar aquí, han sido acogidos en su casa por Jasón. Todos obran contra los decretos del César, diciendo que hay otro rey, el cual es Jesús»*. Al oír estas cosas, se alborotaron los magistrados y la numerosa plebe allí reunida. Pero Jasón y los que con él estaban, mediante una fianza, consiguieron que les dejaran a ellos en libertad, y también que ningún mal hicieran a Pablo y a Silas. Estos, que con Lucas y Timoteo se hallaban escondidos en la casa de uno de los fieles cristianos de Tesalónica, al tener noticia de lo ocurrido, salieron por la noche de la ciudad en dirección a Berea el 15 de octubre del año 48.

4. Cuando Pablo y Silas se hallaban en la ciudad de Berea, entraron en la sinagoga para predicar el Evangelio a los judíos. Estos, que tenían mejores disposiciones que los de Tesalónica, recibieron la palabra de Dios con sumo interés, y consultaban diariamente las Escrituras para comprobar cómo se habían cumplido los vaticinios sobre lo que Pablo les enseñaba. De manera que muchos de esos judíos se convirtieron a la Fe de Cristo; y también de los gentiles, se convirtieron gran número de mujeres honorables, y no pocos hombres.

5. El fecundo apostolado de Pablo en Berea, se vio turbado por los judíos de la cercana ciudad de Tesalónica; pues, cuando estos supieron que también en Berea predicaba Pablo el Evangelio, acudieron a esta ciudad con el fin de alborotar y amotinar al pueblo. Entonces, los de aquella comunidad cristiana aconsejaron a Pablo que saliese de la ciudad en dirección hacia el mar; lo cual hizo el Apóstol el 21 de diciembre del año 48, acompañado de Lucas, dejando en Berea a Silas y Timoteo para que asistiesen a los fieles hasta que les mandase ir adonde él estuviera. Algunos de los fieles de aquella comunidad, acompañaron a Pablo y a Lucas hasta la ciudad de Atenas; y luego retornaron a Berea con el encargo de decir a Silas y Timoteo que fuesen cuanto antes adonde estaba Pablo, después de que visitaran a los fieles de Tesalónica.

6. Mientras que Pablo los esperaba en Atenas, se consumía interiormente su espíritu por la salvación de las almas, viendo aquella ciudad totalmente entregada a la idolatría. Pablo, movido de santo celo por la causa de Cristo, llevó a cabo un gran apostolado en la ciudad de Atenas; pues, los sábados, a los judíos y a los prosélitos judíos, les anunciaba en las sinagogas el Evangelio y disputaba con ellos; y todos los días en la plaza predicaba a los gentiles. También varios de los filósofos epicúreos y estoicos disputaban con Pablo, diciendo algunos: *«¿Qué es lo que propaga este charlatán?»* Y como el Apóstol les hablaba de Jesús y de la Resurrección de los muertos, otros decían: *«Éste parece que es predicador de dioses extranjeros»*. Y algunos de esos filósofos paganos, invitaron a Pablo para que predicase en la tribuna del Areópago, desde donde solían dirigir la palabra los miembros del Senado y otros personajes ilustres. El día 6 de enero del año 49, el Apóstol Pablo subió a la tribuna del Areópago para predicar. Antes de comenzar, le dijeron algunos: *«¿Podremos saber ya de una vez qué doctrina nueva es esta que predicas? Porque te hemos oído decir cosas que nunca habíamos oído; y por eso deseamos saber qué quieres decir con todas esas cosas»*. Entonces, Pablo, puesto en pie en medio del Areópago, dijo: *«Ciudadanos atenienses: Veo que sois sobremanera minuciosos en cuestiones religiosas; porque, al pasar, mirando yo las estatuas de vuestros dioses, he visto también un altar con esta inscripción: 'Al Dios Desconocido'. Pues, ese Dios que vosotros adoráis sin conocerle, es el que yo os anuncio, el Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él; el Dios Señor del Cielo y de la Tierra, infinitamente inmenso y omnipotente, que nada necesita de los hombres, pues es El que está dando a cada uno la vida, el aliento y el que conserva todas las cosas. El Dios que creó a la primera pareja de hombre y mujer, de la cual procede todo el linaje humano que habita la gran extensión de la Tierra. El que fijó las estaciones de los tiempos y los límites del universo. El que está reflejado en todas las criaturas, las cuales dan prueba de la existencia de su Creador; por lo que, a través de ellas, se puede llegar al conocimiento de su existencia. Este Dios Eterno y Verdadero no está lejos de cada uno de nosotros, pues por Él vivimos y nos movemos y existimos. Ya en el mismo orden natural, somos linaje de Dios Creador, en cuanto que de Él procedemos. Y si nosotros, por el hecho de ser criaturas humanas, somos ya linaje de Dios, no debemos pensar que la Divinidad sea semejante al oro, o a la plata, o a la piedra, labrada por arte o industria de hombre. Y como Dios quiere que los hombres que ignoran la verdadera doctrina salgan del error en que viven, se conviertan a la verdadera Fe y se salven, por eso yo os anuncio el Evangelio de la salvación para que os convirtáis a la Fe de Nuestro Señor Jesucristo, el Mesías Enviado por el Dios Eterno y Verdadero, y hagáis penitencia por vuestros pecados; pues, en el plan divino está determinado el día en que ese Señor Jesús ha de juzgar a todos con rectitud; ya que ha dado prueba de ser el mismo Dios, al haber resucitado entre los muertos en virtud de su propio poder»*. Y cuando oyeron mentar la resurrección de los muertos, algunos se burlaron de Pablo y otros se interesaron por el tema, diciendo: *«Esperamos volver a oírte otra vez sobre este asunto»*. Pablo, pues, en su predicación en el Areópago condenó la idolatría, tan arraigada y profusa en Atenas, y exhortó a todos para que aceptasen la verdad evangélica y se arrepintieran de sus errores.

7. Terminada su predicación, Pablo salió de en medio de aquellas gentes, y algunos creyeron y se unieron a él; entre los cuales estaba Dionisio el Areopagita, y una mujer por nombre Damaris, y otros con ellos. Dionisio el Areopagita, Damaris y todos los demás conversos, fueron bautizados por el Apóstol Pablo ese mismo día 6 de enero del año 49. Antes de salir Pablo de Atenas, confirió el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado a Dionisio el Areopagita y dejó a su cargo la comunidad cristiana allí naciente. Dionisio acompañaría más tarde a Pablo en muchos de sus viajes. Años más tarde, el Papa Clemente I envió a Dionisio como primer Obispo a París, Francia, en donde ya muy anciano sufrió el martirio por Cristo.

8. Pablo, con santa astucia, solía aprovechar cualquier circunstancia sana para propagar la verdad, como fue el caso del altar «*al Dios desconocido*», erigido por los paganos en uno de los templos de Atenas, y que el Apóstol sagazmente tomó como si lo hubiesen erigido al verdadero Dios, al ser Éste el desconocido para aquel auditorio que le estaba escuchando.

Capítulo XVIII

Apostolado de Pablo en Corinto

1. El 23 de marzo del año 49, Pablo, acompañado de Lucas y otros, salió de Atenas en dirección a Corinto, adonde llegó dos días después, es decir el 25 del mismo mes, hospedándose en casa del matrimonio cristiano Aquila y Priscila, de origen judío, venidos recientemente de Roma, después del decreto de expulsión de los judíos por el emperador Claudio. Durante la estancia de Pablo en casa de este matrimonio, les ayudó a ellos en el oficio de tejedor de tiendas; de manera que el Apóstol supo alternar ese trabajo con el gran apostolado realizado, en las sinagogas de Corinto, tanto a los judíos de raza como a los griegos prosélitos del judaísmo, con grandes frutos de conversión.

2. El 15 de abril del año 49, Silas y Timoteo, que habían quedado en la ciudad macedónica de Berea, fueron a Corinto para reunirse de nuevo con Pablo y Lucas. Con la llegada de Silas y Timoteo, la misión evangelizadora del Apóstol fue mucho más intensa, al contar con la colaboración de estos dos. Pablo, con ardor, en sus predicaciones en las sinagogas de la ciudad, daba testimonio a los judíos de que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios. Y como esto contradijese a no pocos judíos duros de corazón, un día en que Pablo se hallaba en una de las sinagogas, fue tal la oposición de ellos, que prorrumpieron en blasfemias contra las enseñanzas de Pablo. Mas éste, sacudiendo sus vestidos, les dijo: «*Recaiga la Sangre de Cristo sobre vuestras cabezas manchadas por vuestra sangre deicida*»; con lo cual recriminaba en aquellos perversos judíos su inflexible persistencia como deicidas, mientras no aceptaran a Jesucristo, al que habían matado. Y al replicar ellos a Pablo que, como judío que era, caían también sobre su cabeza las mismas acusaciones que les hacía, el Apóstol les dijo: «*Yo ya estoy limpio. Y desde ahora me dedicaré más especialmente a los gentiles de Corinto*»; y, acto seguido, Pablo abandonó la sinagoga. Si bien es verdad que, tiempo atrás, Pablo había pertenecido también al Pueblo deicida, después, al convertirse al cristianismo y pasar a formar parte del Pueblo de Dios mediante el Bautismo, quedó limpio de la infame condición deicida; por lo que ya su sangre estaba purificada por la Sangre de Cristo, mientras que la sangre de ellos, al ser maldita, reclamaba sobre sus mismas cabezas la deífica Sangre salvífica para su mayor condenación, mientras no se convirtiesen.

3. Cuando salió Pablo de la sinagoga, entró en casa de un prosélito judío llamado Tito el Justo, que era temeroso de Dios, cuya casa estaba al lado de la sinagoga. A la sazón, se hallaba con él uno de los príncipes de la sinagoga, llamado Crispo, con su familia. Todos, al escuchar las palabras del Apóstol, se convirtieron a la Fe evangélica, siendo bautizados ese mismo día. Tras el anterior altercado con los judíos en la sinagoga, Pablo se dedicó casi exclusivamente a predicar a los gentiles de Corinto, sin volver a entrar en ninguna de las sinagogas de la ciudad. Y muchos de los corintios gentiles, oyendo a Pablo, creían y eran bautizados. Entre estos estaban Cayo y la familia Estéfanos.

4. Las numerosas conversiones logradas por Pablo en su intenso apostolado en Corinto, exasperaron de tal manera a los pérfidos judíos de la ciudad, que tramaron contra el Apóstol toda serie de afrentas y persecuciones, hasta el punto que Pablo decidió marcharse de la ciudad. Mas, el 25 de abril del año 49, cuando estaba ya dispuesto a dejar Corinto por temor a los judíos, se le apareció Nuestro Señor Jesucristo en sueños, y le dijo: «*Pablo, no temas, sino habla, y no calles, porque hay mucha gente que evangelizar en esta ciudad. Yo estoy contigo, y nadie se atreverá a hacerte daño*». Cristo, pues, mandó a Pablo predicase sin miedo al pueblo gentil de Corinto, pues muchos le escucharían y se convertirían. Y Pablo se detuvo allí un año y seis meses enseñando la palabra de Dios.

5. El Apóstol Pablo, tras la visión del Señor, se lanzó aún con más ardor a predicar el Evangelio a los gentiles. Mas, los judíos, no pudiendo soportar la fecunda labor del Apóstol, tramaron una conjuración contra él; pues, siendo Galión Procónsul romano de aquella región de Acaya, aprovechando la ocasión de que éste se hallaba en Corinto, los judíos, de mutuo acuerdo, se lanzaron contra Pablo, le prendieron y le llevaron al tribunal del Procónsul romano, diciendo contra el Apóstol: «*Éste persuade a la gente que dé a Dios un culto contrario a la Ley de Moisés*». Y cuando Pablo iba a hablar en su defensa, dijo Galión a los judíos: «*Si se tratase verdaderamente de alguna injusticia o de algún enorme crimen, suficiente razón tendríais, ¡oh judíos!, para que yo os escuchase; mas, tratándose de cuestiones de doctrina, de nombres y de cosas de vuestra ley, allá vosotros lo arregléis, que yo no quiero ser juez en tales cosas*». Y mandó a todos que saliesen inmediatamente del tribunal. Mas, era tal la insidia de los judíos contra Pablo, que el príncipe de la sinagoga, llamado Sóstenes, se negó a marcharse, por lo que tuvo que ser golpeado por los guardas del tribunal, ya que insistía que se juzgase a Pablo, sin que Galión hiciese caso de ello. Este procónsul romano, llamado antes Marco Anneo Novato, era hermano

de Lucio Anneo Séneca, el filósofo, y ambos hijos de Marco Anneo Séneca, el retórico, los tres nacidos en Córdoba, España. El que tomara el nombre de Galión, le vino al ser adoptado como hijo por Julio Galión, gran amigo de su padre, una vez muerto éste.

Capítulo XIX

Apostolado de Pablo en Éfeso. Estancia de Pablo en Jerusalén en compañía de la Divina María.

Nuevo apostolado de Pablo en Antioquía de Siria, en Galacia y Frigia

1. Tras esta última persecución, Pablo permaneció en Corinto hasta el 25 de octubre del año 50, fecha en que se despidió de aquella comunidad cristiana para luego embarcarse en el puerto corintio de Céncreas, en compañía de Silas, Timoteo, Lucas y algunos más, entre los que se encontraban el matrimonio Aquila y Priscila. Mas, antes de que se embarcaran, Aquila, que tenía su cabello largo por haber hecho voto de Nazareato, se lo cortó por mandato de Pablo, cesando así con todas las obligaciones de este voto. Desde Céncreas, Pablo y los que iban con él se dirigieron al puerto de Éfeso. Y después de una travesía por mar de seis días, llegaron a esta ciudad el 31 de octubre del mismo año.

2. Cuando se hallaban en Éfeso, Pablo entró en la sinagoga de la ciudad para predicar el Evangelio a los judíos, escudriñando también con ellos sobre lo vaticinado en las Escrituras acerca del Salvador prometido, el Mesías que el Apóstol anunciaba en sus sermones. Algunos de los judíos se convirtieron a la Fe de Cristo; y otros muchos, rogaron a Pablo que se quedase más tiempo con ellos; y aunque éste no accedió a sus deseos, ya que tenía que ir a predicar a otras partes, les prometió que volvería de nuevo si era voluntad de Dios. Pablo realizó también en Éfeso un gran apostolado entre las nutridas comunidades cristianas; así como entre los gentiles de dicha ciudad y sus alrededores, con grandes frutos de conversiones.

3. El día 30 de marzo del año 51, dejando al matrimonio Aquila y Priscila en la ciudad de Éfeso, salió Pablo con Silas, Timoteo y Lucas, para Cesarea Marítima, desembarcando en esa ciudad el 15 de abril de aquel año 51. Tras breve visita a las comunidades cristianas de Cesarea Marítima, Pablo y los tres que le acompañaban se dirigieron a Jerusalén; y tras cinco días de viaje, llegaron a dicha ciudad el día 20 del mismo mes y año. El motivo principal de que Pablo desease pasar por Jerusalén, fue para visitar a la Santísima Virgen María que, como sabemos, se hallaba aquí con sus dos hermanas, María Cleofás y María Salomé, y el Apóstol Juan; y también, para tratar algunos asuntos con Santiago el Menor, así como venerar los sagrados lugares santificados por la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo. Durante los quince días que Pablo vivió en Jerusalén, se vio muy confortado por los sabios consejos de la Madre Celestial, que le mandó siguiese su apostolado. Por eso, el 5 de mayo del año 51, dejando a Silas en Jerusalén, Pablo partió con Timoteo y Lucas para Antioquía de Siria; viaje que hizo visitando las comunidades cristianas que había en el camino. Pablo llegó a Antioquía de Siria el 7 de junio del mismo año 51, y permaneció aquí hasta el 8 de agosto; fecha en que, acompañado de Lucas, Timoteo, y también de Tito, que se hallaba en Antioquía, así como de otros, salió para visitar las regiones de Galacia y Frigia, realizando un gran apostolado entre las comunidades cristianas, que quedaron muy fortalecidas con la visita del Apóstol. Este Tito fue el convertido por Pablo en Antioquía de Pisidia, y el que le acompañó al Concilio II de Jerusalén; por lo que nada tiene que ver con Tito el Justo, convertido por Pablo en Corinto.

Capítulo XX

El judío Apolo recibe el bautismo. Apostolado de Apolo en Éfeso y en Corinto

Mientras Pablo realizaba su viaje apostólico por las regiones de Galacia y Frigia, llegó a la ciudad de Éfeso un judío llamado Apolo, muy docto en las Sagradas Escrituras, que en los tiempos de Juan, el Precursor de Cristo, había recibido el bautismo de penitencia, viviendo después lejos de Jerusalén y enseñando en las sinagogas lo que él conocía sobre Jesús el Mesías. Y, como en Éfeso estaba el matrimonio Aquila y Priscila, al enterarse estos de la buena misión de Apolo, le llevaron consigo al Obispo de aquella región, quien instruyó a Apolo más detalladamente en la doctrina evangélica, y le bautizó. Y como él quedase sumamente fortalecido por la Gracia, decidió ir al territorio de Corinto, perteneciente a la región de Acaya; siendo aquí recibido por las comunidades cristianas, y realizando un gran apostolado entre los judíos, porque con gran vehemencia les convencía públicamente, mostrándoles por las Escrituras que Jesús era el Cristo. Algún tiempo después, Pablo confirió a Apolo el Diaconado, el Presbiterado y el Episcopado.

Capítulo XXI

Nuevo apostolado de Pablo en Bitinia, Misia, Asia y Éfeso. Milagros y otros prodigiosos hechos durante la estancia de Pablo en Éfeso

1. El Apóstol Pablo, tras realizar una gran misión por las provincias de Galacia y Frigia, recorrió también las de Bitinia, Misia y Asia, llegando finalmente a Éfeso el 17 de octubre del año 52, acompañado de Lucas, Timoteo y Tito. En esta ciudad, halló a doce varones, seguidores del Precursor Juan el Bautista y amigos del recién convertido Apolo que se hallaba en Corinto. Y como los doce varones dijese a Pablo que habían aceptado la fe en Nuestro Señor Jesucristo, él les preguntó: «¿Habéis recibido al Espíritu Santo después de haber aceptado la fe?» Y ellos le respondieron: «No sabemos si lo hemos recibido». Y Pablo les dijo: «Pues ¿con qué bautismo fuisteis bautizados?» Y ellos dijeron: «Con el bautismo de Juan». Y dijo Pablo: «Juan bautizó al pueblo con el bautismo de penitencia diciendo que creyesen en aquel que había de venir después de él, esto es, en Jesús; y este bautismo no daba el Espíritu Santo». Oídas estas cosas, aquellos varones pidieron a Pablo que les administrara el Sacramento del Bautismo instituido por Cristo. Pablo les adoctrinó en las verdades de la Fe evangélica y luego

los bautizó; y seguidamente les administró el Sacramento de la Confirmación. Y sucedió que, al administrarles este Sacramento, descendió sobre ellos el Espíritu Santo de forma visible, y hablaban varias lenguas y profetizaban.

2. El Apóstol Pablo, durante tres meses que permaneció en Éfeso, entró en las sinagogas, predicó valientemente el Evangelio a los judíos, disputó con ellos sobre lo vaticinado en las Sagradas Escrituras acerca de Jesús y convenció a muchos de que el Reino de Dios había llegado. Mas, como algunos de ellos, por la dureza de sus corazones, no creyesen, sino que, además, blasfemaban de la doctrina del Señor delante de los oyentes, Pablo, desde entonces, dejó de predicar, tanto en las sinagogas como en las plazas públicas de Éfeso, al ver que no pocos judíos entorpecían su labor; la cual llevó a cabo adoctrinando privadamente, a aquellos judíos y gentiles que oían sus enseñanzas con respeto e interés, en la escuela de un cierto personaje llamado Tirano, recién convertido al cristianismo, en cuyo local no se dejaba entrar a los alborotadores. La labor docente del Apóstol, durante dos años, en dicha escuela de Éfeso, se hizo tan prestigiosa, que fue frecuentada por muchos de la provincia de Asia que venían a la ciudad, tanto judíos como gentiles, aunque más principalmente por estos últimos, dadas las grandes peregrinaciones paganas que hacían al templo de Diana; ya que, por entonces, dicho templo, derrumbado años atrás con la visita de la Santísima Virgen María, tras su marcha de Éfeso había sido edificado de nuevo, restableciéndose el culto idolátrico.

3. Obraba Dios, por medio de Pablo, grandes señales y milagros, de suerte que hasta las fajas, pañuelos y delantales que habían tocado su cuerpo, se aplicaban a los enfermos, y estos quedaban sanos de sus enfermedades, e incluso expulsaban los espíritus malignos de los posesos. Y sucedió que, observando los prodigios que hacía Pablo en el Nombre de Jesucristo, siete exorcistas, hijos de un judío príncipe de los sacerdotes llamado Esceva, que iban de una parte a otra, entrando en la casa de un poseso, osaron invocar el Nombre del Señor Jesús sobre los espíritus malignos que estaban dentro de su cuerpo, diciendo: *«Os conjuramos por Jesús, a Quien Pablo predica, que salgáis de ese cuerpo»*. Mas uno de esos espíritus malignos, en nombre de los demás, respondió diciendo: *«Conozco a Jesús, y sé quien es Pablo: ¿Mas vosotros quiénes sois y cuál es vuestro poder para conjurarnos en el Nombre de Jesús como lo hace Pablo?»* Y entonces el poseso, saltando sobre los siete exorcistas se apoderó de dos de ellos, y les maltrató de tal suerte que les hizo huir de aquella casa desnudos y heridos. La predicación de Pablo, los milagros que Dios hacía a través de él y el extraño suceso de los presuntuosos exorcistas judíos maltratados por el poseso, causaron gran temor a los judíos y gentiles, con grandes frutos de conversiones, siendo ensalzado el Nombre del Señor Jesús. Muchos de los nuevos cristianos convertidos por Pablo en Éfeso traían sus libros de artes mágicas para quemarlos en presencia del Apóstol; y otros también confesaban y denunciaban todo lo malo que habían hecho. De este modo se robustecía y consolidaba la Palabra de Dios. Para ayudar a Pablo en el gran apostolado, vinieron desde Macedonia a Éfeso los discípulos Aristarco y Cayo, ya que estos tuvieron noticia de la estancia del Apóstol en esta ciudad.

Capítulo XXII

Pablo, movido por el Espíritu Santo, resuelve ir a Jerusalén y después a Roma. Apostolado de Pablo en distintos lugares de la provincia de Asia. Pablo retorna a Éfeso para emprender desde este puerto su viaje proyectado. Motín en Éfeso contra Pablo

1. Cuando Pablo había conseguido en Éfeso grandes frutos con su apostolado, el Espíritu Santo le mandó ir a Jerusalén atravesando primero Macedonia y Acaya; y luego, desde Jerusalén, ir a Roma; y así decía él a sus discípulos: *«Después que esté en Jerusalén, es necesario que yo vaya a Roma»*. Antes de emprender el viaje apostólico, Pablo mandó para Macedonia a los discípulos Timoteo y Erasto a fin de que fuesen preparando su visita, siguiendo él por un tiempo predicando por algunos lugares de la provincia de Asia, lo cual hizo acompañado de Lucas, Aristarco y Cayo. Aristarco, era ahora Obispo de Tesalónica, y Cayo su Presbítero ayudante; ambos estaban destinados en Macedonia, pero no eran nativos de dicha región.

2. El Apóstol Pablo, tras su apostolado por otros lugares de la provincia de Asia, retornó a Éfeso con Lucas, Aristarco y Cayo, para realizar el viaje proyectado.

3. Cuando se hallaba Pablo nuevamente en Éfeso, sobrevino un gran alboroto a causa de la doctrina que había enseñado. Fue éste uno de los más duros combates contra el Apóstol y sus compañeros. El promotor de todo ello, fue un orfebre llamado Demetrio que hacía minúsculas reproducciones del templo de Diana y las vendía como amuletos, con no pocas ganancias. Dado que el mes de mayo era dedicado a las grandes solemnidades del culto a la ídola, como viese Demetrio que, a pesar de la afluencia de peregrinos a Éfeso con motivo de estas fiestas paganas, su negocio mermaba por el intenso apostolado que realizaba Pablo contra la idolatría, el 17 de mayo del año 55, Demetrio convocó a otros que trabajaban en semejantes obras, y les dijo: *«Varones, bien sabéis la ganancia que nos resulta de nuestro oficio. Y estáis viendo y oyendo cómo ese Pablo, no sólo en Éfeso, sino también en casi toda Asia, con sus predicaciones ha hecho mudar de creencia a muchas gentes diciendo: 'Que no son dioses los que se hacen con las manos'; por lo cual, no sólo nuestra profesión corre peligro de ser desacreditada, sino, lo que es peor, el templo de la gran Diana perderá toda su buena reputación, y la majestad de la diosa, a quien toda Asia y el mundo entero adoran, caerá por tierra»*.

4. Ese mismo día, cuando el pueblo oyó esto, muchos se enfurecieron y se levantaron contra Pablo, e incluso contra los mismos judíos opuestos a la idolatría, diciendo: *«Grande es Diana de los efesios»*. Toda la ciudad se llenó de confusión; y fue de tal magnitud el alboroto de los paganos, que prendieron a Aristarco y Cayo, compañeros de Pablo, y les condujeron precipitadamente al teatro, a fin de que fueran juzgados públicamente, si bien su saña principal iba contra Pablo. Cuando éste tuvo conocimiento de lo acaecido con sus dos compañeros, quiso salir de su casa para presentarse en medio del pueblo, para tratar de sosegarlo, mas no le dejaron los

discípulos por temor de que hiciesen lo mismo con él. Algunos de los asiarcas o altos dignatarios romanos en Éfeso, que eran amigos de Pablo, le mandaron recado de que no se presentase en el teatro. El alboroto fue creciendo más y más; de manera que era tal la confusión, que unos gritaban una cosa y otros otra, y muchos no sabían ni por qué se habían reunido. Los judíos, temiendo por ellos mismos, impelieron a Alejandro, príncipe de la sinagoga, para que convenciese a la muchedumbre idólatra de que Pablo era el culpable de todo, y que, por tanto, los judíos, además de no haber perjudicado en nada el culto a Diana, repudiaban mucho a Pablo y a los demás cristianos. Alejandro, delante de la multitud enfurecida, hacía señas con la mano de que quería hablar a todos. Mas, cuando ellos supieron que Alejandro era judío, obcecados por su fanatismo idolátrico, no le dejaron ni hablar, ya que todos a una estuvieron gritando por espacio de casi dos horas: «*Grande es Diana de los efesios*».

5. El motín de Éfeso dio fin gracias a la intervención de la primera autoridad civil romana de la ciudad; la cual se presentó en el teatro con una cohorte de soldados romanos y dio orden a algunos de estos para que se llevasen a Aristarco y Cayo, por el peligro que corrían de ser matados por las turbas. Seguidamente, dicha autoridad romana, con suma sagacidad, apaciguó a la muchedumbre idólatra, exaltando la grandeza de Diana con estas palabras: «*Varones de Éfeso, ¿quién hay entre vosotros que no sepa que la ciudad de Éfeso está dedicada al culto de la gran Diana, hija de Júpiter? Siendo esto tan cierto que nadie lo puede contradecir, es preciso que os soseguéis y que no procedáis inconsideradamente*». Y luego, abogando a favor de los apresados Aristarco y Cayo, dijo también: «*Esos hombres que habéis traído aquí, ni son sacrílegos ni blasfemos contra vuestra diosa*»; y esto lo dijo porque ambos, con sus predicaciones, aunque combatían la idolatría, procuraban no mencionar a Diana. Y finalmente, dijo que, si Demetrio y los artífices que le acompañaban, causantes del tumulto, tenían que reclamar algo legítimamente contra otro, acudiesen a los tribunales y a los procónsules, para presentar sus acusaciones y demandas pacíficamente; pero que jamás recurriesen al alboroto público, ya que podrían ser acusados de sediciosos ante el emperador romano, sin que pudieran alegar causa alguna razonable para justificar el motín. Con estas y otras razones, cesó el tumulto y se dispersó la muchedumbre.

Capítulo XXIII

Apostolado de Pablo en Macedonia, Yugoslavia, Albania, Acaya y Tróade. Pablo resucita a Eutico.

Apostolado en Mileto y conmovedora predicación de despedida

1. El día 17 de mayo de aquel año 55, después que cesó el alboroto, Pablo, llamando a los discípulos más responsables de aquella comunidad cristiana de Éfeso, les exhortó a que se mantuviesen firmes en la Fe; y tras despedirse, partió para Macedonia, acompañado de Lucas, Aristarco y Cayo, cuya región recorrió predicando el Evangelio. Después, acompañado también de Timoteo, Segundo, Sópatro, Tíquico y Trófimo, anunció el Evangelio en gran parte de Yugoslavia y Albania, con grandes frutos de conversiones. Luego Pablo fue con los ocho discípulos a la región de Acaya, en donde llevó a cabo un gran apostolado durante tres meses. Cuando estaba para embarcarse en el puerto corintio de Céncreas para ir al de Seleucia de Siria, tuvo que desistir del viaje debido a que los judíos ponían asechanzas para matarle; por lo que volvió a Macedonia con los ocho discípulos que le acompañaban. Una vez llegados aquí, Pablo, acompañado de Lucas, quedó en esta provincia para predicar el Evangelio y consolidar las comunidades cristianas; y a los otros siete les envió a la ciudad de Tróade, de la provincia de Misia, para estar allí hasta que llegase él con Lucas.

2. Una vez que Pablo terminó su apostolado en la provincia de Macedonia, se dirigió al puerto macedónico de Filipo, visitó en la ciudad la comunidad cristiana que él antes había formado, y el día 13 de abril del año 57 se embarcó con Lucas rumbo a la ciudad turca de Tróade, a la que llegó el 18 de abril. En dicha ciudad esperaban a Pablo los otros siete compañeros que habían ido antes, y en ella se detuvo siete días. El Domingo 25 de abril del año 57, hallándose Pablo en Tróade, se congregaron muchos fieles cristianos para participar de la Santa Misa celebrada por el Apóstol, y oír su predicación. Pablo, que había de marchar al día siguiente, alargó su predicación hasta la medianoche. En aquella sala o cenáculo donde estaban congregados todos, había buena iluminación. Y sucedió que, mientras proseguía Pablo su largo discurso, a un joven llamado Eutico, que estaba sentado en una ventana, le sobrevino un sueño muy profundo; y vencido al fin por él, cayó desde el tercer piso abajo, en donde le hallaron muerto. Pero, habiendo bajado Pablo, dijo: «*No os turbéis, que su alma está en él*»; y luego, inclinándose sobre el joven, le tomó de los hombros y le levantó vivo. Resucitado el joven, Pablo subió con él al piso en que se hallaban los demás y se lo presentó a todos, con lo cual se consolaron en extremo. La resurrección había tenido lugar dentro del Domingo 25 de abril. Pasada la medianoche, el Apóstol celebró la Santa Misa correspondiente ya al lunes 26 de abril; y después de haber comido algo y platicado todavía con ellos hasta el amanecer, partió de la casa con sus ocho discípulos al puerto de Asson, que estaba muy cerca de la ciudad de Tróade.

3. El mismo lunes 26 de abril, Pablo y sus ocho compañeros se embarcaron en el puerto de Asson rumbo a la ciudad de Mitilene, de la isla de Lesbos, llegando el 27 de abril. Al día siguiente, 28 de abril, Pablo y los suyos, salieron en barco más hacia el sur costeano la isla de Chio, hoy Quíos, llegando a la de Samos el 29 de abril, desde donde cruzaron a Mileto, provincia de Caria, adonde llegaron el día 30 del mismo mes del año 57. La razón de que Pablo apresurara el viaje fue porque había determinado no parar en Éfeso ni detenerse en ningún otro lugar de aquella región llamada Asia, pues deseaba estar en Jerusalén el día del pentecostés judío para dar valiente testimonio de Cristo en medio de la multitud de judíos que se congregaba en el templo de Jerusalén con motivo de dicha festividad mosaica; por lo que, de haber entrado Pablo en Éfeso, el retraso hubiese sido mayor, por los numerosos cristianos que requerían su presencia allí; amén del riesgo de apresamiento por parte de los paganos, de los cuales tuvo que huir durante su anterior estancia. Todo eso hubiera posiblemente impedido que él estuviese

en Jerusalén para el día previsto. Mas, Pablo, deseando entrevistarse con los Obispos y Presbíteros que regentaban las comunidades de Éfeso, les envió unos mensajeros desde Mileto para decirles que viniesen adonde él estaba.

4. El día 2 de mayo del año 57, una vez que llegaron los Obispos y Presbíteros de Éfeso, Pablo les reunió en el cenáculo de Mileto, en donde pronunció el siguiente sermón de despedida: *«Vosotros sabéis desde el primer día que entré en la región de Asia, de qué manera me he portado todo el tiempo que he estado con vosotros, sirviendo al Señor con toda humildad y lágrimas en medio de las adversidades que me han sobrevenido por la conspiración de los judíos contra mí. Y de cómo no omití anunciaros nada de cuanto os fuera de provecho, predicándoos y enseñándoos tanto en público como en vuestras casas; y en particular exhortando a los judíos y a los gentiles a creer en Nuestro Señor Jesucristo, convirtiéndose así a Dios. Ahora, mandado por el Espíritu Santo, voy a Jerusalén sin saber las cosas que me han de acontecer allí; pues, solamente puedo deciros que el Espíritu Santo me asegura y avisa que, en Jerusalén, me aguardan cadenas y tribulaciones. Pero yo, ninguna de estas cosas temo, ni tengo ningún aprecio a mi propia vida, con tal de acabar felizmente mi carrera y el Ministerio que he recibido del Señor Jesús, para predicar el Evangelio de la Gracia de Dios. Yo sé que ninguno de vosotros, por cuyas tierras he discurrido predicando el Reino de Dios, me volverá a ver; por tanto, os testifico en este día, que yo no tengo la culpa de que alguno de vosotros se pierda, ya que no he dejado de intimaros para que correspondáis al plan salvador de Dios. Velad por vosotros y cuidad celosamente de la grey, en la cual el Espíritu Santo os ha instituido Obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo ha ganado con su propia Sangre. Porque sé que, después de mi partida, os han de saltar lobos voraces que destrocen el rebaño; y de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñarán doctrinas perversas, con el fin de arrastrar al error a discípulos. Velad, pues, acordándoos que, por espacio de tres años, no he cesado noche y día de amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros. Y ahora, por último, os encomiendo a Dios y a la promesa de su Gracia, a Aquel que puede acabar el edificio de vuestra santificación y haceros partícipes de su herencia con todos los santos. Yo no he codiciado plata, ni oro, ni vestido de nadie, como vosotros mismos lo sabéis; porque estas manos me han suministrado las cosas necesarias a mí, y a los que están conmigo. Porque, cuanto ha sido menester para mí y para mis compañeros, siempre que mi Ministerio me lo ha permitido, lo he conseguido con mi trabajo, en vez de entregarme al ocio. Yo os he hecho ver con mi conducta que, actuando con rectitud es la mejor manera de socorrer a los flacos de espíritu. Tened presentes las palabras que me ha revelado el Señor Jesús, 'que es más bienaventurado el que da que el que recibe'».*

5. Concluidas sus palabras, Pablo se puso de rodillas e hizo oración con todos los que le habían oído; y he aquí que, profundamente emocionados, le besaban anegados en llanto, sobremanera afligidos porque pensaban no verle más, como él mismo lo había anunciado. Y con estas muestras de filial sentimiento, todos acompañaron a Pablo hasta el navío para continuar su viaje ese mismo día 2 de mayo del año 57.

6. He aquí cómo el Espíritu Santo, para someter a Pablo a una prueba heroica de obediencia, le había mandado, entre otros lugares, ir a Jerusalén; y le había revelado directamente, y a través de otras personas con carismas proféticos, que las prisiones y tribulaciones que le aguardaban en Jerusalén, podrían incluso acarrearle el martirio, por lo que Pablo creyó sinceramente que en dicha ciudad sería su pronto fin. Mas, lamentablemente, dichos vaticinios los oía el Apóstol con presuntuosa confianza en sí mismo, sin reparar en su humana fragilidad, y por eso se atreve incluso a decir: *«Mas, no temo ninguna de estas cosas»*. Además, en su sermón de despedida, hay cierta vanagloria del apostolado que ha venido realizando; sin que se pueda negar que a Pablo también le moviese el gran amor que profesaba a Cristo. Mas, esta prueba de obediencia de ir a Jerusalén, Dios la anularía más tarde; de lo cual, Pablo sería avisado por algunos profetas, a quienes él no escucharía.

Capítulo XXIV

Pablo sale de Mileto en dirección de Jerusalén. En el camino Pablo es avisado por Dios, a través de algunos profetas para que no vaya a Jerusalén. Pablo desoye dichos avisos y llega a Jerusalén

1. El día 2 de mayo del año 57, tras pronunciar su patético sermón de despedida en Mileto, el Apóstol Pablo, acompañado de Lucas, Timoteo, Aristarco, Cayo, Segundo, Sópatro, Tíquico y Trófimo, se dirigió desde el puerto de Mileto a la isla de Cos; al día siguiente, a la de Rodas, y desde ésta al puerto de Pátara, de la provincia de Licia. El 4 del mismo mes y año, halló un navío que iba a Fenicia, y se embarcó con sus ocho compañeros. En su recorrido por el mar, dejando a la izquierda la isla de Chipre, desembarcaron en el puerto fenicio de Tiro el día 9 de mayo del mismo año 57, en donde la nave tenía que dejar su carga. Como en esta ciudad había una comunidad cristiana, Pablo y los que con él iban, se detuvieron allí siete días. Entre los fieles de aquella comunidad había algunos con el don de profecía, y estos, por mandato divino, dijeron al Apóstol que no fuera a Jerusalén. Sin embargo, Pablo, desoyendo ahora la voz de Dios a través de sus profetas, prefirió seguir su propio impulso de ir a Jerusalén, por lo que, con sus ocho compañeros, se puso camino del puerto, seguido de muchos de los fieles varones, varonas y niños de aquella comunidad que desearon acompañarle hasta fuera de la ciudad; ya en la ribera del mar, todos, puestos de rodillas, hicieron oración. Tras despedirse unos de otros, Pablo con los ocho discípulos, entró en una nave el día 16 de mayo, rumbo a Ptolemaida, hoy San Juan de Acre, y los numerosos fieles que le habían acompañado, se volvieron a sus casas de Tiro. El Apóstol Pablo y los otros, llegaron al día siguiente a Ptolemaida, en donde visitaron a la comunidad cristiana de la ciudad, deteniéndose un día con ella. El 18 de mayo, partieron a Cesarea Marítima y se hospedaron tres días en casa del discípulo y Obispo Felipe, que tenía cuatro hijas religiosas y profetisas en el convento de carmelitas allí fundado, llamadas: Baruca, Abigaíl, Jonasa y Lidia. En esta ciudad, Pablo fue otra vez requerido por Dios, ahora a través de las cuatro hijas de Felipe, para que no fuese a Jerusalén; mas, como él no diese crédito a dichos avisos proféticos, Dios envió a Cesarea

Marítima al Profeta Ágabo, el cual vino expresamente desde Jerusalén para tratar de convencer al Apóstol de que no hiciese su viaje. Ágabo cogió el ceñidor de Pablo; y atándose con él los pies y las manos, dijo: *«Esto dice el Espíritu Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón de quien es este ceñidor, y le entregarán en manos de los gentiles»*; con cuyas palabras vaticinaba al Apóstol los peligros y sufrimientos que le esperaban en Jerusalén. Tanto los ocho que acompañaban a Pablo, como otros muchos que allí estaban, le rogaron con lágrimas que no siguiese el viaje que tenía proyectado. Pero Pablo respondió: *«¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto y preparado no sólo para ser apresado, sino también para morir en Jerusalén por el Nombre del Señor Jesús»*. Ante esta respuesta, como vieran que no podían convencerle, dejaron de insistirle y dijeron: *«Hágase la voluntad del Señor»*. El que Pablo no acatase en aquellos momentos los vaticinios divinos a través de diferentes profetas, se debió a su obstinada presunción; pues, si bien es verdad que el Espíritu Santo había ordenado primero, al Apóstol Pablo, que fuera a Jerusalén, no es menos verdad que el Espíritu Santo después le sometía a la prueba de la humildad ordenándole, por medio de santos profetas, con el excelso Ágabo a la cabeza, que no fuera a Jerusalén.

2. Pablo, pues, desobedeciendo contumazmente los distintos avisos proféticos, salió de Cesarea Marítima para Jerusalén el 20 de mayo de aquel año 57 a las 2 de la tarde, acompañado de su séquito y también de Nasón de Chipre, Obispo de la diócesis de Antipatris, en cuya residencia conventual pernoctó ese mismo día. Nasón quedó ya en su diócesis, y Pablo, con su séquito continuó su viaje a Jerusalén el 21 de mayo. Por el camino fue visitando algunas de las comunidades cristianas, por lo que llegó a Jerusalén el 24 de mayo por la noche, alojándose él y sus compañeros en el convento carmelitano que había en la antigua casa de Lázaro en dicha ciudad.

Capítulo XXV

Pablo en el Cenáculo de Jerusalén. Fingimientos de Pablo en el templo judío de Jerusalén

1. El 25 de mayo del año 57, o sea, al día siguiente de su llegada a Jerusalén, Pablo fue al Cenáculo con sus ocho compañeros de viaje. Cuando llegó, no se hallaba aquí la Santísima Virgen María, ya que Ella, al saber que había venido en contra de la voluntad divina, prefirió retirarse al convento de Betania en compañía de sus hermanas y del Apóstol Juan, y evitar por entonces su trato con él, ya que no podía recibirle con maternal gozo, pues merecía su severa corrección, y no era el momento de hacerlo, dada la extremada obcecación del Apóstol.

2. El regreso de Pablo a Jerusalén fue considerado por Santiago el Menor y otros muchos de la comunidad cristiana allí existente, de gran acontecimiento; no ya por la general alegría de volverle a ver, sino también por la expectación que él siempre suscitaba. Ese mismo día 25 de mayo, tras su llegada, Pablo fue recibido por el Apóstol Santiago el Menor, quien congregó en el Cenáculo, entre otros, a todos los Obispos y Presbíteros residentes en los conventos de Jerusalén, para que le saludasen y oyesen sus palabras. El Apóstol Pablo contó todas las cosas que Dios había hecho por su ministerio entre los gentiles; y cuando los del Cenáculo le oyeron, glorificaban al Altísimo. Después que Pablo dio cuenta de sus frutos apostólicos, Santiago el Menor le hizo partícipe de las numerosas conversiones de judíos a la Fe evangélica en Jerusalén, y al final le dijo: *«Bien ves, hermano, cuántos millares de judíos han creído en la Fe de Cristo; mas, con todo, aún conservan su celo por la ley mosaica. Y han oído decir de ti, que enseñas a los judíos que están en las naciones gentiles, que se aparten de Moisés: Diciendo que no deben circuncidar a sus hijos, ni andar según los ritos. ¿Pues, qué hay que hacer? Ciertamente es inevitable que la multitud se junte, porque oirán que tú has venido»*. Santiago el Menor, pues, prevenía a Pablo de las no pocas dificultades que conllevaría su contacto personal con dichos judíos conversos, al estar todavía apegados a ciertas tradiciones y ritos levíticos; por lo que no le parecía conveniente que él hablase contra dichas costumbres judías. Y es que Santiago el Menor temía que Pablo, con su acostumbrada fogosidad, tratase de cortar de raíz aquellas malsanas tendencias judaizantes de no pocos cristianos de origen judío que, si bien no actuaban por desobediencia a la Iglesia, sí por orgullo de raza, y que, ante tal intransigencia del Apóstol Pablo, estos llegasen incluso a separarse del verdadero redil. La postura de Santiago el Menor se debía a su tendencia judaizante aún no desarraigada totalmente, y de la que había sido corregido en algunas ocasiones por la Santísima Virgen María. Si bien es verdad que Santiago el Menor enseñaba celosamente a todos que la Ley Evangélica era la única necesaria para salvarse, y que los cultos y ritos levíticos de nada servían, no obstante seguía respetando en los cristianos de origen judío la práctica de la circuncisión y de otros ritos, por motivos civiles y sociales, al creer que así se facilitaba más la perseverancia de estos y la conversión de los otros judíos; todo lo cual implicaba un cierto relajamiento en no pocos de los religiosos y fieles de la Iglesia de Cristo en Jerusalén.

3. En evitación de todos esos contratiempos, Santiago el Menor, apoyado por otros Obispos judaizantes, aun sabiendo que pecaba gravísimamente, malaconsejó a Pablo que debía manifestar en público su fidelidad a la Ley de Moisés, realizando ciertos ritos opuestos a la Ley Evangélica. He aquí, pues, lo que le dijo: *«Pablo, haz lo que te vamos a decir: Tenemos aquí cuatro fieles varones que tienen desde tiempo atrás voto de nazareato. Tómalos contigo, purifícate con ellos en el templo, haz las ofrendas exigidas por Moisés, para que se rasuren las cabezas, y de esta manera sabrán todos que es falso cuanto de ti oyeron contra ciertos ritos levíticos; y que, por el contrario, sigues tú guardando la Ley»*. Es decir, que Santiago el Menor aconsejó a Pablo que fuera con los cuatro fieles al templo judío de Jerusalén, fingiera que él también tenía voto, lo cual era fácil, ya que por entonces Pablo tenía el pelo largo, comprara para los cinco los animales y otras ofrendas exigidas por Moisés, se purificara con ellos en el templo, y luego se presentara ante el sacerdote levítico para los ritos de ofrenda y rasura del cabello, como mandaba la Ley; y, con este fingimiento, diese a entender públicamente de que él no iba en contra de las tradiciones judías, aunque éstas se opusieran a la Ley Evangélica. Y como Pablo quedase algo

extrañado de lo que le aconsejaba Santiago el Menor, éste le hizo ver la conveniencia de que accediese a lo que le aconsejaba, ya que así se facilitarían más la convivencia de él con los judíos convertidos al cristianismo, y con los demás judíos. Y para apoyar más sus razones, Santiago el Menor recordó a Pablo de cómo, en el Concilio II de Jerusalén, se mandaba a los gentiles convertidos a la Fe de Cristo que, según estaba prescrito en la Ley de Moisés, se abstuviesen de comer carne de los animales muertos sin derramamiento de sangre, y sangre de animales, para facilitar más la convivencia pacífica entre cristianos de origen judío y gentil.

4. Como el alma de Pablo se hallase muy debilitada y falta de luz por su desobediencia a la voz de Dios comunicada a través de algunos profetas, que por eso se hallaba en Jerusalén en contra del deseo expreso del Espíritu Santo, fácilmente siguió los malos consejos del otro Apóstol, aun sabiendo Pablo que, si así lo hacía, también él cometía un gravísimo pecado. He aquí, pues, que el 26 de mayo de aquel año 57, dos días después de su llegada a Jerusalén, Pablo, tomando consigo a aquellos cuatro fieles varones, fue con ellos al templo judío para empezar las fingidas purificaciones. Los cinco estuvieron viviendo siete días en las dependencias del templo destinadas a la purificación, fingiendo que así lo hacían porque legalmente eran inmundos, entre otros motivos, por su trato con los gentiles. Tras las purificaciones, el octavo día, los cinco entraron en el atrio de los israelitas, lugar del templo en que se hacía el rito tras haberse cumplido el voto de nazareato, y allí, públicamente, entregaron al sacerdote levítico cinco corderos, cinco ovejas, cinco carneros, los panes ácimos y otros elementos para que los ofreciera el sacerdote; procediendo éste a rasurar sus cabezas y demás ceremonias levíticas. El Apóstol Santiago el Menor, malaconsejando al Apóstol Pablo, y éste ejecutando los malos consejos de aquel, incurrieron en gravísimo pecado y en escándalo público para los cristianos venidos de la gentilidad y para no pocos cristianos venidos del judaísmo; y, además, incurrieron en gravísimo pecado cuantos, de una manera activa o pasiva, cooperaron en estos fingimientos. Sin embargo, ambos Apóstoles y los demás, no incurrieron en apostasía ya que aún no estaba expresamente prohibida a los fieles cristianos la observancia de los ritos judíos, siempre que no se creyese que eran válidos y necesarios para la salvación.

Capítulo XXVI

Los judíos, alborotados, pretenden matar a Pablo

El lamentable fingimiento de Pablo en el templo judío de Jerusalén conllevó desastrosas consecuencias; pues, el 2 de junio del año 57, cuando Pablo y sus cuatro compañeros habían cumplido con todas las ceremonias levíticas referentes al voto del nazareato, y se hallaban aún los cinco dentro del templo, fueron vistos por algunos judíos provenientes de la provincia de Asia, en especial de la ciudad de Éfeso, en que tiempo atrás Pablo había sufrido persecución. Dichos judíos alborotaron a los otros muchos que todavía se hallaban en Jerusalén con motivo del pentecostés mosaico, denunciando a Pablo con gritos: «*Varones de Israel, ayudadnos: Éste es aquel hombre que por todas partes enseña a todos contra nuestro pueblo, contra la Ley de Moisés y contra el templo; y además ha introducido los gentiles en el templo y ha profanado este santo lugar*». Ellos, al decir que Pablo había introducido a los gentiles en el templo, no se referían ni a él ni a los cuatro que con él estaban dentro del edificio, ya que eran judíos de origen; sino que se referían a Trófimo de Éfeso, al cual habían visto con Pablo en Jerusalén, y creyeron que él le había introducido en el atrio del templo reservado a los judíos; pues, los de Éfeso sabían que Trófimo era gentil, ya que había estado en esta ciudad de Obispo misionero, si bien había nacido en Chipre. Con este pretexto, se conmovió toda aquella multitud de judíos que se hallaban dentro y fuera del templo; por lo que, amotinados, cogieron a Pablo, le llevaron arrastrando fuera del mismo, y luego cerraron las puertas del edificio para que no pudiese entrar y salvase así su vida, pues estaba prohibido el derramamiento de sangre humana dentro de aquel lugar. En sus múltiples acusaciones contra Pablo, los judíos resaltaban la contradictoria actuación del Apóstol de los Gentiles diciendo que, mientras le habían oído predicar muchas veces de que el templo de Jerusalén ya no era lugar grato a Dios y de que los ritos y ceremonias judíos eran ineficaces, ahora, con su fingimiento del voto de nazareato, pretendía hacerse pasar como observador de dichas tradiciones levíticas, cuando en realidad estaba contra ellas.

Capítulo XXVII

Pablo es prendido por el tribuno romano y llevado al Pretorio

Mientras estaban tratando de matar a Pablo, fue avisado el tribuno de la cohorte romana de que toda Jerusalén estaba alborotada. Enseguida, él tomó centuriones y soldados, y corrió adonde estaban maltratando al Apóstol. Y cuando los judíos vieron al tribuno y a los soldados, cesaron de maltratarle. Entonces el tribuno, llegándose a Pablo, le prendió y le mandó atar con dos cadenas, y luego le preguntó quién era y qué había hecho. Mas, como en aquel tropel de gente unos gritaban una cosa, y otros otra, viendo el tribuno que no podía saber cosa cierta por causa del alboroto, y que era muy grande el peligro que corría Pablo, mandó que le llevasen a la Fortaleza Antonia. Al llegar a las gradas de dicho edificio del Pretorio, fue preciso que los soldados cogiesen a Pablo en hombros, a causa de la violencia del pueblo, que le perseguía gritando: «*¡Que muera!*»

Capítulo XXVIII

Discurso de Pablo ante la muchedumbre judía

1. Cuando ya estaba Pablo a punto de entrar en la Fortaleza para ser encerrado, dijo al tribuno: «*¿Me das licencia para dirigir mis palabras a la muchedumbre?*» Y él respondió: «*¿Acaso sabes tú hablar el griego? ¿No eres tú, quizás, el egipcio que hace pocos días moviste un alboroto con cuatro mil hombres salteadores, y luego te retiraste con ellos al desierto?*» Y Pablo le dijo: «*Yo, en verdad, soy judío, ciudadano de Tarso, noble ciudad de Cilicia; mas, te ruego que me permitas hablar al pueblo*». Y cuando el tribuno se lo permitió, Pablo, desde

una de las gradas de la escalera de acceso a la puerta del edificio, por la que Cristo había subido y bajado en su juicio ante Pilato, hizo señal al pueblo con la mano. Ya todos en silencio, Pablo, en lengua hebrea, comenzó su discurso diciendo entre otras cosas: «*Varones hermanos, oíd la razón que os voy a dar ahora de mí*». Y cuando oyeron que les hablaba en lengua hebrea, le escucharon con mayor silencio. Y dijo Pablo: «*Yo soy judío, nacido en Tarso de Cilicia, pero me eduqué en esta ciudad en la escuela de Gamaliel; y fui instruido por él, conforme la verdad de la ley de nuestros padres; y fui muy celoso de la misma, así como al presente lo sois todos vosotros. Yo perseguí de muerte a los de esta nueva doctrina de Jesús Nazareno, prendiendo y encarcelando a hombres y mujeres. Testigos fueron de esto el sumo sacerdote y todos los miembros del sanedrín, de los cuales tomé cartas para los hermanos de Damasco con el fin de ir a dicha ciudad y traer presos a Jerusalén a los cristianos allí residentes, para que luego fuesen aquí castigados. Mas, sucedió que, cuando yo iba de camino, y estaba cerca de Damasco, a la hora del mediodía, fui sorprendido por un gran estruendo, con relámpago, y vi una gran luz del cielo que de súbito me cercó con sus rayos; y cayendo en tierra, oí una voz que me decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?' Y yo pregunté: '¿Quién eres, Señor?' Y entonces un varón con majestad y gloria se me manifestó visiblemente, a la vez que me contestaba: 'Yo soy Jesús Nazareno, a Quien tú persigues. Dura cosa es para ti resistir a la fuerza de mi poder'. Y los que me acompañaban, aunque vieron la luz, ni vieron a Jesús ni oyeron su propia voz. Y yo dije: 'Señor, ¿qué quieres que haga?' Y Él me respondió: 'Levántate, y surge como hombre nuevo al servicio de mi Iglesia; vé a Damasco y allí te será dicho todo lo que conviene hacer'. Y como el resplandor de aquella misteriosa luz me dejase ciego, los compañeros me tomaron de la mano, me subieron en mi caballo y me guiaron a Damasco. Aquí, un discípulo de Jesús, el Obispo Ananías, varón justo y recto según la Ley de Dios y el espíritu del Evangelio, reconocida su virtud no sólo por los cristianos, sino incluso por los mismos judíos, viniendo por orden del Señor adonde yo estaba, puso las manos sobre mí, diciéndome: 'Saulo, hermano mío, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías a Damasco, me ha enviado para que recobres la vista y quedés más fortalecido por el Espíritu Santo'; y al punto, recobré plenamente la vista. Y dijo él entonces: 'El Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob, te ha escogido para que conocieses su voluntad, vieses al Justo, y oyese la voz de su boca, y fueras testigo suyo de las cosas que has visto y oído, delante de los hombres'. Y también me dijo: 'Y ahora apresúrate y recibe el Sacramento del Bautismo'. Y sucedió después que, volviendo yo a Jerusalén, y estando orando en el Cenáculo o primer Templo cristiano, fui arrebatado en éxtasis, y vi al Señor Jesús lleno de gloria y majestad, que me decía: 'Date prisa y sal presto de Jerusalén, porque los judíos no sólo rechazan tu testimonio sobre Mí, sino que incluso quieren matarte'. Y yo respondí: 'Señor, ellos mismos saben que yo era el que perseguía cruelmente a los que creían en Ti; y que les encerraba en cárceles; e incluso les llevaba a las sinagogas, en donde les mandaba azotar y les instigaba a blasfemar contra Ti; y, además, cuando se derramaba la sangre de tu testigo y mártir Esteban, yo estaba presente, y lo consentía, y guardaba las ropas de los que le mataban'. Y el Señor me dijo: 'Vete fuera de Jerusalén, porque Yo te enviaré a evangelizar naciones lejanas'».*

2. Hasta aquí prestaron atención a Pablo; mas, de súbito, la multitud de judíos, levantando su voz, dijo a gritos: «*Quita del mundo a un hombre como éste, porque no es justo que viva*». Y como prosiguiesen ellos lanzando alaridos, rasgando sus ropas con furor y arrojando puñados de tierra al aire, ordenó el tribuno que metiesen al Apóstol en la Fortaleza, para que, en el calabozo, le azotasen y le atormentasen, y así descubrir por qué causa gritaban tanto contra él. Entonces Pablo, que seguía atado con cadenas, dijo al centurión que estaba presente: «*¿Os es lícito a vosotros azotar a un ciudadano romano, sin haberle antes juzgado?*» Cuando lo oyó el centurión, fue al tribuno, y le dio aviso, diciendo: «*Mira lo que vas a hacer, porque este hombre es ciudadano romano*». Viniendo, pues, el tribuno, dijo a Pablo: «*Dime, ¿eres tú ciudadano romano?*»; y él respondió. «*Sí que lo soy*». A lo que replicó el tribuno: «*A mí me costó una gran suma de dinero alcanzar el privilegio de la ciudadanía*». Y Pablo le dijo: «*Pues, yo lo soy de nacimiento*». Al oír esto, se apartaron de él los que iban a darle el tormento; pues, según la ley del imperio, a un ciudadano romano no se le podía azotar sin previo juicio. Y aun el mismo tribuno entró en temor por haberle hecho atar, por lo que le hizo desatar. Al día siguiente, 3 de junio, deseando saber con seguridad de qué era acusado Pablo por los judíos, el tribuno mandó que los miembros del sanedrín se reuniesen delante del Pretorio o Fortaleza Antonia, a fin de presentárselo ante ellos ese mismo día.

Capítulo XXIX

Comparecencia de Pablo ante los miembros del sanedrín. El Señor se aparece a Pablo por la noche.

Cuarenta judíos juran que no comerán ni beberán hasta que maten a Pablo.

Los soldados sacan a Pablo de la Fortaleza y le llevan a Antipatris. Llevan a Pablo a Cesarea Marítima

1. El día 3 de junio de aquel año 57, congregado el sanedrín, presidido por el inicuo sumo pontífice Ananías, ante la Fortaleza Antonia, Pablo fue presentado a dicho consejo en el mismo lugar en que Cristo había sido juzgado por Poncio Pilato. El Apóstol, mirando a los miembros del sanedrín, les dijo: «*Hasta el día de hoy, siempre he obrado con rectitud de conciencia delante de Dios*»; y así les daba entender que no tenían por qué acusarle de profanar el templo de Jerusalén. Pablo, al hacer alarde de su rectitud, estaba mintiendo públicamente; pues, era consciente de que había ofendido a Dios con sus fingimientos en el templo judío. La autodefensa de Pablo, irritó de tal manera al inicuo sumo pontífice Ananías, que mandó a uno de sus ministros le hiriese en la boca al Apóstol. Ante tal humillación, Pablo imprecó al sumo pontífice levítico, diciendo: «*Dios te herirá a ti, pared blanqueada. Tú, que te arrogas de autoridad para juzgarme según la Ley de Moisés, ¿mandas herirme en contra de dicha Ley?*» Y los que estaban allí dijeron a Pablo: «*¿Cómo te atreves a maldecir al sumo sacerdote de Dios?*» A esto respondió Pablo: «*Hermanos, no sabía que es el sumo sacerdote, porque realmente escrito*

está en el Libro de Enoc: No maldecirás al príncipe de tu pueblo». La actuación de Pablo ante el sanedrín estuvo llena de ambigüedades y fingimientos. Pues, si bien el Apóstol, por su natural impetuosidad, tras ser abofeteado, maldijo a Ananías y le tachó de hipócrita, luego, para resguardarse de los posibles daños del sanedrín, no sólo fingió haber desconocido al sumo pontífice levítico, sino que, además, aparentó rectificar la maldición que le había lanzado; lo cual podía ser tomado por los presentes como si reconociese que el impío Ananías era el sumo sacerdote del Altísimo; y bien sabía Pablo que era una falsa autoridad. He aquí cómo el Apóstol Pablo, que, confiando en sí mismo, había venido a Jerusalén dispuesto a morir por Cristo, al llegar la hora de la verdad recurrió incluso a la mentira para salvar cobardemente su vida, cuando era el momento de confesar ante aquella antiiglesia o iglesia de Satanás, regida por el malvado Ananías, que la verdadera Iglesia era la fundada por Nuestro Señor Jesucristo regida por su Vicario el Papa Pedro. Al ver Pablo que con sus fingimientos y ambigüedades no lograba apaciguar la afrentosa actitud contra él de Ananías y su consejo sanedrítico, recurrió para ello a otro artificio indigno de su condición de Apóstol de Cristo, ya que, sabiendo Pablo que una parte de los miembros del sanedrín allí congregados eran saduceos y que otra parte eran fariseos, dijo en alta voz al consejo sanedrítico: *«Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos; y por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos, es por lo que soy juzgado».* Nuevamente Pablo, para liberarse cobardemente de las garras del sanedrín, fingió diciendo que él era de la secta de los fariseos; pues, si bien es verdad que antes de su conversión lo había sido, nada tenía que ver ahora con aquella abominable secta. Con dichas palabras él enfrentó a los fariseos contra los saduceos, ya que estos negaban la resurrección de la carne, la existencia de los ángeles y la inmortalidad del alma; mientras que los fariseos afirmaban lo contrario. Y fue tan violenta la discusión entre ambos grupos, que quedó dividido el sanedrín en dos bandos; hasta el punto que, tras un gran vocerío, hubo fariseos que defendieron a Pablo diciendo: *«No hallamos mal ninguno en este hombre; pues, además, ¿quién sabe si le habló algún espíritu o ángel?»* De esta manera, los fariseos, para llevar más la contra a los saduceos, abogaron, pues, en favor de Pablo, e incluso aparentaron admitir como verdadero lo contado por él el día anterior acerca de sus visiones celestiales, como fue la del camino de Damasco. Y por eso, los fariseos dijeron a los saduceos que le podría haber hablado un espíritu o un ángel, refiriéndose aquí a un alma bienaventurada o a un espíritu angélico. Sin embargo, aunque Pablo pecó gravísimamente con sus mentiras, ambigüedades y vacilaciones, no incurrió en apostasía alguna, ya que aún no había una ley eclesiástica expresa que anatematizara y expulsara de la Iglesia a los cristianos que fingiesen ser fariseos. Además, Pablo no tuvo intención de negar a Cristo ni a su Iglesia.

2. No obstante la división de opiniones dentro del sanedrín por la gran disensión que había entre sus miembros, temeroso el tribuno que pudiesen matar a Pablo, mandó a los soldados para que le quitasen de en medio de ellos, y le introdujesen a la Fortaleza Antonia. Este mismo día 3 de junio por la noche, cuando Pablo se hallaba encarcelado en el Pretorio, se le apareció Cristo sumamente airado, con un látigo en la mano, Quien le dijo: *«Hoy mismo, Pablo, vendiste tu Fe a cambio de tu vida, comportándote peor que los mercaderes que, en sus días, Yo expulsé del Templo. No hubieras caído tan bajo, si hubieras sido dócil a los avisos que el Espíritu Santo te dio a través de varios de sus profetas fidedignos, a los cuales tú bien conoces. Cuando llegue la hora de dar testimonio de tu Fe, Pablo, confía más en la Divina Providencia, que no te faltará, que en tus propias fuerzas».* Pablo, sobrecogido por la Ira de Cristo, sinceramente arrepentido, le pidió perdón y ofreció dar su vida por Él, si así era de su agrado. El Señor, antes de despedirse, complacido por el ofrecimiento del Apóstol de los gentiles, añadió: *«Ten constancia, porque así como ayer diste digno testimonio de Mí en Jerusalén, conviene que lo des también en Roma»*, dejándole entrever que sería en esta ciudad donde coronaría su apostolado con el martirio.

3. Como los judíos no desistieran de su ensañamiento contra Pablo, al día siguiente, día 4 de junio, cuando fue de día, cuarenta de ellos se conjuraron y hacían imprecaciones a sí mismos, de que no comerían ni beberían hasta que matasen a Pablo. Para lograr su propósito, se presentaron ante el consejo sanedrítico y dijeron: *«Nosotros nos hemos obligado, bajo pena de maldición, a no probar bocado ni beber agua hasta que matemos a Pablo. Ahora, pues, no tenéis más que avisar al tribuno pidiéndole que haga conducir mañana a Pablo al lugar en que vosotros os reunáis, alegando que tenéis que averiguar de él alguna cosa con más certeza. Nosotros estaremos esperando preparados para matarle antes que llegue a donde vosotros estéis».* Mas, como un hijo de la hermana de Pablo tuviese conocimiento de la conjura urdida contra él, entró en la Fortaleza Antonia y dio aviso al Apóstol, su tío. Éste, llamando a uno de los centuriones, le dijo: *«Lleva este joven al tribuno porque tiene que comunicarle cierta cosa».* El joven, conducido por el centurión, fue adonde estaba el tribuno, a quien dijo el centurión: *«Pablo, el preso, me ha pedido que traiga a tu presencia a este joven, que tiene que comunicarte alguna cosa».* El tribuno, cogiendo del brazo al joven, se retiró a solas y le preguntó: *«¿Qué es lo que tienes que comunicarme?»* Y él respondió: *«Los judíos han concertado rogarte que mañana conduzcas a Pablo al concilio del sanedrín, con el pretexto de hacer más investigaciones sobre él; pero tú no lo creas, porque cuarenta hombres, con grandes juramentos, han hecho voto de no comer ni beber hasta que le maten, y ya están preparados para llevarlo a cabo».* El tribuno despidió al joven mandándole que a nadie dijese que le había dado tal aviso.

4. El tribuno, que se llamaba Claudio Lisias, temiendo que los judíos le arrebatasen y matasen a Pablo, y que después dijese falsamente que él era cómplice de su muerte al haberse lo entregado mediante soborno, llamó a dos centuriones y les dijo: *«Tened prevenidos, hacia las nueve de la noche, doscientos soldados de infantería, setenta de a caballo, y doscientos lanceros, para que vayan hasta Cesarea Marítima; y aparejad cabalgaduras para que sea conducido Pablo a caballo, sin peligro alguno de su vida, ante el Procurador Félix».* Y al mismo tiempo, el tribuno escribió una carta al Procurador en los siguientes términos: *«Claudio Lisias, al óptimo Procurador Félix, salud: Te envío a este hombre, llamado Pablo, el cual, habiendo sido prendido por los judíos,*

cuando estaba a punto de ser muerto por ellos, yo acudí con mis soldados y le libré, y he tenido noticia de que es ciudadano romano. Queriendo informarme del delito de que le acusaban, congregué al sanedrín y le presenté ante este consejo. Allí averigüé que es acusado de cuestiones de la ley de ellos, sin que haya cometido ningún delito digno de muerte o prisión. Y habiéndoseme avisado que los judíos tenían urdidas nuevas asechanzas contra él, te lo envío a ti. He dicho al sanedrín que, si quieren poner un recurso para presentar las acusaciones contra Pablo ante tu tribunal, que vayan a Cesarea Marítima».

5. El día 4 de junio del referido año 57, alrededor de las 9h. de la noche, los soldados sacaron a Pablo de la Fortaleza Antonia y le condujeron a la ciudad de Antipatris. Al día siguiente, 5 de junio, le llevaron a Cesarea Marítima, acompañado de los soldados a caballo, por lo que volvieron los demás soldados a Jerusalén. El Apóstol Pablo, con la escolta que le custodiaba, llegó a Cesarea Marítima al día siguiente, y fue presentado ante el Procurador Félix, a quien entregaron la carta del tribuno de Jerusalén. Luego que el Procurador leyó la carta, preguntó al Apóstol de qué provincia era. Éste dijo que era de Cilicia; y como, además, tratase de presentar las alegaciones en favor propio, el Procurador no quiso por entonces escucharlas, y dijo: «Te daré audiencia cuando vengan tus acusadores». Entretanto mandó que le custodiasen en el Pretorio de Herodes de Cesarea Marítima, en calidad de prisión preventiva, ya que no se le había imputado delito alguno y además corría grave peligro sin dicha vigilancia de la autoridad romana.

6. La comparecencia de Pablo sería sólo ante el Procurador Félix, pues el rey Herodes Agripa II había marchado ese mismo año a Roma, y no volvería hasta el año 59.

Capítulo XXX

Pablo es juzgado en el tribunal del Procurador Félix. Ananías y algunos miembros del sanedrín presentan sus acusaciones contra Pablo. Pablo habla de la Fe cristiana a Félix y Drusila

1. Al cabo de cinco días, o sea, el 10 de junio del año 57, el inicuo sumo sacerdote Ananías, con algunos miembros del sanedrín, acompañados de un abogado llamado Tértulo, llegaron a Cesarea Marítima, y se presentaron ante el Procurador Félix para actuar contra Pablo. Citado éste a juicio, empezó su acusación Tértulo, diciendo: «Gracias a ti, óptimo Félix, gozamos de mucha paz, y por tu providencia se han hecho en esta nación convenientes reformas, remediándose muchos desórdenes. Nosotros lo reconocemos en todas las ocasiones y en todos los lugares, y te tributamos toda suerte de acciones de gracias. Y como no queremos molestarte demasiado, te suplico nos oigas por breves momentos con tu acostumbrada humanidad: Hemos averiguado que este hombre es corruptor, que levanta sediciones contra los judíos y que es cabeza de la secta de los nazarenos. Él intentó, además, profanar el templo de Jerusalén; y habiéndole prendido, le quisimos juzgar según nuestra ley. Pero, sobreviniendo el tribuno Lisias, lo arrancó, con gran violencia, de nuestras manos, mandando que acudiesen a ti sus acusadores. Tú mismo, examinándole como juez, podrás reconocer la verdad de todas estas cosas de que le acusamos». Ananías y los miembros del sanedrín que le acompañaban, confirmaron lo dicho por Tértulo, atestiguando ser todo verdadero.

2. A una señal del Procurador para que hablase, Pablo lo hizo con estos términos: «Sabiendo que desde hace muchos años eres juez de este pueblo, hablaré confiadamente en defensa mía; porque puedes fácilmente averiguar, que no hace más de doce días que yo fui a Jerusalén para adorar. Y que, ni en el templo ni en la ciudad, ni en las sinagogas, me hallaron disputando con nadie, ni provocando sediciones entre la gente; ni que tampoco pueden alegar pruebas de las cosas de que ahora me acusan. Confieso delante de ti, que, siguiendo yo una doctrina que ellos tratan de hereje y sectaria, sirvo a mi Padre y Dios, creyendo en todas las cosas que están escritas en la Ley y en los Profetas, y con la esperanza que ellos mismos tienen sobre la resurrección de los justos y de los inicuos. Y por esto procuro tener siempre mi conciencia sin culpa delante de Dios, y de los hombres. Ahora, después de muchos años, vine a mi gente para traer limosnas y a cumplir mis ofrendas y votos. Y estando en esto, es cuando algunos judíos de la región de Asia me hallaron purificado en el templo, mas no con turba, ni produciendo alborotos; los cuales son los que debían comparecer ante ti y ser mis acusadores, si es que algo tenían que alegar contra mí. Pero, digan estos mismos que ahora me acusan, si, cuando comparecí ante el pleno del sanedrín, hallaron en mí algún delito, a no ser que tomaran como tal la declaración que yo pronuncié en medio de ellos, cuando dije: 'Por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos, es por lo que soy juzgado'». Pablo deja claro que, desde su llegada a Jerusalén, sólo ha estado doce días, aún no completos, en la ciudad; de los cuales, dos días estuvo residiendo en los conventos carmelitanos, siete en el templo judío purificándose y tres en manos de las autoridades romanas, y con ello quería mostrar que ni tiempo había tenido para provocar las sediciones de que se le acusaba. No obstante, las declaraciones de Pablo ante el Procurador Félix están llenas de ambigüedades, fingimientos y omisiones, lo cual prueba la cobardía del Apóstol ante el peligro de que le diesen muerte; pues, al decir públicamente que había venido a Jerusalén para adorar, con esta forma restringida de expresión, los que oían sus declaraciones, pudieron entender que él vino a Jerusalén en peregrinación a adorar a Dios en el templo con motivo del pentecostés judío, que había sido el 25 de mayo. Bien es cierto que el Apóstol, en su interior, estaba refiriéndose al Cenáculo cristiano; mas, al silenciar esto cobardemente, daba la impresión de que había venido al templo judío con fines piadosos y culturales. Además, Pablo, al repetir las mismas palabras que días antes pronunció ante la comisión sanedrítica en Jerusalén, «por causa de mi esperanza en la resurrección de los muertos, es por lo que soy juzgado», se está expresando nuevamente como si él aún fuera miembro de la secta de los fariseos, y que, por tal motivo, era él perseguido y juzgado; ya que el inicuo sumo pontífice Ananías, y algunos del sanedrín, que allí le acusaban, eran en su mayoría saduceos, y, como tales, negaban la resurrección de los muertos.

3. Pablo, pues, en su declaración ante el Procurador Félix, no hizo una confesión clara y terminante de su Fe en la Iglesia fundada por Nuestro Señor Jesucristo, sino que más bien, por su forma de expresión, se manifestó a la manera de un judío observante; aunque dijese, refiriéndose al cristianismo, que, según una doctrina que los judíos trataban de hereje y sectaria, él servía a su Padre y Dios, ya que silenciaba el Nombre de Cristo y su Evangelio; y, por el contrario, se limitaba a resaltar a Dios, a la Ley y a los Profetas, al igual que lo hiciera uno de los que profesasen el judaísmo; cuya ideología parecía como si la identificara con la Fe cristiana, cuando decía, también, que él, al igual que los judíos fariseos, tenía esperanza en Dios y en la resurrección de los justos y pecadores. También Pablo, en su forma de expresarse, se presentó como si fuese celoso cumplidor de la ley judía al hablar de las ofrendas, votos y purificación que hizo en el templo. Y si bien es verdad que Pablo obró así por cobardía, sin intención alguna de negar la Fe de Cristo ni la Iglesia por Él fundada, no por eso quedó excusada su abominable debilidad, ya que tenía obligación grave de confesar públicamente la verdad evangélica, y no lo hizo; y máxime que él, con presunción, había venido a Jerusalén dispuesto a morir por esta causa y había sido corregido severamente por el Divino Maestro.

4. El Procurador Félix conociendo que las asechanzas de los judíos contra Pablo eran por su Fe en Cristo, que los delitos de corrupción y sedición que le imputaban eran falsos, y que, por tanto, Pablo era inocente, prefirió no emitir fallo alguno, y difirió el asunto diciendo a todos: *«Cuando viniere el tribuno Lisias, os daré otra vez audiencia»*; dando a entender que tenía que informarse más sobre la causa a través de Lisias. El Procurador Félix retuvo al Apóstol Pablo en el Pretorio de Cesarea Marítima y mandó a un centurión que le custodiara debidamente para que nada le pasase, que no estrechara su control, y que no prohibiese a ninguno de los suyos que entraran a asistirle. Con esto permitía que los cristianos visitaran a Pablo, e incluso que él saliese en algunas ocasiones, aunque siempre iba custodiado por soldados para su mayor protección. Siete días después, o sea, el 17 de junio del año 57, el Procurador Félix, con su concubina Drusila, que era judía, volvió al Pretorio tras un corto viaje, llamó a Pablo y le oyó hablar de la Fe de Jesucristo. Mas, como el Apóstol disertara sobre la justicia, la castidad y el juicio que ha de venir, espantado Félix, dijo: *«Basta por ahora, retírate, que, cuando fuere menester te volveré a llamar»*. De las enseñanzas de Pablo no supieron aprovecharse ni Félix ni su concubina; y si bien dicho Procurador mandó llamar a Pablo en varias ocasiones, y habló con él, fue con la intención de sacar dinero al Apóstol a cambio de las consideraciones con que le trataba. Pablo aún permanecería, por espacio de dos años, en el Pretorio o palacio herodiano de Cesarea Marítima bajo el control de la autoridad romana, a la espera que retornase de Roma el rey Herodes Agripa II, y ser juzgado por un tribunal bicéfalo.

Libro IV

Desde el Tránsito de la Santísima Virgen María hasta el final de la misión de los Apóstoles en la Tierra

Capítulo I

**La Virgen María se aparece a los Apóstoles para anunciarles que estén en Jerusalén en determinada fecha.
Pedro visita a Pablo en la cárcel de Cesarea Marítima. Pedro llega a Jerusalén tras su apostolado por otras ciudades de Israel.
Los Apóstoles van llegando a Jerusalén**

1. Tras que Pablo fuese llevado a Cesarea Marítima por los soldados del tribuno romano, la Santísima Virgen María, que se hallaba retirada en uno de los conventos de Betania con motivo de la estancia de dicho Apóstol en Jerusalén, retornó al Cenáculo acompañada de sus hermanas María Cleofás y María Salomé, y del Apóstol Juan. Al conocer por Santiago el Menor los últimos lamentables sucesos, Ella corrigió maternalmente a este Apóstol por el escándalo que tanto él como Pablo habían dado con las purificaciones, votos y ofrendas en el templo judío. Santiago el Menor pidió perdón a la Excelsa Señora por su equivocado consejo a Pablo en la observancia de dichos ritos judíos, reconociendo además que, si antes le hubiese pedido orientación a Ella, habría tenido luz para actuar más acertadamente.

2. La Santísima Virgen María, que anhelaba con vehemencia que los otros Apóstoles estuviesen en Jerusalén para el 16 de julio de aquel año 57, fue apareciéndose a cada uno de ellos, comenzando por Pedro, para comunicarles su voluntad. Con estas apariciones, todos recibieron gran consuelo; y muy especialmente el Apóstol Pablo, quien ahora, en la soledad de su forzosa reclusión, recapacitaba más en la gravedad de sus pasados fingimientos y actos judaizantes, y los lloraba amargamente. El Papa Pedro, en su viaje de retorno a Jerusalén, tras su apostolado por el territorio de Israel, así como por Antioquía y otros lugares de Siria, pasó por Cesarea Marítima para visitar en la cárcel al Apóstol Pablo, el cual informó directamente al Papa de todos sus conflictos con el sanedrín y demás judíos. Pedro le confortó en sus tribulaciones, y le exhortó a que en lo sucesivo fuese mucho más firme y prudente. Tras esta paternal visita, el Papa Pedro continuó su viaje a Jerusalén, llegando aquí el 30 de junio del mismo año 57. Los demás Apóstoles: Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Tadeo, Simón y Matías, con su respectivo séquito, fueron también llegando sucesivamente a dicha ciudad en los quince primeros días de julio; de modo que el 16 de dicho mes, Fiesta del Carmelo, se hallaban todos en el Cenáculo. Además, vinieron otros muchos discípulos de las distintas misiones, al tener también noticia, por diferentes medios, del deseo de la Divina Señora. Aunque los Apóstoles habían hecho sus respectivos viajes usando los medios normales a su alcance, Dios había tenido, para cada uno de ellos, según sus necesidades, una providencia especial, a fin de que les fuera más fácil el recorrido. Con respecto a Pablo, bien es verdad que el Procurador Félix, mediante una fianza, le habría permitido ir a Jerusalén con las debidas precauciones; pero, la Santísima

Virgen María, en su aparición al Apóstol, tras reprenderle maternalmente por sus pasados errores, y éste pedirle perdón, le aconsejó que por entonces no se ausentase de Cesarea Marítima.

3. El motivo principal de que la Santísima Virgen María congregase ahora en Jerusalén a los Apóstoles y a otros muchos, fue con el fin de que estuvieran presentes en el misterio de su Dulce Dormición y Asunción a los Cielos, y en el Tercer Concilio de Jerusalén.

Capítulo II

Pedro comunica a los demás Apóstoles la causa de haber sido congregados en Jerusalén.

La Divina María da sus últimas exhortaciones antes de su Tránsito a los Cielos

1. El día 16 de julio de aquel año 57, el Apóstol Pedro, como Cabeza de la Iglesia, reunió en el Cenáculo de Jerusalén a los otros Apóstoles, a los discípulos, a las discípulas, y demás fieles, y les dijo: «*Carísimos hijos y hermanos míos: El Señor nos ha llamado y traído a Jerusalén de partes tan remotas, no sin causa grande y de sumo dolor para nosotros. Su Majestad, el Señor Dios Nuestro Jesucristo, quiere llevarse al trono de su eterna gloria a su Beatísima Madre, la Virgen María, Nuestra Maestra, consuelo y amparo, y es también deseo de Ella que todos estemos en su felicísimo y gloriosísimo Tránsito*». Y si bien es verdad que todos los Apóstoles sabían por boca de la Divina María que uno de los motivos para reunirles en Jerusalén era el de la proximidad de su salida de este mundo, sin embargo, al escuchar las palabras de Pedro, se enternecieron derramando abundantes lágrimas.

2. Durante las cuatro semanas que precedieron a tan sublimísimo misterio, María Santísima se dedicó a dar las últimas maternales enseñanzas y sabios consejos a los Apóstoles y demás religiosos y religiosas de la Orden Carmelitana presentes en Jerusalén. Ella todo lo organizó a fin de que se prepararan con especiales oraciones, penitencias y adoctrinamiento suyo, pues deseaba quedasen muy fortalecidos para cuando Ella les faltase. Y también les exhortó a la prudencia; pues, con motivo de los recientes conflictos de Pablo con el sanedrín y demás judíos de Jerusalén, existía más agresividad de estos enemigos contra la Iglesia de Cristo. Era, pues, necesario que todos se mantuviesen recogidos, y así ir preparando también los asuntos a tratar en el Tercer Concilio Ecuménico de Jerusalén, que se celebraría algunos días después de la Gloriosa Asunción de María. En esta fase preparatoria del Tercer Concilio, la Beatísima Señora orientó a los Apóstoles y discípulos sobre las necesidades doctrinales más urgentes a tratar.

3. El Tránsito de la Santísima Virgen María abarca en sí tres misterios absolutamente inseparables y en perfecta armonía: El de su Inmortalidad, el de su Dulce Dormición y el de su Gloriosa Asunción a los Cielos; luego el vocablo «*tránsito*» puede usarse tanto para expresar la Dulce Dormición de María, como su Gloriosa Asunción a los Cielos.

Capítulo III

La Dulce Dormición de la Santísima Virgen María

1. La Dulce Dormición de la Santísima Virgen María acaeció el viernes 13 de agosto del año 57 en la celda-oratorio que Ella ocupaba en el convento de religiosas de Jerusalén, que formaba parte de las distintas dependencias del Cenáculo. Cuando a la Divina María le sobrevino la Dulce Dormición, tenía setenta y cuatro años de edad, y le faltaban veintiséis días para cumplir los setenta y cinco años. No obstante dicha edad, su Inmaculado Cuerpo accidental no había envejecido, sino que conservaba la misma lozanía y belleza que tuvo de treinta y tres años, al no haber sufrido mudanza alguna. La Divina María no sintió, pues, los efectos del avance de los años, ni de la senectud o vejez; por lo que no tuvo arrugas en su Rostro ni en otra parte de su Virginal Cuerpo, ni otro deterioro, debilidad o flaqueza física alguna. La formación y belleza indescriptibles del Cuerpo accidental de la Divina María fueron siempre perfectísimas desde el mismo instante de su Inmaculada Concepción; mas Ella, como estuvo sujeta, según el plan divino, al natural crecimiento corporal, dichas cualidades excepcionales de su Cuerpo fueron manifestándose conforme a la edad; quedando estables a los treinta y tres años; de manera que, a partir de este momento, el Inmaculado Cuerpo accidental de María siempre se manifestó inmutable y perfectísimo como si tuviese treinta y tres años.

2. El viernes 13 de agosto del año 57, deseando la Excelsa Madre de la Iglesia que sus hijos allí presentes participasen del sublimísimo acontecimiento de su Dormición gloriosa, mandó al Papa Pedro que celebrase la Santa Misa en la celda-oratorio habitado por Ella en el convento del Cenáculo. La disposición de dicho aposento privado de la Divina María, además de tener cabida para un determinado número de personas, permitía que, abriéndose puertas y ventanas, se pudiese ver su interior desde otras dependencias. A las 12h. en punto de la mañana de aquel memorable día 13 de agosto del año 57, el Papa Pedro celebró la Santa Misa en el altar del oratorio privado de la Excelsa Madre de Dios, estando presentes en dicha ceremonia los otros Apóstoles, es decir: Pablo, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Simón y Matías. El que el Apóstol Pablo estuviere también presente en tan sublime acontecimiento, se debió a que el Arcángel San Cediel le sacó momentáneamente de la cárcel de Cesarea Marítima sin que nadie notara su ausencia, y le trasladó al Cenáculo de Jerusalén, a fin de que estuviera presente en la Dulcísima Dormición y Sepultura de la Santísima Virgen María. También asistieron al Sacrificio Eucarístico celebrado por Pedro, los discípulos misioneros venidos de sus destinos, así como los demás religiosos y religiosas de los conventos de Jerusalén y Betania, e incluso algunos fieles terciarios. Entre los congregados allí, estaban María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta, el Obispo Lázaro, y los Obispos Nicodemo, José de Arimatea y Gamaliel. No faltaron

tampoco los tres Apóstoles planetarios Elías, Enoc y Moisés. Durante la Santa Misa, Pedro administró la Sagrada Comunión a la Divina María y a todos los demás presentes, y al final impartió solemnemente la bendición papal.

3. Después que Pedro terminó la Santa Misa, la Divina Virgen María dirigió las siguientes palabras: *«Carísimos hijos míos, siempre os he tenido en mi alma y escritos en mi corazón, donde tiernamente os amo con la caridad y amor que me comunicó mi Hijo Santísimo. Por su voluntad santa y eterna, me voy a las moradas celestiales, donde os prometo, como Madre, que os tendré presentes en la clarísima luz de la Divinidad. Os encomiendo la Iglesia, la exaltación del Santo Nombre del Altísimo, la dilatación de la Ley Evangélica, la estimación y aprecio de la palabra de mi Hijo Santísimo, la memoria de su vida, muerte y resurrección, y la observancia de toda su doctrina. Amad, hijos míos, a la Santa Iglesia y de todo corazón unos a otros con aquel vínculo de la caridad y paz que siempre os enseñó vuestro Divino Maestro. Y a ti, Pedro, mi dilecto hijo y Pontífice Santo, te encomiendo al Apóstol Juan, mi amadísimo hijo, y a todos los demás hijos míos queridísimos»*. Las palabras de la Sapientísima y Divina Maestra penetraron como flechas de divino fuego en los corazones de todos los Apóstoles y demás circunstantes; los cuales, enternecidos, y sumidos en un mar de lágrimas y de acerbísimo dolor por la inminente separación de su amadísima Madre Celestial, se postraron en tierra acatando la voluntad divina. La Dulcísima María, que no quiso resistirse a tan amargo y justo llanto de sus hijos, lloró también a la par de ellos. Después, por indicación de la Excelsa Señora, todos oraron en silencio. Cuando estaban en esta quietud sosegada, descendió del Cielo el Verbo Divino Humanado en un trono de inefable gloria, acompañado de los Coros Angélicos y de los demás Bienaventurados, y se llenó de gloria la casa del Cenáculo. María Santísima adoró a su Divino Hijo y le besó los pies con profundísima humildad. Él dio a su Divina Madre la bendición, y en presencia de todos le dijo: *«Madre mía carísima, ya es llegada la hora en que has de pasar de esta vida a la gloria del Padre y Mía, donde tienes preparado el asiento a mi diestra, que gozarás por toda la eternidad»*. También se manifestaron allí el Padre Eterno, el Espíritu Santo y el Santísimo José, Santa Ana y San Joaquín. Poco antes de su Dormición, María Santísima, que se hallaba arrodillada delante del trono de su Divino Hijo, recostó su Purísima e Inmaculada Cabeza en el Divino Regazo de Jesús; y, profundamente arrobada en la llama del amor divino, quedó sumida en Dulce Dormición cuando eran las 3h. en punto de la tarde de aquel viernes 13 de agosto del año 57. La Purísima e Inmaculada Cabeza de María permaneció recostada en el regazo de su Divino Hijo por espacio de siete minutos. Terminado este breve tiempo, el Sagrado Cuerpo Dormido de María fue colocado por doce Ángeles en su propio lecho, misteriosamente enriquecido por ellos. Después, desaparecieron la Santísima Trinidad, los Coros Angélicos, los demás Bienaventurados y los tres Apóstoles planetarios Elías, Enoc y Moisés. Del Inmaculado Cuerpo dormido de la Divina María, gloriosamente transfigurado, emanaban celestiales resplandores e indecibles aromas que inundaron aquel recinto. Todos los allí presentes, aunque en diversos grados de claridad e intensidad de visión, habían sido favorecidos con la manifiesta presencia de la Santísima Trinidad, de los Coros Angélicos, de los demás Bienaventurados y de los tres Apóstoles planetarios; y todos habían oído los jubilosos cantos de los espíritus celestiales que alababan a Dios y ensalzaban las grandezas de María.

4. Durante el tiempo que duró la Dulce Dormición de la Divina María, siguieron unidos los tres elementos de su Purísima Persona: Su Alma, su Cuerpo esencial y su Cuerpo accidental, ya que jamás se separaron ninguno de los tres. Además, desde el mismo instante de la Dulce Dormición de María, su Divina Alma quedó liberada para siempre del estado pasible; su Inmaculado Cuerpo esencial siguió participando del gozo beatífico del Alma; y, a la vez, Ésta siguió animando al Inmaculado Cuerpo accidental comunicándole la vida natural, aunque dicho Cuerpo estuvo inconsciente, privado de toda actividad física y sin participar del gozo beatífico del alma. Y si bien el Cuerpo accidental de María, desde el mismo instante de su Dulce Dormición, quedó liberado para siempre del estado pasible, y por lo tanto su único estado era el glorioso, no obstante, dicho Inmaculado Cuerpo accidental siguió externamente aparentando ciertas cualidades pasibles, como por ejemplo el peso, pues así convenía que se manifestase Ella ante los Apóstoles y demás miembros de la Iglesia, hasta que fuese Asunta a los Cielos. La Dulce Dormición de la Santísima Virgen María repercutió, de manera diversa, en gozo indecible para todo el Universo. El astro sol, pleno de luminosidad, comenzó de súbito a girar en el firmamento con agilidad y belleza indescriptibles, causando asombro en los que contemplaron aquel prodigio. Además, como trascendiese fuera del edificio del Cenáculo la luz y fragancia sublimes emanadas del Cuerpo dormido de la Divina María, no pocos de los habitantes de Jerusalén se congregaron junto al edificio, con sorpresa y admiración. La Dormición de la Divina Corredentora y Corredentora conllevó un buen número de conversiones, tanto en Jerusalén como en otros lugares.

5. El Papa Pedro, los otros once Apóstoles, María Cleofás y María Salomé, y todos los demás presentes en el Cenáculo, desconociendo el estado de Dulce Dormición de María Santísima, creyeron que verdaderamente estaba muerta, y por eso decidieron darle sepultura y obtener para ello las debidas licencias civiles.

Capítulo IV

El Cuerpo dormido de María es sacado del Cenáculo y llevado al Huerto de los Olivos

A las 4h. en punto de la tarde de aquel viernes 13 de agosto del año 57, el Purísimo Cuerpo accidental dormido de María, unido a su Alma y a su Cuerpo esencial, fue sacado del Cenáculo de Jerusalén camino del Huerto de los Olivos para recibir sepultura. El cortejo fúnebre estaba así organizado: Primero iban los fieles terciarios, después las fieles terciarias y luego las religiosas; a continuación, doce discípulos portaban a hombros a María Santísima dormida en su lecho de madera, y seguidamente iba el Papa Pedro, teniendo a su derecha al Apóstol Pablo y a su izquierda al Apóstol Juan; y detrás, los otros nueve Apóstoles y demás religiosos varones de la

Orden Carmelitana. A su paso, se fueron uniendo a la comitiva no poca gente de Jerusalén, unos movidos por una fuerza misteriosa, y otros por irresistible curiosidad. El itinerario del entierro fue el siguiente: Desde el Cenáculo, fueron al barrio de Ofel, y después cruzaron las murallas de la ciudad por la puerta de la Fuente, hasta el Valle del Cedrón. Luego, siguieron el camino de sur a norte, entre dicho torrente y las murallas de la ciudad. Y, ya próximo a la actual puerta de San Esteban, cruzaron el pequeño puente sobre el Cedrón, llegando así a la gruta conocida hoy como el Sepulcro de la Virgen. Fueron innumerables los milagros que se obraron al paso de la Divina María en su estado de Dulce Dormición, pues muchos enfermos se curaron, y no pocos judíos y gentiles quedaron ilustrados en la Fe de Cristo, reconociendo sus errores y pidiendo perdón por sus pecados. Además, como del Purísimo Cuerpo accidental de María emanaban luz y fragancia indescriptibles, el concurso de gente que formaba el cortejo, y los que presenciaban el paso del mismo, manifestaban su asombro y admiración. Y Dios todo lo dispuso tan maravillosamente, que los judíos más obstinados por su perversidad y agresividad contra los cristianos, quedaron como paralizados en su inquina contra la Iglesia de Cristo, sin que tuvieran ánimo ni fuerza para obstaculizar las ceremonias de aquel majestuoso entierro; pues, además, durante el mismo, los demonios se vieron muy mermados en su poder seductor sobre la Tierra, e incluso Lucifer se vio completamente impotente en su maligno actuar. Muchas otras fueron las señales prodigiosas en el Cielo y en la Tierra, que el Altísimo manifestó durante el traslado de la Divina María desde el Cenáculo al sepulcro; y no pocas de las gentes de Jerusalén pudieron contemplar a multitud de ángeles que, manifestándose en las alturas, cantaban las grandezas de María.

Capítulo V

Llegada del cortejo fúnebre a la gruta del sepulcro. El Inmaculado Cuerpo dormido de María es colocado sobre la piedra tumularia. Vueltos al Cenáculo, el Apóstol Tomás se marcha y aleja de Jerusalén

1. A las 5,30h. de la tarde de aquel viernes 13 de agosto del año 57, llegó a la gruta del sepulcro, en el Valle de Josafat, junto al Huerto de los Olivos, el cortejo fúnebre que trasladaba a la Divina María en su sublime Dormición. Los doce Apóstoles introdujeron el Inmaculado Cuerpo Dormido de María en la referida gruta, depositándolo a las 5,45h. de la tarde sobre la piedra tumularia preparada para este fin. Muchos de los del cortejo presenciaron tan conmovedora escena, hallándose en lugar preferente María Cleofás, María Salomé, María Magdalena, Marta, Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea, Gamaliel, Ágabo y Serapia. Y, mientras los coros angélicos cantaban sin cesar las glorias de María, todos los asistentes, antes de salir del sepulcro, reverenciaron con santa emoción y profusas lágrimas a la Divina Señora en su estado de Dormición, aunque ellos creían que estaba muerta. Todos los corazones se hallaban embargados de gozo inenarrable, compartido con la inevitable tristeza de sentirse como huérfanos. Esta entrañable ceremonia terminó a las 6h. de la tarde, hora en que se cerró y selló la gruta del sepulcro. Poco después, el Apóstol Pablo fue devuelto a la cárcel de Cesarea Marítima por ministerio del Arcángel San Cediel. Con la sublime Dormición de María, los miembros de la Iglesia se sintieron más entrañablemente unidos al Papa Pedro, Vicario de Cristo, y también Vicario de María; en cuya paternidad papal abarca tanto la Paternidad del Divinísimo Fundador de la Iglesia, como la Maternidad de su Divina Cofundadora. Por disposición del Papa Pedro, se formaron turnos de vela para que no faltase delante del sepulcro continua oración, y así honrar a la Divina María allí depositada. A las 6,15h. de la tarde, los once Apóstoles, parte de los discípulos, así como un buen número de fieles, retornaron a sus distintas ocupaciones en Jerusalén.

2. Una vez que se hallaban en el Cenáculo, el Apóstol Tomás, que había asistido a la ceremonia de la sepultura de la Divina María, se puso a considerar el acontecimiento y, de súbito, se sintió turbado y desolado, pues se decía a sí mismo: «*No es posible que la muerte tenga dominio sobre Ella*»; pues, Tomás, en su habitual manía de analizarlo todo, aferrado a su propio criterio, y sin el auxilio de la oración, quiso compaginar las excelencias y grandezas de la Divina María con la creencia de que estuviese muerta, cuando humildemente debería haber dejado en las manos de Dios el esclarecimiento de tan sublime misterio, como hicieron el Papa Pedro y todos los demás. Y fue tal el desconcierto que el demonio puso en su mente, que Tomás, sumido en profunda desolación, cabizbajo y meditabundo, aprovechó una oportunidad en que nadie le veía, y salió del Cenáculo ese mismo día 13 de agosto del año 57, a las 7,15h. de la tarde, y luego se alejó de Jerusalén sin que nadie supiese de él hasta pasada la Asunción de la Santísima Virgen María, por lo que estuvo ausente en este gloriosísimo misterio.

Capítulo VI

Un ángel avisa a Pedro que todos se congreguen delante del sepulcro de la Divina María antes del amanecer. La Asunción de la Santísima Virgen María a los Cielos en Cuerpo y Alma

1. Como deseara María Santísima que todos sus hijos presentes en Jerusalén fuesen testigos de su Gloriosa Asunción a los Cielos, envió un Ángel al Papa Pedro, cuando él oraba en la capilla del Cenáculo, hacia la medianoche en que daba comienzo el Domingo 15 de agosto del año 57. El mensajero celestial, de parte de la Excelsa Señora, comunicó al Papa que todos debían congregarse delante de su sepulcro antes de que amaneciese dicho día, a fin de que, unidos en oración, se preparasen más especialmente al magno acontecimiento de su Gloriosa Asunción a los Cielos. Alrededor de las 3h. de la madrugada, con excepción de Tomás, se hallaban ya reunidos, delante de la gruta del sepulcro de la Divina María, es decir, fuera de dicha gruta, Pedro, los otros diez Apóstoles, los discípulos, las discípulas y los muchos fieles de Jerusalén. El que el Apóstol Pablo estuviese también presente en la gloriosa Asunción de la Santísima Virgen María a los Cielos en Cuerpo y Alma, fue porque Dios le concedió, para ese fin, el don de la bilocación; de manera que, al mismo tiempo que estaba en la

cárcel de Cesarea Marítima, lo estaba en tan admirable acontecimiento. Además, estuvieron allí presentes Elías, Enoc y Moisés.

2. El Domingo día 15 de agosto del año 57, a las 6h. en punto de la mañana, siendo ya de día, el Cuerpo accidental de María Santísima, siempre unido a su Alma y a su Cuerpo esencial, se despertó de su Dulce Dormición gloriosamente transfigurado al ser ya partícipe, y a perpetuidad, del gozo beatífico de su Divina Alma. La Persona de María, una vez erguida de su lecho tumulario, traspasó milagrosamente el techo pétreo de la gruta, hasta posar sus purísimas plantas en la parte superior externa de la misma, quedando así por breve tiempo. Los que se hallaban allí reunidos, no salían de su asombro ante la súbita aparición de la Divina María glorificada, a la que las miradas angélicas rendían celestial veneración, cantando sus grandezas. Antes de que Ella se elevara a las alturas, y se obrase así el misterio de su Asunción a los Cielos en Cuerpo y Alma, dirigió a todos los presentes palabras de gran consuelo, con la promesa de que, si bien había dejado esta vida terrena, siempre estaría con ellos para guiarles, como Madre que es de la Iglesia. Luego, misteriosamente, Ella abrazó al mismo tiempo a todos sus hijos allí congregados, momento en que les dio a conocer a cada uno en su interior el secreto de su Dulce Dormición; por lo que ellos, desde entonces, supieron que María no había muerto, si bien sería después confirmado a todos por el Papa Pedro. A continuación, se colocaron a la derecha e izquierda de la Divina María, respectivamente, los Apóstoles planetarios Elías y Enoc, y muy próximo a ellos, el Apóstol Moisés, aunque por entonces dichos tres Obispos siguieron invisibles a los demás. Después que la Santísima Virgen María confortase a sus hijos con sus maternales palabras, mientras les bendecía fue elevándose a los Cielos por la misma virtud de su naturaleza gloriosa, y no por ministerio alguno de la multitud de ángeles que la acompañaban, a la vez que cantaban: *«Asunta es María al Cielo. ¿Quién es Ésta que sube del desierto como azucena de los valles, como vapor de mirra e incienso, plena de luz y majestad?»* Entonces se apareció en lo alto la Santísima Trinidad rodeada de las miradas angélicas y demás Bienaventurados para recibir oficialmente en las moradas eternas a la Reina y Señora del Universo.

3. Cuando María Santísima, llegó al trono real de la Augustísima Trinidad, las Tres Divinas Personas la recibieron en él con un abrazo indisoluble. El Eterno Padre le dijo: *«Hija mía, asciende más alto que todas las criaturas: Electa mía, y Paloma mía»*. El Verbo Divino Humanado le dijo: *«Madre mía, de Quien recibí mi Sagrado Cuerpo, y la que continuó mis obras con perfectísima imitación, recibe ahora el premio, de mi mano, que tienes merecido»*. El Espíritu Santo le dijo: *«Esposa mía amantísima, entra en el gozo eterno que corresponde a tu fidelísimo amor y goza sin cuidados, que ya pasó el invierno del padecer y llegaste a la posesión eterna de nuestros abrazos»*. Allí quedó absorta María Santísima ante las Tres Divinas Personas y abismada en el océano infinito de la Divinidad. Después que la Augusta Trinidad, con esa triple alabanza, resaltara la grandeza de María en presencia de los ángeles, de los demás Bienaventurados y de los fieles reunidos ante el sepulcro, el Eterno Padre, el Hijo y el Espíritu Santo depositaron la majestuosa corona imperial sobre la Inmaculada Cabeza de la Augusta Señora, quedando así Ella coronada como Reina de Cielos y Tierra; pues, si bien esta excelsa prerrogativa le fue dada a María al ser creada su Divina Alma, era necesario que, a la vista de todos, se manifestase oficialmente su sublime realeza. Inmediatamente después de que María Santísima fuese coronada, desaparecieron el Eterno Padre y el Espíritu Santo; y estando Ella a la derecha de su Divino Hijo, Él mostró a todos a su Excelsa Madre investida de soberana realeza, quedando ambos, poco después, ocultos a la vista de los mortales.

4. Mas, en el mismo instante en que María Santísima, acompañada de su Divino Hijo, se ocultaba en las alturas para manifestar a los presentes su entrada oficial en los Cielos, se hicieron visibles a los Apóstoles y demás reunidos ante el Sepulcro de la Virgen, los Profetas Elías y Enoc, hasta entonces ocultos; los cuales dijeron: *«Varones galileos, ¿qué estáis mirando al Cielo? Esta María que de vuestra vista se ha subido al Cielo, así vendrá como la habéis visto subir al Cielo»*. También, el Profeta y Legislador Moisés, se hizo visible a los Apóstoles y demás fieles de la Iglesia allí presentes, desapareciendo poco después los tres. Todos los congregados ante el sepulcro, cada uno según su grado de visión, contemplaron estupefactos el indescriptible recibimiento que la Augusta Trinidad hacía a la Excelsa Señora. El Santísimo José, estuvo visiblemente presente en la Asunción y Coronación de su Virginal Esposa María, ocupando él, a la vista de todos, el lugar más distinguido que corresponde después de Ella.

5. El cuerpo accidental del Santísimo José, así como los cuerpos accidentales de los demás justos que habían resucitado al resucitar Cristo, y que se hallaban sumidos en dulce dormición desde la admirable Ascensión del Señor, despertaron en el mismo instante en que María Santísima empezó a elevarse a los Cielos en Cuerpo y Alma desde la parte superior externa de la gruta.

6. Tras la gloriosa Asunción de María Santísima a los Cielos, el Papa Pedro, los otros diez Apóstoles, ya que faltaba Tomás, y todos los demás testigos presenciales de aquel sublime misterio, volvieron al Cenáculo exultantes de gozo, si bien enternecidos y llorosos al quedar ya sin la compañía de su Divina Madre y Señora. Poco después, Pablo desapareció al cesar su bilocación. Los demás miembros de la Iglesia de Cristo repartidos por todos los territorios, participaron de distintas maneras, del misterio de la Asunción de la Santísima Virgen María, con gran júbilo y fortalecimiento de ellos.

Capítulo VII

El Apóstol Tomás vuelve al Cenáculo de Jerusalén. Arrepentimiento del Apóstol

El mismo día 15 de agosto del año 57, una vez Asunta la Santísima Virgen María a los Cielos, volvió por la tarde al Cenáculo el Apóstol Tomás. Éste fue informado por el Apóstol Pedro, los demás Apóstoles y otros

muchos, de que la Divina María había sido Asunta a los Cielos tras haber despertado de su Dulce Dormición, y que, por tanto, no había muerto. Y como Tomás no entendiase el misterio de la Dormición de María, y nadie le hablase de su resurrección, trató de analizar el por qué María, sin una previa resurrección y una permanencia con ellos en la Tierra, a imitación de Cristo antes de su admirable Ascensión, había sido Asunta a los Cielos. Tomás, se sintió otra vez turbado y desolado por la incompreensión y por la duda; aunque bien es verdad que, en esta ocasión, la duda del Apóstol duró poco tiempo, ya que, en lugar de deambular por las calles, se fue al sagrario por consejo de Pedro, en donde oró durante tres horas, al cabo de las cuales su alma quedó sublimemente iluminada, entendiendo con perfecta nitidez que la Santísima Virgen María no había muerto, sino que había quedado dulcemente dormida, así como el misterio de su gloriosa Asunción a los Cielos. Seguidamente, Tomás, en presencia de todos, se arrojó a los pies del Apóstol Pedro, los besó y pidió públicamente perdón por haber pecado gravísimamente al abandonar por su propia cuenta la vida religiosa de la comunidad; y de haber faltado a la confianza que se debe depositar en la palabra del Papa. Tras recibir el perdón de Pedro, fue agraciado con una aparición de la Divina María, la cual, dirigiéndose a él le dijo: «*Tomás, Tomás, hijo mío amadísimo, debes analizar menos y orar más*». Después de dichas maternales palabras, el Apóstol, arrodillado y con abundantes lágrimas, dijo a la Santísima Virgen María sólo estas sublimes palabras: «*¡Señora mía y Madre mía!*» Seguidamente, la Divina María le bendijo, le abrazó maternalmente y desapareció.

Capítulo VIII

El Tercer Concilio Ecuménico de Jerusalén

1. Para cumplir el deseo expreso de Nuestro Señor Jesucristo, manifestado a la Iglesia a través de la Divina María antes de su Asunción a los Cielos, el Papa Pedro, el día 17 de agosto del año 57 promulgó en el Cenáculo de Jerusalén la celebración del Tercer Concilio Ecuménico de la Iglesia, que fue precedido de nueve días de oraciones y sacrificios especiales a partir de la misma fecha. Los Padres Conciliares que intervinieron en las discusiones y acuerdos fueron cuarenta y ocho: El Papa Pedro, los Apóstoles Pablo, Juan, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el Menor, Tadeo, Simón y Matías. También tomaron parte, entre otros Obispos, Agabo, Bernabé, Lucas, Lázaro, Nicodemo, José de Arimatea, Gamaliel, Timoteo, Marcos, Silas y Nicolás. El que, el Apóstol Pablo, estuviese presente en el III Santo Concilio de Jerusalén, fue merced a una libertad vigilada alcanzada de las autoridades romanas, por medio de una fianza monetaria entregada por un grupo de cristianos. Pablo, custodiado por algunos soldados romanos, hizo su viaje, reuniéndose en el Cenáculo con los demás Apóstoles en la fecha antes referida, y en donde fue vigilado discretamente, desde fuera, por dichos soldados.

2. El Tercer Concilio Ecuménico de Jerusalén se celebró en el Cenáculo, y dio comienzo el 26 de agosto del año 57, concluyendo las sesiones el 19 de septiembre del mismo año; es decir, que las sesiones duraron veinticinco días. Momentos antes de que dieran comienzo las discusiones del Concilio, el Papa Pedro exigió a los Apóstoles Pablo y Santiago el Menor que, arrojados a sus pies, pidieran públicamente perdón de todos sus fingimientos y actos judaizantes, para que quedara bien patente que los dos reconocían sus equivocaciones pasadas y se retractaban de ellas.

3. Las cuestiones doctrinales y disciplinarias tratadas y acordadas en el Tercer Concilio Ecuménico fueron, entre otras: Se reafirmaron y declararon infaliblemente los aspectos más fundamentales del misterio trinitario: La Unidad en la Esencia y la Trinidad en las Personas. Se reafirmaron y declararon infaliblemente los aspectos más fundamentales del misterio del Verbo Divino Humanado: Cristo, verdadero Dios y verdadero Hombre. Se reafirmaron y declararon infaliblemente los misterios de la Muerte, Resurrección y Ascensión de Cristo. Se declaró infaliblemente el valor reparador y redentor del Sacrificio Cruento del Calvario y del Sacrificio Incruento que lo perpetúa, es decir la Santa Misa. Se reafirmó y declaró infaliblemente la real y verdadera presencia de Cristo en la Eucaristía; y aunque no se enseñase infaliblemente entonces la real y verdadera presencia de María en la Eucaristía, dicho misterio era de común sentir entre los cristianos. Se reafirmó y declaró infaliblemente la doctrina de los Sacramentos instituidos por Cristo, y se afianzó más el rito propio de cada uno de ellos. Se reafirmaron y declararon infaliblemente los aspectos más fundamentales del Cuerpo Místico de Cristo, y la absoluta necesidad de ser miembros de la Iglesia para salvarse. Se promovió también el culto y veneración a la Santísima Virgen María. Se reafirmó y decretó la obligatoriedad del Celibato Sacerdotal. Y se impuso la pena de excomunión para los Sacerdotes y religiosos que no observasen el sagrado celibato instituido y exigido por Cristo y llevado a la práctica por la Iglesia. La circuncisión que, como rito religioso, ya era prohibida a los cristianos y penada bajo excomunión, es ahora prohibida su práctica por cualquier otra causa y bajo la misma pena; es decir, que los cristianos venidos del judaísmo, o cualquier otro fiel, incurrieran en excomunión si practicaban la circuncisión, por ejemplo, por motivos de raza, civiles o sociales. Mas, no entraban dentro del concepto de circuncisión, y por lo tanto estaban permitidas, aquellas operaciones quirúrgicas necesarias por razones de salud o de vida conyugal. A los fieles cristianos venidos del judaísmo, y a los fieles en general, les quedó prohibida, bajo pena de excomunión: La entrada al templo judío de Jerusalén y a las sinagogas, la participación en los ritos o cultos judaicos, y cualquier otra manifestación, de obra o palabra, contraria a la Fe cristiana. Con esta medida se les imponían ahora a los cristianos de origen judío las mismas prohibiciones que se les impusieron a los cristianos de origen gentil en el II Concilio de Jerusalén; pues, como sabemos, allí les quedó vedado a estos, bajo pena de excomunión, el participar en los cultos y ritos idolátricos, y por lo tanto la entrada en los templos paganos. Quedó abolida la obligación impuesta a los cristianos de origen gentil, de abstenerse de comer carne de los animales muertos sin derramamiento de sangre y sangre de animales, como mandaba la Ley de Moisés. Se declaró

la ruptura total de la Iglesia de Cristo con la apóstata iglesia judaica o sinagoga de Satanás. Pedro, inspirado por el Espíritu Santo, propuso la redacción del Santo Evangelio, en el que se recogiesen los misterios de la Vida, Pasión, Muerte, Resurrección y Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. Las disposiciones del Tercer Concilio de Jerusalén fueron recogidas en unas actas, de las que se hicieron las correspondientes copias para llevarlas a las distintas diócesis. Todas las materias doctrinales y disciplinarias tratadas y aprobadas en el Tercer Concilio de Jerusalén, habían sido aconsejadas a Pedro, por la Santísima Virgen María, antes de su Asunción a los Cielos.

Capítulo IX **Apostasía del Obispo Nicolás**

En el Tercer Santo Concilio de Jerusalén apostató definitivamente el Obispo Nicolás, uno de los siete primeros Diáconos, el cual no estuvo presente en el Cenáculo durante la apoteósica Venida del Espíritu Santo. Dicha apostasía tuvo el siguiente proceso: Si bien, en un principio Nicolás se llegó a distinguir por su sabiduría y fervor sacerdotal, siendo ejemplo de virtud y de sometimiento a la Iglesia, poco a poco fue abandonando su rectitud de conciencia para dar paso a las mundanidades, hasta pretender compaginar el sacerdocio y la vida religiosa con el libertinaje, en vez de mortificar sus pasiones. Y de tal manera fue tomando aversión al celibato, que buscaba siempre algún pretexto para que se le pudiese eximir de esta exigencia, sin que lo lograra. En varias ocasiones tuvo que ser amonestado por sus propios hermanos en el sacerdocio, ya que trataba solapadamente de influir en ellos para que apoyasen sus desvíos. Fue en el Tercer Concilio de Jerusalén cuando él manifestó abiertamente sus inicuas pretensiones, tratando de persuadir a los demás Padres Conciliares para que se aboliese el Sagrado Celibato Sacerdotal. El Papa Pedro, con gran paciencia y entrañable afecto, trató primero de disuadir a Nicolás de sus errores, para atraerle a la verdadera doctrina. De nada sirvieron la paternal actitud del Papa ni las exhortaciones de los demás Padres Conciliares, pues Nicolás se mantuvo firme en su obcecación, tratando, además, de convencer a todos de que el celibato, ni Cristo lo había instituido, ni menos lo había exigido, pues eso iba contra natura, debido a las inclinaciones naturales del hombre, imposibles de refrenar fuera del matrimonio. Tras una larga y acalorada discusión, el Papa Pedro reafirmó la doctrina de la Iglesia acerca del celibato, exigiéndolo bajo pena de excomunión, y en estos términos mandó que constase como uno de los cánones del Concilio. La actitud firme de Pedro, provocó la ira de Nicolás contra la Iglesia; y el Papa le anatematizó expulsándolo. A la salida del Cenáculo, Nicolás arrastró con él a algunos de los religiosos partidarios de sus mismos errores, quienes le siguieron en su apostasía. Nicolás fue después el fundador de los nicolaítas, secta infame promotora de herejías y de la corrupción de no pocos sacerdotes. El obispo Nicolás fue el gran padre de todos los heresiarcas, y desgraciadamente se condenó.

Capítulo X **Pablo vuelve a su prisión de Cesarea Marítima. Pedro, en su viaje a Roma, recorre Asia Menor y Grecia.** **Quinta persecución del sanedrín contra la Iglesia de Cristo. Muerte y resurrección de María Cleofás y María Salomé**

1. Tras el feliz éxito del Tercer Concilio de Jerusalén, el Papa Pedro, los Apóstoles misioneros y otros muchos Obispos allí congregados, comenzaron a salir para sus respectivos destinos. El primero en hacerlo fue el Apóstol Pablo, que partió para su prisión de Cesarea Marítima el día 21 de septiembre, custodiado por varios soldados romanos. El 30 de septiembre, Pedro inició su regreso a Roma, acompañado de su séquito, incluido el Apóstol Juan, aunque éste quedó en Éfeso para regir las comunidades cristianas de la región de Asia en calidad de Patriarca de las mismas. El Papa Pedro, antes de llegar a Roma, Sede Apostólica de la Iglesia, recorrió durante tres meses algunas diócesis de Asia Menor y Grecia, especialmente las menos visitadas por él.

2. A mediados de octubre de aquel año 57, mientras el Papa Pedro, en su camino a Roma, recorría Asia Menor y Grecia, tuvo lugar en Jerusalén la quinta persecución del sanedrín contra los miembros de la Iglesia de Cristo allí residentes. Los prodigios vistos en Jerusalén con motivo de la Dulce Dormición y Asunción de la Santísima Virgen María, la celebración del Tercer Concilio, y el que se hubiesen congregado, para dichos acontecimientos, Pedro, los demás Apóstoles misioneros y otros muchos Obispos y fieles de la Iglesia, habían alarmado sobremanera al sanedrín; que, si bien no actuó por entonces abiertamente contra los cristianos, no sucedió así días después en que, una buena parte de los venidos a Jerusalén, habían regresado a sus lugares. Dicha persecución fue promovida por el apóstata obispo Nicolás, quien a manera de un nuevo Judas Iscariote, se presentó ante el impío sumo sacerdote Ananías y su consejo sanedrítico para provocarles contra la Iglesia de Cristo, siendo ésta víctima de una nueva persecución. Y como dicho consejo sanedrítico sabía que el Procurador Félix, con residencia en Cesarea Marítima, no era partidario del derramamiento de sangre, esta nueva persecución la llevó a cabo el sanedrín de manera más cautelosa, aunque no por eso menos eficaz, sobornando para ello a no pocos soldados romanos; los cuales, falsamente, aducían que su intervención era para sofocar posibles sediciones de los cristianos contra el imperio. Muchos de los miembros de la Iglesia de Cristo fueron desterrados de Jerusalén, y otros se ausentaron ante las amenazas de sus perseguidores. Dios se valió de esta persecución, para que el Evangelio se extendiese por otros lugares en donde aún no había llegado o era poco conocido. Las medidas represivas del sanedrín contra los cristianos, cesaron poco antes de que terminase el año 57. Durante esta persecución, fueron desterrados, entre otros, el Obispo Lázaro y sus hermanas María Magdalena y Marta, a quienes llevaron prisioneros al puerto de Jope, y luego les introdujeron con otros muchos cristianos en una nave expresamente inhabilitada para la navegación; y así, dejados a merced de las olas, murieron en el mar. Pero dicha nave, en pocos días, llegó milagrosamente al puerto de Marsella, Francia, ciudad que fue evangelizada por Lázaro, su primer Obispo, y en la que Marta fundó una comunidad de religiosas carmelitanas; si bien María

Magdalena se retiró a un lugar solitario para vivir y morir como religiosa penitente, llegando a ser modelo de la vida contemplativa. En colaboración con el Obispo Lázaro, Marta llevó a cabo un gran apostolado por el sureste de Francia. Los otros que milagrosamente llegaron con los tres hermanos de Betania al puerto de Marsella, en cuya expedición había Obispos, religiosos, religiosas y fieles seculares, se extendieron por distintos territorios de Europa: Unos, regentando diócesis, otros fundando conventos carmelitanos, y en general todos se dedicaron a extender el Evangelio cada uno según su estado. Entre los que tuvieron que ausentarse de Jerusalén con motivo de la persecución, estaban José de Arimatea, que se dirigió hacia el norte de Europa, llegando a ser el primer Obispo evangelizador de Inglaterra, y Marcial, que se dirigió a Francia, llegando a ser el primer Obispo de Limoges.

3. A pesar de esta persecución del sanedrín, permaneció en Jerusalén Santiago el Menor, el cual seguía siendo respetado por los judíos, dada la simpatía que gozaba entre ellos; y también quedaron aquí, entre otros religiosos y religiosas, María Cleofás y María Salomé, hermanas de la Santísima Virgen María. Dichas hermanas murieron dulcemente en el Cenáculo de Jerusalén, a las 3h. de la tarde del 8 de diciembre de ese año 57, cumpliéndose así el ardentísimo deseo que tenían de reunirse cuanto antes en el Cielo con su amadísima Hermana, la Divina María. Ambas fueron enterradas en la gruta del sepulcro de la Virgen, del Huerto de los Olivos, permaneciendo allí cuatro días; pues, el 12 del mismo mes y año resucitaron sus respectivos cuerpos esenciales y accidentales, participando en el Cielo, desde ese mismo instante, de la gloria beatífica del alma.

Capítulo XI

El Papa Pedro llega a Roma, en donde permanece alrededor de un año. Nuevo viaje apostólico de Pedro por Europa

1. El Papa Pedro, tras su salida de Jerusalén y después de tres meses de viaje apostólico, llegó a Roma el 30 de diciembre del año 57. Con el retorno del Papa a la Sede Apostólica de la Iglesia, se extendió mucho más el cristianismo, no sólo por la capital del imperio romano, sino también por otras partes de Italia, ya que eran los primeros años del reinado de Nerón, hombre pacífico a la sazón. Pedro permaneció en Roma alrededor de un año, dedicado a ensanchar las comunidades cristianas, a consolidar más las ya existentes, y a propagar, a través de mensajeros, las resoluciones del Tercer Concilio de Jerusalén por aquellos territorios que no tuvieron oportunidad de conocerlas por otro medio.

2. Después de este periodo de estancia en Roma, el día 8 de diciembre del año 58 el Papa Pedro emprendió un nuevo y largo viaje apostólico por Europa, acompañado de un séquito de siete Obispos, entre los cuales estaba Sidonio. Durante el viaje, el Vicario de Cristo fue predicando el Evangelio por todas las ciudades que visitaba. Primero se dirigió a Francia, entrando por el puerto de Marsella el 15 de diciembre, en cuya ciudad se reunió con el Obispo Lázaro, y con sus hermanas María Magdalena y Marta. Luego fue también a Limoges, diócesis regentada por el Obispo Marcial, y seguidamente visitó, entre otras, las ciudades de Toulouse, Lyon y París. Tras un gran apostolado por Francia, el gran pescador de hombres se embarcó el 15 de junio del año 59, para Inglaterra, a través del Canal de la Mancha, visitando en Glastonbury a José de Arimatea, primer Obispo de dicha ciudad. Después recorrió distintas partes de Inglaterra, predicando el Evangelio incluso en Londres; en cuyo puerto se embarcó el 10 de octubre del mismo año 59, llegando dos días después a lo que hoy es el puerto belga de Ostende. Una vez recorrido el territorio de Bélgica, entró en Holanda, llegando hasta el puerto de Róterdam. Tras un apostolado de más de dos meses por ambos territorios, el 17 de diciembre del mismo año, se encaminó por las aguas del Rin, entrando en Alemania, en donde evangelizó las ciudades de Colonia, Tréveris y Maguncia. En Tréveris Pedro dejó a Sidonio al cargo de la comunidad cristiana allí existente, siendo el primer Obispo de aquella ciudad. Después, previa estancia en Estrasburgo, el Papa Pedro penetró en Suiza por la ciudad de Basilea; y tras su recorrido por Suiza, volvió nuevamente a Alemania visitando Augsburgo. El 15 de agosto del año 60, el Papa Pedro se dirigió a lo que hoy es Austria, visitando, entre otras, las ciudades de Salzburgo y Viena; y, una vez en la región austriaca de Carintia, se dirigió de nuevo a Italia.

Capítulo XII

El Procurador Félix es substituido en el cargo por Porcio Festo. Festo hace traer a Pablo ante su tribunal, y éste apela al César

1. El 18 de junio del año 59, tras tomar posesión del cargo de Procurador romano, Porcio Festo, para ganarse el favor de los judíos, no se preocupó de liberar a Pablo de la prisión, aunque sabía que estaba allí por las insidias del sanedrín, sino que el 21 de junio de aquel año 59, o sea, tres días después de haber tomado posesión en el cargo, marchó de Cesarea Marítima para Jerusalén, llegando a ésta el día 23 del mismo mes; pues, consideraba de suma importancia que en dicha ciudad se acreditase su autoridad por los miembros del consejo sanedrítico, con quienes se entrevistó enseguida. Dichas autoridades judías vieron en esto la ocasión propicia de pedir a Festo que fuese traído Pablo a Jerusalén para ser aquí juzgado; y lo que en verdad planeaban era prepararle una emboscada para asesinarle en el camino. El Procurador, que no se fiaba del sanedrín, respondió que Pablo estaba bien custodiado en Cesarea Marítima, para donde él iba a partir cuanto antes, y que, por tanto, algunas de las principales autoridades judías fueran también a Cesarea Marítima para que le acusasen ante su tribunal, si es que era reo de algún delito. Y habiéndose detenido en Jerusalén ocho días, Festo salió de esta ciudad el 1 de julio, llegando dos días después a Cesarea Marítima. El 4 de julio del año 59, dicho Procurador, sentado en el tribunal, mandó traer a Pablo. Los judíos que habían venido de Jerusalén, acusaron al Apóstol de muchos y graves delitos que no podían probar, y éste se defendía diciendo que, ni contra la Ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra el César, había cometido delito alguno. Mas Festo, queriendo congraciarse con los judíos, dijo a Pablo: «¿Quieres subir a Jerusalén, y ser allí juzgado de estas cosas por ellos delante de mí?» Y respondió Pablo: «Yo estoy ante

el tribunal del representante del César, que es donde debo ser juzgado. Tú sabes que yo no he hecho el menor agravio a los judíos. Y si les hubiere hecho algún agravio, o cosa digna de muerte, no rehusaría morir. Según mi conciencia, no he cometido ninguno de los delitos de que soy acusado por los del sanedrín; y como nada he hecho de cuanto estos me imputan, nadie me puede entregar a ellos. ¡Al César apelo!» Entonces Festo, después de haber hablado con sus consejeros, respondió: «¿Al César has apelado? ¡Al César irás!» Pablo, en la autodefensa que hizo para librarse de la muerte, manifestó que ningún delito había cometido ni contra la Ley judía, ni contra el templo, ni contra el César; con lo cual, ni mentía ni fingía, ya que el hecho de haber predicado antes condenando los ritos judíos y el templo de Jerusalén, al no ser ya sagrados por la apostasía de la iglesia judaica, no implicaba para él delito alguno, pues había obrado con veracidad y rectitud de conciencia conforme a la Fe de Cristo que profesaba.

2. El 24 de julio de aquel año 59, el rey Herodes Agripa II, con su concubina Berenice, tras su reciente retorno de Roma, visitó al Procurador Festo. Éste habló al rey de la causa de Pablo, diciendo: «Félix dejó aquí preso a un hombre llamado Pablo, acerca del cual, cuando estuve en Jerusalén, acudieron a mí los miembros del sanedrín, pidiendo que le condenase a muerte. Yo les respondí que los romanos no acostumbran a condenar a ningún hombre sin que sus acusadores estén delante del acusado, y sin que se le dé lugar de defenderse para justificarse de los cargos. Y habiendo acudido aquí algunas de esas autoridades judías, sin tardanza alguna, me senté en mi tribunal y mandé traer al hombre que era acusado. Mas, compareciendo los acusadores, no le imputaban ningún delito que fuera contra el César y su imperio, ni de otra índole por la que mereciese ser culpado. Solamente tenían contra él algunas cuestiones religiosas acerca de un cierto Jesús difunto, al que Pablo seguía, y de Quien afirmaba estar vivo. Perplejo yo ante una causa de esta naturaleza, le dije al acusado si quería ir a Jerusalén, para allí ser juzgado por ellos, de estas cosas, delante de mí. Mas, interponiendo Pablo apelación para que su causa sea vista en juicio ante el Cesar Augusto, di orden para que se mantuviese en custodia hasta remitirle al César». Entonces el rey Herodes Agripa II dijo a Festo: «Desearía yo también oír a ese hombre». Festo le respondió: «Mañana le oirás».

Capítulo XIII

El Apóstol Pablo comparece ante el tribunal bicéfalo de Herodes Agripa II y del Procurador Porcio Festo

1. El 25 de julio de aquel año 59, habiendo llegado al pretorio de Cesarea Marítima el rey Herodes Agripa II y Berenice, con gran pompa, entraron en la sala de la audiencia con los tribunos y personas principales de la ciudad. Cuando fue traído Pablo por orden de Festo, éste dijo: «Rey Agripa, y todos vosotros que os halláis aquí presentes, ya veis a este hombre contra quien el pueblo de los judíos hizo recurso a mí en Jerusalén para que se lo entregara a ellos, y luego, aquí, en Cesarea, al ser juzgado delante de mí, exigieron a grandes voces su muerte. Mas, yo no he hallado en él cosa alguna digna de muerte. Y habiendo él mismo apelado a César Augusto, he determinado enviarle. Como no tengo cosa cierta de escribir al emperador acerca de él, le he hecho venir a vuestra presencia, mayormente a ti, oh rey Agripa, para que, examinándole, tenga yo algo que escribir; porque me parece cosa fuera de razón enviar un hombre preso, sin un informe de fundadas acusaciones para ser juzgado».

2. Entonces Herodes Agripa II dijo a Pablo: «Se te da licencia para hablar en tu defensa». Y Pablo, accionando con la mano, empezó su discurso, diciendo entre otras cosas: «¡Oh rey Agripa!, tengo la gran dicha, de poder defenderme hoy ante ti de todas las acusaciones de los judíos; sobre todo, porque tú conoces las costumbres y cuestiones que hay entre ellos. Te pido, pues, que me escuches con paciencia. Todos los judíos conocen cómo he vivido yo, en mi juventud, en Jerusalén en medio de mi pueblo; y si quieren dar testimonio, saben de mucho tiempo atrás que viví como fariseo, según la secta que creía más segura de la religión judía. Ahora estoy sometido a juicio, oh rey, acusado por los judíos, por haberse cumplido la promesa hecha por Dios a mis padres Abrahán, Isaac y Jacob; cuyo cumplimiento esperaron las trece tribus de Israel sirviendo a Dios día y noche. Esta promesa cumplida, es Jesús, el Cristo Hijo de Dios, vaticinado en las Escrituras, Quien vino a este mundo, enseñó la doctrina que ahora predico, padeció ignominiosa muerte, y después resucitó en virtud de su poder divino. ¿Pues qué? ¿Se tiene por cosa increíble entre los judíos de la secta de los fariseos, que Dios rescite a los muertos? Yo mismo he perseguido a este Señor Jesús, al estar persuadido, en mi obcecación, que debía proceder hostilmente contra el nombre de Jesús Nazareno. Así lo hice en Jerusalén, donde metí a muchos de sus seguidores en las cárceles con el poder que para ello recibí del sanedrín, y cuando les hacían morir yo daba también mi consentimiento. Yo saqué de las casas con violencia a hombres y mujeres, les llevaba a las sinagogas para allí torturarles y obligarles a blasfemar a fuerza de castigos; y enfurecido más cada día contra ellos, les fui persiguiendo hasta en las ciudades extranjeras. Con esta misión, yendo yo un día a Damasco con poderes y comisión del sanedrín, al mediodía vi en el camino, oh rey Agripa, una luz del cielo más resplandeciente que el sol, que me rodeó a mí y a los que iban conmigo. Y habiendo todos nosotros caído en tierra, oí una voz que me decía en lengua hebrea: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?' Y yo pregunté: '¿Quién eres, Señor?' Y entonces un Varón, lleno de majestad y gloria, se me manifestó visiblemente, a la vez que me contestaba: 'Yo soy Jesús Nazareno, a Quien tú persigues. Dura cosa es para ti resistir a la fuerza de mi poder'. Y yo dije: 'Señor, ¿qué quieres que haga?' Y Él me respondió: 'Levántate, y surge como hombre nuevo al servicio de mi Iglesia; pues, Yo me he aparecido para arrancarte de la apostasía del pueblo judío, preservarte del paganismo de los gentiles, ponerte por Ministro mío, y ser testigo de las cosas que has visto y de las que yo te mostraré en mis futuras apariciones. Yo te envío ahora a los del pueblo judío y a los del pueblo gentil, para que les abras los ojos a la verdadera Fe, a fin de que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y así reciban el

perdón de sus pecados y la herencia entre los santos por la Fe que es en Mí'. Por lo cual, oh rey Agripa, no fui desobediente a la visión celestial, sino que prediqué primeramente a los judíos y gentiles de Damasco, y después a los de Jerusalén, y por toda Israel y otras muchas naciones, a fin de que se convirtiesen a la Fe del Señor Jesús, haciendo dignas obras de penitencia. Por esta causa los judíos me prendieron estando yo en el templo de Jerusalén, y me quisieron matar. Pero, asistido del socorro de Dios, permanezco hasta el día de hoy, dando testimonio de la Fe evangélica a grandes y a pequeños, con lo cual no enseñé otras cosas fuera de aquellas que dijeron Moisés y los demás profetas que habían de acontecer, cuando vaticinaron que Cristo había de padecer, que sería el primero que resucitase entre los muertos, y de que había de anunciar la luz al pueblo judío y a los gentiles».

3. Y aunque el Procurador Porcio Festo conocía un poco de la trayectoria de la vida de Pablo por el informe que le dio el antiguo Procurador Félix, sin embargo no lo había oído hasta ahora de la boca del Apóstol, y con tanto detalle. Por eso, cuando éste terminó su discurso, dijo Festo en alta voz: *«Estás loco, Pablo. Las muchas letras te han trastornado el juicio»*. Y Pablo respondió: *«No estoy loco, óptimo Festo, sino que digo palabras de verdad y de sensatez. Y de estas cosas tiene conocimiento el rey Agripa, en cuya presencia hablo con toda libertad; pues creo que nada de ello ignora; puesto que lo que predico sobre Jesús, ha sucedido públicamente; y lo que digo sobre mi vida, es notorio, ya que yo no he actuado a escondidas»*. Y como observase Pablo que el rey Herodes Agripa II había escuchado con cierta atención su discurso, le dijo: *«¿Crees, oh rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees en ellos»*. Entonces, Agripa, sonriéndose, dijo a Pablo con astuta ironía: *«Por poco me persuades a que me haga cristiano»*. A esto, Pablo respondió: *«Pluguiese a Dios que, no sólo faltara poco, sino que no faltara nada para que, no solamente tú, sino también todos cuantos me oyen, llegaseis a ser hoy como yo soy, aunque sin estas prisiones»*. Tras estas palabras, se levantaron el Procurador Festo, el rey Herodes Agripa II y Berenice y los que estaban sentados junto a ellos; y retirándose de allí, hablaban los unos con los otros, diciendo: *«Este hombre no ha hecho cosa por la cual deba morir, ni estar preso»*. Y Agripa dijo a Festo: *«Si no hubiera apelado al César, bien se pudiera poner en libertad a este hombre»*.

Capítulo XIV

El Apóstol Pablo es conducido a Italia en un navío. Tempestad en el mar y peligro de naufragio. Milagrosa multiplicación del pan. Pablo llega a la isla de Malta

1. El Procurador Festo, de acuerdo con el rey Herodes Agripa II, determinó, pues, enviar a Pablo a Italia a fin de que interpusiese su apelación ante el César, y le entregó, junto con otros presos, a un centurión llamado Julio, de la cohorte Augusta. El día 1 de agosto del año 59, Pablo, confiado con otros presos a la custodia del centurión, fue embarcado en un navío procedente de la ciudad de Adramicio, de la región de Misia, de Asia Menor, que se hallaba por entonces anclado en el puerto de Cesarea Marítima. Por permisión del Procurador Festo, acompañaban a Pablo los discípulos Lucas y Aristarco. Tras un día de navegación, el navío llegó al puerto fenicio de Sidón el día 2 de agosto, en cuya ciudad se le permitió a Pablo visitar algunos fieles cristianos y proveerse de lo necesario para seguir el viaje.

2. El 17 del mismo mes de agosto, la nave que conducía a Pablo y a los demás, salió del puerto de Sidón. Dados los vientos contrarios, el piloto de la nave se vio obligado a desviarla para navegar por el mar de Cilicia, entre Chipre y Asia Menor. Una vez pasado el mar de Cilicia, dejando a la derecha la región de Panfilia, arribaron al puerto de Mira de Licia. El 14 de septiembre del año 59, el centurión que custodiaba a Pablo contrató con una nave que venía de Alejandría con rumbo a Italia, y trasladó a ella a Pablo, a sus dos discípulos y a los otros que también iban bajo su custodia. Tras varios días de navegación, cuando divisaban de lejos la ciudad de Gnido de Caria, los vientos contrarios empujaron la nave hacia la isla de Creta, que fue costeano por el cabo Salmón. Después de navegar con mucho trabajo a lo largo de la costa, llegaron a Buenospuertos, próximo a la ciudad cretense de Lasia, el día 1 de octubre del año 59. A causa de los fuertes vientos y otras dificultades, se había empleado mucho tiempo en lo que iba de viaje; y como ya había entrado el otoño, y era peligrosa la navegación, pues venía el tiempo de grandes nubes y tempestades, Pablo dijo al piloto y al patrón de la nave: *«Varones, veo que la navegación va a ser cada vez más trabajosa, y de gran perjuicio, no solamente para la nave y el cargamento, sino también para nuestras vidas, es preferible que quedemos aquí hasta pasado el invierno»*. Mas, como los encargados de guiar la nave no echaron cuenta de este aviso, y el Centurión diese más crédito a ellos, máxime que no consideraban aquella ciudad buena para invernar, fue del parecer de todos estos que se fuese al puerto de Fenice, hoy llamado Puerto Lutro, en la misma Creta, con intención de invernar allí, por ser un lugar en que los vientos eran moderados para las naves ancladas. El 4 de octubre de aquel año 59, hallándose el navío todavía estacionado en el puerto próximo a Lasia, se levantó un viento favorable para la navegación; por lo que elevaron anclas, pensando que llegarían fácilmente al puerto de Fenice. Mas, cuando iban costeano de cerca la isla de Creta, la nave se vio abatida por un viento impetuoso, que la fue arrastrando sin que pudiera resistir su fuerza, de manera que no pudo llegar al puerto de Fenice al quedar en poder de los vientos y ser arrastrada hasta la isla de Cauda, y con gran dificultad lograron recoger el esquite o bote salvavidas que iba atado detrás de la nave y meterlo dentro de la misma antes que lo rompiese o lo arrebatase el viento. Los marineros maniobraban cuanto podían, temerosos de dar en algún banco de arena; y arriadas las velas, se dejaron llevar por las olas. Era tal el temor que se apoderó de ellos, pues la tormenta era cada vez mayor, que, un día después, 5 de octubre, arrojaron al mar parte de la carga que traía el navío, e incluso al día siguiente, 6 de octubre, tuvieron que prescindir de los mismos aparejos de la nave. En medio de un tiempo agresivo y desapacible, ya que por muchos días no vieron ni sol ni estrellas, navegando ya sin rumbo, sin descanso, sin comer, y con pocas esperanzas de sobrevivir,

Pablo, puesto en medio de los tripulantes, dijo: *«En verdad, compañeros, hubiera sido mejor el haber seguido mi consejo de no salir del puerto cercano a Lasia, y así se hubiera evitado este peligro, y daño. Pero, os amonesto que tengáis buen ánimo; pues, no perecerá ninguno de vosotros, sino solamente la nave. Esta noche se me ha aparecido un ángel del Dios en Quien yo creo y a Quien sirvo, diciéndome: ‘No temas, Pablo: Es necesario que comparezcas delante del César, y por gracia hecha a ti, ninguno de los ocupantes de la nave perecerá’. Por tanto, compañeros, tened buen ánimo, porque confío en mi Dios que sucederá como se me ha prometido. Sin duda pronto daremos con una isla».*

3. En la madrugada del día 19 de octubre de aquel año 59, o sea, catorce días después de que arrojaron a las aguas parte de la carga, cuando de noche navegaban por el mar, los marineros, sospechando la proximidad de tierra, tiraron la sonda y hallaron veinte brazos de agua, y poco más adelante sólo hallaron ya quince. Mas, temiendo que la nave se pudiera encallar en un banco de arena, para no seguir adelante, echaron cuatro anclas desde la popa, aguardando con impaciencia que llegase el día. Los marineros, queriendo huir del navío en el esquife o bote salvavidas, lo arrojaron al mar, con el pretexto de tirar las anclas un poco más lejos por la parte de la proa. Y dijo Pablo al centurión y a los soldados: *«Si estos hombres no permanecen en el navío, vosotros no podréis salvaros».* Entonces, los soldados cortaron las amarras del esquife y lo dejaron perder.

4. Y como habían permanecido en ayunas a causa de la tempestad, ni tampoco el impetuoso vaivén del navío había dado lugar para preparar ningún alimento, al amanecer, Pablo rogó a todos que comiesen algo, diciendo: *«Catorce días hace que estamos sin comer ni probar nada. Por tanto, os ruego que comáis, porque no perecerá ni un solo cabello de la cabeza de ninguno de vosotros».* Y dicho esto, tomando Pablo un pan, resto de los que días antes habían sido cocidos, dando gracias a Dios en presencia de todos, lo partió, y de pronto se multiplicó en numerosos trozos de pan, jugosos y esponjosos como recién sacados del fuego, comiendo primero él para demostrar que aquel alimento era real y comestible, y no una fantasía como algunos pudieran pensar. A la vista del milagro, tomaron todos aliento y comieron; de manera que las doscientas setenta y seis personas que iban en la nave, quedaron saciadas de comida, e incluso sobró una buena cantidad de trozos de pan. De esta manera fortalecidos, y viendo además las reservas de panes para alimentarse, se desprendieron de las provisiones de trigo que llevaban, arrojándolas al mar, con el fin de aligerar el peso del navío. El milagro de Pablo atrajo a algunos a la Fe de Cristo, los cuales recibieron el bautismo.

5. Ese mismo día 19 de octubre de aquel año 59, ya en pleno día, los tripulantes vieron una ensenada que tenía playa; en la cual acordaron encallar la nave con suavidad, si podían. Levadas las anclas y alzadas las velas de la popa para tomar el viento preciso, fueron poco a poco aproximándose a la playa que habían divisado, sin que conocieran que era una isla. Y como ya próximos a la playa no advertiesen que había un banco de arena oculto, la nave encalló precipitadamente, y con los golpes se quebró hasta romperse en pedazos. Viendo los soldados romanos que los presos podían darse a la fuga nadando, fueron del parecer que les matasen; lo cual fue impedido por el Centurión, porque quería salvar a Pablo. Por eso, mandó que todos los que supieran nadar, se pusiesen a salvo en tierra, y los que no supieran, llegaran a ésta amparados en tablas y en los despojos del navío, y así se logró que todos saliesen salvos; con lo cual se cumplía lo vaticinado por Pablo, de que ninguno iba a perecer. Fue el mismo día 19 de octubre de aquel año 59 cuando, de esta manera, se refugiaron todos en la isla, que luego supieron que era la de Malta.

Capítulo XV

Fructuoso apostolado y milagros de Pablo en Malta. Conversión del Procurador Publio. Pablo llega a Roma

1. En aquel día 19 de octubre del año 59, cuando, ya salvados del naufragio, pisaron tierra, conocieron que se hallaban en una isla llamada Malta. Sus habitantes, llamados bárbaros por los griegos y los romanos al no hablar ninguna de estas lenguas, trataron a Pablo y a todos con gran humanidad; pues, incluso encendieron una gran hoguera y les dijeron a todos que se acercaran a ella para calentarse, ya que llovía y hacía frío. Habiendo recogido Pablo una porción de sarmientos, no reparó en una víbora que se hallaba enredada en estos; por lo que, al echarlos al fuego, el reptil, huyendo del calor le mordió en la mano, y se quedó prendida en ella. Al contemplar los bárbaros la víbora colgando de la mano del Apóstol, se decían los unos a los otros: *«Este hombre sin duda es un homicida; pues, habiéndose salvado de la mar, la diosa de la venganza no quiere que viva».* Como habían visto que Pablo venía en calidad de preso, custodiado por soldados, al presenciar ahora lo sucedido con la víbora, creyeron que, por sus delitos, era perseguido a muerte por la deidad pagana de aquella isla; y que, si bien él había salido salvo del naufragio, no saldría ahora vivo de la mordedura venenosa. Pablo, sacudió la víbora sobre el fuego y no sintió mal alguno. Los bárbaros esperaban que se iría hinchando por el efecto del veneno, y que de repente quedaría muerto; pero, después de aguardar largo rato, como viesan todos que ningún mal le había sobrevenido, llenos de admiración, tomaron a Pablo como si fuese un dios.

2. Cerca de aquel lugar, tenía unas posesiones el Procurador romano, llamado Publio. Éste hospedó en su casa a Pablo, durante tres días, juntamente con Lucas y Aristarco, con toda serie de atenciones. Y aconteció que, hallándose el padre de Publio en cama, afligido por la fiebre y la disentería, entró Pablo a verle; y haciendo oración e imponiendo las manos, le curó; con cuyo milagro se convirtieron al cristianismo padre e hijo. Cuando el milagro se hizo notorio, muchos enfermos de la isla acudían a Pablo y eran sanados, recibiendo de ellos grandes atenciones. El Apóstol Pablo, con Lucas y Aristarco, permaneció tres meses en la isla de Malta, en donde realizó un gran apostolado, logró numerosas conversiones y estableció una comunidad cristiana. Antes de partir, confirió a Publio las sagradas órdenes del Diaconado, Presbiterado y Episcopado, y le dejó como primer Obispo de Malta,

cuya diócesis regentó durante treinta años. Los habitantes de la isla de Malta, agradecidos a Pablo del bien que les había hecho, le proveyeron de todo lo necesario para que continuase su viaje.

3. El 19 de enero del año 60, pasado ya el tiempo peligroso del invierno para la navegación, Pablo, con Lucas y Aristarco, custodiado por el centurión y demás soldados, embarcaron en el puerto principal de Malta en una nave procedente de Alejandría, con la divisa de Cástor y Pólux, llegando a Siracusa, en la isla de Sicilia, al día siguiente, en donde se detuvieron tres días. El 22 del mismo mes salieron de Siracusa, y al otro día pararon en la ciudad de Regio Calabria, en el estrecho de Mesina; de cuyo puerto salieron al día siguiente; llegando dos días después, o sea, el 26 de enero del año 60, al puerto de Pozzuoli, junto a la actual Nápoles, en donde hallaron a algunos hermanos en la Fe. Estos rogaron a Pablo que estuviera en compañía de ellos siete días, y el Apóstol accedió. El 2 de febrero, Pablo, Lucas y Aristarco, saliendo de Pozzuoli, se encaminaron por tierra a Roma, adonde llegaron el 5 de febrero del mismo año. Los cristianos de Roma, que habían sido avisados por los de Pozzuoli de que pronto llegaría el Apóstol a la capital del imperio, salieron a recibirle, unos en la ciudad de Tres Posadas, llamada hoy Cisterna, y otros en el Foro Apio, ciudad llamada hoy San Donato, que dista un poco más de Roma que la otra. Cuando los vio Pablo, dio gracias a Dios, y tomó aliento. Una vez llegado a Roma, el Apóstol fue puesto en manos del prefecto del Pretorio, llamado Afronio Burro, persona de gran prestigio ante el emperador Nerón, y se le permitió alquilar una casa particular en la que vivía bajo la vigilancia de un soldado romano, por lo que no fue llevado a ninguna prisión del imperio.

Capítulo XVI

El Apóstol Pablo en su casa prisión de Roma predica sobre Cristo a los judíos principales. Pablo presenta su apelación al César

1. El 8 de febrero del año 60, es decir tres días después de que Pablo, con Lucas y Aristarco, llegase a Roma, invitó a su propia casa a los judíos más principales de la ciudad, con el fin de hablarles de la Fe de Cristo. Y estando juntos les dijo: *«Varones hermanos, yo no he cometido ninguna clase de delito político, social ni común contra el pueblo judío. Y si bien, como Ministro de Cristo, he condenado aquellas costumbres, ritos y preceptos de la Ley Mosaica que se oponen a la Ley Evangélica, este proceder mío no implica tampoco delito alguno, ya que he obrado con veracidad y rectitud, conforme a mi deber. No obstante mi inocencia, fui preso en Jerusalén por los judíos, y entregado en manos de los romanos, los cuales me interrogaron; pero, habiéndose informado de mí, quisieron luego ponerme en libertad al no hallar cosa por la que yo debiese morir. Ante la oposición de los judíos, me vi obligado a apelar al César, no con la intención de acusar a mis perseguidores, ya que les había perdonado»*. Pablo dejó así bien patente que se hallaba prisionero en Roma debido a las insidias del sanedrín contra él; cuyo consejo había hecho presión de tal manera ante los tribunales civiles que lo consideraban inocente, que se había visto obligado a apelar al César por el temor de que dichos tribunales claudicaran ante las insidias del sanedrín; y que su misión ante el César era la de llevar a cabo el recurso, para que se reconociese oficialmente su inocencia y quedase en libertad, la cual ansiaba recobrar para volver a su intenso apostolado evangélico. Pablo concluyó diciendo a sus invitados: *«Por este motivo os he llamado, para veros y hablaros, y así sepáis que, por la esperanza de Israel, el Cristo Hijo de Dios de Quien yo doy testimonio, me veo como si estuviese encadenado»*; es decir, que se veía prisionero en su casa, aunque no por eso encadenado dentro de ella, mas sin poder salir libremente; y que, cuando salía a la calle, iba siempre amarrado por una de sus manos al soldado encargado de su guardia. Los judíos invitados respondieron a Pablo: *«Nosotros, ni hemos recibido cartas de nuestra nación contra ti, ni hermano alguno venido de allí ha dicho mal ninguno de ti. Pero deseamos conocer cuáles son tus sentimientos acerca de esta secta de los cristianos; la cual, bien sabemos que en todas partes sufre contradicción»*. Entonces Pablo les hizo una breve exposición de las enseñanzas y milagros de Cristo, así como de su Pasión, Muerte y Resurrección. Los judíos, deseosos de conocer más detalles, quedaron en volver cuatro días después.

2. El lunes día 12 del referido mes de febrero del año 60, se reunieron de nuevo, y aun en mayor número, en la casa de Pablo. Éste, desde la mañana hasta la tarde, dio valiente testimonio de Cristo basándose en las profecías mesiánicas, y algunos creyeron lo que les decía, y otros no. Y como viese el Apóstol que, por la discordia entre ellos, unos habían salido y otros estaban también a punto de hacerlo, les dijo: *«¡Oh, con cuánta razón habló el Espíritu Santo a nuestros padres por el Profeta Isaías, diciendo: 'Anda, y dirás al pueblo de Judá: Oiréis, y no entenderéis los misterios; veréis, y, sin embargo, estaréis ciegos a la luz de la verdad. Porque, al haberse endurecido el corazón de este pueblo, Satanás les ha tapado más sus oídos, cerrado sus ojos, oscurecido el entendimiento, para que no se conviertan y no reciban de Mí la salvación'! Por tanto, tened entendido todos vosotros que a los gentiles es enviada esta salvación que viene de Dios, y ellos la recibirán»*. Dicho esto, se apartaron de Pablo los judíos teniendo grandes debates entre sí.

3. El 25 de marzo del año 60, el Apóstol Pablo, a través de Afronio Burro, prefecto del Pretorio, presentó su apelación ante el César Nerón. Pablo, durante los dos años que permaneció en la casa que tenía alquilada, recibía a todos los que venían a verle, predicando el Reino de Dios y enseñando las cosas que son del Señor Jesucristo con toda libertad, sin prohibición. Dicho apostolado lo hizo Pablo más bien entre los gentiles, extendiéndose más el cristianismo por Roma y otras partes de Italia. De tal manera que, con el gran apostolado de Pedro, y ahora el de Pablo, había fieles cristianos incluso en el mismo palacio del emperador, dentro de la guardia imperial, de la servidumbre y de otros puestos de trabajo.

Capítulo XVII

El Papa Pedro llega a Roma tras su largo viaje por Europa. El Papa Pedro visita al Apóstol Pablo en su casa prisión de Roma. Apostolado de Pedro en Italia e islas adyacentes. Nerón da por sobreseído el proceso judicial de Pablo, y éste es puesto en libertad

1. El Papa Pedro, en su nuevo viaje apostólico por Europa, tras haber recorrido la región austriaca de Carintia, limítrofe con Italia, entró en ésta el 17 de diciembre del año 60, encaminándose seguidamente a Roma, a la cual llegó el 24 del mismo mes y año. Ya antes de llegar a la capital del imperio romano, tuvo conocimiento de que el Apóstol de los Gentiles se hallaba allí en calidad de preso, pendiente de que se resolviese su recurso de apelación presentado ante el César Nerón, en donde hacía valer su inocencia de las acusaciones que los judíos de Jerusalén habían hecho contra él ante el Procurador Félix. Lo primero que hizo Pedro a su llegada a Roma, fue visitar a Pablo, prisionero en su propia casa; el cual informó al Vicario de Cristo del apostolado que había venido realizando, y de las persecuciones sufridas de parte del sanedrín. Pedro confortó al Apóstol en sus tribulaciones, exhortándole además, a que, durante el tiempo de su prisión, no dejase de enviar a los cristianos sus palabras de aliento a través de cartas.

2. Hasta finales del año 62, el Papa Pedro, viviendo en Roma, visitó también muchas otras ciudades de Italia e islas adyacentes, con gran progreso del cristianismo; y durante el tiempo en que coincidieron en la capital del imperio romano el Papa Pedro y su vicario Pablo, las conversiones a la Fe de Cristo fueron muy numerosas, sobre todo entre los gentiles.

3. El 2 de febrero del año 62, Nerón dio por sobreseído el proceso judicial de Pablo; pues, el emperador, tras haber recibido, de su representante en Israel, los debidos informes sobre la acusación del sanedrín, no halló causa suficiente para que hubiese sido procesado; por lo que el Apóstol fue puesto en libertad el día 6 de febrero del año 62, es decir dos años después de su llegada a Roma. El tiempo que Pablo estuvo en prisión, fue de gran progreso espiritual para él, al haber tenido especial ocasión de ejercitar la paciencia, virtud difícil para el temperamento inquieto e impulsivo del Apóstol. La liberación de Pablo fue motivo de gran júbilo para el Papa Pedro y los fieles cristianos de Roma; los cuales eran visitados en sus casas por el Apóstol de los Gentiles, quedando todos más fortalecidos en la Fe a través de sus edificantes palabras.

Capítulo XVIII

El Papa Pedro manda a Pablo que haga un viaje por España. Nuevo viaje apostólico de Pedro por Europa

1. El 25 de marzo del referido año 62, aniversario de la Pasión y Muerte de Cristo, el Papa Pedro envió desde Roma a su vicario Pablo para que llevara a cabo un viaje de apostolado por España. Al día siguiente, 26 de marzo, el Apóstol de los Gentiles se embarcó en el puerto romano de Ostia; y acompañado de algunos Obispos, y también del Presbítero Rufo, se dirigió a la isla de Córcega, y desde aquí navegó hasta el puerto español de Tarragona, en el que desembarcó el 5 de abril del mismo año 62. En esta ciudad Pablo permaneció varios días, llevando a cabo un gran apostolado. Seguidamente, fue a la ciudad de Tortosa; y, tras predicar aquí el Evangelio, se encaminó a Zaragoza, en donde oró en la capilla erigida por Santiago el Mayor en honor de la Santísima Virgen María, y fortaleció más en la Fe a los cristianos de aquella diócesis.

2. El Apóstol de los Gentiles recorrió la mayor parte de España y Portugal, cruzando la Península de norte a sur y de este a oeste, aunque se detuvo más en aquellos lugares constituidos ya como diócesis y regentados por el correspondiente Obispo: Como fueron, entre otras, las diócesis de Ávila, Toledo, Sevilla, Écija, Granada, Cartagena, Valencia y Barcelona, que eran las más principales.

3. Para cumplir el deseo de Nuestro Señor Jesucristo, la Santísima Virgen María, antes de su Asunción a los Cielos, había encomendado a Pablo que, cuando fuese a España, llevara consigo una pequeña imagen de Ella hecha por Lucas. Dicha imagen, Pablo la entronizó en una capilla a cuatrocientos metros de Écija; y después fue llevada por el rey San Hermenegildo a Sevilla, siendo venerada en el barrio de Triana con el título de María Reparadora. Con la invasión de los mahometanos, varios devotos de dicho barrio, milagrosamente auxiliados por el Arcángel San Rafael, llevaron la imagen al norte de España, a un lugar próximo a Santander, en donde fue ocultada y más tarde descubierta, recibiendo por esto el título de la Bien Aparecida.

4. La misión del Apóstol Pablo en España fue más especialmente con los gentiles. Merced a su impulso apostólico, la expansión del cristianismo en toda la Península Ibérica fue de gran magnitud. Durante su apostolado creó muchas diócesis, consagrando Obispos que las regentasen. Antes de su partida de España, Pablo confirió el Episcopado a Rufo en Tortosa-Tarragona, y le nombró primer Obispo de dicha diócesis. El Obispo Rufo, de color negro, era el hijo menor de Simón Cirineo. Pablo permaneció en España hasta el 15 de agosto del año 63, en que salió para Roma. Dicho viaje desde España a Roma, lo hizo pasando por la ciudad española de Ampurias-Gerona, entrando luego en Francia. Aquí visitó las ciudades de Narbona, Nimes y Marsella, en la cual se reunió con el Obispo Lázaro y sus hermanas María Magdalena y Marta; y, ya en Italia, fue por Génova y Pisa, llegando a Roma el 25 de enero del año 64. Durante su viaje de vuelta, Pablo realizó un gran apostolado por donde pasó.

5. Cuando el Apóstol Pablo llegó a Roma, no se hallaba el Papa Pedro en dicha ciudad; ya que, el 28 de diciembre del año 62, había salido para un nuevo viaje por Europa, con el fin de visitar la parte sur de Alemania, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Ucrania, Rumanía, Bulgaria y Yugoslavia. Pedro retornó a Roma el 25 de diciembre del año 64. En esta fecha el Apóstol Pablo no se hallaba en dicha ciudad; ya que, tras su vuelta de España, había salido otra vez de Roma el 15 de mayo del año 64, acompañado de Tito y de otros, para un largo viaje por Grecia y Asia Menor; durante el cual visitó la isla de Creta, en donde dejó a Tito como Obispo. Luego

volvió a Grecia, llegando a ésta el 8 de diciembre del referido año 64, en donde pasó el invierno en la ciudad de Nicópolis, al oeste de dicha península. El 30 de marzo del año 65, Pablo se embarcó en Nicópolis en dirección a las diócesis del norte de África, visitando, entre otras, las de Cirene, Berenice, Trípoli y Cartago; y también evangelizó otros muchos lugares, hasta su retorno a Roma, que fue el 15 de agosto del año 65.

Capítulo XIX

Nerón incendia Roma. Nerón decreta la primera persecución de los césares romanos contra la Iglesia. Numerosos cristianos mueren mártires en Roma. El Apóstol Pedro huye de Roma por temor al martirio.

Cristo se aparece a Pedro en el camino y este primer Papa retorna a Roma.

Pedro da testimonio público de Cristo, ante Nerón, en el anfiteatro de Roma. Martirio de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo

1. El emperador Nerón, durante los primeros años de su reinado se había distinguido por su benevolencia, cordura y carácter pacífico. Mas después se corrompió de tal manera que se hizo adorar como dios, llegando a ser el más monstruoso de los emperadores y figura del Anticristo. Nerón cometió abominables desatinos. Uno de ellos fue el del incendio de Roma el 18 de julio del año 64, del que acusó a los cristianos como autores, para liberarse de la aversión de su pueblo. Esto fue, pues, el arranque de la primera persecución contra la Iglesia por parte de los césares romanos, decretada por Nerón en el mes de agosto del año 64, y que tuvo algunos momentos más violentos que otros. Cuando el Papa Pedro, tras su último viaje por Europa, regresó a Roma el 25 de diciembre del referido año 64, la agresividad de dicha persecución se hallaba más apaciguada, aunque fueron muchos los cristianos que habían dado la vida por la Fe de Cristo. La Iglesia, reducida a catacumbas, oraba incesantemente por el fortalecimiento de sus miembros y la conversión de sus opresores; si bien, el testimonio del Evangelio mediante el derramamiento de la sangre, aumentaba cada vez más el número de fieles.

2. Con la vuelta del Papa, los cristianos de Roma se sintieron muy amparados por su trato personal con el Supremo Pastor y Padre Universal de la Iglesia, quien así podía compartir más directamente con sus hijos los sufrimientos y tribulaciones. A la paternidad del Vicario de Cristo, se unió después la fogosidad del Apóstol Pablo, vuelto a Roma el 15 de agosto del año 65. Ambos sobresalientes pilares de la Iglesia, cada uno en la misión que le correspondía, llevaron a cabo una fructuosa labor, confirmada con grandes milagros, no sólo en la capital del imperio, sino también en toda Italia; por lo que la Iglesia perseguida, cada vez más nutrida de fieles, alcanzó una mayor consolidación. Y de tal manera el cristianismo florecía por la intensa labor de Pedro y Pablo, que hasta el mismo palacio del emperador Nerón se hallaba prácticamente minado de seguidores de Cristo; quienes, ocultando su condición de cristianos, seguían al servicio del imperio en aquellos puestos que no comprometían a su Fe, algunos de ellos de cierta relevancia. Y era tal el control de las autoridades romanas, que los cristianos no se atrevían a celebrar los cultos en sus casas, viéndose obligados para ello a reunirse en las distintas galerías subterráneas o catacumbas, que las familias romanas solían construir como cementerios particulares, y que los fieles, poco a poco, fueron ampliando hasta quedar horadado gran parte del subsuelo de la ciudad.

3. En octubre del año 66, el Apóstol Pablo fue prendido por las autoridades romanas y conducido a la Cárcel Mamertina de Roma; pues, la indiscutible fogosidad de Pablo y su condición de ciudadano romano, le habían llevado en ocasiones a predicar el Evangelio en lugares públicos de Roma, por lo que pudo ser fácilmente encarcelado; teniendo que comparecer, incluso, ante el mismo emperador Nerón, para dar cuenta de la doctrina que predicaba. A pesar de todo, por una providencia especial, la vida de Pablo iba siendo respetada en consideración a su prestigio y ciudadanía romana.

4. El Papa Pedro fue prendido en Roma por los soldados el 25 de marzo del año 67 y llevado también a la Cárcel Mamertina, en la misma sala en donde se hallaban Pablo y otros muchos cristianos. En el mes de junio del año 67, los fieles cristianos de Roma pasaron por unos de los momentos persecutorios más terribles del imperio de Nerón, siendo muchos de ellos llevados al anfiteatro para ser devorados por las fieras en medio de un sanguinario espectáculo, al que en no pocas ocasiones asistía el mismo emperador. Dicho anfiteatro, llamado castrense, también llamado Coliseo por sus grandes dimensiones, había sido construido de madera, por Nerón, después del incendio de Roma, en el lugar llamado campo de Marte, frente a la colina vaticana.

5. El 25 de junio del año 67, Pedro convirtió y bautizó a la Fe de Cristo a dos de los guardas de la Cárcel Mamertina llamados Proceso y Martiniano, que derramarían su sangre por Cristo poco después. Dichos carceleros franquearon a Pedro la puerta de la prisión; por lo que el Papa logró salir fuera de la misma con la intención de huir de Roma. Y sucedió que el mismo día 25 de junio del año 67, el Papa y excelso Apóstol Pedro, ante una espantosa persecución de los romanos contra los cristianos, siguiendo un primer impulso natural de conservación de su vida y sin una meditada reflexión, salió huyendo de Roma en compañía de otros. A las afueras de la ciudad, cuando ya se alejaba de Roma por la antigua Vía Apia, en el lugar en que luego se erigió la Capilla del «¿*Quo vadis, Dómine?*», se le apareció Nuestro Señor Jesucristo cargando una pesada cruz, coronado de espinas y derramando abundante Sangre. Ante tan admirable aparición, que fue a las 12h. de la mañana, Pedro, arrodillado, preguntó a Cristo: «¿*Adónde vas, Señor?*» A lo que Cristo respondió: «*Voy a Roma, a ser de nuevo crucificado*». Ante estas divinas palabras, Pedro comprendió que había llegado la hora de su propia crucifixión; y arrojándose a los pies del Señor, los besó y pidió humildemente perdón. Seguidamente, Cristo se transformó en aspecto glorioso, le perdonó, le bendijo, le abrazó y le besó paternalmente en el rostro. Tras todo lo cual, el insigne Apóstol Pedro, movido por un misterioso impulso, se dirigió, revestido de valor, al anfiteatro castrense o Coliseo romano para dar público testimonio de Cristo. Dicho anfiteatro castrense o Coliseo construido por Nerón, no es el actual anfiteatro Flaviano, conocido comúnmente como Coliseo, construido después de la muerte

de Nerón. El hecho de que el Apóstol Pedro huyese de Roma por temor al martirio, no implicó en él apostasía alguna.

6. Precisamente, en el momento en que Cristo se había aparecido a Pedro, se estaba celebrando en el anfiteatro castrense de Roma, uno de los más crueles espectáculos, con la asistencia de Nerón, y en el que eran martirizados muchos cristianos. Y una vez Pedro dentro del Coliseo, desde una de las gradas más elevadas en que podía ser visto con facilidad, pronunció con potente voz palabras de aliento a los mártires, y les bendijo solemnemente; y después, dirigiéndose a Nerón, recriminó a él y a los secuaces que componían el feroz auditorio, sus impiedades y crímenes abominables; dándoles testimonio de Cristo y exhortándoles a la conversión. Cuando Pedro acabó de hablar, fue prendido por los soldados romanos y llevado nuevamente a la Cárcel Mamertina, en donde se hallaba el Apóstol Pablo, junto con otros muchos cristianos.

7. El viernes 29 de junio del año 67, el Papa Pedro fue sacado de la cárcel y llevado a la colina vaticana en la que se hallaba el circo de Nerón, y a las 3h. de la tarde fue allí crucificado. Una vez clavado en la cruz, el Apóstol Pedro pronunció estas palabras: *«No soy digno de morir como mi Divino Maestro»*. A lo que los soldados contestaron: *«Esto tiene fácil solución»*. Y entonces colocaron la cruz de forma que Pedro quedó crucificado con la cabeza para abajo, es decir, al revés que el Señor. Pedro murió, a la edad de setenta y dos años, a las 3,45h. de la tarde; y su cuerpo fue sepultado en la colina vaticana, sobre la cual se levantaría después la Basílica de San Pedro. Pocos meses antes de su martirio, el Papa Pedro había nombrado a Lino para que, tras su muerte, le sucediera en el Papado.

8. El mismo día viernes 29 de junio del año 67, el Apóstol Pablo fue sacado de la cárcel y llevado fuera de la muralla de la ciudad, camino de Ostia; y en el lugar hoy conocido como Tre Fontane, a las 4h. de la tarde fue decapitado, ya que era ciudadano romano, a la edad de sesenta y tres años. Al serle cortada su cabeza, ésta rebotó, de manera que tocó tres veces el suelo, surgiendo milagrosamente una fuente de agua en cada lugar en que la cabeza tocó. El cuerpo del Apóstol Pablo, incluida su cabeza, fue enterrado en donde después se levantaría la Basílica de San Pablo Extramuros.

9. Si bien es verdad que en los Apóstoles principales, secundarios y evangelistas, los hubo tales o cuales que cometieron gravísimos pecados y tuvieron fragilidades y otros defectos, no es menos verdad que, en cada uno de ellos, sobreabundaron inmensamente las heroicas virtudes cristianas. El mismo Apóstol Pablo escribió de sí mismo: *«Y para que la grandeza de las visiones y revelaciones no me envanezca, el Señor ha permitido que tenga un aguijón de mi carne, un ángel de Satanás, para que sea tentado. Y por esto rogué al Señor tres veces para que le apartase de mí. Y me dijo el Señor: 'Te basta mi Gracia, porque la virtud se perfecciona en la flaqueza'. Por tanto, de buena gana me gloriaré en mis debilidades, para que habite en mí la fortaleza de Cristo»*. El Apóstol se está refiriendo a las tentaciones y pasiones de su carne, por lo que tuvo que luchar denodadamente para poder vencerlas, dado su impulsivo temperamento, su frecuente trato con toda clase de personas y los ataques de Satanás.

Capítulo XX

Martirio de los otros Santos Apóstoles. El Apóstol Juan sale milagrosamente ileso de su martirio en Roma y es desterrado a la isla de Patmos. San Juan es arrebatado al Planeta de María

He aquí el orden cronológico del martirio de los otros Santos Apóstoles:

✠ El 1 de mayo del año 62, el Apóstol Santiago el Menor fue prendido y llevado a declarar ante el consejo sanedrítico de Jerusalén, reunido en el templo; y tras que el Apóstol diese firme testimonio de Cristo, fue subido al pináculo de dicho edificio, y desde allí arrojado; luego, le apedrearon; y finalmente fue rematado a golpes de palo en la cabeza.

✠ El 28 de octubre del año 65, los Apóstoles Simón y Tadeo murieron martirizados en Persia; Simón fue aserrado y Tadeo fue decapitado con un hacha.

✠ El 21 de septiembre del año 68, hallándose el Apóstol Mateo en Etiopía, murió atravesado por una espada cuando acababa de celebrar la Santa Misa.

✠ El 21 de diciembre del año 72, el Apóstol Tomás, murió atravesado por una lanza en India.

✠ El 24 de agosto del año 73, en Armenia, el Apóstol Bartolomé fue atado a un árbol y murió desollado vivo.

✠ El 30 de noviembre del año 75, el Apóstol Andrés murió crucificado en una cruz en forma de aspa en la ciudad de Patras, Grecia.

✠ El 24 de febrero del año 80, el Apóstol Matías murió crucificado en Arabia Saudita.

✠ El 1 de mayo del año 81, en la ciudad de Hierápolis, en la actual Turquía, el Apóstol Felipe fue crucificado y luego rematado a pedradas cuando aún se hallaba vivo en la cruz.

✠ El Apóstol Juan, que tras la Asunción de la Santísima Virgen había llevado a cabo un gran apostolado en Asia Menor y en otros lugares, en el año 93, cuando se hallaba en Éfeso, fue conducido ante el tribunal del Procónsul romano de la ciudad, el cual le mandó que ofreciese sacrificios a los ídolos; y como él se negase rotundamente a hacerlo, el Procónsul lo notificó al emperador Domiciano, quien ordenó se condujese al Apóstol a Roma encadenado. Aquí, Juan tuvo que sufrir crudelísimas prisiones, torturas y burlas por parte de los paganos; y finalmente, como persistiese en su actitud de no dar culto a los ídolos, el 6 de mayo del mismo año 93, ante la Puerta Latina, fue metido en un recipiente lleno de aceite hirviendo, de cuyo martirio salió milagrosamente ileso. Como el emperador quedase estupefacto por tal prodigio, desistió de dar muerte a Juan, desterrándole algunos días después a la isla de Patmos, en donde el Apóstol llevó a cabo una gran evangelización convirtiéndose muchos judíos y gentiles a la Fe de Cristo. El 27 de diciembre del año 100, bajo el reinado del emperador Trajano, el

Apóstol Juan fue misteriosamente arrebatado desde la isla de Patmos al Planeta de María, en donde reside hasta que vuelva a la Tierra al comienzo de la primera mitad de la última semana de años que precederá al retorno de Cristo a la Tierra para implantar su Reino Mesianico; y luego morirá martirizado en la terrible persecución del Anticristo al final de la primera mitad de esta última semana de años.